

Narcís Molíns i Fàbrega



UHP. - LA INSURRECCIÓN PROLETARIA DE **ASTURIAS**



Biblioteca Omegalfa

2019

Ω

UHP. La insurrección proletaria de Asturias

Título original:

UHP. La revolució proletària d'Astúries

Narcís Molins i Fàbrega

Traducción

Carmen García Ribas

1ª edición

Diciembre de 1977

Fuente:

Ediciones Júcar, 1977

ISBN: 978-84-334-5512-3

Depósito Legal:

M. 231-1978

Maquetación actual:

Demófilo

*Libros Libres
para una Cultura Libre*

h

Biblioteca Omegalfa

2019

Ω

PRESENTACIÓN

LA LITERATURA política consagrada al movimiento revolucionario de Octubre de 1934, y en particular a la insurrección proletaria de Asturias, no es muy abundante. Sin embargo, en los años 1935 y 1936 se publicaron en España y en otros países algunos libros y bastantes ensayos sobre este gran acontecimiento histórico, que fue algo así como el prólogo luminoso de la Revolución de 1936. Ahora bien, todo ese material fue destruido en nuestro país tras la victoria franquista de 1939 y sólo quedan algunas reliquias de él en las bibliotecas públicas o particulares que escaparon parcialmente a los furores de una depuración implacable. Esto explica que todos los que se interesan actualmente por la significación y la trascendencia del Octubre asturiano tropiecen con grandes dificultades para encontrar fuentes serias de información.

UHP. -*La insurrección proletaria de Asturias*, obra del periodista y militante marxista revolucionario Narciso Molíns y Fábrega, ocupa un lugar especial en esa literatura. Paradójicamente, es uno de los libros más interesantes y menos conocidos. Fue publicado en el otoño de 1935 en Barcelona, en lengua catalana, por Editorial Atena, dirigida por Marcelino Antich, un hombre sencillo y modesto, amigo personal de Molíns y Fábrega y de Andrés Nin, que murió exiliado en Costa Rica hace algunos años. La obra tuvo un éxito enorme en Cataluña, hasta tal punto que se agotó en unos meses. En aquella época de gran efervescencia política todo lo relativo al Octubre asturiano era leído con pasión, principalmente en Cataluña, donde se tenía el sentimiento de no haber estado a la altura de la gesta de los trabajadores de Asturias.

El hecho de que *UHP.—La insurrección proletaria de Asturias* fuera publicado en catalán limitó mucho su difusión. Molíns y Fábrega se propuso en varias ocasiones redactar una versión castellana de la obra. Al principio, sus ocupaciones profesionales y políticas no le permitieron llevar a cabo el proyecto. Luego, la Revolución y la guerra civil le impusieron tareas mucho más apremiantes. Pero puedo asegurar que, años después, Molíns lamentaba que su libro no hubiese sido publicado en castellano. Muerto en el destierro, como tantos otros, Molíns y Fábrega no podrá ver la versión castellana de su obra, que aparece al fin, en España, en pleno renacimiento del movimiento obrero y de todo cuanto la dictadura franquista quiso destruir para siempre.

SEMBLANZA DEL AUTOR

Antes de hablar del libro quizá convenga presentar brevemente al autor, pensando sobre todo en los lectores de las nuevas generaciones, que van a ser los más numerosos e interesados, puesto que es a ellos a quienes se les ha robado una buena parte de la historia del movimiento obrero y de las luchas sociales de nuestro país. Narciso Molíns y Fábrega nació en Beuda, pueblecito de la provincia de Gerona, en 1906, y murió en una clínica de Cuautla (Méjico), en 1964. De origen modesto, comenzó a trabajar en plena infancia en un taller donde se fabricaban cucharas y cucharones de madera. Apenas pasó por la escuela local, por lo que no sabía leer ni escribir. A los dieciséis años se trasladó a Barcelona y encontró trabajo en una pastelería de un pariente que ostentaba su mismo apellido, situada en la calle Petrixol, y que, por cierto, existe todavía. Fue en el horno de esa pastelería donde Molíns aprendió a leer y a escribir, robando horas al trabajo, a las distracciones y al sueño.

Era la época dura y gloriosa del sindicalismo barcelonés, en la que se forjaron tantos militantes. Molíns, como muchos jóvenes obreros de su generación, se formó solo, en la Barcelona proletaria de aquel entonces. Los que le conocieron en aquellos tiempos afirman que era un joven inquieto, inteligente, dominado por una curiosidad insaciable. Como todos los autodidactas, comenzó a leer apresurada y desordenadamente: novelas, folletos de divulgación social, libros de geografía y de historia, literatura política. Esa curiosidad, que no perdió nunca, le llevó al periodismo, profesión por la que tenía una verdadera pasión, y le permitió adquirir una cultura gracias a la cual no tardó en destacar vigorosamente en el movimiento obrero y en la vida política de Cataluña.

Poco antes de la República entró como redactor en *La Nau* (La Nave), diario catalán dirigido por el historiador Antonio Rovira y Virgili, que más tarde desempeñó un importante papel político, sobre todo en el período de la Generalidad de Cataluña. Por otra parte, participó activamente en las luchas contra la dictadura del general Primo de Rivera, por lo que fue encarcelado en varias ocasiones, principalmente después del movimiento de Diciembre de 1930, y convivió en la Cárcel Modelo de Barcelona con Ángel Pestaña, Joaquín Maurín y Andrés Nin. Al salir de la cárcel fue redactor de *L'Opinió* (La Opinión), semanario dirigido por J. Lluhí Vallescá y José Tarradellas, y, poco después, de *La Humanitat* (La Humanidad), diario catalanista republicano fundado por Luis Companys, futuro presidente de la Generalidad de Cataluña, donde acabó siendo jefe de la sección de extranjero. Pero Molíns fue también un periodista militante. Colaboró en seguida en *La Batalla*, semanario comunista independiente dirigido por Joaquín Maurín, y perteneciente a la redacción de *L'Hora* (La Hora), periódico revolucionario en lengua catalana, y comenzó a militar en el Bloque Obrero y Campesino, organización comunista al margen de la III Internacional. A fines de 1931 se separó del BOC e ingresó en la Izquierda Comunista, formación trotskista española animada por Andrés Nin y Juan Andrade. A partir de entonces se sintió unido por fuertes lazos de amistad y de camaradería a Andrés Nin, con el que colaboró asiduamente en las redacciones del semanario *El Soviet* y de la revista *Comunismo*.

Molíns y Fábrega, hombre amable y cordial con sus colegas de profesión y con sus camaradas y amigos, era, sin embargo, muy intransigente en cuestiones de principios. Su trabajo profesional en *La Humanitat*, órgano de la Esquerra Republicana de Cataluña y prácticamente portavoz de la política de la Generalidad, no fue siempre fácil. Según Pedro Pagés, que con-

vivió con él entonces en los medios de la prensa de Barcelona, «los periodistas no le querían mucho porque se sentían culpables de poca entereza ante él». En todo caso, en más de una ocasión, Molíns, que escribía crónicas internacionales en *La Humanitat* que se ajustaban con frecuencia mucho más a sus posiciones de militante marxista revolucionario que a la línea del periódico, contestó secamente a Luis Companys y a José María Massip, directores del periódico, y llegó a imponer sus puntos de vista.

Después del fracaso de la insurrección de Octubre en Cataluña y la detención de Luis Companys y el gobierno de la Generalidad, los redactores de *La Humanitat*, con su director al frente, José María Massip (que años después abandonó el campo catalanista y republicano y se «ilustró» como corresponsal en el extranjero de... ABC de Madrid), no se presentaron en el periódico. Molíns, que era militante de la Izquierda Comunista y asumía responsabilidades importantes en la Alianza Obrera de Cataluña, sacó casi solo el primer número de *La Humanitat* después del 6 de Octubre. José María Massip, el futuro franquista, quiso echarlo del periódico. Pero Luis Companys apoyó a Molíns desde la cárcel y hasta aprobó el editorial de *La Humanitat*, escrito, naturalmente, por Molíns, y en el que éste venía a decir que se había perdido una batalla, pero que la lucha continuaba y continuaría hasta la victoria, lo que resultó históricamente exacto.

En septiembre de 1935, cuando se fundó el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) sobre la base de la fusión del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista, Molíns y Fábrega fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de esta organización, donde se destacó especialmente en completa compenetración con Joaquín Maurín y Andrés Nin. A partir de entonces volvió a colaborar regularmente en *La*

Batalla, órgano central del nuevo partido. En el atardecer del 19 de julio de 1936, en plena lucha en las calles de Barcelona, asumió la dirección del diario *Avant* (Adelante), instalado en los locales incautados de *El Correo Catalán*, órgano carlista de Barcelona. Molíns me incorporó la noche del 20, con Bautista Xurriuguera, Pedro Pagés y otros periodistas, a la redacción de dicho diario. Fue entonces, conviviendo con él durante noches exaltantes y agotadoras, cuando pude comprender lo que era como periodista, y comencé a valorar sus cualidades de amigo y de camarada. En agosto de 1936, *La Batalla* tomó la sucesión de *Avant* y se transformó en diario. Molíns y Fábrega fue nombrado redactor-jefe del órgano central del POUM, cargo que ejerció sin interrupción hasta mediados de junio de 1937, es decir, hasta el golpe policíaco-stalinista contra el POUM, sus militantes y sus publicaciones.

Por la redacción de *La Batalla* desfilaron entonces escritores y periodistas del mundo entero. Algunos de ellos escribieron allí sus crónicas sobre la revolución y la guerra de España. Molíns, al frente de sus redactores, acogió a los representantes de las grandes agencias de prensa internacionales, a periodistas como Fenner Brockway y Willy Brandt, a escritores como George Orwell y Bertram Wolf, a dirigentes del movimiento obrero, como el holandés H. Sneevliet (fusilado por los nazis en 1940), el inglés Bob Edwards, los franceses Marceau Pivert y Jean Rous, el alemán H. Brandler. Molíns estuvo siempre disponible con todo el mundo y estableció relaciones que luego fueron de una gran utilidad, cuando se inició la campaña internacional en defensa del POUM frente a la agresión stalinista. A fines de agosto, Molíns se trasladó a París para cumplir una importante misión que pudo haber cambiado el curso de la guerra civil. Se entrevistó en la capital de Francia con representantes de los nacionalistas marroquíes, que solicitaron dinero y armas para organizar una insu-

rección en el Protectorado español. El POUM, que se había pronunciado desde su fundación por la independencia de Marruecos, transmitió las proposiciones de los nacionalistas marroquíes al Comité Central de Milicias de Cataluña y a Largo Caballero. Pero este último, bajo la presión de León Blum, que temía que la insurrección en el Protectorado español tuviera consecuencias en la zona ocupada por Francia, se negó a negociar con Abd-El-K, Torres y sus amigos, frustrando así una posibilidad de privar a Franco de sus tropas africanas.

Tras la detención y el secuestro de Andrés Nin y la mayor parte de los dirigentes del POUM, Molíns, Rodes, Gironella y el autor de estas líneas, todos los cuales habíamos logrado escapar a la policía, emprendimos la ardua tarea de reorganizar el partido en la clandestinidad y de defender su honor revolucionario frente a una campaña de difamación sin precedentes, dirigida por Stalin y su aparato policíaco y secundada por los dirigentes del Partido Comunista de España y sus distintas agencias políticas y «culturales». En el nuevo Comité Ejecutivo del POUM, Molíns fue un animador extraordinario. En un cierto sentido, puede decirse que las nuevas responsabilidades que recayeron sobre él en ausencia de Nin, Andrade y los demás camaradas detenidos hicieron que se multiplicara y diera de sí más que nunca en su vida de militante. Conocidísimo en Barcelona, sorteó todos los obstáculos y la policía no logró dar con él.

Hacia fines de 1937 nos dimos cuenta de que la acción en defensa del POUM, que había adquirido una dimensión internacional, imponía la coordinación en el extranjero de las múltiples actividades que desarrollaban las organizaciones marxistas revolucionarias del mundo entero y numerosos intelectuales de izquierda. Molíns fue designado para cumplir esta tarea y se trasladó clandestinamente a París, donde, con la

ayuda de otros compañeros, españoles y extranjeros, dio una fuerte impulsión a la campaña internacional en defensa del POUM. Montó una agencia de prensa, participó en infinidad de reuniones de información, organizó el viaje a España de varias delegaciones y comisiones de encuesta formadas por escritores y militantes revolucionarios, todo lo cual — destaquemos el mensaje de André Gide, Roger Martin du Gard, Victor Serge, François Mauriac, Georges Duhamel y Paul Rivet a Negrín en defensa de los presos del POUM— contribuyó a salvar la vida de muchos militantes poumistas y a evitar que el proceso que se montó contra el POUM en el otoño de 1938 tuviera las mismas características y las mismas consecuencias que los procesos de Moscú contra la vieja guardia de Lenin y Trotski.

En 1940, Molíns, que se encontraba exiliado en París, salió de la capital francesa pocos días antes de la llegada de las tropas de Hitler y se refugió en Marsella, en compañía del escritor ruso Victor Serge, al que estaba ligado por una fuerte amistad, consolidada en el curso de la campaña en defensa del POUM. De allí salió hacia África y Méjico. En este último país comenzó para él una nueva etapa de su exilio, la más larga y la más fecunda. En Méjico, al revés que otros desterrados políticos, no quiso dedicarse al periodismo porque le pareció que no podría ejercerlo con suficientes garantías de independencia. Siguió militando en el POUM y colaborando en las publicaciones que éste editó (POUM, la revista Mundo, etc.), pero limitó las relaciones con los exiliados españoles y trató de integrarse en la vida mejicana. Desarrolló múltiples actividades: redactó el periódico gremial de los taxistas, corrigió pruebas de imprenta y escribió dos libros: *Campos de concentración* (1944) y el *Códice Mendocino* y la economía de Tenochtitlán (1956). El primero, que seguramente será editado ahora en España, es un libro de espléndidos dibujos

del pintor José Bartolí sobre la vida de los refugiados españoles en los campos de concentración franceses. Molíns redactó los textos, publicados en castellano, francés e inglés. Son muy líricos, pero reflejan bastante bien el drama de los desterrados españoles inmediatamente después de la victoria de Franco. El segundo es un estudio muy documentado sobre el sistema de impuestos establecido por los aztecas como reflejo de su «imperialismo». En esta obra se destruyen algunos de los tónicos nacionalistas mejicanos sobre los aztecas, presentados generalmente como un pueblo generoso, «puro». Molíns lo escribió como tesis, que nunca llegó a presentar, para coronar los apasionantes estudios que realizó en los años 50 en la Escuela de Antropología de Méjico.

Tras una breve estancia en Venezuela, donde trabajó en una editorial con Francisco de Cabo, su amigo y compañero de Barcelona, regresó de nuevo a Méjico, donde cayó gravemente enfermo en 1960. Una hemorragia cerebral le dejó casi paralizado. Vivió varios años completamente disminuido: hablaba muy mal y apenas coordinaba las ideas. Se extinguió en la clínica de Cuautla en 1964... En julio de 1955, cuando se disponía a salir para Caracas, sus amigos de Méjico le organizaron un banquete de despedida en el restaurante del Orfeón Catalán. Fue un homenaje simple y afectuoso del que nos ha quedado un recuerdo escrito. No sabemos quién redactó en la convocatoria del homenaje palabras tan sencillas y tan atinadas como éstas: «Ya es cosa sabida para todos que Molíns puede sacar a cualquiera de una duda, proporcionarle un dato, documentarle sobre las cosas más inesperadas... Porque Molíns no sólo sabe muchas cosas, sino que siempre está dispuesto a compartirlas. Y no únicamente las cosas que sabe, sino las que tiene. Y las influencias y las relaciones... Por eso, ahora que Molíns se marcha a Venezuela, nos sentimos todos un poco huérfanos de amistad segura y sin retórica. Nunca

hemos visto a nadie tan discreto para olvidar igualmente los favores hechos que las pillerías sufridas. Porque de todo hay en la viña del señor y en la emigración... En Barcelona, en Madrid, en París, en Argel, en Méjico, Molíns ha sido siempre el mismo: un amigo de veras. Y, ahora, al marcharse, todos nosotros perdemos el ejemplo mismo de la amistad. Pero, a decir verdad, no. Porque en Caracas —como en Barcelona, cuando volvamos—, Molíns será siempre el mismo». Sí, Molíns siguió siendo siempre el mismo. Pero es uno de los muchos que ya no volverán.

ORIGEN Y SENTIDO DE LA OBRA

Después de haber intentado describir, a grandes rasgos, la vida del periodista y militante revolucionario Narciso Molíns y Fábrega, es necesario decir ahora cómo se gestó y se elaboró *UHP.—La insurrección proletaria de Asturias*. Tras la insurrección de Octubre y la represión subsiguiente nació en toda España un amplio movimiento de solidaridad con los trabajadores de Asturias. Se recaudaron sumas considerables para ayudar a los presos y se denunciaron los desmanes de una represión que se describe tan bien en el libro de Molíns.

Como bastantes periodistas reaccionarios se emplearon con un celo digno de mejor causa en presentar con tintes particularmente tétricos la acción revolucionaria de los mineros y de los demás trabajadores asturianos, otros periodistas se empeñaron en descifrar la verdad y rebatir semejante campaña. Para ello se trasladaron a Asturias, a fin de realizar sobre el terreno encuestas serias y profundas, interrogando a los principales artífices de la lucha revolucionaria y, en la medida que ello era posible, a las víctimas de la represión. Entre estos

periodistas se destacaron Luis de Sirval, que pagó su audacia con la vida, y Narciso Molíns y Fábrega.

Luis de Sirval no era un militante revolucionario. Era, simplemente, un periodista honesto, que quiso saber la verdad sobre la lucha de los trabajadores, sobre sus supuestos crímenes y sobre la acción represiva de los moros y de la Legión de Yagüe y López Ochoa. Molíns era un periodista revolucionario, que fue a Asturias para aportar una ayuda a los presos del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista, organizaciones que estaban preparando su unificación y la constitución del POUM, y para efectuar una encuesta política. Por su significación militante, encontró más apoyos y más colaboraciones que Luis de Sirval y pudo protegerse mejor. No entraba en sus cálculos escribir un libro. Pensaba, a lo sumo, una vez cumplida su misión de información y de solidaridad, redactar algunos artículos defendiendo a los insurrectos de Octubre y denunciando la represión reaccionaria del gobierno Lerroux-Gil Robles. Ahora bien, a su regreso a Barcelona se dio cuenta de que había logrado reunir una masa de informaciones de valor y de que convenía presentar, en Cataluña mismo y en catalán, puesto que una editorial barcelonesa le había sugerido la idea, un testimonio documental y político sobre la insurrección de Asturias y sobre la represión gubernamental. Y se puso a escribir *UHP.—La insurrección proletaria de Asturias*.

El libro hay que situarlo en su tiempo. Molíns y Fábrega fija los límites de la obra en el prólogo, al advertir que «no es un reportaje absoluto de los hechos de Asturias, ni tampoco un relato demasiado amplio». Se explica: el autor tuvo que hacer su encuesta en circunstancias difíciles y arriesgadas y con un tiempo forzosamente limitado. Es posible que le escaparan hechos más o menos importantes. Por lo demás, él no vivió

personalmente los acontecimientos, puesto que se encontraba en Barcelona, militando en el seno de la Alianza Obrera y trabajando en *La Humanitat* en octubre de 1934. En un cierto sentido, UHP es un libro que viene a completar y aclarar obras como *La insurrección de Asturias* (Quince días de Revolución Socialista), de Manuel Grossi, militante del Bloque Obrero y Campesino y vicepresidente del Comité de la Alianza Obrera de Asturias, escrita en la cárcel de Mieres y publicada por las Ediciones de La Batalla a mediados de 1935, en Barcelona. Y es, además un libro polémico. Molíns no solamente rechaza la objetividad abstracta, con la que a veces se encubren las peores felonías, y afirma categóricamente que se ha reducido a exponer «los hechos y puntos culminantes de la insurrección de Asturias para sacar una lección política necesaria para la clase trabajadora».

Por eso, Molíns establece en seguida una comparación entre el Octubre asturiano y el Octubre catalán, entre un movimiento auténticamente proletario dirigido por la Alianza Obrera, bloque de clase de todas las organizaciones del proletariado, cuyo objetivo era la toma del poder y la instauración del socialismo, y un movimiento de la pequeña burguesía catalana que se proponía simplemente establecer un «Estado catalán dentro de la República federal española». Y en lo que se refiere a Cataluña explica cómo la Alianza Obrera, que intentó dar otro rumbo a los acontecimientos, no obtuvo el concurso de la CNT, organización mayoritaria del proletariado catalán, lo que limitó su acción y sus posibilidades y no le permitió fijarse objetivos más ambiciosos.

Tal es el sentido, sobre todo del capítulo final del libro, que, con el prólogo, constituye la parte más polémica de UHP. Molíns destaca la significación de la Alianza Obrera, los obstáculos que se opusieron a su desarrollo en ciertas regiones de

la península, la capitulación de la pequeña burguesía catalana, las terribles insuficiencias del movimiento revolucionario en Madrid y en otros lugares, la conciencia de clase, la combatividad y el heroísmo del proletariado de Asturias, por el que manifiesta una intensa admiración y en cuyo honor escribió con fervor este libro.

Uno de los escritores marxistas más importantes que ha habido en España, Joaquín Maurín, escribió en 1935, en su libro *Hacia la segunda revolución*: «La literatura reaccionaria ha hecho esfuerzos para presentar a los mineros de Asturias como verdaderos monstruos. La leyenda negra empieza en *La aldea perdida*, de Palacio Valdés, y llega a la cúspide a raíz de las Jornadas de Octubre. Y, sin embargo, cada uno de aquellos trabajadores anónimos esconde un héroe de germinal. Porque se trata de un proletariado profundamente reflexivo que detesta la aventura. Los obreros asturianos fueron los que con mayor firmeza, con mayor seriedad, se prepararon para la lucha que se avecinaba». Así fue, en efecto. Y Molíns hizo su obra para defender a las víctimas de esa leyenda negra. Su defensa fue de una gran eficacia, al menos en Cataluña, y contribuyó a preparar la victoria electoral del 16 de febrero de 1936 y la réplica a la insurrección franquista.

Desde París y desde Méjico, Molíns siguió defendiendo la causa del proletariado asturiano en los años más sombríos de la represión fascista. El, que sabía que los obreros de Asturias habían sido los primeros en abrir la lucha de masas contra la dictadura del general Primo de Rivera, no dudaba de que el nuevo renacimiento partiría también de Asturias. Gravemente enfermo y disminuido, asistió desde lejos a la huelga minera asturiana de Abril-Mayo de 1962, que, como se recordará, provocó una fuerte movilización obrera en varias regiones del país y dio un impulso considerable a la lucha contra la dicta-

dura franquista. Como tantos otros, no pudo ver más lejos. Mas aquí está, de nuevo, su libro, y esta vez, en castellano. Esperemos que constituya un motivo de estudio y de reflexión para los trabajadores de Asturias y de todo el país, ahora que hemos entrado en una nueva fase política en la que el elemento determinante es la reconstrucción y el renacimiento del movimiento obrero y la rehabilitación de sus mejores tradiciones de lucha.

WILEBALDO SOLANO

Abril de 1977

PRÓLOGO

¿Un libro objetivo? Si tuviera que hablaros como autor y sin pensar en los demás, os diría que sí. ¿Pero, es que existe alguien que pueda asegurar que lo que él escribe es realmente objetivo? De ninguna forma. Unos hechos, unas ideas, son siempre vistos por un hombre y este hombre los ve y los interpreta a su manera. Él es objetivo, pero lo es en relación a sí mismo, nunca en relación a los demás. Otra cosa sería una traición a sí mismo, y no hay forma humana de hacerse una traición parecida.

Otro punto. ¿Está el libro al servicio de alguien? Confieso que sí. No podría escribir si supusiera que mi libro no ha de tener utilidad para alguien y, en este caso, este alguien es la clase trabajadora. Situado en este terreno, en sentido amplio, el libro es objetivo, pero reconozco que no puede serlo en sentido estricto. El autor de este libro, del otro, de cualquiera, sobre la misma cuestión u otra, al servicio de la clase trabajadora o al servicio de sus enemigos, si quiere servir a una causa lo hace de la forma que a él le parece justa; nunca puede hacerlo de forma que sea justa para todos y que satisfaga a todos. El autor que pretendiera algo parecido, no conseguiría sino un híbrido, aceptado quizá con entusiasmo el primer momento, pero que, a largo plazo, falto de la vitalidad que podría darle el espíritu del autor, sería reprobado por todos. Esta es la objetividad que el autor ha querido darle a su libro, consciente de que no podía darle otra.

No busquéis aquí un reportaje absoluto de los hechos de Asturias, ni tampoco un relato demasiado amplio, no he buscado sino la exposición de los hechos y puntos culminantes de la

insurrección de Asturias para obtener una lección política, necesaria para la clase trabajadora y a su servicio. Un estudio completo de los hechos de la insurrección española de 1934 no se podrá hacer hasta que dentro de unos años la perspectiva histórica haya desbrozado la visualidad de partidos presos inmediatos que pueden desenfocar la visión de la realidad.

Tampoco busquéis pasión en ciertos aspectos del libro. Cuando se trata de hacer crítica política procuro ser lo más frío posible, pero no he ahorrado el fuego de que puedo ser capaz en el relato de los hechos. La insurrección asturiana ha costado demasiada sangre obrera para poder hablar siempre con absoluta serenidad, y los intereses de la clase trabajadora son demasiado sagrados para dejar que el ánimo se caliente demasiado al hacer aquella parte de crítica de los actores de la tragedia. Por eso, aquella parte, de crítica que os pueda parecer fría, contiene una frialdad pretendidamente compensada por la calidez del resto de la obra. Por otra parte después de pasar unas semanas entre los mineros de Langreo y Mieres, después de hablar largamente con los obreros de Oviedo y Gijón que participaron en la insurrección y sufrieron después las iniquidades de la represión más bárbara y repugnante que ha sufrido la clase trabajadora española, sería imposible desentenderse de su dolor y no compartir sus sentimientos y sus esperanzas.

UHP, el anagrama que encabeza este libro, me había quedado —al visitar Asturias— como un recuerdo vivo de la insurrección. No había muro ni tapia que no lo ostentase con orgullo. Los mismos cuarteles y lugares ocupados por las fuerzas de represión llevaban, a pesar de sus ocupantes, el emblema de la revolución que habían derrotado, pero no vencido. UHP (Unión de Hermanos Proletarios), me decía un amigo, ha quedado incrustado en el alma del proletariado asturiano. Ca-

da día lo muestran como un recuerdo a los hermanos y como una bandera de guerra al enemigo. Por este motivo he querido que las mismas letras que sirvieron de consigna a la insurrección sirvan de enseña a mi obra.

Digan lo que quieran los dirigentes socialistas, los hechos han demostrado que la insurrección de octubre resultó insurrección a pesar de ellos mismos, como lo resultó a pesar de los hombres que en Cataluña dirigían la Generalitat. Los mismos hechos de Asturias que se quieren utilizar para demostrar lo contrario evidencian que no había voluntad de ir a la lucha armada y que la insurrección fue un hecho a pesar de ellos y gracias a la combatividad y a la conciencia de clase de los obreros asturianos. Ciertos episodios, como el de Gijón, nos demuestran claramente que no se hicieron los esfuerzos necesarios para el triunfo de la insurrección, y que pensaron más en el control del partido que en los intereses de la revolución. Lo que se manifestó por todo y en cualquier momento fue la voluntad de lucha de los obreros sin distinción de matices y la compenetración que entre ellos había llevado la consigna de la Alianza Obrera, la cual también pretendieron ignorar los líderes socialistas. El autor de estas líneas no quiere negar el valor personal de los dirigentes socialistas de Oviedo ni el papel preponderante que tuvieron en la lucha tan pronto estalló. No se puede negar ni a un González Peña, ni a un Antuña, ni a un Belarmino Tomás un valor y un cierto sentido de la responsabilidad evidenciado con creces en la lucha. Es posible que tampoco ellos pensasen que la huelga general revolucionaria que empezaba el día 5 de madrugada, a pesar del dictado de revolucionaria que le fue dado desde el principio, dejase de ser huelga para convertirse en insurrección recién estallada.

Averiguar si una insurrección puede triunfar contra las fuer-

zas del Estado es una discusión que ha ocupado mucho tiempo a los revolucionarios obreros; seguramente el tema continuará ocupando todavía mucho tiempo a los estrategas de la revolución proletaria. La insurrección de Asturias será una aportación muy apreciable a esta discusión. Cuando se hable de ejemplos y de experiencias no podrá ser olvidada la revolución española en general, pero en particular no podrán ser olvidados los ejemplos insurreccionales de Cataluña y Asturias, que vienen a ser como cara y cruz de la misma medalla.

En Cataluña se trataba de hacer una insurrección de tipo democrático cuando ya el proletariado catalán había pasado por la experiencia de gobiernos de izquierda democrática sin que hubiera obtenido ningún provecho ni la misma democracia. Los hombres que habían iniciado el 14 de abril de 1931 intentaban hacer, el año 1934, en un momento en que se ponía sobre la mesa de la historia de España la lucha por la toma del poder por la clase trabajadora, la revolución democrática que les había correspondido hacer al proclamar la República; aquella revolución que habían prometido a sus masas y que pensaban realizar desde el poder y no pudieron. No se puede afirmar que los hombres de los partidos de izquierda que gobernaron Cataluña del abril del 1931 hasta el octubre del 1934 pudiesen hacer la revolución democrática que llevaban en los programas de partido, especialmente la Esquerra Republicana de Catalunya. Un comunista no puede afirmar algo parecido porque debería saber de antemano que ellos no harían la revolución anunciada. Quienes no lo sabían eran ellos mismos. No podían saberlo porque, si no fuese así, la existencia de partidos pequeño-burgueses no sería posible, pues no hay inteligencia humana con capacidad suficiente para tramar un engaño elevado a la categoría de mito a conciencia. Es después, al gobernar, cuando se encuentran con las dificultades que los ponen en evidencia, que no los dejan empujar el

carro hacia adelante, pero temen la revolución proletaria. Saben concretamente lo que eso significa y no quieren renunciar al papel de intermediarios que creen que les ha asignado la democracia, cuando en realidad no son otra cosa que juguetes inconscientes a merced de las contingencias de la historia.

He aquí por dónde y cómo, los hombres que en el año 1931 pensaron hacer la revolución democrática española, en 1934 se encontraron con que habían construido una República en la cual las realidades de la democracia eran muy débiles y, en cambio, abundaban las leyes de represión contra la clase trabajadora. También se encontraron con unos campesinos, que, en definitiva, eran los que más derecho tenían a esperar los beneficios que tenía que aportar la República, en un estado parecido al que estaban antes de su advenimiento. En una sola parte del Estado español podían esperar los campesinos que sus ilusiones se vieran satisfechas, si no del todo, en gran parte, y donde ya se les había dado algo que defender. Esta parte de España era Cataluña, y en Cataluña la pequeña burguesía era el poder. Era el último reducto del 14 de abril, era el último, y las derechas, que habían podido ascender al poder de aquella República gracias a las leyes que las izquierdas democráticas les habían hecho, estaban dispuestas a destruirlo, pues la etapa preparatoria que les había dado tan buenos resultados respecto al poder central no los había dado respecto al poder regional de Cataluña. En Cataluña, por un juego natural de defensa, la pequeña burguesía, que veía sus conquistas y su poder en peligro, cada vez se mostraba más huraña e incluso parecía querer acercarse de nuevo a aquella clase trabajadora que había sacrificado tantas veces a las exigencias de la gran burguesía catalana y extranjera establecida en Cataluña, lo mismo que habían hecho sus semejantes de España en la etapa de gobierno de las izquierdas. Y, gracias a esta circunstancia, el Gobierno de la Generalitat decía ver su alia-

do en las masas obreras de España, organizadas en partidos proletarios. Pero en cuanto a Cataluña, era otra cosa. Se trataba de una cuestión de vida o muerte. De gobernar los unos o de gobernar los otros. El triunfo de una revolución como la que se manifestaba en Asturias significaba el final del reinado de la pequeña burguesía. Ahora bien; la derrota de aquella revolución también era la caída sin remisión, y por mucho tiempo, del poder pequeño-burgués, ya que a causa de las circunstancias históricas en que se había hecho la revolución democrática en España, la burguesía avanzada de Cataluña, de intereses evidentemente opuestos al reaccionarismo semi-feudal de España, al hallarse frente a la insurrección tuvo que lanzarse a los brazos de este reaccionarismo; no podía ayudar más a los aliados de sus enemigos circunstanciales que había tenido hasta entonces.

El Gobierno de las izquierdas en Cataluña tenía que ser un obstáculo para la revolución. Es evidente que las circunstancias materiales para la insurrección eran extraordinariamente más favorables en Cataluña que en Asturias. Aquello que en Asturias tuviera que hacerse derramando mucha sangre, en Cataluña se podía hacer con bastante facilidad. Para las fuerzas del Gobierno de Cataluña, si hubiesen tenido una evidente voluntad de vencer en la lucha o tan sólo de luchar, la victoria era mucho más fácil que para aquellos revolucionarios. En Cataluña se daba la mejor contingencia psicológica que se puede dar para el triunfo de la revolución; la pequeña burguesía y la clase trabajadora coinciden en la apreciación de la necesidad de la lucha para defender intereses que les eran comunes. Pero, en cambio, se producía una circunstancia que hacía altamente desfavorable la situación de la clase trabajadora catalana con voluntad de ir a la insurrección; el hecho de que el Gobierno estuviese en manos de la pequeña burguesía avanzada. Esta circunstancia limitaba extraordinariamente el

campo de acción de los dirigentes obreros que sabían, por experiencia revolucionaria, que si la lucha no les era traída, de una forma consciente o inconsciente, recién producida, la dirección de la insurrección había de pasar a sus manos. Pero este mismo convencimiento tenían los dirigentes pequeño-burgueses, y obraron en consecuencia. Si añadimos a esto el hecho de la mayor influencia de los anarquistas que no habían hecho la evolución de sus compañeros de Asturias, encontraremos reducidas extraordinariamente las posibilidades efectivas del triunfo de la insurrección en Cataluña. Los dirigentes de la Alianza Obrera —la cual desdichadamente no contaba con la adhesión de la CNT y todavía menos con alguna simpatía entre la FAI, dispuesta siempre a mantener una concepción ultimativista y romántica de la revolución— no podían empezar su actuación revolucionaria oponiendo la clase trabajadora a la pequeña burguesía en el poder. Valía la pena impeler a ésta a llevar adelante su propio programa revolucionario para tomar la dirección del movimiento la clase trabajadora una vez sobrepasados los gobernantes de la Generalitat por su propias masas, a las que habrían querido frenar. La conciencia que aquellas masas tuvieron de su situación y del papel que fatalmente habían de jugar, tenía que hacer fracasar la insurrección recién empezada, cuando la Alianza Obrera todavía no había podido conquistar la adhesión de la Darte armada y más combativa de la pequeña burguesía y de los obreros militantes en los partidos pequeño-burgueses, ni había podido atraer a su órbita de acción aquella porción de la clase obrera que seguía a la CNT y las orientaciones de la FAI.

No es demasiado aventurado asegurar que el partido socialista tenía del movimiento general de Asturias una concepción parecida a la de la Esquerra de Catalunya. Buena prueba de ello es la falta de cohesión del movimiento en toda España y

la poca decisión en el ataque a Madrid. En realidad, a despecho de lo mucho que se había prometido a las juventudes y a los obreros más combativos de los sindicatos, con el fin de reducir la influencia que la Alianza Obrera iba tomando entre las filas socialistas, los dirigentes, al declarar la huelga el 4 de octubre de 1934, con la Generalitat, con los partidos de izquierda que rompieron con las instituciones el mismo día de la declaración de huelga, no esperaban nunca que su acto llevara a la insurrección. La falta de preparación para la lucha, la descohesión creada a conciencia en Madrid, ignorando a la Alianza Obrera y negándole el derecho a intervenir en la insurrección, demostraron la poca o nula voluntad revolucionaria. Las milicias de Madrid, entre las cuales figuraban elementos de otras organizaciones que no pertenecían a las juventudes socialistas —sindicalistas, izquierda comunista— pocos días antes cambiaban en algunos lugares su composición. Esta les hizo perder gran parte de eficacia. Tampoco se demostró gran interés en dar las armas, pocas o muchas, que había en la capital, mientras que la lucha por las calles va había empezado. Muchas de aquellas armas que no estaban repartidas, al cabo de pocas horas habían de caer en manos de la policía. No hace falta decir que esta falta de voluntad revolucionaria se manifestó más que en ningún sitio en los puntos donde los dirigentes socialistas no estaban empujados por las masas. El partido socialista, fuera de Asturias y en pocos sitios más, pero aislados, manifestó no tener ni voluntad revolucionaria, ni cohesión, ni organización.

Cuando aquello que debía quedar como una simple demostración, que se esperaba fuera suficiente para hacer retroceder a los reaccionarios que habían llegado al poder, se convertía en insurrección por la fuerza de los hechos y de las circunstancias, ya no interesaba a los dirigentes socialistas. Los reaccionarios del Gobierno no se asustaban del alud que se les venía

encima. Al poco tiempo, el organizador de la lucha contra la democracia, Gil Robles, decía que con la llegada de sus hombres al poder había querido provocar precisamente aquella situación. Conocía al enemigo que tenía delante. Sabía apreciar el valor de aquellos alaridos revolucionarios y amenazadores, y quiso cortar el mal antes de que llegara a tener las proporciones que demostró tener en Asturias.

En Asturias los líderes reformistas del socialismo habían perdido todo el control. Los obreros asturianos que tantas veces se habían batido en la historia de la revolución española, el momento en que se presentaba la hora de la insurrección proletaria no vacilaron. Para aquel proletariado de las minas, huelga revolucionaria quería decir insurrección proletaria sin más paliativos; no estaban dispuestos a hacer una demostración más en provecho de Azañas o de Marcelinos Domíngos. La insurrección tenía que servir para llevar a los obreros unidos en la Alianza Obrera al poder, y no para formar un Gobierno donde los socialistas estuviesen intervenidos por las izquierdas burguesas. Era la insurrección para la instauración de la República Obrera española. Aquel proletariado no se contentó con terminar el trabajo, dejar los ferrocarriles parados y cortar las carreteras. Tomó los cuarteles de la guardia civil, fue al asalto de Oviedo, puso los ferrocarriles en marcha al servicio de la revolución, hizo funcionar las fábricas para trabajar para los revolucionarios y procuró que las minas no sufriesen porque mañana tendrían que producir carbón para los obreros españoles en el poder, posiblemente asediados por el hambre por toda la burguesía de todo el mundo como un día asediaba al proletariado ruso.

Podemos hallar el ejemplo de ambas concepciones en Asturias mismo. La posición dudosa la hallaron en los obreros de Oviedo, que no supieron decidirse a dar un verdadero impul-

so insurreccional a la huelga hasta que supieron que los obreros de las minas se habían apoderado de los pueblos de las cuencas. Eran los obreros más directamente influenciados por la burocracia. En cambio, en las minas no dudaron ni un instante. Aquellos obreros supieron que el enemigo más inmediato de la clase trabajadora se encontraba en las fuerzas mercenarias de la guardia civil y de la guardia de asalto, y se lanzaron a la lucha para rendirlos si querían liberarse con el proletariado insurreccionado o a vencerlos si preferían cumplir su deber de guardianes asalariados de la burguesía. Estos obreros evidenciaron que una acción rápida decidida, organizada y persistente podía dar al proletariado la victoria contra las fuerzas regulares de un Gobierno. El secreto era éste: a más preparación de las fuerzas coercitivas del poder constituido, más preparación, más disciplina y más cohesión por parte de las fuerzas insurreccionales. Que cada sargento Vázquez se convierta en una docena de sargentos y centenares de soldados y sepa aprovechar la superioridad moral que da la lucha con espíritu revolucionario y con voluntad de vencer contra fuerzas desmoralizadas como las del cuartel de Pelayo en Oviedo y las de los cuarteles de Barcelona. Preparación revolucionaria, voluntad de vencer y audacia son la única garantía de victoria. Lo ha demostrado una vez más la insurrección española de octubre de 1934.

I.

EL OVIEDO BURGUÉS
Y LA INSURRECCIÓN

¡CAMARADA!

Este grito era el primer contacto directo que aquel ciudadano de Oviedo, amigo del orden, tenía con la revolución.

Hacia unas cuantas horas que los rumores de revolución en las cuencas mineras habían sido confirmados. De entrada, para aquellos buenos ciudadanos de Oviedo, no pasó de ser una angustia más a añadir a las que sufrían desde hacía tiempo por culpa de aquel maldito diario socialista Avance, que cada día anunciaba para el siguiente el apocalipsis, la revolución.

Aquel buen burgués no sabía qué había pasado. Había oído tiros, muchos tiros, explosiones aterradoras que hacían tambalear la casa. Carreras, gritos y tacos. Aquel ajeteo no podía ser sino revolución. Aquella Revolución que hasta hablando era pronunciada con mayúscula por los obreros. ¡Qué fe la de aquellos pobres que pensaban que la revolución había de ser su liberación! Nuestro burgués, burgués de espíritu, no de posición económica, ya sabía que los obreros no eran aquellos seres malvados de que hablaban Región y El Carbayón, pero no entendía su afán en dar motivo para que así les considerasen. El mismo en Gijón, durante el verano y en sus visitas a los pueblos de la cuenca minera, había conocido de cerca aquella especie de diablos que tanto aterraban a los habitantes ricos de Oviedo. Y, con todo, él ahora también estaba un poco azorado. Había razones para estarlo. Hacía demasiado tiempo que duraba aquel ruido aterrador y que no se veían guardias de asalto ni soldados por las calles. ¿Sería verdad lo que había dicho el vecino de la escalera, que los revolucionarios eran los amos de la ciudad? Era totalmente imposible. Una cosa eran los mítines, los artículos, las refriegas aisladas con la policía, las manifestaciones, incluso los enfrentamien-

tos con muertos y heridos de unos y otros, y otra cosa era la posibilidad de que aquellos hombres delgaduchos, con ojos negros como un abismo y siempre febriles, se hubiesen apoderado de Oviedo. Era algo totalmente imposible. En la ciudad había soldados, guardia civil, guardia de asalto, carabineros, municipales y gente de orden dispuestos a luchar. Era imposible que aquellos pobres diablos hubiesen podido llegar hasta la capital. Fuera la subversión de las cosas. Sería el fin del mundo. La negación de la realidad.

Los mineros eran más que capaces de hacer barrabasadas en las minas, inundar pozos, volar bocas de mina, hacer saltar vías de tren, incluso tomar algún cuartel de la guardia civil; pero eso en su medio: en Sama, en Mieres, en Turón. En todos aquellos pueblos donde con un poco de audacia podían hacerse los amos sin demasiado esfuerzo. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que se hacían fuertes en los valles y que las fuerzas del Gobierno necesitaban Dios y ayuda para recuperar las minas. Un episodio más de la vida de aquellos desgraciados que un día tras otro se jugaban la vida para ganar un jornal no demasiado grande. Un día o dos de resistencia. De momento algunos muertos y algunos heridos, y después algunos en presidio. No podía creer otra cosa. No era que no hubiera tenido tiempo de hablar de esta cuestión con sus amigos. En la tertulia del Peñalva ya hacía tiempo que era el tema obligado. Sus compañeros de café: dos almacenistas, un comandante, un capitán y un burócrata como él lo tenían como tema diario. Hablaban de la revolución como de un peligro que tenían encima. La de veces que el comandante, con su fraseología de cuartel, había acusado al Gobierno de lenidad, delante las propagandas de aquel Javier Bueno en la dirección de Avance. Realmente, las campañas de este periodista eran audaces. Ni un día faltaba en las páginas de su diario una llamada a la revolución. Y los obreros le hacían caso, lo seguían

como si se tratase de un profeta. Muy a menudo había podido observar que los obreros no escuchaban tanto los discursos de los líderes socialistas de Madrid: ni de Prieto ni del mismo Largo Caballero. Besteiro, ni falta decirlo, se le consideraba con mucho menos menosprecio. Era más odiado por aquellos obreros exaltados que por el mismo Fernández Ladreda y casi tanto como Melquíades Álvarez, que en otro tiempo había sido como un ídolo en Gijón. ¿Y los comunistas? Estos todavía eran más exagerados. Siempre parecían estar dispuestos a salir a la calle. Diríase que no temían tanto el peligro de recibir un tiro como el de recibir un vergajazo de la guardia de asalto. El mismo Javier Bueno, con todo su revolucionarismo, frente a ellos resultaba moderado.

El comandante, expeditivo como buen militar, siempre había dicho que la solución no era difícil. El mismo Gobierno Azaña, al cual tanto parecían estimar los socialistas, había dado la solución. Los socialistas también eran el Gobierno en aquella ocasión. Directo contra ellos, como en Casas Viejas, y media hora para acabarlo todo, como en Fígols. Aquellas veces ni los socialistas ni Azaña habían tenido la más pequeña duda de lo que se tenía que hacer. Se rebelan: pues fuego contra ellos hasta que se entreguen. Y los que queden, incluso los sospechosos de ser amigos suyos, a las colonias del desierto, que allá hace falta gente. El comandante había sido un admirador de los socialistas y de Azaña cuando eran Gobierno. Los veía decididos. Veía que no temblaban ante nada y que cuando convenía sabían tirar derecho. No les asustaban las huelgas ni las amenazas de los anarquistas ni de los comunistas: al contrario de lo que había pasado con los dos últimos Gobiernos de la Monarquía, y como el comandante no era demasiado amante de la religión, le hacía una cierta gracia ver cómo alguien ponía los pies a raya a los curas, especialmente a los jesuitas. Pero Azaña y los socialistas se pasaron un pelo el

diez de agosto. Los militares no son los curas. Los oficiales, capitanes y generales no podían ser tratados como los anarquistas de Fígols y los labriegos de Casas Viejas. Un Gobierno, por mucho que sea de izquierdas, ha de saber distinguir. Nunca el comandante habría creído que Azaña, un hombre que había demostrado inteligencia hasta en el decreto en el que concedía el retiro voluntario con todo el sueldo a los oficiales, cometiese el error de tratar a los del diez de agosto de la forma indigna en que lo hizo. ¡Qué delito habían cometido sino el de ser unos apasionados! Los militares siempre lo han sido todo en este país, y los republicanos no tienen motivo para creer que fueron ellos los que trajeron la República. Si Sanjurjo con sus guardias civiles —él sabrá por qué lo hizo— no les hubiera dejado el campo libre, ahora la República todavía sería un bello sueño y un bello motivo para hacer frases en los mítines.

Ahora que teníamos un Gobierno casi de derechas y ayudado por las derechas más derechas en las Cortes, el comandante no comprendía cómo se permitía a los socialistas y a los de más allá de los socialistas hacer estas campañas que nos ponen en ridículo delante del mundo. No era cosa de esperar que los hechos estallasen para reprimirlos. Nada impedía al Gobierno tomar una medida enérgica y acabar con ello de una vez. Nunca las prisiones y los exilios al África habrán estado tan bien aplicados. En definitiva, no han hecho sino ladrar. Nunca se han atrevido a revolverse cuando alguien les ha picado la espalda. Ahora gritan porque van a perder las gangas del Gobierno; ellos tienen la culpa. Yo y muchos como yo —decía— mientras vimos en ellos hombres con suficiente energía y que sabían cómo se habían de comportar, no dudamos y estuvimos del lado de ellos. Ahora que callen.

El comandante y sus compañeros de peña habían llegado al

paroxismo de la rabia durante el Gobierno Samper. No salían de su asombro al pensar que alguien hubiese podido dar el poder a aquel bizco desdichado que no tenía agallas para nada. Los catalanes se mofaban de él y, con él, de todas las instituciones del Estado, sin dejarse el ejército. Los oficiales, a través de aquel general Batet, tan separatista como los otros catalanes, habían tenido que pasar por la vergüenza de ver cómo se les recomendaba que aprendiesen el dialecto catalán. Después había venido el conflicto de los payeses, aquellos cepporros que en Cataluña hacían lo que les daba la gana. Nadie que tuviese el más leve sentido de la dignidad podía tolerar que aquel engendro de Gobierno de Cataluña hiciera más caso a unos payeses que al Tribunal de Garantía .s Constitucionales. ¿Cuándo esperaban imponer la autoridad a aquella chusma? Y después los vascos, los cuales, engolosinados por el triunfo de los catalanes, también querían dar su golpe y ganarlo todo, así, de balde. Un hombre como Samper no podía gobernar ni un día más en un país que se preciase.

Y después, claro, al caer un Gobierno como aquel, que dejaba hacer todo lo que querían, los separatistas de Cataluña, los vascos, los socialistas, los comunistas y toda aquella chusma, ¡hablaban de rebelarse! ¡Al Azaña, habría querido ver al frente del Gobierno! ¡No gritaría, toda esta jauría! ¡Y harán la revolución! No la ganarán, claro está, pero lo perturbarán todo y darán por ello más trabajo. Si con tiempo se hubiera hecho lo que decía el comandante, esto no pasaría. En estos momentos toda esta porquería tendría trabajo suficiente con pedir perdón y con pedir amnistías, si es que también eso se les toleraba.

Nuestro hombre no era tan pesimista como el comandante y sus amigos del Peñalva. Ni creía que hiciera falta hacer todo lo que decía el comandante para evitar una revolución, ni que

los obreros se atreviesen a salir a la calle contra las fuerzas del comandante. Los militares son hombres de poco trabajo y siempre exageran. Todo lo arreglan a golpes y a gritos, como en el cuartel, y, en definitiva, cuando las cosas salen de sus manos están más estropeadas que nunca. La dictadura de Primo de Rivera fue buena prueba de ello. Pudieron hacer lo que quisieron y no supieron resolver nada. Lo que hacía falta era un poco de comprensión por parte de todos, y todo volvería a su cauce normal. Los socialistas no tenían que poner tantas trabas al Gobierno, y los radicales y las derechas no tenían que querer matar todo lo que era pingüe. Que recordasen que habían gobernado juntos. Y, en cuanto a los extremistas, si gritaban, aplicarles la ley, y en paz. Sólo así se podía evitar no una revolución que no podía venir, estaba seguro, pero al menos una época de malestares y estropicios inútiles.

Aquel grito de: ¡camarada!, había sido una sorpresa y un alivio al mismo tiempo.

Era un cambio en aquel retumbar continuado que hacía horas que duraba. El ajetreo había llegado al paroxismo hacía cosa de una hora, y aquella exclamación, aquel grito a media voz llegado desde el otro lado de la calle donde daba la tribuna de su casa burguesa, era una especie de sedante.

¿Cómo había empezado todo aquello?

No lo sabía. La noche anterior, al ir a dormir, la calle presentaba un aspecto muy especial. La misma gente se miraba de una forma extraña, como si todos fueran enemigos de todos. La policía estaba en la calle y registraba a todo el mundo. Había huelga y se habían oído algunos tiros en diversos puntos extremos de la ciudad. Se veían pocos obreros. Aquella circunstancia había valido un chiste del comandante: Ya lo ven; basta que salgan mis cachorros a la calle para que desaparezcan estos perros sarnosos. Lo malo que esto durará dos

o tres días y después volveremos a lo de siempre. Yo no tengo ninguna confianza en que esta lengua larga de Gil Robles sirva para algo. Ningún político sirve sino para liar las cosas más simples. De eso se valen y de eso viven.

Después, de madrugada, los gritos, las carreras y los estallidos de fusil lo habían despertado, como habían despertado a todos los habitantes de la ciudad. Alguien del vecindario había hablado de incendios por la parte trasera del cuartel del asalto, como si hubiesen quemado el diario Región o Avance y la Casa del Pueblo. Pero no se podía creer que los revolucionarios se hubiesen quemado ellos mismos la guarida. Región parecía que no se había quemado. Era difícil precisar algo y nadie tenía el coraje suficiente para salir a la calle a averiguar lo que había sucedido y lo que estaba pasando. A los estallidos del fusil y de las ametralladoras se añadían otros estallidos que parecían bombas, pero de mucha fuerza. Más adelante se sabría que se trataba de la artillería de los revolucionarios: la dinamita. La dinamita, que pasará a la historia de la insurrección española de octubre como un primer elemento de combate, y los dinamiteros, como los héroes más legítimos de la insurrección.

Aquel grito de: ¡camarada!, había dado ánimo a nuestro amigo para sacar la nariz entre las cortinas de la tribuna. Sentía curiosidad por ver al hombre que daba aquel grito, aquella consigna, aquella plegaria, en plena calle de un barrio burgués de la capital de Asturias. Aquel grito podía significar la muerte. El ruido ensordecedor había sido sustituido por un silencio relativo que ya era un paréntesis angustioso. Aquella palabra, muy claramente un grito de guerra, era, a pesar de ello, algo vivo que reconciliaba a los hombres. Había que ver a la persona que la pronunciaba y la volvía a pronunciar con nueva modulación de voz.

Era un muchacho de unos dieciocho años, alto, delgado, moreno. Iba vestido con chaqueta y pantalones de tela azul de mecánico. Al descubrirlo nuestro conocido, estaba mirando a contraluz el cañón de una escopeta. Se le veía cómo contemplaba con gozo aquel agujero por el cual debían haber pasado muchos tiros. A los pies tenía una caja medio llena de cartuchos de caza. Aquí y allá volvían a oírse tiros de fusil y trepitar de ametralladoras. No tanto como hacía un rato, como antes de oírse aquel grito de camarada, pero iba otra vez en aumento. Por aquella calle burguesa se oían algunos silbidos de balas que pasaban sobre los tejados. Una bala que seguramente había perdido la fuerza fue a caer cerca del muchacho. Pasó por él una especie de estremecimiento. Bajó el arma y pronunció otra vez la palabra camarada como con unción sagrada. Iba dirigida a un hombre ya hecho que, unos pasos más allá, intentaba enfilar una esquina con su arma. Se hablaron cuatro palabras y, como por instinto, el mismo momento en que acababa de cargar el arma, el muchacho giró su guardia hacia la tribuna desde donde le contemplaba nuestro buen burgués. De inmediato, al ver unos ojos que lo contemplaban, hizo un gesto como para enfilarle el arma. Después sonrió y sus ojos febreros, negros e insondables de hombre que cada día baja a las profundidades oscuras de las minas, miraban fijos y pujantes. Ninguna mirada que no fuese la de otro iluminado por la misma fe podía mantener los ojos fijos abrigando aquella poderosa mirada clavada en las pupilas. Se volvió hacia el camarada más viejo, y después de una breve conferencia, el más joven invitó con un gesto al burgués a que abandonara el observatorio. Estuvo el tiempo justo para contemplar cómo el compañero del muchacho trepaba por una tapia y se alargaba para vigilar unas casas burguesas que le debían parecer sospechosas. Aquel hombre había de pasar más de un día tumbado sobre aquel lecho de piedra. Era su

lugar de honor. Nuestro burgués pensaba en el comandante y sus cachorros. Hacía muchas horas que no se veía ninguno por las calles. Y, por tanto, seguro que debían ser ellos los que desde algún lugar, escondidos, tiraban contra aquella esquina que iba ganando poco a poco, deslizándose como un felino el muchacho alto, moreno, de ojos febrosos, vestido con su ropa azul. ¡Quién sabe si sus ojos brillantes y profundos iban a la muerte!

Pero aquello era seguro la revolución. Los cachorros del comandante estaban escondidos y, los hombres misteriosos de las minas, que cada día se juegan la vida tantas veces como minutos están en las profundidades de la tierra, eran los amos de las calles de la ciudad de Fruela. Su uniforme era el azul de los obreros de las ciudades o las panas bastas de los labriegos. Sus pies calzaban botas de cuero endurecido y ennegrecido, no por el lustre, sino por el carbón, o con unas ligeras alpargatas de cáñamo o de esparto, pisaban con más fuerza y con más seguridad que nunca han pisado los cachorros del comandante vestidos de uniforme azul oscuro, ni los soldados mal cubiertos con uniformes que no paran el frío ni dan a los cuerpos el calor que no les puede dar un alimento que a duras penas existe.

Ojos brillantes y febrosos como los del muchacho, habían de volver a verlos nuestro burgués y todos los burgueses de Oviedo y de Asturias durante una serie de días. Habían de encontrarlos en el interior de sus casas: de inmediato, temidos como unos inquisidores y, después, deseados como unos hombres sencillos e infantiles que no se atrevían a descansar su cuerpo en las mullidas butacas de los hogares burgueses, pero que se jugaban la vida para encontrar un poco de alimento para aquellos burgueses aburridos y aborrecibles, para encontrar leche para sus hijos y para sus enfermos, para llevar a

un padre la noticia de un hijo del cual hacía días que no sabía nada. Y muchos de aquellos ojos habían de morir apagados por un tiro disparado a traición desde una de aquellas mismas casas donde iban a llevar el gozo de un alimento o el gozo de la seguridad de vida de un familiar querido.

Y allá arriba, en los pueblos de la cuenca minera, las madres, las esposas, los hijos y las novias quizás no comían. Sabían a sus hombres en el frente de combate y les preparaban nuevas municiones si acaso volvían sanos y salvos, y unas vendas y una cama miserable por si acaso volvían heridos.

Entretanto, en el alma de los burgueses protegidos de la ciudad anidaba, con el terror sin motivación, el odio que después había de armar el brazo del comandante y de sus cachorros para torturar a los que se salvaran de la lucha desesperada de los que se supieron vencidos por haber sido traicionados.

Después de Pelayo y Fruela, el terror será el blasón más glorioso que aquella burguesía podrá poner en su escudo. La lividez del terror de unos vencedores generosos y la lividez del odio contra sus generosos vencedores de unos días, vencidos por la fuerza, la fatalidad y la impotencia.

II.

GIL ROBLES AL PODER

Los últimos días de septiembre de 1934 habían de significar el comienzo de una fase que podía ser decisiva en la revolución española que se desarrollaba en una etapa superior desde el 14 de abril de 1931. Samper, el político radical por excelencia, había caído bajo las patas de los caballos de los partidos monárquicos que se habían incorporado a la República. Con él, aunque pareciera vencedor, era vencido Lerroux, el hombre que desde su juventud había sabido organizar un partido destinado únicamente al propio provecho y al de sus amigos, un partido cuyo lema podrían ser las alas de un Mercurio casero ligado a las patas de hombres procedentes de todas las tierras y de todas las latitudes sociales, pero absolutamente sin principios. «El negocio es el negocio» podría ser el otro lema del partido que se había propuesto la tarea de ampliar la base de la República y la vitalidad económica de cada uno de los afiliados de categoría. Era la representación viva de un partido que no respondía a ninguna realidad social. Ni con los burgueses, ni con los latifundistas, ni con el clero: con todos, si pagan bien.

Un lema parecido era el más indicado para facilitar las etapas preconcebidas por el jesuitismo con Gil Robles como cabeza visible. Hombre de no demasiada vista, esta cabeza visible, pero un magnífico instrumento en manos de un hombre de inteligencia excepcional como Ángel Herrera, cabeza suprema del Debate; ambos, expresión de aquella inteligencia colectiva organizada: el jesuitismo.

La piel de buey que se extiende al sur-oeste de Europa se estremeció en el punto más vital cuando el día 4 de octubre, a primeras horas de la tarde, supo que el hecho que se creía imposible había acontecido. Las masas trabajadoras de punta a punta de España, exclamaron al unísono: ¡Gil Robles al poder! ¡Esto es la revolución!

Y fijaron sus ojos en sus dirigentes. Era indudable. Aquellos hombres, a los cuales los obreros habían dado la confianza (no podían sino conducirlos con mano firme y segura a la liberación, ¡a la revolución!).

La otra porción de España, los que viven del trabajo de los demás; los que consideraban expoliados por las simples limitaciones retóricas de la República del bienio; los señores feudales de tierras de Castilla, Extremadura, Andalucía; los propietarios de tierras de viñedo de Cataluña; los caciques fueristas de Galicia; los acaparadores de trigo de Castilla; los que cifran su riqueza en la usura y el préstamo sobre las cosechas de los pequeños labradores veían la hora de su más absoluta libertad de acción. Su filósofo, José Ortega y Gasset, había tenido razón; la República del bienio era adusta, poco alegre, demasiado seria.

Para el trabajador de la ciudad, para el minero, para el campesino, la República también había sido adusta, pero por razones completamente opuestas a las del filósofo del egoísmo y la egolatría. La República había de ser para los intelectuales o no ser, había dicho el filósofo. Un pretorio de cien hombres ilustres había de salvar a España. A falta de los cien ilustres capitaneados por Ortega y Gasset, Unamunos, Benaventes, venía a aportar la salvación de España una inteligencia universalista, coordinada, que en definitiva es progenitora de todo lo que hay de inteligente en nuestro país. ¡Viva la inteligencia! ¡Viva Gil Robles! ¡Viva la Compañía de Jesús!

España se estremeció, y en la parte más sensible, más viva. Aquel estremecimiento había de convertirse en terremoto en muchos sitios. Muchas podredumbres habían de morir enteradas para no levantarse nunca más.

La parte sensible, la parte viva del país, eran los trabajadores. Fijaron los ojos en sus dirigentes y esperaron. Esperaron, pero no esperaron quietos ni pacientes. Se puso en marcha el instinto creador de las masas vivas del pueblo. Instinto que es la levadura de la revolución. Hacía falta, aquella levadura, y después ver si el que había de darle forma sabría o querría aprovechar aquella fuerza que el destino ponía en sus manos. La fuerza, con el conjuro mágico del enemigo reptador, se ponía en marcha. ¿Podría ser detenida?

Asturias era una de las partes más vivas de esta masa. Era la parte de aquella levadura en que el fermento era más completo, en que la progresión natural había ido más allá. No tenían entre ellos y los de enfrente nada que les estorbase, como los obreros de Cataluña, y no estaban abatidos por siglos de hambres como los campesinos de las llanuras del centro y del sur.

El día 4 de octubre el nombre de Gil Robles era un toque de queda al cual había que ver si responderían los que habían de ser los combatientes. Cada cual en cada pueblo, en cada comarca, en la región, había de preocuparse de sus enemigos más cercanos. Más allá de las montañas, pasado el puerto de Pajares, prestos, vigilaban los líderes, los dirigentes. El que, desconfiado, no lo creía así era anatematizado. Si no se sabía más claramente lo que querían y lo que iban a hacer los líderes, algún motivo debían tener para callarlo. Era necesario tener fe, y tenían más fe que los cristianos de Roma, antepasados de los enemigos de ahora. Dudar era la contrarrevolución. La fe era la revolución. Discutir era derrotismo. Ya lo

discutiremos después. Si nuestros líderes fallan, como decís vosotros, los incrédulos, los fusilaremos. Nuestra fuerza, una vez puesta en marcha, no tiene freno. Ni la traición de los líderes ni vuestras dudas pueden derrotarnos. Queremos la victoria, y la obtendremos. Abridnos paso, vosotros los cobardes que teméis a la revolución y dejaos de discusiones bizantinas los que no tengáis confianza en vuestros líderes. ¿Queréis la revolución? ¿Sí? Pues aquí tenéis un arma: en el extremo de vuestros brazos hay unos puños potentes para conquistar, cuando haga falta, una más. O venís con nosotros, o caeréis primero que nuestros enemigos como traidores.

Este espíritu de revolución era el que azotaba el alma del proletariado, de todas las masas trabajadoras. Era el espíritu de las grandes victorias, pero también de las grandes derrotas que ponen notas gloriosas en la historia del proletariado de todo el mundo.

Ejemplos: se presentaban múltiples y vivos a la mirada de los obreros revolucionarios. La Comuna, Rusia, China, Alemania; Austria, más recientemente. Los obreros saben poca historia de los Recaredos y de los reyes Católicos. Pueden ignorar en qué fecha Colón salió hacia América, en qué lugar Cambronne dijo su célebre frase digna de los labios del proletariado luchador de cualquier lugar, pero intuyen de una manera admirable su historia. Recuerdan a sus héroes y los honran por encima de patrias y fronteras, y saben dónde tienen el enemigo, cuando éste no se esconde con perfidia en sus mismas filas. Entonces lo cultivan confiados como una espina venenosa que les puede causar la muerte, que les puede llevar a la derrota.

Gil Robles era el enemigo franco que se presentaba a dar la batalla que habían preparado los otros. ¿Quería guerra? Pues tendría. El vencido sentiría después en la propia carne el do-

lor de la derrota.

En Oviedo, en Gijón, como en las otras ciudades de España, la tarde del día 4 era el inicio de la revolución. En los barrios obreros, en los talleres, en las minas, en los hogares proletarios, la inevitabilidad de la lucha era evidente. También los burgueses sentían que algo desacostumbrado pasaba a su alrededor. Los obreros de aquel día no eran los obreros de otros días. Sus ojos miraban con más fijeza y con más decisión. Había en ellos una especie de alegría infantil, nerviosa, que hacía presentir algo poco normal. No sabían muy bien de qué se trataba pero había que prevenirse. La revolución, aquella revolución que tanto debían esperar los obreros en sus conversaciones, en sus mítines, en sus periódicos y en sus peleas de grupos y divergencias era imposible. ¡Sería la locura! No era porque sí, que pagaban impuestos muy altos para mantener ejércitos de esbirros bien alimentados, bien vestidos y adorados como semidioses por sus mujeres y sus hijas, por bellos y bien plantados. Adoraban en ellos al macho bien alimentado y reptador que sabe imponerse por la fuerza bruta a los hombres y sabe dominar a las mujeres. Con una tropa creada para esto, alimentada para esto y contemplada para esto, los burgueses no habían de temer la revolución. Pero había que prevenirse. Había que asegurarse el pienso por unos cuantos días, para no tener que salir a la calle durante el tiempo que los mercenarios y los esclavos armados fuesen los amos. Son bellos, son mansos para los buenos burgueses, pero, una vez desorganizados, cuando han olido la sangre y la pólvora no tienen freno; vale más dejarles el campo libre. Dentro de casa el burgués puede estar tranquilo. El mercenario, al cual paga para que le guarde las espaldas, conoce con el olfato dónde puede y dónde no puede meter la nariz. Para esto tiene buena vista. Difícilmente se equivoca. Todo consiste en no ponerse a tiro fuera de casa. Hay que dejarles la calle

libre a ellos, y a estos obreros, si son tan locos como para querer disputársela. Después, pasados unos días, la calle ya volverá a ser de sus señores naturales. Y ellos la devolverán bien limpia y arreglada. La limpieza de sangre, de cuerpos y barricadas habrá de ser pagada con una cuota extraordinaria que no figurará en ninguna partida del presupuesto ni en ninguna papeleta, rosa, verde o blanca, pero que será más productiva que ninguna de ellas. Los intereses de esta aportación extraordinaria y de las flores lanzadas por las mujeres e hijas desde los balcones, y los besos arrancados a cuenta del miedo pasado, serán los obreros cabizbajos y mustios por una larga temporada; unos jornales rebajados y quién sabe si una jornada más larga. ¿Quieren revolución? ¿Harán revuelta? ¿Quieren darnos miedo? Pagarán caro el pavor que nos harán pasar. Cachorros nuestros, ¡a ellos sin contemplación!

Los obreros saben quiénes son y dónde están aquellos enemigos que la burguesía tiene a sueldo única y exclusivamente para luchar contra ellos. Algunos, muchos, la mayoría, no son otra cosa que obreros renegados que, por hambre o por falta de valor, han puesto su fuerza al servicio del enemigo común. La mayor parte proceden de aquellas tierras llanas donde no se come, donde no se trabaja, donde la tierra es pródiga, pero está en manos de quien no la quiere hacer trabajar ni la puede trabajar. Son altos y fuertes, pero ignoran dónde están sus enemigos y sus amigos. Sirven a quien les da el trozo de pan que no pudieron ganarse nunca en su tierra, aquel que ha condenado a morir de hambre poco a poco, mientras lo explota, a su hermano, a su padre y a su madre, y mancilla a su hermana. Otros enemigos posibles son hijos directos de los que han de luchar, con sus hermanos pero la fuerza del terror es posible que les ponga el arma fratricida o parricida en las manos. A éstos hay que intentar conquistarlos para la causa que también es la suya.

Los obreros intuyen aquello que ven que son los preliminares de la revolución, presentan lucha. Hasta hace poco seguramente habrían temido enfrentarse con los elementos de combate del Estado burgués. Hoy se les ha quitado el miedo. Se ha producido un hecho que es una garantía de victoria. El desmenzamiento de las fuerzas obreras ha sido vencido y todos los obreros responden a un grito común: Alianza Obrera. Una pequeña porción de anarquistas se mantienen alejados, pero poco importa. La mayoría de ellos, siguiendo a José María Martínez, se han unido al frente único de lucha.

La Alianza Obrera no nació porque sí entre los obreros de España. Fue el resultado natural de la necesidad de unidad que sentía la clase trabajadora. La Alianza Obrera aseguraba esta necesidad al mismo tiempo que no obligaba a abandonar las respectivas posiciones ideológicas. La Alianza Obrera había de ser en la revolución española lo que habían sido los soviets en la rusa.

Al preconizarse meses antes la Alianza Obrera, los anarquistas y el Partido Comunista oficial hallaron la consigna revolucionaria. Los anarquistas se consideraban suficientemente fuertes e intrépidos para hacer la revolución solos, sin contactos con partidos de revoluciones estatales, y los comunistas oficiales no podían marchar unidos con los social-fascistas y los contrarrevolucionarios trotskistas. La Alianza Obrera no pasaba de ser un sueño. Los socialistas no habrían dado nunca beligerancia a una organización minúscula como Izquierda Comunista. Pero el milagro se hizo. La actividad de unos pocos hizo que la mayoría se dieran cuenta de sus errores, y al llegar el primero de mayo de 1934 los anarcosindicalistas tomaban parte en un mitin al lado de oradores del partido socialista, UGT, Izquierda Comunista y BOC. El Partido Comunista necesitó más tiempo para comprender la fuerza de la

consigna. Pero en vísperas de la revolución, cuando la vaharada de la reacción iba ascendiendo con la pretensión de ahogar el espíritu revolucionario de la clase trabajadora, se impuso el buen sentido y el Partido Comunista abandonó su castillo de marfil para unirse a la masa viviente. Esta unidad era la garantía del triunfo. Presentar la batalla unidos en un bloque compacto era la victoria asegurada, como era la derrota segura presentarse divididos en grupos y fracciones sin conexión... Ningún partido ni ninguna organización sindical era lo suficientemente fuertes en nuestro país para llevar por ellos solos la revolución al triunfo.

Los dirigentes obreros que se opusieron a la fuerza ascendente de los obreros que querían luchar unidos para ir al triunfo, habrían sido sobrepasados y abandonados por las masas. A pesar de que muchos de estos dirigentes no hacían otra cosa que poner trabas a la formación de aquel frente obrero que surgía de la voluntad de las masas, éstas pudieron más y se impusieron. Una vez más en la historia de las revoluciones la masa demuestra más sentido de la responsabilidad que sus dirigentes. Estos seguían forzosamente aquello que los obreros de la base les imponían.

No hacía ni un mes que al conjuro del nombre de Gil Robles, que pretendía emular a Pelayo en Covadonga, la masa obrera asturiana había respondido unánimemente a la llamada de la Alianza Obrera, no integrada todavía por los elementos del Partido Comunista. Había sido un ensayo general prometedor de grandes posibilidades.

Las esperanzas de los obreros estaban fundamentadas y tenían donde apoyarse. Existían condiciones psicológicas suficientes como para ir a la lucha y triunfar. La voluntad de lucha entre los obreros no podía estar más manifiesta. Sólo hacía falta ver si los dirigentes responsables estarían a la altura

de los dirigidos.

Después del ambiente expectante del día 4, después del deseo manifiesto de ir a la lucha respondiendo a la promesa que se había hecho a la clase trabajadora, a la cual se había llevado a la huelga en tantas ocasiones como se habían presentado, la huelga general revolucionaria era inevitable. El acuerdo entre las organizaciones fue tomado en la madrugada del día 5, y a primeras horas se intentó llevarlo a la práctica.

Justo iniciada la lucha sorda de la huelga se evidenció la capacidad de organización de la masa trabajadora. Los obreros de Asturias no se habían lanzado a una huelga más o menos amenazadora. Se habían lanzado a la revolución tanto tiempo esperada. Intuían que para el proletariado las contingencias revolucionarias no se presentaban muy a menudo y que un momento revolucionario desaprovechado significa un retraso de años. Hay que hacer la revolución sea como sea, asegurando los medios. La dirección corresponde a los líderes. A la masa le corresponde obedecer y luchar. Es una consigna que no hace falta recordar a nadie. Está en el ánimo de todos y de cada uno de los combatientes. Tomarán la iniciativa sólo allá donde no pueda llegar la previsión de los dirigentes.

Es lo que sucede, en la estación del Norte, en Oviedo. A las nueve de la mañana todo el mundo ha acudido a trabajar. Un joven socialista acude al despacho del jefe de servicios y le anuncia que la huelga general revolucionaria ha estallado y que, por tanto, tiene que hacer parar a los compañeros de la oficina. Los de los talleres hace ya tiempo que no trabajan. El jefe no tiene razonamientos ni valor para oponerse a la conminación de aquel joven lleno de vitalidad y de fe en su causa. Lo deja hacer. Al cabo de un momento nadie trabaja. Algunos empleados miembros de las milicias de las juventudes socialistas marchan a ocupar el lugar que les corresponde en

las filas de combatientes. La que empieza no es una huelga cualquiera: es la revolución, y hace falta que los soldados del ejército del proletariado ocupen el lugar respectivo sin dilaciones.

La dirección de la Compañía, que no ha tenido valor para oponerse a las órdenes de un mecánico de sus talleres, convertido en dirigente responsable de la revolución en marcha, se rehace y al cabo de poco tiempo ha hecho poner unos avisos en todos los talleres y oficinas anunciando que el que no se reintegre de inmediato al trabajo está despedido.

No faltan los obreros que, con la duda clavada en el corazón, con no mucha fe en la victoria, es decir, los traidores de siempre, se reintegran a sus puestos. Son pocos, pero, a pesar de todo, suficientes para sembrar la desmoralización entre los menos audaces. Hay que deshacer inmediatamente el mal que han causado aquellos obreros poco convencidos. Los que han cesado ignoran si ya ha llegado la fuerza de represión. Un compañero halla la solución: unos pocos petardos son suficientes para convencerlos de que la clase obrera en lucha no permite ni tolera traiciones. El efecto de la amenaza de la dirección está destruido, pero la lucha revolucionaria ha dado un pequeño paso más. Ha empezado la lucha de clases en el sentido más cruento de la palabra. La lucha, ahora ya se encuentra en el camino que lleva inevitablemente a la muerte o a la victoria.

III.

LA INDECISIÓN DE LOS OBREROS DE OVIEDO

El barrio de La Aragañosa había de ser el punto de apoyo de los revolucionarios de Oviedo hasta la llegada del grueso de las fuerzas revolucionarias procedentes de las minas. También era donde las milicias siempre habían estado más adiestradas. Los obreros de La Aragañosa conocían la fuerza de la disciplina más que nadie.

Al empezar el día 5, la huelga en aquel barrio había de tomar inmediatamente los caminos de la revolución. Los obreros de aquella parte de la ciudad eran los que aseguraban la huelga en los ferrocarriles del Norte. Su posición era estratégica, el barrio situado al noroeste de la ciudad, camino del Puerto, por donde podían venir las fuerzas contrarrevolucionarias si los compañeros de las montañas no les podían cerrar el paso; su responsabilidad era grande. Nunca desmerecieron la confianza que habían puesto en ellos sus compañeros de la ciudad.

La guarnición de Oviedo

Los obreros de Oviedo iban sabiendo por rumores y por otros conductos que en las cuencas mineras había estallado la insurrección con toda su crudeza, pero no sabían demasiado lo que ellos tenían que hacer. Estaban faltos de una dirección eficiente. Los hombres más responsables estaban en las mi-

nas. La ciudad estaba bien guarnecida. Había un regimiento de infantería, guardia civil, guardias de asalto, carabineros y algunos burgueses y señoritos que, ante el peligro de la revolución, se habían presentado al gobernador civil Blanco, que, desorientado, no sabía por dónde salir de aquel mal paso. Estos burgueses y señoritos, todos ellos fascistas a las órdenes del capitán Nilo Tello, querían dar ejemplo a ciertos oficiales que, ante la inminencia del peligro, cambiaban sus uniformes de oficial, bien cortados, por los caquis malgarbados de soldado, a los cuales enganchaban las estrellas, emblema de su cargo y categoría. Disfrazados así, en caso de derrota la huida estaba garantizada. Contaban con la seguridad de que el pueblo revolucionado no había de perseguir a los soldados. Cosas parecidas hemos visto hacer en Marruecos a heroicos oficiales de nuestro glorioso ejército.

Desorientación

En realidad, al empezar el movimiento en Oviedo reinaba en gran medida la desorientación. Nadie, ni los dirigentes que quedaban en la ciudad, sabían con certeza el alcance que el movimiento había de tener. El Comité revolucionario en aquellas primeras horas no destacó por su decisión ni por su capacidad de organización.

La revolución estaba en el ánimo de todos. La consideraban inevitable. Esperar más era suicida. En San Esteban de las Cruces, en el Naranco, por todos los alrededores de la ciudad se veían grupos de obreros discutiendo lo que había que hacer. La mayoría eran partidarios de mantenerse en actitud expectante, hasta recibir órdenes de los comités; pero los más

jóvenes y los más decididos, entre los cuales hay que contar a los comunistas, eran partidarios de ir organizando comités de barrio y poner en marcha la insurrección. En cierta manera esto es lo que se hizo. Pero, hasta en la barriada de los mineros, de muy poca eficacia habían de ser las medidas revolucionarias de los obreros de Oviedo. Sirvieron, eso sí, para obligar a la fuerza pública a quedarse en la ciudad y así impedir que pudiese acudir a las cuencas mineras para ayudar a las fuerzas que allá corrían peligro. También aseguraban la continuidad de la huelga, que no pudo ser cortada a pesar de los esfuerzos de las autoridades. En La Aragañosa el entusiasmo revolucionario de unos cuantos jóvenes socialistas y comunistas aseguraba la formación del Comité del Barrio y su eficacia. Fueron inmediatamente a la requisita de las panaderías, casas de comestibles y productos de primera necesidad. Como el barrio era obrero y los obreros habían de ser combatientes, procuraron que no se dejase de hacer pan y que no se dejasen de prestar los servicios más necesarios. Establecieron el orden revolucionario.

Desde el principio de la huelga el día 5, por la mañana, la fuerza ni intentó acercarse al barrio. Los revolucionarios, con sus guardias y sus patrullas, tampoco les habrían dejado entrar. El orden era completo y el aprovisionamiento estaba asegurado. La adquisición de pan y otros comestibles se hacía con vales controlados por el Comité del Barrio, y ni en una sola casa faltó lo más imprescindible para vivir. También establecieron puestos avanzados a lo largo de la vía, y así evitaron que la fuerza pudiese deslizarse por aquel lado y colocaron centinelas en Monte Naranco. Aquel barrio, organizado con sentido revolucionario desde que se inició el movimiento, en la represión y hasta en la lucha había de ser de los que menos habían de sufrir. La serenidad del primer momento aseguraba para después la serenidad de la retirada que nunca pensa-

ron que habrían de hacer.

Una ciudad en revolución

El 5 por la tarde Oviedo era con certeza una ciudad en revolución. No habían empezado todavía los ataques, pero revolucionarios y fuerzas gubernamentales procuraban tomar posiciones. Fuerzas de asalto habían ocupado la estación del Norte, nexo con el resto de España, y el depósito de máquinas. Los obreros habían abandonado el trabajo, pero no se habían preocupado de mantener ciertas posiciones. Más tarde, recuperarlas había de costar la vida a algunos combatientes de los más audaces.

El Ayuntamiento de la ciudad se reunió la misma tarde. De los concejales socialistas sólo asistió Joaquín González, que pidió la suspensión de la sesión a causa del movimiento revolucionario. Los concejales de derecha se negaron a suspenderla y el socialista se retiró del salón acompañado de los concejales de izquierda Pérez Lozana y Laredo. Fue el único acto revolucionario de estos concejales republicanos pero esto no les había de ahorrar nada después en la cárcel.

Incendio en la Casa del Pueblo

Si los obreros estaban un poco desorientados, no lo estaban tanto las fuerzas gubernamentales. Intentaron ganar la delan-

tera a los obreros haciéndose fuertes en sus posiciones y ganando algunas nuevas. Podían hacerlo todavía sin luchas demasiado sangrientas. Ya habían ocupado la estación y el depósito de máquinas, pero, por iniciativa de un oficial, dan un golpe que podía haber sido fatal para la moral de los revolucionarios. Asaltaron y quemaron la Casa del Pueblo, donde, además, había instalada una Cooperativa y la imprenta y la Redacción de Avance. El trabajo no les costó gran cosa. El cuartel de la guardia de asalto, un gran edificio enclavado en el centro mismo de la ciudad, por la parte trasera está a muy pocos metros del edificio. Los obreros, al empezar el movimiento, no habían tenido la preocupación de dejar guarnición. En el cuartel hacía tiempo, horas, que querían haber tomado el edificio, pero faltaban las órdenes del gobernador civil. Hasta después de acabada esta acción no había de llegar la orden de clausura de los centros obreros. Casi en ningún sitio la orden había de ser cumplida hasta después de vencida la revolución.

Javier Bueno, preso

En el cuartel de asalto se había montado una vigilancia especial por el lado donde está situada la Casa del Pueblo. Era indudable que la revolución y los ataques habían de venir por aquel lado. A media tarde, por una confidencia se supo que la Casa del Pueblo no estaba guardada por nadie. Un oficial propuso la expedición. La cosa era un poco arriesgada, porque no se sabía con certeza si los revolucionarios tenían posiciones tomadas por las calles de los alrededores, pero había que jugárselo todo. El golpe podía ser de mucho efecto. Un oficial y cuatro guardias tomaron un coche y así hicieron un

camino de no más de cincuenta metros. En efecto, no parecía haber nadie. ¿Dónde debían estar aquellos revolucionarios? ¿Se habían escondido como unas ratas al ver venir a los policías? El oficial sabía muy bien que eso no era cierto. Sabía que no había nadie en el edificio. Iba a golpe seguro y sin peligro. No se espantó poco al hallar que dentro todavía quedaban tres o cuatro personas. Se trataba del administrador de Avance, dos o tres redactores y el director Javier Bueno. Estos también se quedaron sorprendidos al encontrarse cazados a la fuerza. Se habían confiado demasiado y nadie se había ocupado de guardar el edificio. No quedaba otro remedio que entregarse.

El trabajo del oficial y sus guardias fue de los buenos. Presos y atados Javier Bueno y sus compañeros, a los pocos minutos las máquinas de la imprenta eran un montón de despojos, y los papeles, fuera de los cajones y amontonados con los muebles, ardían como teas. La Casa del Pueblo de Oviedo, la Redacción de Avance, que habían sido como una antorcha para los obreros asturianos, eran una hoguera que iluminaba aquel barrio pequeño-burgués de la ciudad. Era el primer incendio de la insurrección y había sido provocado por la contrarrevolución. Como siempre, el orden intentaba imponerse como fuera. El terror ha sido siempre la mejor arma de la burguesía y de sus servidores. Tantos respetos que reclaman para la propiedad, cuando se trata de la propiedad de los obreros ésta pierde todo su carácter de sagrada.

Aquella hoguera de Avance y de la Casa del Pueblo debía devolver la esperanza a muchos hogares de burgueses. Si los revolucionarios no habían sabido ni defender su madriguera, todavía menos sabrían llevar adelante aquella maldita revolución. ¡La hoguera era una claridad esperanzadora!

Los obreros sintieron la pérdida de la Casa del Pueblo, aun-

que al ganar la revolución tendrían todas las casas del pueblo que quisieran —en Oviedo, donde, como buena ciudad española, abundan los conventos y las iglesias— había suficientes diarios burgueses con buenas imprentas para sustituir a Avance.

¡Adelante!

Ya no se podía dudar más

Hacia las siete de la tarde, declarado el estado de guerra, después la autoridad por aquel pobre señor Blanco, asiduo de peñas de los cafés de la calle de Alcalá, de Madrid, buen hablador, gordinflón y enfático, las autoridades militares intentaron dominar la situación aquel mismo atardecer. Fue en vano. Los obreros, si bien no sabían decidirse a lanzarse a un ataque decidido, tampoco estaban dispuestos a ceder. En diversos lugares de la ciudad se produjeron enfrentamientos y tiroteos y hubo muertos y heridos de cada bando, pero nadie podía decir que se hubiese asegurado la victoria.

Las autoridades dejaban la tarea para el día siguiente para poder atacar con menos peligro, y los obreros pensaban seriamente atacar aquella misma noche, pasase lo que pasase. Las noticias que como rumores venían de toda España eran esperanzadoras. Los que tenían radio podían escuchar las proclamas de la Generalitat de Cataluña. Ellos no podían dejar de sumarse a la revolución, que era evidente que había estallado por todos lados, con más razón cuando parecía que los mineros habían conseguido la rendición de todos los destacamentos de la guardia civil y de la guardia de asalto. Una compañía que había sido enviada aquella mañana por el gobernador en auxilio de los destacados en Sama parecía que

había caído por completo en manos de los revolucionarios. ¡Viva la revolución social! ¡Aquella noche debía ser la noche de la victoria!

Los obreros de Oviedo no podían dudar más. Era necesario hacer un esfuerzo para recuperar un día perdido. Aquella noche podían intentar el golpe supremo con las pocas armas de que disponían —unos dos centenares de fusiles—, y si eran utilizados con brío e inteligencia, la victoria, dado el pánico evidente de la fuerza y con la ayuda de la gente comprometida que había en los cuarteles, no sería difícil.

No podía tardar en llegar el refuerzo de las minas. Poco pensaban ellos lo rápido y eficaz que había de ser este esfuerzo de sus compañeros mineros. Mientras ellos, en la ciudad, deliberaban, los diablos negros, enardecidos por las victorias obtenidas contra sus enemigos más inmediatos, se acercaban hacia aquella ciudad que era el cubil de toda la burguesía y donde había unos compañeros que esperaban su poderosa ayuda y la de su dinamita, la cual había demostrado que servía para cosas más importantes que extraer carbón. La misma noche los burgueses de Oviedo habían de quedarse lívidos de miedo y habían de estremecerse de rabia al ver la ciudad pulida y burguesa en manos de aquellos hombres que se pasan la mitad de la vida sin ver el sol.

IV.

**EL ASALTO DE OVIEDO
POR LOS MINEROS**

Oviedo único objetivo

Oviedo se presentó a los dirigentes del movimiento revolucionario de Asturias como un objetivo de primer orden: puede decirse que actuaron sobre la ciudad casi como finalidad única olvidando otros puntos estratégicos muy interesantes. Como factor psicológico, no había duda que la capital asturiana era necesario que fuera tomada y cuanto antes mejor. Para los obreros de Asturias, Oviedo es la ciudad donde se concentran las cabezas visibles de todas las fuerzas enemigas: la burguesía, el Estado y la Iglesia. Para los revolucionarios la toma de la capital era el triunfo de la revolución, ser señores de toda la región, y no tener la capital era una victoria incompleta. Esto explica los esfuerzos puestos en su conquista, aunque no justifica el abandono en que se tuvieron otros sectores indudablemente más interesantes desde el punto de vista de estrategia militar.

Fue seguramente obedeciendo esta necesidad de rendir a la revolución la ciudad donde se encontraban reunidas las representaciones de la fuerza del enemigo, e incluso una gran parte de las fuerzas propias, que los dirigentes responsables de la insurrección dieron orden de concentración inmediata sobre Oviedo tan pronto como fue asegurada la victoria en las cuencas mineras. En realidad, si los dirigentes no hubiesen dado la orden, los obreros, instintivamente, también habrían dirigido sus ataques contra la capital. En esto los obreros insurreccionados siempre demostraron tener un instinto que no les engaña. Las fuerzas que todavía no se habían rendido — pocas, por cierto—, al considerar Oviedo en manos de la revolución, sin tener contacto con las fuerzas que enviaba el Gobierno, huérfanas de jefes superiores responsables, se sentían perdidas.

Atendiendo, pues, a esta necesidad de estrategia psicológica, el viernes por la tarde, después de dejar organizada la revolución en los pueblos respectivos, en todos lugares se formaron columnas que, a pie o con camiones, se dirigieron hacia la ciudad. Estas fuerzas son las que el sábado día 6, por la mañana, entraban victoriosas por las calles de Oviedo.

El ataque y asalto fue una cosa heroica. Las fuerzas gubernamentales, con la moral perdida, convencidas de la derrota, por bien armadas que estuviesen, difícilmente podían resistir el valor y la decisión de aquellos hombres mal armados y peor resguardados que avanzaban llenos de fe en el triunfo de su causa, la cual sabían justa, y empujados por la moral que les daba el triunfo obtenido contra las fuerzas con las que se habían topado.

Era imposible que unos centenares de hombres mercenarios y un millar aproximado de soldados pudiesen oponer una resistencia poderosa al ejército de la revolución. Uno de los ejércitos tenía a su favor la coordinación de la jefatura, la disciplina, la superioridad de las armas, el terror a un código severísimo. El otro ejército en presencia puede decirse que no tenía nada de todo esto. Estas ventajas, que en una lucha armada realmente lo son, eran superadas por el entusiasmo, el valor, la fe en el futuro y la necesidad sentida por todos de cambiar el orden de cosas existente. Aquello, que en unos era superioridad material, en los otros estaba suplido por la superioridad moral. El ejército revolucionario sitia la ciudad.

El ejército revolucionario, que la noche del viernes sitió la ciudad de Oviedo, sabía que hallaría una seria resistencia; pero quería vencer y venció. El ataque empezó en los sectores del sur-este, sur-oeste y norte. Por el lado del barrio de La Aragañosa los revolucionarios que venían de fuera hallaron un buen soporte en las fuerzas organizadas del barrio. Tuvie-

ron que hacer el primer ataque a fondo contra el depósito de máquinas de la Compañía del Norte y contra la estación. Los revolucionarios de la ciudad, al no dejar guarnición en aquellos puntos, habían motivado el retraso de algunas horas en la toma relativa de Oviedo y la pérdida de varios compañeros en la lucha. Las fuerzas de asalto habían emplazado unas ametralladoras en los depósitos, que hacían imposible el paso por aquel lado y dificultaban la colocación de fuerzas por la parte baja de Monte Naranco, punto importantísimo para batir la ciudad. Las ametralladoras no dejaban de tirar, como no dejaban de tirar los fusileros. Era necesario desplazar al enemigo de su posición; de otra forma sería difícil dominar aquel sector de la ciudad. Los revolucionarios decidieron apoderarse de la posición costase lo que costase, y organizaron el ataque. La acción se presentaba difícil, pero no faltaron voluntarios decididos que se prestaron a intentar el ataque a fondo. La observación hecha por uno de los combatientes hizo que aquella acción, que se presentaba como algo casi imposible, pudiese hacerse con éxito, sin demasiadas dificultades. Todo consistía en que un par de hombres pudiesen pasar, protegidos por la oscuridad, sin ser vistos, la línea dominada por las ametralladoras. Pasado aquel punto las máquinas no podían bajar más el cañón debido a su colocación. El que consiguiera entrar en aquel sector, situado al pie de la muralla, con unas cuantas bombas podía obligar a callar a las ametralladoras. Se hallaron los voluntarios para la acción. Jugaron con suerte. Pudieron pasar la línea de fuego sin ser tocados, y al cabo de pocos instantes, instantes de angustia para los atacantes, estallaban dos bombas en el mismo sitio donde se encontraban las máquinas. El estallido fue recibido con un clamor de alegría y seguido del asalto inmediato. Las ametralladoras habían enmudecido, y los asaltantes, dejando dos muertos, habían huido. La fuerza hizo la retirada hacia la estación, donde un ofi-

cial se había hecho fuerte con una sección. Los revolucionarios, animados por el primer éxito, decidieron acabar inmediatamente con el otro reducto situado en la misma entrada de la calle Uría, la principal de la ciudad, la calle más burguesa de Oviedo, donde está situado el gran comercio. El ataque se hizo al principio utilizando una máquina de tren, en la que subieron un grupo de revolucionarios. Mal previsto, el asalto fracasó. No habían tomado la precaución de colocar planchas ni blindajes de ningún tipo a la máquina, y, además, algunos revolucionarios se pusieron por los flancos sin ni siquiera resguardarse con las defensas naturales que les ofrecía la máquina. Avanzaban dando el pecho, llenos de entusiasmo, pero su temeridad fue aprovechada por el oficial que mandaba la fuerza. La máquina tuvo que retroceder; dejaba un combatiente muerto y llevaba dos o tres heridos. Este fracaso no abatió su voluntad de vencer, no debilitó su valor. El ataque fue organizado de nuevo en toda regla, y al cabo de poco tiempo, con pocas bajas, la estación principal de Oviedo estaba en manos de la revolución. Los que hasta entonces habían sido los defensores se refugiaron en la llamada Casa Blanca o de Mármol, situada en plena calle Uría, de donde ya no habían de ser desalojados y desde donde causaron muchas bajas a los revolucionarios durante los días de los combates de Oviedo.

El otro sector de la lucha, el más fuerte, fue el de San Lázaro y San Esteban de las Cruces, lado por donde llegaron a Oviedo los mineros de Mieres, que tantos combatientes dieron a la revolución. Los de Langreo todavía estaban en plena lucha con las fuerzas de Sama.

La concentración por aquel lado empezó como en otros sitios, el viernes día 5, en el momento en que los revolucionarios de la ciudad iniciaban ataques en pequeños grupos contra las

patrullas que circulaban por las calles. En más de una ocasión y en más de un lugar los revolucionarios eran los amos de la calle, y las fuerzas, las de asalto especialmente, se hacían fuertes dentro de los edificios. Más de una vez los guardias, al refugiarse en las escaleras, cogían los primeros paisanos que hallaban a mano, sobre todo si eran obreros, y se los colocaban delante haciéndoles servir de parapeto contra los tiros de los revolucionarios. Era una táctica que las fuerzas del Gobierno utilizaron durante toda la insurrección, a pesar de que un periodista madrileño, el señor Bejarano, había de descubrir que los paisanos se presentaban voluntariamente a este deporte peligroso con tal de salvaguardar la preciosa vida de los guardias de asalto. Hizo este descubrimiento en Gijón al llegar con las primeras fuerzas de desembarco.

De madrugada empezó el ataque por el lado de San Esteban. Los revolucionarios iban armados con los fusiles tomados a las fuerzas rendidas o vencidas, con escopetas de caza, pistolas, revólveres y algunos fusiles que habían sido obtenidos durante los meses que se había hablado tanto de la revolución en los medios obreros, revolución que los socialistas tanto decían que preparaban. Con todo, se puede asegurar que los revolucionarios antes iban inermes que bien armados. Sus mejores armas eran el entusiasmo y el valor inaudito y, muy a menudo, temerario.

Los dinamiteros

Ahora bien; entre los revolucionarios había una selección que ha de pasar a la historia de la insurrección asturiana con todos los honores: los dinamiteros. Los dinamiteros eran los que formaban la avanzada de las columnas revolucionarias delan-

te de las cuales, con sólo sentir su proximidad, muy a menudo las fuerzas de la reacción abandonaban las posiciones. Eran vistos como semidioses por el pueblo obrero y como diablos escapados del averno por los burgueses y por los enemigos de la revolución. Formaban un pequeño grupo que, puesto en la vanguardia de las columnas de fusileros, abría paso de una forma inexorable. Si eran puertas aquello que se oponía al avance de la revolución victoriosa, las reventaban; si eran paredes, las derribaban; si eran hombres, o bien éstos se dispersaban para dejar paso libre a los revolucionarios o muy pronto estos últimos podían pasar por encima de sus cadáveres.

Los soldados no salían

De San Esteban de las Cruces, pasando por San Lázaro, a las primeras puertas de Oviedo, abundan los pequeños grupos de casas donde cualquier pandilla de hombres bien parapetados puede hacer difícil el avance del enemigo. Ganar aquellos barrios, unos dos kilómetros y medio, costó a los revolucionarios toda aquella madrugada y la mañana del día 6. Los revolucionarios que habían atacado Oviedo por el lado del Naranco hostilizaban fuertemente para impedir que las fuerzas pudieran acudir en auxilio de los que se batían por el otro lado y, sobre todo, para evitar que las fuerzas del regimiento número tres pudiesen intentar una maniobra para atacar a sus compañeros por detrás. La precaución era totalmente inútil si se tiene en cuenta el estado decaído de los oficiales y jefes del regimiento y el espíritu de los soldados. Poner a los soldados en contacto directo con la revolución y hacerlos salir a la calle era muy expuesto: equivalía a exponerlos a la desmorali-

zación, ambiente que rezumaba del entusiasmo revolucionario de todo el pueblo trabajador de Oviedo. Era más práctico y también menos peligroso para la vida de los jefes mantenerse cerrados en el cuartel y esperar. Aquellos jefes demostraron no tener valor para nada más. Si fuera cierto, como alguien ha querido suponer, que se mantenían en aquella actitud pasiva por estar comprometidos con los dirigentes revolucionarios, su actitud tampoco merecería ningún elogio. En todo caso les habría faltado el valor para decidirse a una acción determinada y no merecerían muchos respetos y, todavía menos, alabanzas. De todos los militares que pudiesen estar comprometidos con la revolución sólo había hecho honor a su palabra un sargento, el sargento Vázquez, que pagó su valor y el ser sargento con la vida.

Casa por casa, margen por margen, árbol por árbol, esquina por esquina, los mineros revolucionarios iban ganando aquellos centenares de metros que los separaban de Oviedo, el hito de la insurrección. Sabían que en la ciudad les esperaban unos compañeros que o faltos de fuerza suficiente o de jefes y medios, no habían podido llevar a cabo lo que ellos habían hecho en las minas, y hacía falta tomar Oviedo por encima de todo. Hacía falta llevar al triunfo a la revolución española. Los reaccionarios habían tenido la osadía de llegar al poder para destruir lo poco que la República había hecho por la clase trabajadora y para evitar que los obreros pasasen más allá. Era necesario hacerles ver que contra los obreros levantados en armas con voluntad de vencer nada podían los ejércitos mercenarios ni las milicias fascistas. Los soldados, hijos del pueblo, al entrar en contacto con la revolución, habían de ponerse al lado de los revolucionarios. Con esta fe, con una moral parecida, ninguna fuerza era suficientemente poderosa como para detener aquel alud.

Los dinamiteros de la calle Campomanes

Las pequeñas vanguardias de dinamiteros (la artillería de la revolución) se presentaban en la calle de Campomanes hacia las dos de la tarde del día 6. La mayoría de los que avanzaban no eran los mismos que habían iniciado el ataque. Buena parte de ellos habían caído ametrallados por los fusiles de las fuerzas revolucionarias. Sin embargo, jamás el lugar de un dinamitero estaba vacío. Cuando uno caía eran diez los que querían ocupar aquella avanzada de honor. Al caer uno de aquellos valientes era sustituido con todo orden por otro bravo que sabía que iba a ocupar el sitio de más peligro, pero también el de más honor. Todos ellos eran hombres escogidos, buenos conocedores de la dinamita. Nada más falso que decir que se lanzaran al ataque como unos iluminados sin juicio, perdida la razón, con un cartucho encendido en cada mano para hacerlo estallar con ellos. Sabían el arma terrible que tenían entre manos y sabían cómo la vida de un luchador siempre es preciosa para la revolución. Su modalidad de lucha, de acuerdo con las circunstancias, era osada, pero serena. Colgado por el cuello llevaban un pañuelo grande de hatillo lleno de cartuchos de dinamita, con mecha corta para evitar que el enemigo, al caer el proyectil, tuviese tiempo de recogerlo y enviarlo de nuevo a los atacantes. En cada mano, tantos cartuchos como cabían en sus dedos sarmentosos y fuertes. En la boca, un cigarro encendido. Cuando la circunstancia obligaba a utilizar la dinamita, los cartuchos pasaban con una gran ligereza del pañuelo a la mano, de la mano a la boca y de éste, por el aire, al lugar donde habían de estallar. Ningún enemigo era suficientemente potente como para resistir aquella modalidad de lucha, nueva en los anales de las insurrecciones. Alguna vez sucedía que el dinamitero al ir a lan-

zar su carga mortal, era atrapado por una bala enemiga y el revolucionario volaba hecho añicos con su dinamita. Casi nunca una fatalidad así era el producto de una actitud suicida y gratuita. Eran valerosos hasta allá donde convenía, temerarios hasta donde era necesario, pero, como hombres valerosos, eran lo suficientemente serenos como para no entregarse a la muerte de una manera inconsciente.

Una columna de unos cien hombres armados de la forma heterogénea que hemos dicho, precedidos de una vanguardia como ésta, era la que vieron avanzar los defensores de la placeta de Campomanes alrededor de las dos de la tarde. La mayoría de aquellos guardias de asalto y soldados parapetados ya habían tenido contacto con los mineros y habían ido retrocediendo hacia el lugar que creían casi inexpugnable. Los revolucionarios que avanzaban, muchos de ellos por en medio de la carretera, se vieron obligados a refugiarse en los portales de las casas que pocos momentos antes eran utilizadas por el enemigo. La lucha fue terrible. Unos defendían los últimos reductos con furia, y los otros, con entusiasmo, veían llegar el fin de aquella jornada gloriosa. La embestida de los revolucionarios no tuvo que durar demasiado tiempo. Su moral era difícilmente igualable, y la lucha se decidió a su favor. Los defensores de la ciudad burguesa abandonaban las posiciones poco a poco, y los revolucionarios se lanzaban a un ataque definitivo. Los dinamiteros, dando el pecho a los fusiles, se lanzaron como un rayo, y en pocos segundos, liberándose como por milagro de los tiros de sus enemigos, tenían la barricada a tiro de su terrible arma. Pocos segundos más tarde la barricada ya no era obstáculo. El paso al interior de la ciudad estaba expedido. La ciudad ya parecía un poco suya. Como un alud se lanzaban calle abajo, pero los primeros revolucionarios que cruzaron el espacio de la placeta de Campomanes cayeron a tierra y se revolcaban sangrantes! ¿Qué ha pasado?

Ninguno de los combatientes, ni los que dirigían el ataque, habían contado con un obstáculo que era imposible de divisar desde el lugar por donde avanzaban: la Comandancia de carabineros.

El ataque imprevisto y las bajas que causó desconcertaron un poco a los revolucionarios. Sin embargo, no tardaron en rehacerse. Hacía falta seguir adelante antes de que se rehiciera la moral del enemigo y pudiese tomar posiciones, las cuales después harían mucho más difícil la entrada a la ciudad. Rápidamente se organizó el asalto a la Comandancia, pero también se organizó la entrada a la ciudad. La placeta de Campomanes no tardó en ser reconocida como el rincón de la muerte.

El asalto a la Comandancia de carabineros no era tan fácil como parecía a primera vista. Un lugar defendido por poco más de una docena de hombres no se presentaba como una empresa difícil para aquellos mineros que en una mañana habían tomado dos barrios defendidos palmo a palmo y que el día anterior habían tomado más de una docena de cuarteles de la guardia civil y vencido más de dos compañías de asalto. Pero las calles de una ciudad son traidoras. Las casas esconden traidoramente al enemigo, que ataca de imprevisto. No era como en los pueblos de las cuencas, donde el enemigo, uniformado o no, había perdido toda la moral, y donde se consideraba seguro que nada podía oponerse al empuje de los revolucionarios. Los revolucionarios habían de aprender esta verdad a cambio de la vida de muchos compañeros durante los diez días que fueron señores de las calles de la ciudad. El edificio de la Comandancia estaba situado en la esquina de dos calles estrechas, y, en sesgo, sus ventanas enfilaban la placeta de Campomanes. Esta coincidencia había hecho que muchos revolucionarios, seguros de la victoria, cayesen

cuando más confiados avanzaban.

La toma de la Comandancia de Carabineros se convirtió en un pleito de honor de la revolución. Grupos organizados especialmente la atacaron continuamente utilizando todos los medios a su alcance. Participó activamente en la organización del ataque el sargento Vázquez. Las fuerzas atacantes se veían obligadas a actuar en los dos callejones indicados, y los movimientos eran muy difíciles. En cambio, los sitiados con poco esfuerzo podían causar muchas bajas a las filas de los obreros. El ataque de los revolucionarios se extremó por la noche, cuando era menos peligroso acercarse al edificio. ¡Habría sido una barbaridad hacer lo que algunos pretendían lanzar a la gente contra la casa para terminar de una vez! A medida que los atacantes pudieron emplear posiciones más próximas a la Comandancia, al ataque de fusilería se añadió el de bombas y cartuchos de dinamita, cosa que desmoralizó a los sitiados, y, finalmente, a las once de la mañana, los revolucionarios podían apoderarse de aquel reducto desde donde tantas bajas les habían causado. Algunos de los defensores del edificio, al entrar los revolucionarios, todavía intentaron defenderse con las culatas de los fusiles, pero pronto fueron reducidos y hechos prisioneros. Un comandante y dos de los carabineros intentaron escaparse para unirse a las fuerzas que todavía luchaban contra la revolución, y cayeron muertos. Los otros fueron llevados prisioneros a Turón, donde el comandante y el teniente coronel fueron fusilados después de haberles hecho un consejo de guerra.

Este episodio de la Comandancia de carabineros de Oviedo fue uno de los más sobresalientes de la defensa de la ciudad por las fuerzas del Gobierno, y también uno de los más costosos para las fuerzas de la revolución los primeros días de lucha. Pero para los revolucionarios la toma de aquel edificio

significaba la vía libre hacia las cuencas mineras, hacia los campos de reclutamiento de soldados para el ejército de la revolución. El tribunal que juzgó a los defensores de aquel reducto obró como en la guerra; al ser vencida la insurrección, los defensores de la Comandancia no responsables de la dirección, pudieron escapar todos.

Al cabo de pocas horas los habitantes de Oviedo pudieron leer el primer bando de la revolución que prevenía contra los desertores y ordenaba la constitución de la guardia roja para mantener el orden. ¿Por qué no el ejército rojo para llevar la lucha adelante? Es una distinción que es necesario hacer entre la ciudad y las minas.

El bando dice:

BANDO

Hacemos saber:

Que el Comité Revolucionario, como intérprete de la voluntad popular y velando por los intereses de la Revolución, se dispone a tomar con la energía necesaria todas las medidas conducentes a encauzar el curso del movimiento. A tal efecto disponemos:

1.º El cese radical de toda clase de pillaje, previniendo que todo individuo que sea cogido en un acto de esta naturaleza será pasado por las armas.

2.º Todo individuo que posea armas en su poder debe presentarse inmediatamente ante el Comité a identificar su personalidad. A quien se coja con armas en su domicilio o en la calle, sin la correspondiente declaración, será juzgado severísimamente.

3.º Todo el que tenga en su domicilio artículos producto del pillaje o cantidades de los mismos que sean producto de ocultaciones, se les conmina a hacer entrega de los mismos inmediatamente. El que así no lo haga se atenderá a las consecuencias naturales como enemigo de la Revolución.

4.º Todos los víveres existentes, así como artículos de vestir, quedan confiscados.

5.º Se ruega la presentación inmediata ante este Comité de todos los Comités directivos de las organizaciones obreras de la localidad, para normalizar la distribución y consumo de víveres y artículos de vestir.

6.º Los miembros de los Partidos y Juventudes obreras de la localidad deben presentarse inmediatamente con su correspondiente carnet para constituir la Guardia Roja que ha de velar por el orden y la buena marcha de la Revolución.

V.

**LA LUCHA DE LOS MINEROS
EN OVIEDO**

¡Viva la revolución social!

Vencido aquel obstáculo de la entrada de la ciudad, los revolucionarios se esparcieron por sus calles. Fueron recibidos por el pueblo con el puño levantado y gritos de ¡Viva la revolución social! En cada calle que ganaban a las fuerzas del Gobierno, la paz hacía su entrada. Tan sólo los burgueses temblaban tras las cortinas de sus ventanas. ¡Los temidos mineros habían llegado a Oviedo! ¡Su tranquilidad se había terminado!

El trato a los prisioneros

Los revolucionarios, sin embargo, tenían otro trabajo. Hicieron prisioneros, sí, pero los llevaban al Instituto, donde habían establecido la prisión revolucionaria. Allí los presos habían de pasar por las mismas vicisitudes, ni más ni menos que los revolucionarios. Comían cuando los revolucionarios tenían para comer, ayunaban cuando los revolucionarios ayunaban. Los mismos prisioneros lo han tenido que reconocer más tarde en los consejos de guerra. Fernández Ladreda y todos los otros reconocen que fueron bien tratados. Unos afirman, sin embargo, que lo fueron porque conocían algún revolucionario, y otros, porque no fueron identificados. Todos los acusan de mala intención hacia los otros. Ellos, a pesar de que saben mentir, delante de sus acusados no tienen suficiente valor para mentir de una manera cristiana. Prieto, obrero tranviario, uno de los jefes de la prisión del Instituto, decía a sus jueces en el consejo de guerra el mes de abril de 1935; —Ya querría yo y ya querrían todos mis compañeros

haber sido tratados de la misma forma que nosotros tratamos a los prisioneros de la revolución.

El Comité de Aprovisionamiento

En un primer momento los revolucionarios estaban absorbidos por otro trabajo que no era precisamente perseguir burgueses. Hacía falta tomar del todo la ciudad, y el trabajo había de ser duro. El ayuntamiento sería cosa de pocas tablas. Un cartucho de dinamita estalló bajo la vuelta de la galería, y el edificio fue de la revolución. A continuación se instalaba allí el Comité de Aprovisionamiento.

En el Ayuntamiento fueron centralizadas las oficinas de aprovisionamiento, y los revolucionarios y simples ciudadanos no combatientes allí acudieron para obtener la ración que les tocaba, siempre corta, sobre todo para los revolucionarios, ya que la gran mayoría se hallaban en una ciudad desconocida donde no tenían a nadie que hubiera podido acumular reservas para ellos antes de estallar la insurrección. Un vale del Comité de Aprovisionamiento era una orden, y ningún tendero tenía valor suficiente para rehusarlo. Pasó, sin embargo, un fenómeno común en todas las revoluciones: los tenderos, la pequeña burguesía, gran parte de éstos que después aplaudieron la entrada de la Legión, aunque al principio la maldijeran, acudieron a las oficinas del Comité de Aprovisionamiento a ofrecer sus establecimientos y a ofrecerse ellos mismos para lo que hiciera falta. Siempre se dan al vencedor del momento.

Las fuerzas de asalto en la calle Uría

Los combatientes por su lado no descansaban. Fuerzas de asalto se hicieron fuertes en algunas casas de la calle de Uría, y hubo que desalojarlos. El ataque fue difícil: los guardias estaban parapetados y los revolucionarios tenían que atacar a pecho descubierto. El Campo de San Francisco, justo enfrente de donde estaban situadas algunas de las casas, se convirtió en una especie de ratonera. Los troncos de los árboles fueron una buena protección, pero no lo eran ni la hojarasca ni los setos recortados. Algunos revolucionarios cayeron entre el verdor del parque. Un revolucionario que pudo escaparse de las manos de los guardias, de los cuales hasta entonces estuvo prisionero, orientó para organizar el ataque con probabilidades de éxito. Una casa que hace esquina con la calle Uría y el parque pudo ser tomada por detrás y desde allí se pudo bombardear con dinamita la casa donde estaban parapetados los guardias. La operación fue llevada a término sin más bajas y, al cabo de pocos momentos los guardias eran conminados a abandonar su posición si no querían morir quemados con el edificio. No quisieron rendirse, quisieron poner dificultades a la salida de los vecinos, a los cuales los revolucionarios invitaron a salir y a dejar solos a los guardias. Estos, temerosos por sus vidas —después lo ha contado uno de los vecinos— no quisieron quedarse solos. La energía de alguien se impuso. El mismo caso tuvo que pasar después en el Hotel Covadonga, donde se hallaban refugiados hombres como Fernández Ladreda, que salvó su vida, como los otros, gracias a la insistencia de los revolucionarios. Evacuada la casa los revolucionarios pusieron en marcha inmediatamente su artillería, la dinamita, contra la casa, una casa vieja en la cual estuvo instalado un café donde se reunían muchos miembros de parti-

dos obreros. El edificio ardió con el café y también ardieron las casas de los lados. Los vecinos de estas casas lanzaron por el balcón todo lo que pudieron. La calle parecía un baratillo. Cada familia procuró salvar de las llamas aquello que más estimaba. Se llevaron de la casa aquello que el fuego les daba tiempo a sacar. Poco sabían ellos que al cabo de dos semanas aquellos que se decían enviados para salvarlos de la salvajada de los revolucionarios que los ayudaban a salvar los muebles les habían de dejar sin lo poco que les quedaba. Poco trecho más allá quedaba, y quedaba todavía, el Peñalva, el café de la burguesía de Oviedo. Nadie le hizo nada.

El incendio del Teatro Campoamor

Los guardias de asalto, desde su cuartel, viendo que los revolucionarios se acercaban por uno y otro lado, incendiaron el Teatro Campoamor. Fue una medida estratégica lógica. Si los revolucionarios hubiesen podido tomar el teatro, el cuartel de asalto no hubiera tardado en caer en sus manos. También fue lógico que después el Gobierno y el mismo general López Ochoa, que sabían muy bien quién había quemado los edificios de Oviedo, quisieran cargar el teatro en la cuenta de los revolucionarios. El jefe de los guardias de asalto, al incendiar el teatro, si bien tomó una medida estratégica razonable, al hacerlo denotó que no tenía demasiada confianza en sus fuerzas. El teatro era una posición admirable para el dominio de aquel lado de la ciudad y habría resultado una prolongación del propio cuartel. No somos nosotros, sin embargo, los que hemos de pedir serenidad ni responsabilidades a un jefe de guardias de asalto; estamos satisfechos si podemos poner de manifiesto que casi siempre actuaron con mucha más pruden-

cia y, sobre todo, con mucha más abnegación y más valor los revolucionarios que las fuerzas gubernamentales, a pesar de que los primeros estaban faltos de aquella unidad de acción tan necesaria militarmente.

Las fuerzas gubernamentales se hicieron fuertes sobre todo en el Gobierno Civil, en el cuartel, en la cárcel, en la Casa Blanca y, lugar fatal', en las torres de la catedral. La toma de la Diputación y del Banco de España, guardado éste, por carabinieri, sí bien no fue algo demasiado fácil, tampoco se presentó como una operación difícilísima. Después de lo que podríamos decir batalla del Campo de San Francisco, tomadas ya algunas de las casas de la calle de Uría, se pudo organizar el ataque por dos lados, y, siempre con la ayuda de la dinamita, se consiguió tomar aquellos edificios que eran posiciones de primera calidad para la dominación de la ciudad. Una vez tomada la Diputación, la toma del Hotel Inglés, donde se habían hecho fuertes un grupo de guardias de asalto, fue una acción relativamente fácil. Los guardias sitiados en el Hotel Inglés con paisanos, entre los que se hallaba el doctor N., querían hacer correr su suerte a los no combatientes que había con ellos. El doctor N. tuvo que imponer su autoridad. Sabía que los revolucionarios no les harían nada y que, al contrario, les ayudarían a salir del sector del fuego. El mismo pactó la rendición. Los paisanos fueron evacuados, y los guardias, unos huyeron y los otros fueron hechos prisioneros. Al cabo de pocos momentos ardía la casa donde estaba el hotel, y en la calle de Fruela se reprodujeron las escenas de la calle Uría. El fuego, imposible de ser parado sin la ayuda técnica de los bomberos y sus instrumentos adecuados, pasó a tres casas más de al lado. La ciudad no era ni de los revolucionarios ni de las fuerzas gubernamentales. Ni unos ni otros podían actuar con suficiente tranquilidad como para reorganizar los servicios municipales. Durante todo el movimiento

había de ser igual. A esta causa se debe la fábula del fraile quemado en el Campo de San Francisco. La parte alta de este parque es uno de los rincones menos batidos, y por no ser visto desde la catedral, los revolucionarios quemaron un cadáver tendido en aquel lugar desde hacía tres o cuatro días. Empezaba a entrar en descomposición y no había forma, tiempo ni gente para cogerlo y llevarlo al cementerio. Optaron por el sistema más corriente y más aconsejable en casos parecidos: quemarlo. Es lo que se hace en toda guerra como mejor medio de evitar infecciones. Si aquel cadáver era de un revolucionario o de un guardia de asalto muerto en lucha, es algo que no se ha podido establecer todavía, pero sí que es seguro que no era el padre Eufrasio, como decían los diarios de Madrid, los cuales fueron desmentidos por la presencia del interesado en la capital de la República, a pesar de que el buen fraile, con perfecta unción cristiana, viendo la campaña que se hacía con su muerte no dijo nada hasta que fue descubierto. La Iglesia y Dios mandan no mentir, ¡pero no dicen si es pecado dejar mentir por cuenta ajena!

Cañones y ametralladoras

Entrados los mineros en Oviedo por el lado de San Lázaro, y asegurada ya con anterioridad la comunicación con Trubia, se organizó el transporte de cañones y ametralladoras hacia Oviedo. Las pocas ametralladoras de que disponían hasta entonces los revolucionarios no eran suficientes para organizar con éxito la toma de los reductos donde se habían refugiado las fuerzas gubernamentales. Se emplazaron diversos cañones en Naranco y por el lado de San Lázaro. La misión de unos y otros era atacar la catedral, el Gobierno Civil y los lugares

donde se parapetaba la fuerza. Los de Naranco estaban destinados especialmente a proteger la toma de la cárcel y la fábrica de armas. La artillería era de poca efectividad militar. Los obuses salían de la boca de los cañones y generalmente iban allá donde los destinaban los artilleros, pero no causaban más daño que el que producía el proyectil al caer. Sin espoleta no estallaban. En cambio, uno de los cañones de Monte Naranco estalló y produjo unas diez bajas a los revolucionarios.

La cárcel

Lo que ocurrió en la cárcel es realmente difícil de comprender. Los revolucionarios dedicaron gran parte de sus esfuerzos en tomarla, pero no lo consiguieron. Esto no es lógico si se tiene en cuenta cómo fueron tomados otros lugares bastante más difíciles. Mientras duró el bombardeo del cañón, los presos, que fueron dejados salir de sus celdas, iban de un lado al otro del edificio, según donde caía el último proyectil. El director les propuso salir. A los únicos presos del edificio que interesaba realmente salvar a los revolucionarios eran los del contrabando de armas. Entre ellos había un hermano de González Peña. Deliberaron y acordaron una actitud incomprensible: no querer salir. Si salían y la insurrección era vencida—no se entiende cómo en aquellos momentos podían pensar esto—, su situación se habría agravado. Se quedaron en la cárcel, y durante todos los días que duró la lucha en la ciudad la cárcel fue atacada, pero sin un verdadero propósito deliberado de asaltarla. Unos tuvieron miedo de dejar escapar los presos de delitos comunes; otros temían que el asalto costara la vida a los presos del interior. Y los del interior, además del temor que tenían de complicar la vida a la revolución con la

liberación de presos que al estar en la calle posiblemente se dedicaría al pillaje, hubo el temor, menos perdonable, porque se basa en un sentimiento poco revolucionario y egoísta, de complicar su situación legal si se evadían. Las fuerzas al entrar en Oviedo hubieron de hallar, pues, en la cárcel a todos aquellos hombres que hubieran podido ser combatientes.

El ataque a la fábrica de armas de la Vega

El ataque a la fábrica de armas de la Vega fue uno de los episodios más heroicos de la lucha en Oviedo. Organizado posiblemente por el sargento Vázquez y por Dutor, fue llevado a término como una operación militar. La guarnición era de unos ciento veintidós hombres con su oficialidad. Además, había la oficialidad de la fábrica de armas, así como fue una gran página de la insurrección, es una de las menos honorables para los jefes de las fuerzas destacadas en la capital asturiana. Un regimiento de infantería a sus órdenes, más de mil hombres, una compañía de zapadores que vinieron de Gijón el día 5, y con toda esta fuerza no fueron capaces de oponerse al empuje de unos tres centenares de revolucionarios mal armados y con una dirección técnica no de primera calidad, a pesar de que la calidad técnica era suplida por los dirigentes del asalto y los soldados de la revolución con el entusiasmo que no podían sentir los de dentro. El teniente coronel Moreno fue quien dio la medida justa del espíritu de la oficialidad al replicar a un capitán que le incitó a luchar. «Sólo se muere una vez» y se dejó caer en una butaca, dijo el capitán Toledo, de la guardia civil, en su declaración al consejo de guerra. Los coroneles, tanto el del cuartel de Pelayo como el de la fábrica, demostraron una impericia total al dejar que los

revolucionarios, al entrar en la fábrica, hallasen intactas las armas que habían de ser preciosas para la revolución. Lo que había de faltar siempre en la insurrección fueron las municiones. La toma de la fábrica de La Manjosa no aportó sino dinamita, y la dinamita, a pesar de ser el arma más apreciable de la revolución, no podía serlo todo. Con sólo dinamita no se puede luchar contra tropas disciplinadas y armadas.

El ataque a la fábrica duró tres días. El tercero, los revolucionarios, abierta una brecha en el muro que daba la vuelta al edificio, pudieron entrar. No hallaron ningún enemigo: sólo un soldado, abandonado por sus jefes en un puesto de guardia alejado del centro. El soldado, el primer momento, se vio perdido; pronto, sin embargo, se dio cuenta de que los hombres que habían tomado la fábrica no eran sus enemigos, sino sus hermanos. Más tarde, en un consejo de guerra, hubo de declarar que había sido abandonado en aquel lugar durante más de veinticuatro horas y que no le habían avisado al abandonar la fábrica las tropas. La toma de la fábrica proveyó de material de guerra de primera mano a la revolución. Según las estadísticas oficiales, los revolucionarios se apoderaron de treinta mil fusiles, que fueron repartidos por toda la zona dominada por la revolución. También se apoderaron de más de un centenar de ametralladoras entre pesadas y ligeras. La revolución ya no estaba falta de armas, pero, en cambio, en cada momento había de sentir más penuria de municiones.

El cuartel de Pelayo

Tomada la fábrica de la Vega, era necesario pensar en la toma del cuartel de Pelayo, donde se hallaba sitiado el regimiento de infantería número tres, compuesto por unos novecientos

hombres, las fuerzas escapadas de la fábrica y una de las compañías de zapadores venidas de Gijón. En esta operación falló la iniciativa de los revolucionarios. La moral de las tropas no era nada buena, los oficiales y jefes estaban cargados de miedo, y en cambio, la revolución no consiguió tomar el cuartel. No hay duda que la operación era un poco difícil y que, por poca resistencia que los de dentro opusieran al ataque, el asalto habría sido difícil; pero, por la relación que el capitán de zapadores Torres hace, y que veremos dentro de pocas páginas, se entrevé que el ataque no estaba organizado con la misma pericia ni con la misma fe en la victoria que el de la fábrica. Es indudable que el asalto al cuartel, si se hubiera hecho, habría costado muchas bajas a las fuerzas revolucionarias, pero tampoco se puede dudar que la caída de una posición de aquella categoría era una victoria muy necesaria para la moral revolucionaria. Se puede dar como seguro que la mayoría de los soldados, en caso de ser tomado el cuartel, se habrían sumado a la insurrección, y aquel millar de hombres, además del refuerzo de material humano que representaban, significaban un refuerzo de carácter moral inapreciable. Los uniformes de los soldados, mezclados con las ropas civiles de los revolucionarios habrían podido servir para demoralizar a las fuerzas que fueran a atacar la región. Los esfuerzos heroicos invertidos en torno al Gobierno Civil desde un punto de vista estratégico e incluso técnico habrían sido de más utilidad orientados hacia la toma del cuartel, donde, de pasada, la moral de los combatientes era muy inferior a la del Gobierno Civil. El documento del capitán Torres nos demostrará que en el ataque del cuartel faltó la iniciativa, que se dejó a las fuerzas reaccionarias, las cuales pudieron asaltar las casas de los alrededores sin hallar en ellas ningún enemigo. Los revolucionarios no habían tomado tampoco el arbolado de los alrededores, que, nos dice el capitán Torres, hizo cortar

a sus soldados. Es posible que se pueda dar como buena la versión que algunos de los que participaron en la lucha defienden: que los responsables de la revolución no quisieron la responsabilidad de la lucha que se habría entablado entre soldados hijos del pueblo y revolucionarios. La explicación es plausible, pues estos golpes de sentimentalismo son corrientes en las revoluciones. Nunca el enemigo de la clase trabajadora tendrá los escrúpulos de conciencia que demuestran los revolucionarios. La revolución es generosa por propio impulso, va hacia el futuro y se siente capaz de cualquier generosidad con los mismos enemigos que sabe que, en la misma circunstancia, no serían generosos con los revolucionarios vencidos. En cambio, la reacción, la burguesía, que no se defiende ella misma, sino que hace matar en su defensa a mercenarios o a los hijos del pueblo que conduce el ejército, difícilmente se siente generosa. La insurrección de Asturias, como antes la de Austria, es una prueba manifiesta. Cada generosidad de los revolucionarios con los vencidos había de ser pagada después con sangre y odio. Al no atacar a fondo el cuartel de Pelayo, los revolucionarios cometieron un pecado de generosidad, que no había de aportar ningún provecho a la insurrección, y, en cambio, le había de causar muchos perjuicios. Ni el mismo capitán Torres ni el capitán de la otra compañía de zapadores que fue de Gijón a Oviedo hablan tampoco de los pretendidos ataques de los revolucionarios con columnas de prisioneros al frente: eso demuestra la fantasía de las informaciones que lo aseguran. Nos explican, en cambio, cómo los reaccionarios quemaron las casas de la ciudad de tal manera que una gran parte de las destruidas puede decirse que fueron incendiadas por las tropas o bien por la aviación y las fuerzas que entraron en Oviedo después de vencida la insurrección.

El diario de operaciones del capitán Torres

La primera parte del diario de operaciones de la tercera compañía, la que se refiere a la lucha en la Fábrica de Armas de la Vega y en el cuartel de Pelayo, dice:

BATALLÓN DE ZAPADORES MINADORES N.º 8 Diario de operaciones de la 3.ª Compañía

Octubre:

Día 5.—A las órdenes del comandante Sotillo y formando Grupo con la 1ª Compañía, se emprende la marcha en autocares con dirección a Pola de Siero, llegando a las siete de la tarde; se recibió orden de continuar a Oviedo, pernoctando en el Cuartel Pelayo.

Día 6.—Se recibió orden del Comandante, en unión de una sección de ametralladoras del Regimiento de Infantería número 3, de auxiliar a una Compañía de Asalto que luchaba con los revoltosos en las proximidades de San Lázaro, estableciendo contacto con ella aproximadamente a las nueve y media horas; se trató de iniciar un movimiento envolvente que no pudo llevar a cabo por verse obligada la Compañía de Asalto, bajo la presión enemiga, a retirarse a la calle Uría, en vista de cuya situación se emprendió repliegue escalonado hasta la calle de Campomanes, donde se organizó la defensa. Durante él, la compañía sufrió las siguientes bajas: Heridos, Cabo Jesús Fernández López y Zapador Manuel Neiro, y desaparecidos, Cabo Ángel Merayo y Zapadores Luis Valdés Álvarez, José Ibarra, Casimiro Llama-zares, José Suárez Valdés, Cesáreo Saa y Maximino Iglesias.

Establecida comunicación telefónica con el Cuartel se reci-

bió orden de retirarse a él, lo que se llevó a cabo a las 15 horas y media, donde se montó el servicio en el sector asignado por el mando y transcurrió la noche sin más novedad.

Día 7.—Se montó servicio en el parapeto exterior del frente N. Al oscurecer se intentó la voladura de un edificio próximo al Cuartel desde el cual se nos hacía intenso fuego. Saliendo a efectuarla el Capitán Torres, Teniente Vega y uno de regulares de Caballería, cuyo nombre se ignora, acompañados de cuatro Zapadores; se colocó la carga de 15 kilogramos de trilita y un proyectil de 10'5 recogido sin explotar, no consiguiendo por completo el objetivo por no ser exactos los informes que sobre la solidez del edificio se habían recibido. Durante la noche el servicio se retiró al segundo piso.

Día 8.—Se montó el mismo servicio exterior que el anterior, procediéndose con parte del personal de este servicio a despejar el campo de tiro, talándose la mitad del arbolado exterior.

Al oscurecer, una sección de 20 hombres, al mando del Teniente Vega, marchó a la fábrica de armas, de donde regresó aproximadamente a las dos horas al evacuarse aquélla, resultando heridos los Zapadores Manuel González López y José Díaz Fernández y desapareciendo Ángel de la Rúa.

Otra sección al mando del Capitán procedió a aspillar y fortificar el picadero del Cuartel, donde quedó montado parte del servicio de noche.

Día 9.- Con el mismo servicio del día anterior, resultando herido leve a consecuencia del bombardeo el Zapador Manuel González Fernández.

Se procedió a la reparación de los más urgentes desperfectos causados por el bombardeo.

Al oscurecer fue intensamente atacado el Cuartel con fuego de fusilería y petardos de dinamita, contestándose en idéntica forma con bombas de mano improvisadas con cartuchos de trilita, rechazándole en los cuatro intentos que llevó a cabo.

Día 10.—El servicio, en idéntica forma que en días anteriores.

La mayoría de las bajas causadas a los revolucionarios en Oviedo fueron a causa de nidos enemigos establecidos por tejados y buhardillas. Ahí se refugiaron muchos francotiradores y residuos de las fuerzas derrotadas en las entradas de la ciudad. Eran lugares difíciles de descubrir y desde donde era fácil hacer blanco contra los revolucionarios, los cuales se veían obligados a circular por la calle, tanto para socorrer a los compañeros que luchaban como para llevar alimentos a enfermos y heridos como para llevarlos a hospitales y sanatorios establecidos en casas de la alta burguesía de la ciudad. Uno de estos sanatorios estaba establecido en la casa de Melquíades Álvarez, la cual, a pesar de ser quien es, fue dejada después sin sufrir ningún desperfecto por los revolucionarios.

Las torres de la catedral

Uno de estos nidos, el más peligroso, era el de las torres de la catedral. Era un punto dominante que tenía a tiro de fusil una gran parte de la ciudad y una buena porción de sus contornos. Puede decirse que no había calle que no presentara un trozo u otro al fuego que podía hacerse desde aquellas torres. Su posesión era preciosa. El episodio de la catedral de Oviedo fue un episodio que ha de enseñar mucho en materia insurreccio-

nal. Es casi seguro que los dirigentes de la insurrección nunca pensaron que fuera una posición tan preciosa, y no puede creerse, dada la falta de iniciativa de los jefes de las fuerzas de Oviedo, que los guardias de asalto hubiesen ocupado aquel punto de una manera meditada. Lo más probable es que una cuadrilla de guardias fugitivos de las fuerzas revolucionarias buscaran refugio dentro del templo y fuesen acorralados en las torres, donde se hicieron temibles e inaccesibles al asalto.

La lucha de los revolucionarios por la posesión de la catedral fue épica. Fue una de las operaciones que costó más bajas a las filas revolucionarias, sin que el fuego que ellos hacían contra el enemigo pudiese ser demasiado eficaz. La voladura de la Cámara Santa fue el primer intento serio de asalto. Por ninguna de las fachadas la entrada a la catedral era posible. Era necesario intentar entrar por los flancos, y la dinamita abrió paso a través de la Cámara Santa, «joya del siglo X», es cierto, pero su pérdida parcial, pues el mismo Víctor de la Serna, en su opúsculo vil que hizo a sueldo, se cansa de presentar joyas artísticas que, a su decir —no pudieron ser destruidas por los revolucionarios—, no fue sino una necesidad de guerra. Los mismos días las tropas gubernamentales no tenían el menor escrúpulo en destruir la pequeña iglesia románica de Santa Cristina de Lena, del siglo IX. Claro que el señor Víctor de la Serna, uno de los hombres que más se escandalizaron por los hechos de Casas Viejas, cuando habla de la destrucción de la pequeña iglesia por las tropas, se cuida mucho de echar la culpa a los revolucionarios por haberse hecho fuertes allí, argumento que podía ser aplicado en el caso de la Cámara Santa. No se puede exigir a los obreros en lucha un respeto que no tienen las fuerzas gubernamentales, al fin y al cabo, más obligadas que nadie a respetar las joyas que honran el país. Nuestra moral no sabe comprender cómo los Estados en lucha pueden destruir la catedral de Reims,

cómo el Gobierno puede dar orden de destruir la Generalitat de Cataluña, si se ofrece resistencia, a pesar de tratarse de una joya de primer orden, cómo el mismo Estado puede tener una catedral como la de Lérida convertida en cuartel, a pesar de tratarse de una joya artística de gran calidad, y cómo, en cambio, los revolucionarios han de ser considerados unos criminales por haber volado la Cámara Santa, destruida en defensa propia y para ver si podían evitar las muertes que de combatientes y no combatientes producían las fuerzas refugiadas en la catedral.

La voladura de la Cámara Santa

No apreciando la posición estratégica de la catedral y, sobre todo, de sus torres, cuesta comprender cómo los revolucionarios invirtieron tantas energías para intentar ocuparla. Sólo hace falta tener en cuenta que los puntos más alejados de la ciudad, hasta en lugares como San Lázaro y Monte Naranco, cayeron personas heridas por los tiros de los defensores de la catedral, los cuales se dedicaban con preferencia al deporte de la caza del hombre. La voladura de la Cámara Santa hizo a los revolucionarios amos de la planta baja de la catedral. Los guardias de asalto ya no podían bajar de las torres. Allí habrían sucumbido de hambre o de sed en el caso de que las fuerzas del general López Ochoa y de Yagüe no hubieran llegado a tiempo de salvarlos. No tenían agua ni comida. Era imposible hacerlos salir de su guarida asaltándola. La escalera de caracol que llevaba al lugar donde se hallaban era fácilmente defendible, e intentar subirla era un suicidio. En un momento de desesperación, uno de los guardias bajó a la nave de la iglesia en busca de algo para comer o beber. ¡Quién sa-

be si en aquella angustia que produce la sed pensaba en otras circunstancias parecidas, sitiado por los moros en un rincón de Marruecos sin poder beber agua durante diez o doce días, mientras los generales que lo habían abandonado, a él y a sus compañeros, disfrutaban del confort de un buen hotel en Tetuán o Melilla! La sed es un enemigo difícil de vencer, y bebiendo un sorbo de agua que le moje la boca muere feliz. Aquel guardia de asalto, menos fuerte que sus compañeros, bajó y, como un loco, se lanzó hacia la pila de agua bendita. Al ver aquel enemigo los revolucionarios que dominaban la planta baja hicieron fuego contra él y lo tocaron el mismo momento en que sus labios se mojaban en aquella agua que tampoco le habría calmado la sed. En el templo de los católicos, el sediento de agua, de comprensión o de justicia no halla nada que le pueda satisfacer su necesidad. El agua de las pilas es salada, y el alma y el corazón de los sacerdotes de la religión hacia los necesitados acostumbran a ser de una dureza igual al granito o al mármol. Aquel pobre desdichado caía muerto cuando creía haber hallado una liberación, y la bala que lo tocó le libró de sufrir la terrible desilusión que le esperaba.

Y en este caso de la catedral volvemos a encontrarnos ante un sentimentalismo, perfectamente comprensible, de los revolucionarios. La destrucción de la catedral por la dinamita no habría sido fácil, pero no imposible. Con la artillería emplazada en Naranco y en San Lázaro habrían podido hacer objeto de su blanco aquel nido de tiradores que causaban bajas en toda la ciudad. Se llegó a lanzar algún cañonazo, y cuando se vio que los proyectiles podían destrozar las torres góticas, una obra de arte, es cierto, pero obra de arte puesta como siempre al servicio de los enemigos de la clase trabajadora, prefirieron sufrir los efectos de aquel tiroteo continuado a destruir aquello que difícilmente podría ser alguna vez reconstruido. Los

revolucionarios incluso a costa de la vida de muchos de ellos, demostraron una sensibilidad superior a la que habrían demostrado en un caso parecido las fuerzas de este Estado encargado de la custodia y conservación de las joyas artísticas. El episodio de Lunatxarski dimitiendo cuando se le dijo que las fuerzas de la revolución destruían el Kremlin no es único en la historia de las revoluciones. En más o menos proporción hallaremos en todas las revoluciones, como hallaremos en todas las luchas contra las revoluciones episodios como el de la iglesia de Santa Cristina de Lena, que no la salvó de la artillería del ejército ni su vejez ni su valor de monumento único.

El ataque al Gobierno Civil

Las fuerzas revolucionarias también concentraron gran parte de sus fuerzas en el ataque al Gobierno Civil, lleno de actos de heroísmo por parte de los revolucionarios. Ocuparon casa por casa luchando con fusiles viejos y casi sin municiones. Cayeron en su poder la Delegación de Hacienda, el palacio del Obispo y otros edificios a medida que se acercaban a esta otra meta la cual tampoco pudo ser conseguida. La Delegación de Hacienda, el palacio de Justicia y el del Obispo tuvieron que ser quemados una vez tomados y desalojados por los pocos inquilinos que esperaban el ataque y el asalto. Más cerca del Gobierno Civil tomaron el convento de monjas de San Pelayo. Las monjas estaban dentro. No tuvieron tiempo de huir o no tuvieron miedo. Los revolucionarios, al hallarse dentro del convento con las monjas asustadas, al mismo tiempo que se preocuparon por la defensa de la casa y de preparar el ataque, se preocuparon de la seguridad de aquellas mujeres, las cuales no podían sino considerar aquellos mine-

ros como demonios salidos del averno. El miedo y el instinto las hizo obedientes y se dejaron llevar a una parte del edificio, la menos batida por el fuego del enemigo, y allá fueron socorridas por los revolucionarios, que se preocupaban más de las vidas de aquellas mujeres que de las propias. Poco podían pensar aquellas religiosas que aquellas fuerzas que, destinadas a defenderles la vida y la hacienda, aquellas fuerzas que habían huido ante el empuje de aquellos diablos que levantaban el puño, disparaban y siempre gritaban UHP, habían de ser precisamente los que, sin previo aviso, habían de prender fuego al convento sin preocuparse de la vida de las monjas. Esto nos muestra cómo habrían obrado aquellas fuerzas en el caso de que hubieran tenido que luchar contra revolucionarios refugiados en las torres de la catedral. Si la vida de aquellas mujeres les preocupó tan poco, hasta el extremo de prender fuego al convento sin dar tiempo para que lo pudieran abandonar, ¿cómo habrían obrado contra unas paredes, por artísticas y viejas que fuesen?

Los revolucionarios, ante aquella barbaridad de las fuerzas del Gobierno Civil, durante un tiempo, más que en la lucha, pensaron en colocar en lugar seguro a aquellas mujeres enloquecidas por el miedo y las llevaron al Teatro Principado. Esta operación retardó de una forma irreparable el ataque al Gobierno Civil y permitió a las fuerzas que había refugiadas tomar posiciones que después harían el asalto imposible. Su decisión, sin embargo, no es criticable. Pero habrían podido destinar una parte de sus fuerzas, no la más importante, a salvar la vida de aquellas mujeres, y con el resto de fuerzas continuar el ataque en aquel sector.

El diario de operaciones del capitán De Alba

Dejaremos también que el capitán Francisco de Alba Cañete, de la primera compañía de zapadores que había ido de Gijón a Oviedo, relate este episodio del Gobierno Civil, con todas sus incidencias. Este militar, al relatar los hechos, para sus superiores es tan sincero como puede serlo, aunque procurando escabullir todo aquello que repugna hasta a su conciencia y que, ni en documentos privados de esta clase, no destinados a la publicidad, acostumbra a ser reflejado:

Octubre de 1934:

Día 5.—Recibió orden la compañía de salir con destino a Oviedo, para ayudar a sofocar el movimiento revolucionario, saliendo en camiones, requisados al efecto, a las cuatro de la tarde, llegando sin novedad a Oviedo a las 18 horas, pernociando la fuerza en el Cuartel sin incidente alguno.

Día 6.—Por la mañana quedó la fuerza en el Cuartel, saliendo del mismo a las 16 horas, siendo destinada a cubrir la entrada del Gobierno Civil, en la calle de Jovellanos y adyacente de San Vicente, carretera de Gijón, del Águila y la Gascona, en sus cruces con la primera, puestos en los que permaneció durante toda la noche sosteniendo tiroteos con el enemigo sin que ocurriese novedad.

Día 7.—Continúa la fuerza en las mismas posiciones, ocupando las casas más estratégicas, y a las once se recrudece el fuego, sosteniendo violento combate, sufriendo la baja por herido del soldado camillero Faustino Fernández Menéndez, el cual al terminar el combate intenso, a las catorce, es evacuado al Cuartel de Pelayo. Al combate acude una sección de

Infantería que durante el mismo sufre dos bajas, y un pelotón de Asalto, que según entra en fuego sufre un muerto y se retira. Se incorporan a mi compañía dos soldados de Carabineros que vienen retirados de la Delegación de Hacienda cuyos nombres son Rafael Cuadrado Sebastián y Francisco Sánchez Gasto. Durante la tarde se continúa con ligero tiroteo y a las 19,30 se reorganiza el servicio con arreglo a las órdenes del Comandante Caballero, pasando la noche con tiroteos espaciados de hora en hora.

Día 8.—De madrugada fue herido grave el sargento primero don Leandro de los Mozos Manso. Tanto por la mañana como por la tarde sostuvimos tiroteo con el enemigo, descansando tan sólo breves momentos. Por no tener comunicación con el Cuartel empezamos a abastecernos de víveres sobre el terreno, requisando en diversas casas los artículos necesarios. Durante la noche continuó el fuego a intervalos sin novedad.

Día 9.—De madrugada es muerto un paisano armado que intentaba avanzar por la calle de Jovellanos. Es evacuado al Cuartel el sargento primero. El resto del día transcurre sin novedad, sosteniendo ligero tiroteo con el enemigo. Por la noche doy orden estricta de no disparar sino al bulto, oyéndose tan sólo durante ella los disparos del enemigo que no nos causa el menor daño.

Día 10.—Hacia las ocho avanza por la calle de Jovellanos un camión blindado enemigo, sobre el que la fuerza dispara, sube por San Vicente y vuelve a bajar pasando de regreso por Jovellanos, donde nuevamente es tiroteado intensamente; va dejando un reguero de sangre; debe haber venido a observar nuestras posiciones. El resto de la mañana transcurre con tranquilidad, dedicándose a observar los movimientos de la columna de socorro que combatía en la Gorredoira. A las

cuatro de la tarde intentó el enemigo apoderarse del edificio del Vasco, siendo rechazado por mis fuerzas. (Debían pretender emplazar una ametralladora.) Poco después ocupan los rebeldes las casas de la calle de San Vicente que dominan las dos casas de mi flanco izquierdo, haciendo sobre ellas un fuego intensísimo, causándome en un momento las siguientes bajas: suboficial don Máximo Jesús López Fernández, cabo Emilio López Castro y soldado José Rodríguez Álvarez. Por esta causa ordeno se retiren las fuerzas de esas dos casas, pero la gente, desmoralizada por las tres bajas, se resiste a salir, viéndome obligado a ir por ellos, consiguiendo evacuar una de las casas sin novedad; de la otra casa, que es la más batida, salen sin novedad doce hombres, Ramón Fernández García, herido leve y Amador Rodríguez Baro, muerto, quedando dentro de la casa tres individuos cuya salida se hace imposible.

El enemigo ocupa el convento y empieza a emplear petardos de dinamita, por lo cual y por no tener buena defensa las casas números 12 y 14, ordeno la retirada a la casa número 24, en la que nos fortificamos y pasamos la noche sin novedad con el tiroteo de costumbre.

Día 11.—De madrugada los rebeldes ocupan el convento en su parte derecha y alta, lanzando sobre nuestra casa petardos de dinamita en gran cantidad, poniéndola en peligro de derrumbarse. Por mis propios medios intento incendiar el convento sin conseguirlo, en vista de lo cual pido socorro al Comandante Caballero, el cual acude al momento con Guardias de Asalto, con bombas lacrimógenas, desalojando en parte a los rebeldes, pero éstos continúan lanzando bombas sobre nosotros. También el Comandante prende fuego al convento en la parte más próxima al Gobierno Civil, pero como este foco no nos protege, por la tarde entramos otra vez

prendiendo nuevos focos de incendio, que aunque no toma incremento, impide que sigamos siendo bombardeados, pasando la noche con tranquilidad.

Día 12.—Al amanecer y ya sin el peligro del convento, vuelvo a colocar fuerzas en las casas números 12 y 14; el teniente Quesada con veinte hombres entra en el convento para limpiarlo de rebeldes, procediendo después a crear nuevos focos de incendio, con los que ya el convento queda ardiendo satisfactoriamente.

Por la tarde comienzan a llegar a nuestra altura las fuerzas de socorro, siendo éstas agredidas desde una casa de la carretera de Gijón, contra cuya casa atacaron todas las fuerzas allí acumuladas, entrando en la casa los Regulares en persecución de los rebeldes. Una vez evacuada la casa mandé a cuatro hombres a registrarla, encontrando en un sótano dieciséis fusiles viejos y en otro cuatro nuevos. Una vez terminado el registro se prendió fuego a la casa, retirándonos a nuestra posición, pernoctando sin novedad. Al llegar las fuerzas que quedaron en la casa se incorpora uno de los soldados llamado Santiago Noya. Viene herido leve.

Día 13.—De madrugada se presenta otro soldado de los que quedaron en la casa, llamado Eduardo Meana. Durante el día se prestó el servicio de vigilancia acostumbrada, suministrando víveres a nuestras fuerzas y agua a los paisanos concentrados en Jovellanos. Transcurrió el día sin novedad, así como la noche, durante la cual se prestó el servicio de vigilancia como en días anteriores.

Día 14.—Por la mañana se dedicó el sargento Lucio con su gente al traslado de los muebles procedentes de la casa quemada en la calle del Águila, a lugar seguro. Se practicó un ligero registro en el Vasco, encontrando un fusil y un revólver. El día transcurrió sin novedad, las fuerzas desfilan por

la población y los habitantes pasean por las calles denotando tranquilidad, por lo cual reduzco el servicio de guardia nocturno.

Día 15.—Por la mañana se practica un reconocimiento en las huertas posteriores a nuestras posiciones, estudiando establecer un puesto que en caso necesario completara nuestro sistema defensivo. Se lleva a cabo otro reconocimiento en el convento, ya casi del todo destruido, por lo cual no puede llegar a ningún ataque. Empieza a suministrar el pan Intendencia, pero lo que se refiere a los víveres seguimos viviendo sobre el terreno. El día transcurre sin novedad y por la noche se monta el mismo servicio de vigilancia que el día anterior.

Se incorpora del Cuartel el soldado José Fernández Pérez donde se hallaba enfermo.

Día 16.—Durante la mañana se hicieron provisiones para asistir a todos los puestos de la compañía, y durante todo el día la fuerza patrulló por las inmediaciones de los puestos de servicio de vigilancia y detención de algunos sospechosos.

Por la noche se montaron los puestos acostumbrados, transcurriendo la misma novedad.

Día 17.—A las 7,30 recibe orden la compañía de marchar al Cuartel para incorporarse a la columna que va a salir para La Manjora. Se recoge todo el material e impedimenta para su transporte al Cuartel, donde queda bajo la custodia de ocho hombres, incorporándose la fuerza a la columna mandada por el comandante Manso. El general marca el objetivo que es de destrucción de la vía del Vasco en las inmediaciones de la fábrica de explosivos y lo mismo a la entrada (por la parte más alejada) del F. C. del Norte.

A las diez menos cuarto nos unimos a la fuerza de la columna; recibimos confidencias de las existencias de rebeldes en

el cementerio, por lo que la columna avanza con muchas precauciones y lentamente. A las doce y media se llega a La Manjoya y, una vez establecida protección, se procede a la destrucción de la vía en su parte lindante con el puente; queda destruida en una extensión de quince metros, terminándose esta operación a las trece horas.

La boca del túnel dista de La Manjoya un kilómetro y medio, estando muy próxima a la llegada, mientras la columna protege la marcha y se llega al lugar indicado son las catorce y a las quince está hecha la destrucción de treinta metros de vía en la misma boca del túnel y otros diez metros de vía poco antes del túnel, en una curva muy pronunciada allá existente.

Se emprende la retirada a las quince, llegando sin novedad a Oviedo, al Cuartel a las 17,30, y por orden del general volvemos a pernoctar a nuestras posiciones de días anteriores, procediendo al aprovisionamiento de la fuerza y montando los puestos de guardia de siempre.

Los Carabineros que se nos agregaron marcharon en la mañana de hoy a las órdenes de un capitán de su Cuerpo.

Día 18.—Por la mañana y por orden del general se retira la compañía al Cuartel, empleando la mañana en instalarse y limpieza de la compañía, veinte hombres con el sargento Vicente García se dedican a obras de reparación de la cubierta del Cuartel. El resto de la fuerza hace vida de Cuartel durante el día y la noche sin novedad.

Día 19.—Recibe orden la compañía de incorporarse a la columna que al mando del general va a Sama. Quince hombres al mando del teniente van con herramientas y sirven de protección directa al general, van en camioneta; el resto de la fuerza va a mi mando a pie y al llegar a la Felguera se recibe

orden de detenerse y pernoctar. Se salió de Oviedo a las siete, llegando a la Felguera a las doce. La gente toma rancho en frío y se dedica a buscar y recoger explosivos. Al anocheecer se acuartela en la plaza del mercado con Artillería, Caballería y Sanidad, pasando la noche sin novedad, montando el servicio oportuno. Se incorpora el soldado Amador Fueyo que estaba con permiso en Sama.

Día 20.—Por la mañana los chóferes de la compañía se dedican a la reparación de los coches que obraban en poder de los revoltosos, no pudiendo poner en funcionamiento más que un coche de la Guardia Civil y una camioneta del Ayuntamiento de Sama. Hay además tres blindados a los cuales se les quitan piezas (que obran en mi poder) para inutilizarlos. Hay un Saurer con un cañón que no se puede poner en marcha ni arrastrarlo por su mucho peso. Dos explosivos y proyectiles de cañón se transportan a Oviedo, depositándolos en la Fábrica de Armas.

A las once y media se pone en marcha de regreso la columna, viniendo la gente en camioneta (la arreglada y otra paisana), llegando a Oviedo a las cinco de la tarde y pernoctando sin novedad en el Cuartel.

Día 21.—La fuerza permanece en el Cuartel dedicada a la limpieza de la compañía, pasando el día sin novedad. Por la noche se recibe la orden de regresar a Gijón el día siguiente.

Día 22.—Regresa la fuerza a Gijón en tren, llegando a las 2,30 al Cuartel.

Gijón, 22 de octubre de 1934.

¿Se dedicaban los revolucionarios al saqueo?

Entretanto, parte de aquel ejército de la revolución que no luchó en ninguno de los frentes de combate de Oviedo, ¿qué hacía en la ciudad? ¿Se dedicaba al saqueo de que le acusaron al cabo de dos semanas unos periodistas poco escrupulosos para decir la verdad y mucho para satisfacer a los señores que servían? Nada de eso. Al contrario, publicó bandos previniendo con los castigos más severos todo saqueo y organizó la ayuda a la población no combatiente y el auxilio a heridos y enfermos. Los días de dominación de la ciudad por los revolucionarios están repletos de actos llenos de ingenuidad por parte de los revolucionarios.

—En casa —dice un burgués interrogado sobre el particular—; el segundo día de la revolución vinieron unos revolucionarios a hacer requisita de armas. No teníamos. Tampoco teníamos casi nada para comer. Uno de aquellos muchachos salió y al cabo de poco tiempo volvía con conservas y pan.

Otro burgués es hallado en la cama, enfermo. Al cabo de poco tiempo los revolucionarios vuelven con un médico y con leche condensada para el enfermo. Han ido a buscar al médico a su casa, con grave peligro de unos y otro, y la leche al hospital en poder de la revolución.

Un parto, la cosa más sagrada

Al hacer un registro en una casa de la calle Uría, un revolucionario se halló con una mujer que estaba de parto. Salió a la calle como un poseso. —¿A dónde vas de esa forma? —le

dijo un compañero.

—En un piso de esta casa hay un parto, la cosa más sagrada; hace falta encontrar un médico o una comadrona. Voy volando. Al cabo de pocos pasos cayó herido. Su compañero que le vio caer lo recogió, lo apoyó contra una pared y, antes incluso de auxiliar al compañero herido, se fue en busca de auxilios para la mujer que había de parir.

De episodios como éstos, llenos de ingenuidad, de heroísmo sereno, de humanidad, la insurrección de Asturias nos ofrece a millares. El entusiasmo de la victoria no embriagó a aquellos que sólo habían vivido pensando en aquel instante, finalidad de su vida; al contrario, les dio una serenidad y un sentido de la responsabilidad que ya querrían para sí sus vencedores del día siguiente.

Un sacerdote con los revolucionarios

En X., un pueblo de la cuenca de Mieres, los revolucionarios, una vez vencida la resistencia de la guardia civil, formaron el ejército que hubo de ir a Oviedo. Un grupo tuvo la ocurrencia de obligar al sacerdote a ir a la lucha con ellos. Lo vistieron de paisano y le dieron un arma. El sacerdote de buenas a primeras se resistió. Lo que hacía le parecía un crimen. Al cabo de unas cuantas horas de lucha el hombre miró las cosas más filosóficamente y se resignó a su suerte. El segundo día —lo dice uno de los revolucionarios que iban con él—ya cantaba la Internacional con nosotros, levantaba el puño, decía camarada a todo el mundo y no le importaba gritar UHP. Pero el hombre se fue entusiasmando y la confianza que tomó con los revolucionarios ya era excesiva. Los miembros de nuestro Comité se reunían dos veces cada día para deliberar. El tercer

día de lucha a nuestro lado, el cura, adaptado completamente a las circunstancias, no se resignó a hacer un segundo papel: mientras el Comité reunido discutía, el hombre se acercaba y pretendía intervenir en la discusión. Aquello ya era excesivo. Un miembro del Comité le tuvo que llamar la atención: «Padre, todavía echa demasiado hedor a cera para intervenir en nuestras discusiones. Cuando dentro de unos días esté redimido del todo de su vida pasada de sacerdote es posible que lo elijamos para algún cargo. De momento conténtese con hacer guardias, luchar, saludar con el puño levantado y gritar camarada.»

He querido informar de esta anécdota, absolutamente real, para demostrar el estado de espíritu de los situados al otro lado de la barricada. La burguesía asturiana durante los días de la insurrección no sintió nunca el más pequeño escrúpulo de servirse de los revolucionarios para sus necesidades; no se avergonzaba de pedir a uno de aquellos hombres que consideraba enemigos que le proporcionase comida, le trajera leche para su hijo o que cruzara la ciudad de parte a parte para darle noticias de un pariente o un amigo. Y aquellos bravos prestaban los servicios con la sonrisa en los labios, como aquel que está en el secreto, como una persona mayor que tiene complacencias con un niño mimado. Aquellas comisiones costaron la vida a algunos. Al girar una esquina eran vistos desde las torres de la catedral y caían a tierra y se revolcaban en su sangre. ¡Quién sabe si alguno cayó de un tiro disparado por los mismos a los que iba a prestar un servicio, emboscados en buhardillas!

VI.

**LA FABRICA DE CAÑONES
EN PODER DEL PROLETARIADO**

El armamento de la insurrección

Se sabe que la insurrección de Asturias estuvo falta, desde el principio, de material de guerra. Sobre todo se resintió de la falta de municiones, pues, si bien, las armas del contrabando que se hizo por San Esteban de Pravia no fueron tomadas, lo fueron las municiones en cantidad de unos 115.000 cartuchos de fusil máuser. Este tropiezo sufrido en vigilias de la insurrección, había de ser motivo de no pocos estragos. En cuanto a las armas, la toma de la fábrica de la Vega de Oviedo había de proporcionar las suficientes para armar a todo el ejército que la revolución podía organizar. Aquellos millares de fusiles que se cogieron venían a añadirse a los que los obreros, de una manera estudiada, se habían ido proporcionando durante el período insurreccional. De la misma forma habían sabido tomar alguna ametralladora.

No cuesta mucho imaginarse, dada la falta de armamento, la alegría con que los obreros de Oviedo recibirían la noticia de la caída de la fábrica de cañones de Trúbia en manos de la revolución. Los obreros de aquella fábrica de cañones del Estado, comunistas en buena parte, procedieron con la misma decisión con que procedieron de las minas. Trúbia, considerado un barrio de la capital a causa de la división administrativa particular de Asturias, a pesar de estar situado a varios kilómetros de la ciudad, procedió con gran decisión. En Oviedo únicamente podían ser comparados con los obreros de La Argañosa, y, con todo, éstos, influidos seguramente por el medio ambiente, no tuvieron la decisión suficiente para mantener las posiciones que podían ocupar desde el principio en Monte Naranco y en los depósitos de máquinas de la Compañía del Norte. Para los revolucionarios tener en sus manos la fábrica de cañones era tanto como tener la insurrec-

ción ganada. Aunque muy poca había de ser la eficacia de aquellos cañones a causa de no disponer de espoletas para los obuses. Su efecto, más que positivo desde un punto de vista militar, había de serlo desde un punto de vista psicológico, tanto respecto a los obreros insurreccionados como para las fuerzas gubernamentales.

La decisión de los obreros de Trúbia

Al tener noticia de la declaración de huelga general, los dirigentes de los obreros de la fábrica de Trúbia procedieron con más orden y más sentido revolucionario que los de la fábrica de la Vega. Como todo el proletariado de Asturias, en la huelga no vieron otra cosa que la insurrección, y procedieron de acuerdo con esta realidad. Tanto o más que en el triunfo de la huelga pensaron en la necesidad del triunfo de la revolución, y organizaron la toma de la fábrica, procurando hacerlo con el mayor ahorro posible de sangre a las fuerzas obreras.

El día 5 por la mañana, a la hora de entrada al trabajo, una Comisión armada con armas cortas, aunque disimuladas, fue a buscar al coronel director para ordenarle que entregara la fábrica a la revolución proletaria y se rindiera. Ni importa decir que el coronel no hizo caso de la conminación; pero la verdad es que tampoco tuvo la decisión para obrar de una manera inmediata tal como aconsejaban las circunstancias a un hombre que tenía su responsabilidad. Obró más o menos con la misma prudencia con que obraron la mayoría, casi la totalidad de jefes militares de la provincia que estuvieron en contacto con la revolución. Ellos mismos, al ver la decisión inesperada con que obraban los obreros, llegaron al convencimiento que aquella vez iba en serio y no querían cerrarse el

paso a la reconciliación en el caso en que la revolución resultase triunfante. En definitiva, tal como decía en el cuartel de Pelayo, durante el sitio, un teniente coronel —sólo se muere una vez— y esta verdad lo es igualmente para los hombres que están en el ejército a sueldo como para los que están a la fuerza.

La lucha entre el capitán Pomares y un obrero

Decididos, sin embargo, los obreros de Trúbia a disponer de la fábrica, se apoderaron de ella inmediatamente. Ni los oficiales, ni, naturalmente, los soldados, ofrecieron demasiada resistencia. No faltaron, claro, oficiales y clases mercenarias de la tropa que, considerando que era faltar a su honor dejar tomar la fábrica sin lucha, atacaron a los obreros cuando empezaban a obrar como señores de la fábrica y su material. Se entabló una lucha a muerte dentro de los mismos talleres. Aquellos obreros jóvenes, empapados por el fuego del entusiasmo, luchaban heroicamente contra unos hombres que se defendían también con valor, pero con la moral perdida. La lucha, como estaba sostenida dentro de la fábrica, a pesar del poco número de defensores, se prolongó más de lo que era lógico. En esta defensa se distinguió el capitán Pomares. Dejó allí su vida. Era uno de los que defendían la fábrica pilastra a pilastra, máquina a máquina y rincón a rincón. Cuando la lucha ya hacía tiempo que duraba, el capitán Pomares, casi solo, se defendía como un bravo parapetado detrás de una pilastra de la sala de tornos. Un obrero joven que lo había perseguido hasta allá, le conminó nuevamente a la rendición. «Es inútil que quiera luchar —le decía—. Sus compañeros, o están heridos o prisioneros. Ríndase y salvará su vida. No le

tendremos en cuenta los compañeros que ha herido.»

La pugna del obrero generoso fue inútil. El militar quería morir antes que entregarse a los que él consideraba facciosos. El revolucionario y el militar se vigilaban con atención, y al primer movimiento impremeditado de uno surgía el tiro del otro. Entre aquellos dos hombres se había establecido un duelo a muerte. Uno de los dos había de quedar en aquella sala de trabajo. Las máquinas eran los testigos mudos de aquella lucha trágica y bella. Los tiros rebotaban por las paredes y por el acero. La lucha no podía durar. El militar sabía que nadie iría a liberarle. El obrero tenía el convencimiento que él o un compañero suyo, si él caía muerto o herido, acabaría venciendo a aquel hombre testarudo. En un momento dado, dispuestos los dos a acabar con aquella situación angustiosa, iniciaron una salida. Como en un duelo concertado, ambos avanzaron, se miraron y dispararon sus armas casi al mismo tiempo. Los dos hombres cayeron a tierra tocados: el militar muerto, el obrero solamente herido.

Fue el último episodio de la toma de la fábrica de cañones, destinados originalmente a la guerra o a bombardear casas obreras, y que ahora irían a prestar servicios a la causa de los trabajadores, de aquellos que les dan forma con su trabajo. Aquellos cañones ahora tendrían un destino mucho más glorioso que los otros que habían salido antes de aquellos talleres, que habían pasado por las mismas manos, que habían sido ideados y orientados en su nacimiento por la misma inteligencia. Pocos cañones habrán tenido antes gloria de servir la causa de los obreros que los han creado. Ellos, inanimados como eran, iban a trabajar de una manera inteligente para el advenimiento de un época en la que no hiciera falta hacer cañones, que el acero pudiese ser empleado en cosas útiles al bienestar de la humanidad y que nunca más se hubiesen de

construir máquinas para que los hombres se matasen los unos a los otros. La acción había costado dos muertos a la revolución y siete u ocho heridos.

Pasados los primeros entusiasmos del triunfo en Trúbia, y asegurada la paz en aquel sector, era necesario pensar en ayudar de una manera efectiva a los compañeros que se batían en Oviedo y asegurar la ayuda a los que, en Campomanes, guardaban el paso del Puerto contra posibles ataques de las fuerzas gubernamentales.

Expediciones de material de guerra

El día 6 por la tarde se organizaban las expediciones de material de guerra hacia los dos frentes de lucha: Oviedo y Campomanes. A Oviedo se llevaron más cañones que al Puerto de Pajares. No era demasiado probable que por este lado viniera un ataque serio; los obreros de León debían haber hecho el mismo trabajo que los de Asturias, y muy atareadas debían estar en aquellos momentos las fuerzas de toda España que todavía no estuviesen con la revolución a luchar contra los obreros insurreccionados de cada región. Era, pues, necesario batir los reductos que quedaban en Asturias mismo, y el primero y más importante era Oviedo, la capital.

No habían pasado muchas horas cuando aquellos cañones redimidos hacían sentir su voz de trueno contra los mismos que hasta entonces se habían considerado sus únicos amos. Hasta entonces los obreros sólo los habían construido. Ahora también habían aprendido a dispararlos.

VII.

**LA INSURRECCIÓN TRIUNFANTE
EN LANGREO**

Las autoridades habían reforzado las cuencas mineras

Las autoridades, temerosas de la fuerza y la decisión revolucionaria de los mineros asturianos, los últimos días de la crisis habían concentrado fuerzas procedentes de fuera en las cuencas mineras y en Oviedo. A Sama, el día 4 habían llegado unas cuantas parejas de la guardia civil procedentes de Lugo y dos secciones de asalto: una procedente de Gijón y la otra de Salamanca. Con dos secciones se dedicaron inmediatamente a patrullar con camiones de lado a lado de Langreo, de una punta a la otra del Concejo, pero especialmente de Sama a Sotondrio. Esta precaución evidenció que las autoridades temían el movimiento.

Este movimiento, como en el resto de la región minera, estalló el día 5 de madrugada. A últimas horas del día 4 se había recibido la orden de ir a la huelga general, y los Comités locales tomaron inmediatamente la decisión de empezarla atacando los cuarteles de la guardia civil y de asalto. Comprendieron que la huelga general revolucionaria en aquellas circunstancias no era justificada si no se iba a la insurrección, y se lanzaron sin paliativos.

El toque de rebato

Casi por todos lados el grito de alarma, el toque de rebato fueron grandes explosiones de dinamita en la montaña. La dinamita es para los mineros el enemigo que cada día les puede quitar la vida. Cuando en el interior de la mina toman

los cartuchos de dinamita para hacerlos estallar, nunca saben con certeza si en aquel momento no cavan su sepultura, si aquella explosión no les privará de volver a ver aquel sol que con mucho trabajo podían vislumbrar algunos días al año. Pero aquella misma dinamita asesina de obreros, a fuerza de vivir juntos se ha hecho amiga y les sirve para anunciar las grandes solemnidades y los grandes días proletarios. El terremoto de sus explosiones llena de gozo los hogares obreros cuando anuncia el primer minuto del primero de mayo, fiesta mayor universal de la clase trabajadora.

Para los trabajadores, sin embargo, las explosiones de aquella madrugada de octubre ya no eran la renovación de una esperanza, sino la verdadera anunciación. Eran el inicio de la insurrección que había de llevar a la revolución al triunfo definitivo.

Sería difícil de precisar en qué cuartel del Concejo empezó el ataque. Los de cada pueblo se preocuparon de los suyos y se ayudaban unos a otros cuando la fuerza oponía una resistencia inesperada. Episodios a centenares: pintorescos algunos, heroicos otros.

La lucha en Barredos y Laviana

En Barredos se celebraba un baile, y los revolucionarios esperaban el final de la fiesta para empezar el ataque. Sabían que habían de triunfar, y los obreros jóvenes no quisieron perder el gozo de la danza. Dejaron a sus novias, sus hermanas y los niños en casa, y tomaron la escopeta, la pistola y la dinamita para rendir a la guardia civil que estaba en su cuartel. En todos lados los guardias fueron conminados a rendirse sin lucha, pero se negaron. Entonces empezó el ataque. Y como los

tiros no eran un arma eficaz para luchar contra aquellos hombres bien armados, parapetados en un buen edificio, la dinamita entró en juego. A las seis de la mañana las paredes del cuartel empezaban a resquebrajarse. Estalló un incendio. Al cabo de pocos momentos los guardias se entregaban a los revolucionarios, y eran llevados a la cárcel.

Acto seguido empezó el ataque al cuartel de Laviana. El sargento que mandaba a aquella docena de guardias ordenó a cuatro de sus subordinados que hiciesen una salida a campo descubierto contra los revolucionarios. El sargento dijo convencido a sus guardias que los obreros, cuando ven un tricornio, huyen como gallinas. El sargento nunca se había encontrado con obreros revolucionarios convencidos de la victoria y dispuestos a luchar. Al cabo de pocos instantes tres de aquellos cuatro guardias yacían muertos en tierra, envueltos en su propia sangre, y el cuarto, ileso, arrastrándose, pudo entrar de nuevo en el cuartel a dar la nueva al sargento. Aquella vez los obreros al ver los tricornios no habían huido ni estaban dispuestos a huir, pero tampoco querían perder vidas propias ni ajenas inútilmente. Sabían que el triunfo había de ser suyo y enviaron uno de los guardias hecho prisionero en Barredos a conminar al sargento a la rendición. Este dijo que preferiría la muerte. —Un guardia civil jamás se rinde— dice, como una injuria al guardia parlamentario. Y continuaba la lucha. Fuera los obreros tenían bajas, y los del cuartel también. A los tres muertos de la primera salida hubo que añadir otro y además tres heridos. La dinamita hizo entrar en razón al sargento, y a las diez de la mañana el cuartel estaba casi derrocado, cuatro compañeros muertos, tres heridos. El sargento aprendió que la guardia civil también se rendía. Aquella vez los tricornios no dieron miedo a los obreros. En cambio, los obreros habían vencido a la guardia civil.

Los revolucionarios eran amos del pueblo

El pueblo retornó inmediatamente a la vida normal. Faltaba enterrar a los muertos y curar a los heridos. Los revolucionarios eran los amos del pueblo y podían disponer de todo lo que en él había. Además, el Ayuntamiento estaba en manos de los comunistas y socialistas. Después de las últimas elecciones, de unos cuantos millares de votantes los burgueses no habían obtenido sino veinticinco votos. El mismo Ayuntamiento, formado por hombres de confianza de la clase trabajadora, se convirtió en Comité Revolucionario con el nombre de Comisión de Orden Público. La revolución necesitaba medios, necesitaba bienes para poder curar a sus heridos y enfermos. Aquellos revolucionarios que disponían de todo, que eran amos y señores de todo, que no habían de rendir cuentas a nadie sino a la revolución, que con la fuerza de las armas habían vencido a sus enemigos, en lugar de obrar de una forma lógica disponiendo de lo necesario para la revolución, abrieron una suscripción entre los obreros y al cabo de media hora la Comisión de Orden Público la dio por cerrada con doce mil pesetas. Eran aquellos mismos revolucionarios que después los enviados de la prensa madrileña llamaron bandidos.

Establecido el orden revolucionario en Laviana, el Comité ordenó una inspección en todo el Concejo, y tanto en San Martín como en Ciaño y Santa Ana, los obreros revolucionarios hicieron buen trabajo. Los cuarteles de aquellos puntos habían caído todos aquella misma mañana en manos de la revolución. No faltaba sino organizar expediciones hacia Sama. Era posible que aquellos compañeros tuviesen necesidad de ayuda. Sama era un punto de concentración de fuerza. El Comité revolucionario de cada pueblo cuidó del reclutamiento.

to, y el Comité de Transportes se ocupó de asegurar el traslado de los soldados de la revolución a la línea de fuego.

Sama

En Sama el movimiento empezó más o menos a la misma hora que en Barredos y Laviana. Los oficiales que tenían la jefatura de las dos secciones que hacían la patrulla de Sama a Sotondrio, al tener noticias que había empezado la huelga en este último pueblo se distribuyeron y uno fue a La Felguera en busca de refuerzos y el otro a Sotondrio para sofocar el movimiento. No pudo hacer gran cosa. En la misma entrada fue agredido, y después de hacer un intento que le permitió hacer un prisionero con las armas en las manos decidió retroceder en busca de ayuda. El teniente quiso fusilar al prisionero allá mismo, pero el jefe de la guardia civil del pueblo, con el cual había podido entrar en contacto, lo aconsejó. A una velocidad desorbitada huyeron hacia Sama llevándose el prisionero y un guardia civil herido que habían cogido. El camión se veía obligado a correr más cada momento, pues eran pocas las matas, pocos los márgenes y las esquinas de donde no salieron tiros. La entrada de Sama era difícil. Para poder llegar a su cuartel estaban obligados a cruzar toda la población, donde tenían muy pocos amigos y, en cambio, muchos enemigos. En la entrada misma de la población les vino una nueva complicación: el motor del coche les falló. El chófer arregló la avería en medio de una lluvia de tiros. Por una verdadera casualidad no hubo heridos allá mismo. El prisionero al ver que el coche iba a ponerse nuevamente en marcha, hizo un esfuerzo y, atado como estaba, se lanzó a tierra y se es-

condió en un agujero de cloaca que casualmente halló abierto. Al cabo de pocas horas de haberse escapado de esta forma de manos del enemigo, unos obreros que oyeron sus gritos le recogieron, sucio, lleno de inmundicias y todavía maniatado.

Los guardias claman misericordia

Los guardias no se preocuparon más del prisionero. Al tener la avería del motor arreglada, lanzaron el coche a toda marcha esperanzados de poder llegar a uno de los dos cuarteles del pueblo. El intento, de momento, fue en vano. Al llegar a pocos metros en el interior de la población, en la Plaza de Galán, se hallaron bloqueados por el fuego que de todas partes les hacían los obreros parapetados en las esquinas. Ante aquel peligro los guardias de asalto empezaron a clamar misericordia y a gritar que no les tirasen, que eran obreros revolucionarios. Los obreros ante sus gritos y juramentos, les pedían la consigna —la noche era oscura y no había luz, cosa que hacía imposible precisar qué pasaba a diez metros— y los guardias del camión no se la sabían dar. Más de una vez acudieron al engaño, y los obreros siempre desconfiados con aquella gente que había llegado en camión provocando el tiroteo por todos lados y que no sabían dar el santo y seña, no se decidieron a aventurarse a hacer ningún reconocimiento. Tales eran los gritos de los guardias y tales sus lamentos, que decidieron comprobar qué tipo de gente era aquel que suplicaba con tanta angustia. Esto era lo que quería el teniente. Los obreros ya estaban a pocos metros del camión y oyeron una voz que daba la orden de fuego. Con dificultades tuvieron el tiempo justo de echarse a tierra. Los tiros pasaron silbando por encima de ellos. Nadie, sin embargo, resultó herido, gracias a la lige-

reza con que se tiraron a tierra. El teniente no desaprovechó el tiempo. Al ver a sus enemigos en tierra hizo dar todo el gas al chófer y a toda velocidad se adentró por la calle donde se encontraba la Comisaría de seguridad, el cuartel más próximo. Tuvieron el tiempo justo de llegar y abandonar el coche con el guardia civil que habían llevado herido de Sotondrio y un guardia de asalto. Ambos, si no estaban muertos, estaban heridos de tanta gravedad que no pudieron valerse por sí mismos y fueron abandonados por sus compañeros.

Estos hechos sucedían a las tres y media de la madrugada. El otro oficial más o menos a la misma hora, se metía con su fuerza en el cuartel de la Avenida del Primero de Mayo junto con la otra fuerza que había llegado con un camión de La Felguera. En este cuartel aquella madrugada había una cuarentena de guardias de asalto y treinta guardias civiles con las familias de algunos de ellos. En el de Seguridad había los de asalto del otro camión, algunos guardias de seguridad y el comisario de vigilancia, Magadán, nada querido por los obreros de Sama. Algunos guardias de seguridad al oír los estallidos de la dinamita y los primeros tiros, previsores, no acudieron al cuartel. Al darse cuenta de la amplitud del movimiento se entregaron voluntariamente al Comité Revolucionario con armas y todo.

Las fuerzas se cierran en los cuarteles

En Sama las fuerzas del Gobierno cometieron el mismo error, casi general, de concentrarse en los cuarteles. Si en lugar de eso se hubiesen distribuido por puntos estratégicos de la población, los revolucionarios los habrían vencido, no hay duda,

pero los habría resultado mucho más difícil y habrían causado muchas más bajas. Los jefes de las fuerzas gubernamentales, al darse cuenta de la amplitud del movimiento y de la decisión de los revolucionarios, no vieron otra salida que parapetarse detrás de las paredes de los cuarteles. Únicamente así se veían seguros. Esperaban los socorros de fuera que, a su entender, no podían tardar. Esto facilitó extraordinariamente la labor de los revolucionarios, los cuales, al cabo de pocas horas, después de una lucha cruenta, consiguieron dominar la situación. La decisión que demostraron los revolucionarios de los pueblos faltó, en gran parte, a los de la ciudad y, en más proporción todavía, a los revolucionarios de otros puntos de España. Las fuerzas de Asturias hicieron aquello que en Cataluña hicieron los revolucionarios y que ha pasado a la historia del movimiento catalán de octubre con la frase pintoresca de «defender el Casal». Los guardias civiles y los guardias de asalto de los pueblos de las cuencas mineras de Asturias defendieron su casal y, lo mismo que los revolucionarios catalanes, tuvieron que rendir el casal al enemigo, que demostró más decisión en el ataque.

El empuje de la insurrección es más decisivo cuanto más alejado está de los núcleos burocráticos de la gran organización proletaria española que emprende el movimiento por su cuenta temerosa de verse obligada a ir demasiado lejos y perder el control: el partido socialista. Por esto el ataque es más fuerte en las cuencas mineras que en Oviedo, más en Oviedo que en Gijón, más en cualquier lugar de Asturias donde estalló la insurrección que en Madrid. En Oviedo, a pesar de su indecisión, las fuerzas tuvieron tiempo suficiente de pensar en la táctica a seguir y dificultaron la acción revolucionaria ocupando diversos puntos neurálgicos de la ciudad, y en Gijón la insurrección siempre fue a remolque de las fuerzas, en lugar de llevar la iniciativa del ataque. Lo que sucedió en esta últi-

ma ciudad es un resultado directo de la falta de confianza de los anarquistas y de los celos de los socialistas. Hará falta averiguar lo mejor posible los motivos de este error estratégico cometido en Gijón, ciudad que era, ciertamente, uno de los puntos más importantes de la revolución de Asturias, aunque sólo sea para conseguir la seguridad de una retirada menos sangrante. Ahora, sin embargo, es necesario volver a detallar los hechos ocurridos en Sama hasta el dominio total de la situación por los revolucionarios.

La situación estratégica de los cuarteles hacía el ataque y, sobre todo, el asalto muy difíciles. Uno, el de la guardia civil, el que más había de costar tomar, estaba situado delante mismo de la embocadura de una calle ancha que cruza el pueblo de parte a parte. Era el sitio donde había concentrada más fuerza, alrededor de ochenta entre todos. El fuego que con los fusiles y una ametralladora hacían sus defensores impedía el tránsito por aquella vía y dividía al pueblo en dos mitades de difícil comunicación. Por la parte trasera también era de buena defensa.

Ataque al cuartel de seguridad

Los revolucionarios, llevados seguramente por la situación del otro refugio o por el sentido natural del menor esfuerzo, de entrada atacaron el cuartel de Seguridad, menos defendido y con una posición no tan ventajosa. Al mismo tiempo se organizó el ataque contra dos guardias que se habían refugiado en una casa del vecindario al empezar la lucha. Un cabo que había con ellos prefirió, en lugar de luchar, entregarse a los revolucionarios. El hecho que los dos guardias se hallasen en una casa donde vivían vecinos dificultaba el ataque, pues los

revolucionarios, a pesar que amenazaban con hacerlo, no se decidieron nunca a emplear la dinamita, única arma con suficiente potencia para luchar contra la superioridad de armamento del enemigo. Los héroes de esta lucha fueron los dos guardias y los dos obreros que, fatigados de lo que duraba, emprendieron el asalto al edificio y así, palmo a palmo, fueron ganando la casa hasta un patio exterior, donde murieron los dos guardias haciendo fuego contra sus enemigos. Muy cerca de esta casa también murió un agente de vigilancia que desde el primer momento de la revolución hacía fuego contra los revolucionarios y había matado a un obrero. Reducidos estos pequeños focos de rebeldía, la lucha se centró contra el primer cuartel.

Los obreros hacían fuego protegidos por barricadas de sacos de tierra. Al principio el ataque se reducía a fuego con arma larga desde la travesía de Bernardo, que da justo delante del edificio. La barricada tuvo que ser levantada bajo el fuego persistente del enemigo y presentaba grandes deficiencias. El ataque era poco eficaz; los revolucionarios no contaban con más armas largas que las tomadas a los guardias que se habían rendido y las de los que habían caído en la lucha, algunas escopetas de caza y pistolas. La municiones escaseaban. La única arma que podía ser eficaz contra el cuartel era la dinamita, pero su utilización era muy difícil. Situado el cuartel en un sitio que no tenía edificios cercanos, se pensó en lanzar la dinamita desde la iglesia. Esta fue tomada inmediatamente por las fuerzas revolucionarias. Tuvo que ser asaltada por detrás, porque estaba batida por el fuego del enemigo. En aquel momento el rector de la parroquia, espantado por el asalto, huyó de la iglesia, precisamente por la calle que estaba batida por el fuego de unos y otros, y resultó herido. Más tarde este sacerdote había de servir para hacer campañas vergonzosas desde los diarios de Madrid, especialmente el en-

viado de Estampa, que había de descubrir que había sido colgado en una carnicería con un rótulo que decía: «Carne de cerdo». Una investigación hecha después por algunos diputados, entre ellos Clara Campoamor, había de demostrar que todo era una fantasía. Pero la insidia, lo mismo que la de los hijos de los guardias civiles a los cuales los revolucionarios habían sacado los ojos, y tantas otras, era lanzada, y nunca más ni Estampa ni los otros diarios que le ayudaron en su campaña deshonesto, habían de rectificar. La realidad es que, caído herido el sacerdote en un lugar donde no se podía acercar nadie sin gran peligro de su vida, éste se arrastró hasta la puerta de una familia católica. Los habitantes de aquella casa habrían podido recoger al herido sin peligrar demasiado ;pero prefirieron dejarlo desangrar. El comportamiento de esta familia católica da motivo, una vez vencido el movimiento, que otro sacerdote de la población, desde el púlpito, lanzase grandes filípicas contra los católicos cobardes que dejan morir a una ministro de Dios en su puerta sin prestarle socorros. Al ser tomado el cuartel, el sacerdote, desangrado, fue recogido ya cadáver y enterrado después en el cementerio del pueblo.

Una caja de dinamita

El ataque con dinamita intentado desde las torres de la iglesia no había de dar ningún resultado, no había hombre con suficiente fuerza para hacer llegar los cartuchos hasta' el cuartel, y éstos estallaban en medio de la calle con gran peligro de los revolucionarios. Lo mismo ocurrió con los que se intentó lanzar desde otros lugares. Nadie veía forma humana de bombardear el cuartel y, se pensaba seriamente en el asalto directo, jugándose como fuera la vida, cuando los revolucionarios

fueron sorprendidos con la gesta de un compañero que después había de morir a consecuencia de una herida recibida en Oviedo, donde fue dos veces. Nuestro hombre, con gran asombro de los atacantes, después de haber pasado el espacio de calle batido por el fuego de los guardias, avanzaba pegado a la pared del cuartel con una caja de dinamita en los brazos. Caminando con todo cuidado para no ser visto por los que tiraban desde las ventanas y, con toda serenidad, llegó a la puerta del edificio, donde dejó la dinamita, que estalló como un trueno al cabo de poco tiempo. La escalera de la casa quedó casi destruida. Los atacantes habían presenciado la acción de su compañero manteniendo el aliento hasta que salió ileso. Poco tiempo antes del ataque heroico de este revolucionario, atacantes y atacados habían suspendido el fuego algunos minutos para dar tiempo a la familia del telegrafista del pueblo, que vivía en el piso principal de la casa, a dejarla. Con ella salió también un detenido que había en los calabozos del edificio.

Los revolucionarios, convencidos de que la explosión habría desmoralizado al enemigo, lo quisieron instar a la rendición. Dos obreros avanzaron a pecho descubierto y sin armas para parlamentar. Los guardias no atendieron sus razones e hicieron fuego contra ellos. Salvaron la vida por milagro. No por eso los revolucionarios quisieron continuar la lucha sin hacer un nuevo intento. Querían salvar la vida de aquellos hombres que iban cayendo uno a uno muertos o heridos. Después utilizaron como parlamentario el cabo de guardias que tenían prisionero. Al primer intento este parlamentario también fracasó, pero en un nuevo intento consiguió que sus compañeros se entregaran. El parlamentario era el ejemplo vivo de que la revolución no quería causar víctimas inútilmente. Si deponían las armas, sus vidas serían respetadas, y, en cambio, si continuaban la lucha, irían muriendo todos, uno a uno, de una manera inexorable.

Evacuación del cuartel

La evacuación del cuartel se tuvo que hacer por medio de cuerdas por donde se descolgaron los vencidos. Algunos de los guardias se habían escapado antes haciendo un agujero en la fachada trasera. Después habían de ser detenidos. En el cuartel hallaron uno escondido en medio de dos colchones. No había querido salir por miedo a que lo mataran. Otro pasó dos días escondido, cubierto de leña en el patio de una panadería. Al cabo de dos días salió, loco y muerto de hambre. Los guardias heridos fueron llevados al hospital revolucionario de la Duro- Felguera, y los otros fueron encerrados en la Casa del Pueblo, sin que ninguno de ellos fuera molestado por nadie, a pesar de que entre los vencidos se hallaban precisamente el comisario de vigilancia señor Magadán, odiado por toda la población obrera de la cuenca, la vida del cual reclamaban un gran número de obreros que habían sido víctimas suyas durante las épocas de represión.

Asalto a la casa de la guardia civil

El asalto al cuartel de la guardia civil presentaba muchas dificultades. Situado justo enfrente de la Avenida del Primero de Mayo, que corta al pueblo por la mitad de punta a punta, sus defensores, con las ametralladoras y los fusiles bien provistos de municiones, como no lo estaban los revolucionarios, hacían imposible un ataque serio por la fachada delantera. No era mucho más fácil el ataque por la fachada posterior, sin ninguna casa enfrente que dominase el cuartel, sin ninguna colina ni nada dominante desde donde pudiera establecerse

un punto de ataque que fuera lo bastante eficiente. De esta forma la única arma de los revolucionarios positiva para el ataque, la dinamita, resultaba inoperante. El otro cuartel había sido una experiencia que los revolucionarios supieron aprovechar. Nada de poner vidas en peligro inútilmente ni de perder tiempo. Era necesario ir al grano enseguida y acabar cuanto antes mejor. En la oscuridad se podía trabajar con más facilidad, y había que aprovechar esta contingencia favorable. En todas las casas de los alrededores se establecieron nidos de tiradores que hacían fuego contra el cuartel para entretener a sus defensores y obligarles a malgastar municiones. Entretanto los dinamiteros buscaban la forma de llevar a término su cometido. Las casas de al lado eran todas más bajas, y, desde ellas, resultaba prácticamente imposible hacer entrar los explosivos en la casa. Los dinamiteros ante esta circunstancia dieron pruebas del valor y la sangre fría que habían de manifestar en el transcurso de la insurrección. Organizaron el ataque desde una casa de al lado mismo, más baja que el cuartel. La cosa no era fácil, sino antes muy expuesta y llena de dificultades. Establecieron el campo de acción en el tejado, muy inclinado como todos los de los países de lluvias persistentes. Un resbalón, y la caída a la calle era lo más probable. Los dinamiteros subieron una escalera hasta el tejado y, con aquella escalera de mano subían hasta el tejado del cuartel, donde escondían los cartuchos. La operación era delicada y hacía falta mucha sangre fría para no ser víctima el mismo tirador. Era necesario tirar los cartuchos con mecha suficiente para dar tiempo a que el artillero bajase la escalera y se escondiera, también era necesario que no fuese demasiado largo para evitar que, deslizándose, fuese a parar abajo. En uno de estos ataques uno de los dinamiteros que calculó mal la longitud de la mecha, tuvo el tiempo justo de esconder la cabeza: él y la escalera fueron proyectados al otro lado, al borde

mismo del tejado.

Este ataque duró hasta la mañana. Intentaron pactar la rendición de los guardias diversas veces. Estos no accedieron. La presencia entre ellos de un oficial, el capitán Alonso Nart, imponía más disciplina y más cohesión militar.

La lucha en pleno apogeo

Las primeras claridades del día 6 hallaron la lucha en pleno apogeo. Los defensores del cuartel esperaban que alguien acudiría en su auxilio y no se mostraban dispuestos a rendirse. Una parte de los guardias sin duda lo habrían hecho, pero la autoridad del capitán, que amenazaba a los débiles con su pistola y con los terrores disciplinarios y daba ánimos a los que se sentían con ganas de resistir, evitaba cualquier posibilidad de rendición. Ante aquella resistencia loca, los revolucionarios aumentaban la fuerza de sus ataques -aprovechaban cada vez más los tiros y la dinamita. Todo el pueblo de Sama vivía pendiente de lo que pasaba en aquella lucha heroica. Los obreros veían caer con aquellas paredes los signos externos del poder opresor de la burguesía. Los burgueses veían desaparecer por instantes aquellas fuerzas que hasta ayer paraba el avance de sus esclavos. Aquellas fuerzas que estaban allá para defenderles la vida y los intereses, para asegurar la tranquilidad de su sueño, iban muriendo uno a uno y se encontraban acorralados y, suficiente trabajo tenían con defender su propia vida. Aquel cuartel que hasta hacía pocos días representaba la tranquilidad de la burguesía y era el terror de los obreros, ahora era la morada del dolor y la desesperación.

Más de un guardia al ver un compañero agonizando en un rincón, al encontrarse con la mujer y los hijos llorosos que le

suplicaban con los ojos humedecidos, debía pensar en las otras veces que él había tenido así, también acorralados, familias de obreros o de campesinos miserables que habían cometido el delito de no querer conformarse con morir de hambre ni con ser tratados como bestias. ¡Quién sabe si alguno de aquellos hombres que ahora no pensaban sino en defender sus vidas y temblaban pensando en la suerte de sus hijos, no habían asaltado la casa de «Seis Dedos» en Casas Viejas, o no había atacado el Sindicato de la Construcción, en la calle de Mercaders, de Barcelona, sin pensar que en la misma casa vivían mujeres y niños inocentes de la lucha que en su entorno se desarrollaba! ¡Quién sabe, todavía, si alguno de ellos no había tirado aquel mismo día de septiembre del 1931 contra el grupo de detenidos indefensos que iban hacia la Jefatura con los brazos en alto! y, ¡quién sabe si no habían aplicado la ley de fugas en el parque de María Luisa, de Sevilla!

Todos habían de morir dentro del cuartel

Los ruegos magnánimos de los revolucionarios para hacer evacuar a las familias y a los heridos que pudiese haber en el cuartel resultaban inútiles. El capitán Alonso Nart quería que muriese todo el mundo allá dentro. No quería dar aquel signo de debilidad esperanzado en que los refuerzos y la ayuda no habían de tardar en llegar. Para él, buen militar y convencido de lo que representaba la fuerza pública y el ejército en un país, y de su pujanza, era imposible comprender cómo aquella banda de paisanos, de bandoleros revoltosos pretendiesen vencer a las milicias del orden. En realidad, no se podía explicar cómo lo tenían acorralado y, para demostrar su fuerza intentó una salida. La realidad le había de demostrar que los

obreros, cuando luchan con la fuerza de la fe en la victoria, son más invencibles que los ejércitos. Había de recordar que los ejércitos que él había mandado y de los cuales sus historias decían que eran invencibles, estaban formados siempre por aquellos mismos que, casi sin armas y, sobre todo, sin capitanes ni generales, lo tenían acorralado en Sama.

A media mañana del día 6, después de muchas horas de lucha, los defensores del cuartel tuvieron una ligera esperanza. Unos aeroplanos pasaron sobre la población. El ruido de los motores fue como un aleluya para aquellos hombres acorralados. No podía ser que aquellos aeroplanos no viniesen a darles ayuda. No podía ser sino la avanzada del ejército que se acercaba. Cuando el ruido se amortiguó y se perdieron por el otro lado de las montañas sus siluetas de mosquito, recortadas en las nubes de plomo, murió la esperanza de aquellos hombres que luchaban e iban perdiendo la vida uno a uno y ponían en peligro la de sus hijos y la de sus compañeros. El zumbido de aquellos aeroplanos provocó, de una forma automática, un amortiguamiento de la lucha. La dejó en suspenso un instante. Los corazones de unos y otros batían al unísono del zumbido de los motores. ¿Serán amigos? ¿Serán enemigos? Al llegar, los sitiados se sintieron aliviados. Los sitiadores sintieron un leve temblor que les agitó todo el cuerpo. Su partida, después del leve reconocimiento que hicieron sobre el valle, fue observada con terror por los del interior del cuartel y saludadas con vivas por los de fuera. Ni para unos ni para otros había lugar a dudas. ¡La revolución había triunfado en toda España! ¡La aviación estaba con la revolución! Sólo quedaban reductos reaccionarios en Asturias, y era necesario acabar pronto para establecer el orden revolucionario y, si hacía falta, para llevar ayuda a los compañeros de otros lugares que con sus propias fuerzas no hubieran podido vencer al enemigo.

El Capitán Alonso intenta una salida

La huida de los aeroplanos impelió al capitán Alonso a intentar una salida por la parte trasera del cuartel. Esperaba poder ganar el río Nalón, hacerse allí fuerte y organizar la retirada. El intento resultó inútil. Los revolucionarios que tenían tomadas las márgenes del río los repelieron. Sobre el terreno quedaron algunos cadáveres y, los que pudieron entraron de nuevo en el refugio del cuartel, en el cual se les había ido arruinando poco a poco el techo a consecuencia de la acción de los dinamiteros que no paraban. Después de esta salida desafortunada el capitán y sus fuerzas escucharon los ruegos de los revolucionarios de dejar salir de la casa a los niños y a las mujeres. El fuego se suspendió un rato, arma al brazo, vigilantes, defensores y atacantes. Los revolucionarios ya tenían la experiencia de cómo respetan las fuerzas a los parlamentarios y cumplen las promesas hechas solemnemente. La evacuación se hizo saliendo los que habían de evacuar a través de un agujero que los sitiados habían abierto en la pared medianera que les separaba de una casa de al lado. Con los niños y las mujeres se escapó de aquel infierno un sargento de la guardia civil que se entregó voluntariamente a los revolucionarios. Al principio los revolucionarios pensaban que se trataba de un simpatizante con el movimiento que quería unirse a la revolución, pero rápidamente se dieron cuenta que se trataba de un hombre que había sentido pánico por su situación y que quería salvar la vida. Y acertó. Fue hecho prisionero y, después de acabada la lucha, muertos casi todos sus compañeros y mientras los obreros se batían en Oviedo y en Campomanes, vivía tranquilamente en Sama, en plena dictadura del proletariado, sin dar ningún tipo de ayuda a unos ni a otros.

El día 6 a mediodía, cuando ya casi todo Asturias estaba en poder de la revolución, el cuartel de Sama todavía resistía. La resistencia no había de durar mucho. Treinta y seis horas de batalla habían podido probar con creces a aquellos tozudos defensores del cuartel que los obreros no estaban dispuestos a dejar la ofensiva ni se podía esperar ningún auxilio de fuera. Instados nuevamente a deponer las armas, aquel capitán Alonso, suficientemente conocido en la población por su altivez y su presunción, se negó rotundamente. Dijo que prefería morir y, así fue. Él y sus hombres perdieron la vida a causa de su ceguera y tozudez.

Una lluvia de balas los derriba a casi todos

El capitán, a la cabeza de sus hombres, intentó una salida desesperada para abandonar aquella casa que ya no era un refugio. Esperaba desconcertar al enemigo con su audacia, pasar sus líneas y poder internarse en la montaña en espera de refuerzos o intentar establecer contactos con alguna fuerza también rebelde a la revolución. ¡Una acción así era la laureada segura! Fue un sacrificio de vidas completamente inútil. Tan pronto los guardias, con su oficial, salieron a la puerta de la calle, una lluvia de balas les derribó a casi todos. El capitán que seguía en pie, a la cabeza de una pequeña cuadrilla, tirando bombas de mano y disparando sus armas, se abrió paso hasta el puente que une Sama con La Felguera. Antes de entrar en él, casi en el mismo borde del puente, algunos soldados de la revolución trabajaban al cobijo de una casa llamada El Miramar preparando bombas y cartuchos de dinamita. Los que todavía quedaban bajo el grupo del capitán al llegar al lado de aquel depósito de explosivos, sorprendidos los revo-

lucionarios con la presencia de quien no esperaban, consiguieron tirar una bomba que cayó en medio de aquellos revolucionarios, que quedaron completamente destrozados. Con los obreros también murieron tres o cuatro del grupo de los guardias.

De momento aquella enorme explosión desconcertó a los revolucionarios y facilitó la huida de los pocos guardias que quedaban vivos. Pudiendo internarse en la montaña cercana, pero fue inútil. Sus perseguidores los seguían de cerca. Al cabo de poco tiempo el capitán Alonso Nart y su asistente, únicos que quedaban vivos de los que habían podido pasar el puente, morían en un corral de cerdos donde se habían hecho fuertes. Los guardias que, heridos, pudieron salvarse fueron llevados al hospital, y los pocos ilesos, a la Casa del Pueblo, prisioneros. Al rendirse Sama al General López Ochoa todos recobraron la libertad. En el campo obrero esta última salida de los guardias del cuartel, aparte de las muertes en la explosión de Miramar, causó bastantes bajas. El inesperado ataque de los guardias de momento desconcertó a los atacantes y, al tirar todos y de todos lados contra los que salían se hirieron mutuamente.

En este combate murió el joven comunista Germán Parera. Su cadáver al principio fue llevado a la Casa del Pueblo y, más tarde, a su casa. Todo el pueblo trabajador de Sama fue a rendir honores al bravo que había muerto los últimos instantes de la lucha, a punto de ver triunfantes los esfuerzos de aquellas fatigas. El cadáver del joven comunista Parera fue acompañado a su última morada por centenares de obreros de Sama y otros pueblos, los cuales, armados y puño al aire, le hicieron columna de honor cantando la Internacional.

Los primeros manifiestos

Acabada la lucha. El Comité Revolucionario se preocupó inmediatamente de restablecer el orden y la vida normal de la población. A este efecto fue publicado un primer bando que decía:

BANDO

El Comité Revolucionario de Langreo a todos los ciudadanos.

Triunfante el movimiento revolucionario iniciado por el pueblo que ha sabido en todo momento cumplir con su deber, manteniendo su alto espíritu de lucha que les hizo merecedores del triunfo, es necesario que desde ahora en adelante sepan mantenerse serenos para seguir luchando hasta conseguir el afianzamiento del nuevo régimen en toda España.

Por las razones que dejamos expuestas precisa este Comité le sigáis prestando su ayuda, tan necesaria en estos momentos, en la seguridad de que en todo momento sabremos cumplir con nuestro deber, pero para ello hacemos saber:

Primero: Todo ciudadano que no esté unido a las fuerzas revolucionarias y que disponga de armas largas o cortas hará entrega de ellas en un plazo no superior a seis horas de la publicación de este bando; si no lo hiciera será castigado severísimamente.

Segundo: Todo ciudadano está obligado a obedecer las órdenes que les den los jefes de las patrullas, y el que les faltara al respeto o no cumpliera sus órdenes será castigado

enérgicamente.

Tercero: Se recomienda a todos los ciudadanos la ayuda a estas patrullas y el respeto a todas las cosas, que, como ya sabéis, están en nuestro poder y para nuestro servicio.

Cuarto: Se castigará con toda energía a aquéllos que pretendieran aprovecharse de estos momentos para robar o saquear comercios o establecimientos, ya que este Comité, en todo momento, procurará que no falte nada para cubrir las necesidades alimenticias.

Téngase muy presente lo que en el presente bando se dice para evitar el tener que tomar medidas, siempre dolorosas, pero más en estos momentos de triunfo. Pero téngase bien en cuenta que si alguien se apartase de lo recomendado, este Comité será inexorable y no perdonará ni por nada ni por nadie.

El Comité Revolucionario

Este bando fue pegado en todas las paredes de todo el Concejo por una patrulla de obreros armados, los cuales eran seguidos por una multitud y recibidos por todos lados con vivas a la revolución social.

Fue publicado otro bando destinado a los comerciantes. Este decía:

BANDO

Siendo necesario normalizar la vida ordinaria y con objeto de estabilizar ésta, se ruega encarecidamente a todos los industriales abran las puertas de sus comercios desde las nueve

de la mañana hasta la una de la tarde y desde las tres hasta las siete de la noche.

El comerciante que no cumpliera este ruego se atenderá a las consecuencias que de ello se pudieran derivar.

La vida del comercio se hará como de ordinario, con libreta, dinero o vales, debidamente autorizados.

SEÑORES INDUSTRIALES, QUE NINGUNO SE NIEGUE A ESTA ORDEN.

El Comité Revolucionario.

Nota.—Mañana, por tratarse de domingo, los comercios abrirán de siete a una, y a partir de este día regirá el horario mencionado más arriba.

Sama, 6 de octubre de 1934.

La lucha en La Felguera

La toma del cuartel de la guardia civil de Sama fue el final de la lucha en aquella cuenca del Nalón, que había tenido otros episodios dignos de relatar.

En La Felguera, pueblo no más alejado de un kilómetro y medio de Sama y donde predominan los obreros anarcosindicalistas, la lucha no fue ni de mucho tan difícil como en la última población, pues la fuerza pública era bastante menos numerosa. Los guardias de asalto que había destacados en La Felguera acudieron a Sama tan pronto empezó la lucha en este pueblo, donde habían quedado únicamente algunas pare-

jas de la guardia civil.

Como por todos lados, la lucha empezó el día 5 de madrugada con el ataque al cuartel a tiros de fusil y armas cortas, y al cabo de poco tiempo, con la dinamita. Los guardias no quisieron escuchar a los revolucionarios que les invitaron a rendirse. Trabajo costó que quisieran dejar salir a sus mujeres e hijos. Una mujer no quiso salir para no dejar a su marido enfermo en la cama. Después de horas de lucha el cuartel empezaba a derruirse. A los revolucionarios les pareció imposible que aquellos hombres continuasen resistiendo y ordenaron parar el fuego para parlamentar. No salía ni un solo tiro de aquellas cuatro paredes que se derrumbaban. Fue en vano gritar a los de dentro, nadie respondía. Intentaron una entrada, y al mismo momento en que iban a hacerlo una gran parte del edificio se hundió. Al cabo de pocos instantes de angustia, al ver que nadie de dentro respondía ni tiraba, acordaron acabar definitivamente aquella situación y entraron en el cuartel, del que sólo quedaba en pie una parte. Dentro no hallaron ningún enemigo. Pensaron que todos los defensores del edificio estaban muertos o heridos entre las ruinas. Buscaron en vano. Finalmente hallaron un cadáver: el de la esposa que no quiso abandonar a su marido. Resultó el único muerto. Los guardias civiles se habían escapado todos por la cloaca que da al río y habían huido a la montaña. Todos fueron capturados al cabo de pocas horas.

El Comité Revolucionario ordenó la detención de diversas personas conocidas como enemigos de la revolución, entre ellas todos los ingenieros de la Duro-Felguera y el director general señor Antonio Lucio, muy conocido por los despidos de obreros que siempre había hecho en épocas de represión especialmente en tiempo de la Dictadura, de acuerdo con el gobernador, el general Zuvillaga. Los detenidos vivían en la

misma casa de los ingenieros, donde nunca les faltó nada y fueron bien tratados, como lo confesó después el señor Lucio a la prensa reaccionaria, que buscaba por todos lados motivos para acusar a los obreros revolucionarios de barbaridades y así poder esconder las cometidas a millares por la fuerza pública.

En aquellos momentos en que nacía la vida revolucionaria con todo el esplendor de la victoria, un individuo quiso aprovechar la ocasión y robó algunos relojes en la tienda de un platero. Detenido, fue paseado por toda la población mostrando el producto de su robo y obligado a devolverlo. Otro que robó algunos pares de zapatos en una tienda también fue detenido y tratado más o menos de la misma manera. Aquella revolución de «bandidos» nacía castigando a los mismos hombres que olvidaban que toda revolución quiere establecer su orden.

La única víctima entre los revolucionarios fue un joven militante al cual estalló en los brazos una bomba enorme. De su cuerpo quedó muy poca cosa.

En Ciaño

En Ciaño, el otro núcleo urbano del Concejo de Langreo, la lucha también fue cruenta y duró unas diez horas. La fuerza pública estaba representada por algunas parejas de la guardia civil a las órdenes de un cabo. En la población todo el mundo pensaba que no habría lucha. El cabo era hijo del pueblo y tenía tres hermanos en las milicias socialistas. El mismo era considerado como un simpatizante. Su mujer era de Sama y hermana de comunistas. Con todo, la lucha fue terrible como en pocos sitios. Casi la totalidad de aquellos guardias hubie-

ron de dejar la vida en las ruinas del cuartel y, con ellos, la mujer del cabo. Las familias de la mayoría de los sitiados abandonaron el cuartel en una tregua, pero no así aquella mujer que quería morir con su marido. Un hermano suyo, el joven comunista de Sama Juan Freijedo, queriendo evitar más derramamiento de sangre y pretendiendo salvar a su hermana y a su cuñado, pidió una nueva tregua y fue al cuartel a parlamentar. Aseguró a los defensores del cuartel que podían rendirse sin miedo. Puso el ejemplo de otros sitios. El mismo era una garantía. Algunos de los guardias, que veían la lucha inútil, quisieron entregarse a los revolucionarios. Los conocían a todos personalmente y sabían muy bien que sus vidas serían respetadas. Todos los ruegos y todas las súplicas fueron inútiles. En uno pudo más el sentido del honor mal entendido, y en los otros el sentido de la disciplina. Freijedo fracasó en su gestión como otros habían fracasado antes. Regresó, y muy pocos pasos había dado cuando unos tiros disparados desde las ventanas del cuartel la hicieron caer a tierra herido en la espalda 'por aquellos mismos a los cuales había querido salvar la vida, quién sabe si por su propio cuñado. Aquella agresión inmotivada y bárbara fue como una orden de fuego para los compañeros del desafortunado Freijedo. Comprendieron que no había otro camino que el ataque a fondo hasta la rendición de los que ni sabían respetar a un parlamentario, la vida de un hombre que había querido salvar la de un hermano que se hallaba en el campo enemigo, donde luchaba por un sueldo y al servicio de unos opresores y no por un ideal de redención.

Los compañeros de Juan Freijedo, arrastrándose y con grave peligro de su vida, consiguieron retirarlo mortalmente herido del lugar donde cayó. Al cabo de pocas horas moría en el hospital de sangre maldiciendo a su cuñado, que había sido más guardia civil que hombre.

Desde este momento el ataque al cuartel fue implacable. La dinamita, al entrar en juego, en pocas horas derribó las paredes, y los revolucionarios hallaron entre las ruinas los cadáveres de todos los guardias civiles excepto uno, que pudo huir los últimos instantes. Con los muertos también estaba la hermana de Freijedo, la esposa del cabo. El guardia que se salvó fue hecho prisionero.

El orden revolucionario en la cuenca del Nalón había sido establecido. La revolución había de imperar quince días, y aquellos obreros habían de ser un ejemplo y una lección para los obreros de España y de todo el mundo.

VIII.

GIJÓN EN LA INSURRECCION

¡Incomprensible!

En la insurrección de Asturias uno de los episodios más incomprensibles y más inexplicables siempre será el de Gijón. Los anarquistas, con su fobia política, pueden ser en parte responsables del fracaso de la insurrección, pero no los únicos ni los que más responsabilidad tienen. Es necesario no olvidar que, gracias a la influencia de José María Martínez la mayoría de los obreros anarco-sindicalistas seguían las directrices del Comité Regional de la CNT, en desacuerdo completo con la F A I, a favor de las A O, movimiento que prolonga y hace posible la insurrección. Hace falta poner los hechos de Gijón en evidencia en sus diversas facetas; con tal de conseguirlo empezaron dando un documento que podemos considerar uno de los más preciosos para el estudio del movimiento de octubre en Asturias. Es un diario de operaciones del comandante militar de la plaza de Gijón desde que empezó la insurrección hasta el dominio de la ciudad. Dice el documento:

Octubre 1934

Día 5.—Al tomar el mando de la plaza como Comandante Militar por la declaración del Estado de Guerra hecha a las catorce horas de este día, las fuerzas que después de la marcha a Oviedo, acaecida en la tarde de este día, de dos Compañías del Batallón de Zapadores Minadores n.º 8, quedan disponibles, son: Batallón de Zapadores, 210 hombres; Asalto, 135; Seguridad, 28; Guardia Civil, 52, y Carabineros, 24. De éstas, la mitad de Asalto no se incorporó hasta el día siguiente, lo mismo sucedió con la de la Guardia Civil.

Municiones quedan, una vez completada la dotación de la fuerza de Zapadores, 14 cajas, de las que se entregan cinco a las fuerzas de Asalto, que no tienen reservas de ellas.

Organicé el servicio de vigilancia con un retén de una Sección de Zapadores en la Puerta de la Villa frente al Llano y Carretera Carbonera y de Oviedo; con un pelotón del mismo Cuerpo en la Plaza de Galán y Humedal, frente a la Gran Vía del Musel, y con las fuerzas de Asalto que recorrieron constantemente la población, estableciendo también una escuadra en la terraza de la Telefónica. La Guardia Civil vigiló los accesos procedentes de Villaviciosa y estableció un retén en Telégrafos, y los Carabineros, en el Muelle y calle del Marqués de San Esteban. De la defensa del Ayuntamiento se encargaron los Guardias Municipales, con algunos números de Seguridad.

Durante la noche hubo algún tiroteo en la población y en la Cárcel y Cuarteles, resultando en la primera herido un Guardia de Asalto.

Por la tarde recorrí los barrios del Llano, La Calzada y Natahoyo, sin encontrar novedad.

Este primer día consignado por el comandante militar de la plaza de Gijón evidencia una indecisión de los revolucionarios no superada ni en Oviedo. Continúa su relación el comandante militar:

Día 6.—Siguió establecido el mismo servicio, intensificándose el recorrido de la población por Guardias de Asalto y por dos camionetas y un coche ligero con fuerzas de Zapadores y orden que, en caso de ataque de los rebeldes, próximo según informes, la sección de Zapadores de la Puerta de la Villa se opondría a su entrada desde el Llano, extendiendo su frente hasta el paseo de Begoña a enlazar con otras dos secciones

que, saliendo del Cuartel, formasen una cortina de fuego por las calles de Francisco Ferrer y Ramón y Cajal a la Cárcel, guardada por un pelotón de Zapadores; que los Guardias de Asalto impidiesen la entrada de los procedentes de La Calzada y Natahoyo desde la Puerta de la Villa, por el Humedal, hasta los muelles, estableciendo enlace también con la Guardia Civil, que debería cubrir el frente desde su Cuartel al Muro de la Playa para vigilar el acceso de los procedentes de Villaviciosa, y que Carabineros vigilasen el muelle.

A las 23'30 se inició algún tiroteo a la Cárcel y Cuartel del Coto, que ordené que no se contestase más que por tiradores escogidos. Al mismo tiempo, del Cuartel de Asalto recibí aviso de ser tiroteados. El Teniente don Francisco Buero, que mandaba el retén de Zapadores de la Puerta de la Villa, me comunicó se tiroteaba con algunos grupos que, procedentes del Llano, se acercaban a la población y que se disolvieron. Ordené se ocuparan las posiciones señaladas a las diversas fuerzas, lo que se hizo inmediatamente, cesando el tiroteo al cabo de una hora y continuando en el resto de la noche sólo disparos sueltos. Resultó herido un Carabinero en su Cuartel a la entrada de Cimadevilla.

Se presentó por la mañana el Comandante de Infantería don Francisco Costell, al que encargué del Juzgado de Plaza, que por los detenidos el día anterior adquiría mucha importancia.

Un grupo de paisano, en el que figuraba la mayoría de los Jefes y Oficiales retirados en esta Plaza, se ofreció para lo que se les ordenase, solicitando únicamente ser armados, no accediendo por no considerarme autorizado para ello.

Por la tarde recorrí los barrios del Llano, Calzada y Natahoyo, encontrando construidas barricadas en los dos primeros.

Día 7.—Recibí informes por teléfono de algunos vecinos de Cimadevilla de estar en este barrio los accesos impedidos por barricadas y circular por todo él grupos armados, así como al poco tiempo de una agresión a los Carabineros que vigilaban en el muelle, resultando un muerto, y dispuse que Guardias de Asalto reconociesen las entradas a dicho barrio y retirasen el cadáver del Carabinero, lo que efectuaron, encontrando los accesos cerrados por barricadas, no tratando de forzarlas por la escasez de municiones de que se disponía. El Cónsul francés, que tiene su domicilio en el límite de este barrio con el muelle, me comunica que en el tiroteo habido, además de los desperfectos causados en el Consulado, ha sufrido una ligera herida en la cara.

Desembarcado en el Musel, del crucero «Libertad», un batallón del Regimiento n.º 29, ordené la preparación de un tren para su marcha a Oviedo, y ante el informe de que los rebeldes habían obligado a los obreros de los talleres ferroviarios de Veriña a cerrar y venían hacia la estación del Norte, dispuse marchase a ésta una sección de Zapadores y fui a ella, exhortando al personal y obreros allí presentes y que parecían dispuestos a abandonar la Estación a continuar los trabajos para la formación del tren, lográndolo.

No hay duda que al relatar esta parte de su actuación el comandante militar de Gijón, seguramente para dar más relieve a sus dotes de diplomático y hombre convincente, omite voluntariamente las amenazas de penas de muerte y frases de cuartel con que hubo de obsequiar a los obreros de la estación del Norte para «convencerlos» de que no habían de abandonar el trabajo y trabajar para la formación de un tren que llevase tropas a Oviedo, en aquellos momentos objeto de la admiración de todos los obreros de Asturias.

Para facilitar la llegada del Batallón del Regimiento n.º 29,

ordené que dos secciones de Zapadores, al mando del Capitán don Casimiro Martínez Cano y de los Tenientes don Manuel García Rendueles y don Jesús Población Sánchez, saliesen a su encuentro en cuanto se les divisase desde la Telefónica a la salida del Musel, ya que por estar cortada la comunicación telefónica con ese puerto y haber abandonado el personal de Obras del Puerto local los servicios de vigía del mismo, no podía conocerse de otro modo su salida. Dicha fuerza encontró resistencia al desembocar en el Humedal y seguir la Gran Vía del Musel, venciénola; teniendo un herido y encontrando al Batallón cerca de La Calzada, cubriendo su retaguardia y flanco derecho para que entrara en Gijón y marcharse a la Estación. A este punto fui en cuanto tuve conocimiento de su llegada, haciendo cesar el tiroteo que algunas fuerzas de dicho Batallón sostenían con algunos pocos que intensificaban su acción y causaron un herido de Asalto en la azotea del edificio de la Telefónica.

Para conseguir llegasen a su destino de León y Madrid unos telegramas que el Comandante Militar de Oviedo me dio por teléfono, el Comandante Gallego recorrió toda la población en busca de una estación de onda corta particular que pudiera lanzar dichos telegramas, encontrándola en Simió y logrando llegasen los mensajes a destino. Al mismo tiempo dos jóvenes, Tomás Innerarity y Mariano Suárez Infiesta, ambos paisanos y buenos nadadores, se comprometieron a llevar al crucero «Libertad», anclado a la entrada del Musel, un pliego, y lo cumplieron.

Lo curioso fue que los revolucionarios contemplaron cómo estos dos muchachos conocidos como fascistas se embarcaban en una lancha en la playa sin ser molestados por nadie. Más tarde se atribuía a estos dos muchachos haber dado indicaciones al comandante del crucero respecto a los lugares

donde había de dirigir los tiros de su artillería. Evidentemente, los revolucionarios de Gijón estaban bastante desmoralizados, posiblemente a causa de la falta de medios de lucha, que siempre les fueron regateados por quien se los podía dar.

Más tarde, en este día, se reanudó la comunicación directa telegráfica con Madrid y, después, con el Ministerio de la Guerra, cesando, en cambio, la que había con Oviedo, único punto con el que se había podido comunicar esta Plaza.

Durante todo el día el paqueo en la población fue continuo, no contestando a él por los pelotones de recorrido salvo cuando adquiría caracteres de fuego colectivo frente a las barriadas del Llano y Cimadevilla.

Este día el pánico en la población fue mayor que el anterior, siendo preciso estar constantemente animando a todas las personas y entidades que, sin cesar, por el teléfono requerían informes, anunciaban ataques de núcleos rebeldes y mostraban deseos de abandonar sus viviendas y concentrarse en los Cuarteles. Esta labor de levantamiento moral de los espíritus adquirió en Gijón un valor importante, y a ella se dedicó especialmente el Comandante don Manuel Gallego Velasco, logrando no se exteriorizase colectivamente el pánico individual que se mostraba. Para contribuir a ello di por radio comunicados los días 6 y 7.

Por la noche, el crucero «Libertad» bombardeó el Cerro de Santa Catalina, por lo cual los rebeldes de Cimadevilla cesaron en su tiroteo.

Día 8.—Se hizo el recorrido continuo de la población como en los días anteriores, sin contestar tampoco, salvo excepciones, al paqueo, que fue aumentando en intensidad; a efectos de él, fue un Guardia Civil herido en su Cuartel, logrando, en cambio, matar a uno de los pacos que tiraban sobre él.

Ordené que uno de estos reconocimientos, hecho por fuerzas de Zapadores, se internase en el Llano hasta poder determinar la clase de barricadas establecidas en él. Así se hizo por el Capitán don Imeldo Delgado Delgado y por el Teniente don Francisco Buero Vallejo, descubriendo tres líneas de trincheras y barricadas formadas por excavaciones en el terreno y parapetos de piedra. En este reconocimiento hubo dos heridos.

Al oscurecer, el crucero «Libertad» bombardeó el barrio de Cimadevilla, y al empezar a hundirse las casas que recibieron los impactos todo el barrio vino hacia el casco de la población con banderas blancas, saliendo a su encuentro fuerzas de Asalto que encauzaron los hombres hacia la calle de Jovellanos, donde acudió una sección de Zapadores, y fui a enterarme del número de rendidos, que eran unos 500, reunidos en dicha calle entre dos bocacalles. Los rendidos trajeron algunas armas, y hecha una primera selección entre ellos, dispuse se encerrase el resto en la antigua Iglesia de los Jesuitas y que se mandase a algunos que a ello se ofrecieron, a recoger las armas tiradas en Cimadevilla, de donde trajeron hasta 60 fusiles, la mayoría estropeados, y algunas bombas de mano, así como que fuesen a intimidar la presentación con armas a los rebeldes del Llano, a lo que éstos contestaron que tenían mucha fuerza y armas y hasta camiones blindados, por lo que no seguían el ejemplo de los de Cimadevilla. No obstante no se movieron de sus trincheras. Los detenidos más comprometidos, al parecer, quedaron en el Cuartel de Asalto.

Ante la escasez de municiones, en la fuerza de Asalto se le dieron otras dos cajas, quedando las fuerzas sólo con las necesarias para defenderse.

Ante el anunciado desembarco de municiones y fuerzas nava-

les y no teniendo comunicación directa con los barcos para poder conocer el momento de efectuarla y apoyarla en caso necesario, ordené que todos los elementos dependientes de la Junta de Obras del Puerto volviesen a sus puestos y encendiesen de nuevo las apagadas luces de señales del muelle, así como que el señor Delegado Marítimo se instalase en la Delegación, en donde por su posición podía intentar un enlace con el crucero y, en todo caso, avisar sus movimientos y el momento en que las lanchas o barcazas saliesen de su costado en dirección al muelle. Al ir a hacerlo recibió una herida, falleciendo poco después.

Se dio este día otro comunicado por radio.

Día 9.—Recibiendo informes de continuar algunos grupos rebeldes en Cimadevilla, ordené que dos secciones de Zapadores recorrieran este barrio. Lo hicieron, no encontrando más que cuatro rebeldes muertos.

Se hizo el recorrido de la población como en días anteriores, disminuyendo este día el paqueo y dando muestras de menos actividad los rebeldes de los barrios circundantes.

Al oscurecer desembarcó el acorazado «Jaime I» 60 cajas de municiones, y seguidamente su columna de desembarco, compuesta de 206 marineros, con cuatro ametralladoras.

Autorizado para movilizar los Jefes y Oficiales retirados y los Oficiales y Suboficiales de Complemento, así como los Suboficiales y clase de tropa de la primera reserva, se empezaron a dar las órdenes para ello, empezando seguidamente a presentarse.

Recibida autorización para armar a los vecinos que inspirasen confianza encuadrados entre militares retirados, se formó un pelotón, al que se armó con las armas largas útiles recogidas en Cimadevilla.

Día 10.—En el crucero «Cervantes» llegaron al Musel una Bandera del Tercio y el Batallón de Cazadores de África n.º 8. Ordené que en una gasolinera fueran dos oficiales para servirles de guía y que el primero que desembarcara emprendiese seguidamente la marcha hacia Gijón, y dispuse saliese al mismo tiempo de esta plaza una columna formada por dos secciones de Zapadores al mando del Capitán don Casimiro Martínez Cano y Tenientes don Jesús Población Sánchez y don Francisco Buero Vallejo y dos de Marineros con las ametralladoras al mando de sus Oficiales, y todos al mando del Jefe de la columna de desembarco, que por la Gran Vía del Musel fuesen al encuentro en La Calzada de las fuerzas que de dicho puerto procedían, para una vez logrado el contacto, atacar a los rebeldes en Pumarín y seguidamente a los del Llano por su espalda, mientras fuerzas de Asalto debían entretener y fijar a los de este punto y la Guardia Civil los que ocupaban barricadas en la carretera de Pola de Siero y Ceares. Para dirigir la operación me establecí en la terraza de la Telefónica, de donde se descubre gran parte del terreno en que se había de desarrollar.

La operación se verificó como se dispuso, encontrando resistencia la columna de Gijón a partir del Humedal, y el Tercio desde su salida de Musel, venciéndolas y estableciendo el contacto de ambas columnas en La Calzada, desde donde estimando se retrasaba el ataque a Pumarín, mandé al Capitán Ayudante para que averiguara las causas y ordenase comenzara en seguida. Así se hizo, siendo la causa del retraso el registro de las casas de La Calzada, desde donde se había hecho resistencia, y recogido prisioneros. En el ataque a Pumarín y al Llano, que se efectuó por el Tercio y la sección de Zapadores mandada por el Teniente don Francisco Buero

Vallejo, mientras el resto de la columna de Gijón, con las ametralladoras, protegía su flanco izquierdo de los ataques desde las casas de la Braña, pusieron los rebeldes su mayor resistencia, que fue vencida, dejando éstos en una de las barricadas once muertos al huir, y entrando las fuerzas en Gijón a las quince horas, trayendo unos doscientos prisioneros, algunos cogidos con armas, y recogiendo alguna cantidad de éstas.

Según me manifestó el Comandante del Tercio, sus bajas fueron un Sargento 1.º muerto; un Oficial y un Brigada y tres o cuatro legionarios heridos. De Zapadores hubo un herido. También me manifestó el buen servicio que le había prestado como guía el Teniente de este Batallón don Manuel García Rendueles.

Durante este tiempo en la población el paqueo fue más intenso, lográndose determinar un nido de los que paqueaban el puesto de mando y detener en él a cinco individuos por fuerzas de Asalto,

El Batallón de Cazadores de África n.º 8, que desembarcó en primer lugar, no encontró más dificultad para entrar en Gijón que deshacer algunas trincheras que sin enemigos encontró en su marcha a partir de La Calzada por la vía del tranvía y calle de Mariano Pola. Una vez las fuerzas en la Plaza cesó el paqueo y toda actividad rebelde.

Con los Jefes y los Oficiales retirados y de Complemento presentados se formaron diversos grupos para encargarse de la requisa de los camiones, autos ligeros, ganado y víveres, que en seguida comenzaron a funcionar para preparar la marcha de la columna que, al mando del Teniente Coronel Yagüe, iba a salir en seguida para Oviedo.

Una sección de Zapadores y otra de Marineros fueron a des-

truir las barricadas de la carretera de Oviedo para dejar paso libre a la columna Yagüe.

En el Cuartel de Asalto explotó una de las bombas recogidas allí y causó heridas leves a un Sargento y diez Guardias.

Habiendo llegado a Gijón el Excmo. Sr. General don Rogelio Caridad Pita, a las veinte horas se hizo cargo del mando.

Así relata en el diario de operaciones los hechos de Gijón el teniente coronel jefe de batallón de zapadores y jefe militar de la plaza, Domingo Moriones Larraga.

Poca decisión

El documento militar que acabamos de transcribir pone de manifiesto la poca guarnición que había en Gijón y la indecisión de las fuerzas revolucionarias. Una de las características de la insurrección de Asturias es la decisión con que actuaron los revolucionarios y la voluntad de vencer evidenciada en la forma en que llevaron el ataque a las posiciones del enemigo. Gracias a esto la fuerza pública se vio por todo obligada a ponerse a la defensiva y encerrarse en los cuarteles. Quedaban desconcertados por la decisión de la ofensiva de los revolucionarios y esperaban que aquel ataque fuera cosa de pocas horas y que todo se acabaría con un poco de resistencia mientras esperaban los refuerzos que, a su entender, habían de llegar. En definitiva, es la continuación de la misma táctica empleada en Marruecos, por donde han pasado casi todos los oficiales del ejército español y gran parte de las clases que mandaban destacamentos de fuerza pública de Asturias. El

comandante militar de Oviedo, teniente coronel de ingenieros, según se desprende de la comunicación a sus superiores jerárquicos y que acabamos de transcribir —y es de creer que se ajusta bastante a la verdad, criterios aparte, los hechos positivos— no cayó en el mismo error, y, ya desde el día 5, en lugar de replegar sus fuerzas, incluso faltó como estaba de hombres y municiones, ocupó los puntos estratégicos de la ciudad antes de que lo hicieran los revolucionarios. Estos después hubieron de limitarse a sitiar la ciudad, en espera de refuerzos que no habían de venir, y hasta que, sin municiones ni armas, se batieron heroicamente en retirada. En el caso de Cimadevilla, el cual el comandante militar no explica sino a medias, es decir, hasta allá donde la dignidad del puesto que ocupaba y la necesidad de presentarse como un héroe y de hacer resaltar la heroicidad de sus tropas se lo permiten. Se le olvidó consignar que aquellos dos centenares de defensores del Cerro de Sarna Catalina, al rendirse, no tenían ni un mal cartucho. También se le olvida consignar el tiempo que le costó la toma del Llano y la manera como aquella pandilla de revolucionarios hicieron retroceder más de una vez sus tropas de África y las peninsulares. Este es el lado débil del documento, donde la verdad no es dicha sino a medias, y la cual hace falta aclarar, pues una cosa son los errores cometidos en la táctica preparatoria de la revolución y en su desenvolvimiento, y también en la estrategia empleada, y otra es el comportamiento personal de los revolucionarios combatientes, que, como todos los de Asturias, derramaron heroísmo y abnegación a raudales.

Responsabilidades

Las organizaciones obreras de Gijón, en particular, son responsables de no haber declarado la huelga general el mismo día 5 de madrugada, como se hizo por todo. No discutiremos aquí si la declaración de huelga el día 5 de madrugada era acertada o si en realidad debía haberse declarado el mismo día que Samper abandonó el poder. En este caso la insurrección, si hubiese estallado, habría podido tener mucha más extensión, y hasta es muy posible que aquellas figuras misteriosas que ocupaban puestos de responsabilidad en el ejército y que, a criterio de muchos, estaban comprometidos en el movimiento, sin el refuerzo moral que para los reaccionarios representaba la presencia en el Gobierno de los jesuítico-vaticanistas, hubiesen tenido más decisión para cumplir sus compromisos. Esto en el caso de existir. El hecho es que el día 5, a la hora de entrada al trabajo, el mismo momento en que en muchos pueblos los destacamentos de la guardia civil ya habían caído en poder de los obreros y, en Oviedo mismo, habían empezado los enfrentamientos con la fuerza pública, los obreros de Gijón, que no anhelaban otra cosa, no habían sido llamados no ya al combate, sino a la huelga general. Y esto es menos explicable si se tiene en cuenta la presencia de dos anarquistas en el Comité Revolucionario Provincial. Nadie puede acusar a los obreros de Gijón de falta de sentido de clase ni tampoco de poco espíritu de lucha. En otras ocasiones habían llegado a sacrificios difícilmente igualados por los obreros de otros lugares. La tradición de los obreros de Gijón es la lucha. El día 5, por la mañana, los tranvías de Gijón llevaban los mismos obreros de cada día al trabajo. Las fábricas vieron cómo los gritos de sus sirenas eran correspondidos por la masa, que no esperaban otra cosa que una orden de ataque

que no venía. La revolución perdía de una manera absurda un ejército de más de veinte mil obreros dispuestos a la lucha.

Las fuerzas toman la iniciativa

De esta forma, los obreros, al ir al trabajo en contra suya, en espera de que sus comités superiores les diesen la orden, se hallaron la ciudad ya ocupada militarmente. La fuerza había tomado la iniciativa que no había sabido tomar la clase trabajadora. Este hecho produjo una desilusión a los obreros revolucionarios, pero, con todo, en el fondo estaban convencidos que ellos, en definitiva, serían suficientemente fuertes para vencer a las fuerzas de la burguesía que habían sabido adelantarseles. Entretanto los dirigentes, finalmente habían llegado a un acuerdo. La multiplicidad de organizaciones había retrasado la acción; era necesario añadir a la indecisión de los dirigentes la mala voluntad o la poca comprensión por su parte de la consigna que había cohesionado hacía tan poco a toda la clase obrera asturiana y que, en realidad, la mantenía cohesionada moralmente: la Alianza Obrera. Los dirigentes de una y otra organización que habían ido, si os place a la fuerza, a las Alianzas Obreras, empujados por la fuerza de voluntad de las masas en momentos en que las Alianzas Obreras habían de dar todo aquello que su arraigo en la conciencia de los trabajadores hacía esperar, procuraban ignorarla. Demostraron que unos y otros, al participar en su organización y constitución, no habían pretendido otra cosa que evitar un enfrentamiento con la voluntad revolucionaria de la clase trabajadora. Y a despecho de la poca voluntad que los dirigentes de ambas grandes organizaciones, socialistas y anarco-sindicalistas, demostraban por la A O, era tan potente la influencia de ésta

en la conciencia de la masa trabajadora, que la unanimidad revolucionaria obtenida en todos lados se debió absolutamente a la existencia de los comités, ignorados o intentados ignorar la mayoría de las veces por los jefes responsables, pero sentidos sin complicaciones psicológicas ni partidismos por toda la masa trabajadora.

Sin armas

Los obreros de Gijón empezaron y acabaron sin armas. No es que los de los demás lugares tuvieran en abundancia, pero, aparte de las que pudieron obtener de la fuerza pública y de las procuradas antes de la insurrección, por todos lados se armaron todos los obreros posibles con fusiles tomados en la fábrica de la Vega, de Oviedo, y trajeron cañones de Trubia. En Gijón no se hizo nada de esto; los obreros insurreccionados tuvieron que luchar con las mismas armas con que empezaron, las cuales no pasaban de unas trescientas entre cortas y largas, y muy pocas municiones. Tampoco tenían el arma terrible de los mineros, la dinamita, ni nadie envió a éstos que fueran a Gijón, como se les envió a Oviedo y a Campomanes.

En las discusiones posteriores a la derrota, socialistas y anarcosindicalistas se acusaban mutuamente del fracaso de Gijón. Unos decían que los otros no quisieron; los socialistas decían que los anarco-sindicalistas, demasiado influenciados por la FAI, no se decidieron a lanzarse al movimiento hasta que éste hubo triunfado por todos lados. Socialistas de Oviedo dicen que en plena insurrección habían sido ofrecidos unos centenares de fusiles a los anarquistas de Gijón y que éstos se habían negado a recibirlos. Esto es una pura fantasía; antes puede creerse que estas conversaciones, si existieron, fueron lleva-

das por José María Martínez para poder convencer a los dirigentes socialistas que hacía falta concentrar esfuerzos sobre la ciudad de la costa, la cual podía ser considerada como un punto estratégico de primer orden para la insurrección asturiana, en primer término, para la española, en general, y, en todo caso, un reducto magnífico para guardar una buena retirada. En general, no pensaban nunca en la retirada, y en una insurrección, como en toda acción militar, es necesario pensar en ello para asegurar que sea lo menos dolorosa posible. Esta es una de las condiciones más preciosas para evitar el total aplastamiento de los revolucionarios y una garantía para rehacer la moral de las masas en un lapso de tiempo mucho más corto que si la derrota es total y el aplastamiento físico demasiado fuerte.

José María Martínez

Nada se opone a considerar como un hecho positivo la indecisión de los dirigentes anarco-sindicalistas de Gijón, los cuales seguían las directrices de José María Martínez, tan difamado por los anarquistas de la FAI por haber comprendido a tiempo el valor de la consigna de unidad de acción en la AO, y los cuales después de una manera impúdica, le han querido presentar como un héroe que estaba de acuerdo con ellos. Es casi el mismo criterio manifestado por los faistas en otros puntos sobre la necesidad de dejar que la insurrección hubiese sido llevada adelante por socialistas y comunistas, para sumarse ellos después; también era la opinión de los elementos directrices de la Regional de la CNT de Asturias. Al fin y al cabo, no era nada extraño que no demostrasen demasiada confianza en unos elementos que otras veces les habían deja-

do en la estacada. Pero esta vez, la primera que en la historia de la clase trabajadora española presentaba una posibilidad de triunfo, eran los anarquistas los que habían de ir a la cola de los acontecimientos. A gusto de los dirigentes supremos o no, los obreros socialistas evidenciaron un sentido revolucionario y una voluntad de triunfar que pocas veces habían demostrado los mismos anarquistas en la serie de actos organizados durante los dos primeros años de República. Y, sobre todo, los obreros socialistas y comunistas habían de demostrar la superior eficacia revolucionaria de los métodos marxistas sobre los métodos libertarios. Los socialistas, los dirigentes, se entiende, pueden ser acusados, en cambio, de otro error por lo menos de tanta importancia como la indecisión de los anarco-sindicalistas, pero que, a nuestro entender, tiene mucha más, porque era hijo de una reflexión y llevaba a conclusiones que habían de ser fatales para la insurrección. Todo hace creer que los socialistas querían evitar el triunfo de la insurrección en Gijón sin su predominio absoluto, por otra parte muy difícil, dada la tradición cenetista de su población obrera. Según este criterio, los socialistas, convencidos de la importancia estratégica de Gijón, temían que los sindicalistas, al dominar la ciudad, la convirtieran en un reducto de sus fantasías libertarias y que después de que los socialistas triunfasen se vieran obligados a luchar para establecer en Gijón un orden de acuerdo con su revolución, que es muy seguro que no iba más allá del restablecimiento del poder a las izquierdas. La Dictadura del Proletariado habría tenido que ser impuesta por la masa trabajadora contra la dirección. De acuerdo con este criterio, los socialistas habrían hecho el intento de acabar la toma de Oviedo para emprender inmediatamente la toma de Gijón con sus propias fuerzas. El error táctico y estratégico de esta concepción es muy evidente. La posesión del puerto de Gijón, como la de todos los puertos de la costa astu-

riana, era de absoluta necesidad para la revolución y una garantía inapreciable para su futuro, suponiendo que hubiera sido cierto el triunfo de la insurrección en toda España.

Si se trataba de una insurrección obrera era necesario contar con que la burguesía no se entregaría con tanta facilidad como para abandonar la lucha inmediatamente y que, por tanto, emplearía todos los medios para recobrar lo que perdía de una forma inexorable. Cualquier punto que se dejase abandonado era un punto débil donde las fuerzas enemigas de la revolución podían hacerse fuertes y desde aquel sitio retardar el triunfo definitivo.

Esto aparte de que era un punto flaco a través del cual elementos de fuera de España podían hallar la excusa o la posibilidad de intervenir para evitar que otro país de Europa siguiera el ejemplo de Rusia. Este error, en todo momento grave, lo era mucho más si se consideraba la situación del puerto de Gijón. Punto no difícilmente defendible contra fuerzas del mar, es una base inapreciable para organizar incursiones hacia el interior. Y este interior inmediato es precisamente uno de los puntos que convenía a la revolución obrera española mantener lo más seguro posible, pues, aparte la buena calidad del material revolucionario que puede proveer al ejército de la revolución, su pérdida significa la pérdida del más grande depósito de combustible de que podía disponer el nuevo Estado obrero. Rusia, el único Estado obrero, está muy lejos, y para llegar hasta España habría de salvar muchos obstáculos, y alguno, quién sabe si de carácter diplomático.

Importancia estratégica de Gijón

En el caso de la derrota de la insurrección ni falta hace ponderar la importancia de la posesión de un punto que es la clave de aquel territorio. Es la mayor garantía para el orden de la retirada de las fuerzas de la revolución y, por tanto, una gran posibilidad de evitar en gran parte el aplastamiento físico de las fuerzas revolucionarias. El sacrificio, en la derrota, de un punto que puede garantizar la disolución de las fuerzas revolucionarias y da tiempo suficiente para la ocultación de material de guerra, estratégicamente y tácticamente, pensando en el porvenir, es un error grave. Este punto, por un lado, en Asturias, podía ser Gijón, y, por otro, en la montaña. Una resistencia aferrada a estos dos lugares podía dar tiempo suficiente para licenciar las fuerzas revolucionarias y evitar así en parte los estragos de la represión brutal que siempre representa la pérdida de los elementos más combativos de la clase trabajadora. A juicio de muchos, la posesión de Gijón aseguraba la huida por mar de los elementos más comprometidos, los cuales era difícil mantener ocultos en el país, y la libertad de los cuales era necesario asegurar.

Este criterio parte del error de no considerar que el mar en todo momento pertenece al poseedor de la escuadra. Sin contar con este factor es un sueño que se puede salvar la distancia marítima que separa las costas de Asturias de las de Francia o Portugal. Las fuerzas navales del enemigo habrían hecho impracticable esta fuga.

Acuerdan apoderarse de Cimadevilla

Al lanzarse a la insurrección los obreros revolucionarios de Gijón se encontraron la ciudad tomada estratégicamente por las fuerzas militares y de orden público y con poca fuerza para intentar un ataque a fondo para desalojarles de las posiciones tomadas. Ignoraban, a pesar de que los dirigentes habrían podido saberlo, que la fuerza de la plaza no pasaba de unos 400 hombres y que no estaban demasiado sobrados de municiones. Si durante aquellos dos o tres primeros días, cuando la moral de la fuerza no era muy buena —ved lo que dice el comandante militar: que la mitad de los carabineros y de los guardias civiles no se incorporaron a sus puestos hasta el día siguiente, o sea, hasta que se dieron cuenta de la falta de decisión de los revolucionarios—, se hubieran llevado a Gijón fuerzas revolucionarias de las cuencas mineras o se hubieran dado armas a los revolucionarios de Gijón, la rendición de aquellos 400 hombres se podía considerar segura. Obligados, sin embargo, los revolucionarios gijoneses a obrar con sus propios medios, muy escasos por cierto, acordaron apoderarse de Cimadevilla, con la posesión de la cual se aseguraban el puerto local y ponían una especie de sitio a la ciudad para evitar que las fuerzas de Gijón pudiesen acudir en auxilio de Oviedo u otros puntos. En cambio, olvidaron por completo el Musel, punto estratégico importantísimo, y así pudo pasar que, al llegar los barcos, pudiesen efectuar los desembarcos sin hallar una resistencia que habría podido hacerse desde la punta que domina el puerto, de donde habría sido muy difícil desalojarlos. Si se hubiera tomado esta medida estratégica, el desembarco de tropas de Gijón habría sido bastante difícil, por pocas armas y municiones que hubiesen tenido los revolucionarios.

Dentro de la ciudad sólo quedaban grupos de franco-tiradores que procuraban hacer la vida imposible a la fuerza que dominaba la ciudad. La calle no era de nadie y era de todos. En cada momento era del que pasaba o dominaba un lugar según las circunstancias. La fuerza pública, a causa de la escasez de municiones, no se lanzaba a fondo, y esto permitió a los revolucionarios hacer algunas incursiones por dentro de la ciudad y hasta hacer requisadas de armas en casas más o menos conocidas como domicilios de enemigos de la clase trabajadora. Estos registros y pesquisas no fueron aprovechados suficientemente. No obraban de una manera decidida y no hicieron prisioneros que después habrían podido servir como rehenes. De un registro hecho en la casa de uno de los más caracterizados fascistas de la población no sacaron otro provecho que unos prismáticos de campaña, útiles, no hay duda, pero mucho menos que la persona del dueño de la casa. No se requisaron los aparatos de radio ni receptores ni emisores particulares que habrían podido ser muy útiles. El comandante militar explica en su documento cómo después de buscar mucho halló una emisora y cómo la utilizó. Con esta emisora emitió un telegrama dirigido al Ministro de la Guerra que decía:

7 de octubre de 1934:

Comandante militar de Gijón a Ministro de la Guerra. Indicando situación a las 9 horas. Continúa tiroteo. Rebeldes fuertes Santa Catalina. Hay una compañía y Plana Mayor en Gijón. E.F.G. Oviedo bombardeado obuses procedentes de Trúbia. Avilés sitiado apoderándose Ministro Pedregal. «Libertad» en el Musel. 100 hombres Avilés. Otra fuerza desembarcó y salió Oviedo.

Trincheras alrededor de la ciudad

Las fuerzas revolucionarias que habían salido de la población y los pocos que hasta entonces habían acudido de otros puntos construyeron un sistema de trincheras alrededor de la ciudad y especialmente en el Llano y en el camino del Musel. José María Martínez, con un gran espíritu de lucha iba y venía de La Felguera a Gijón, se entrevistaba con el Comité Revolucionario, en el cual había una representación anarquista, renegaba, discutía, pero todo en vano. La Felguera había enviado a la mayoría de sus hombres a Oviedo y a Campomanes; tampoco tenían demasiadas municiones ni armas, y, por más que quisieran, les era difícil ayudar de una manera efectiva a sus compañeros anarquistas de Gijón, los cuales no eran escuchados por el Comité Provincial de Oviedo, preocupado solamente por la toma de aquella ciudad y por las noticias del resto de España.

Con los pocos medios de que disponía, la resistencia era muy difícil. Con todo, no desesperaba de convencer a unos y a otros que era tan necesario tomar Gijón como Oviedo. Aquella noche del domingo el crucero Libertad ya había bombardeado Cimadevilla, y aquellos bravos no podían responder a los cañonazos del barco. Con no poco trabajo tenían municiones para replicar a los ataques de la fuerza de tierra. Si éstas hubieran tenido valor y decisión, les habrían podido obligar a rendirse por falta de municiones. Si la situación continuaba de la misma forma, el desembarco de tropas era cosa de pocas horas, y la ofensiva contra Oviedo y la cuenca de Langreo vendría a continuación.

Cimadevilla se rinde

La rendición de Cimadevilla no se había de hacer esperar. Al llegar a la noche del día 8, el crucero Libertad empezó de nuevo el bombardeo con más intensidad que el día anterior. Algunas casas se hundieron. Los revolucionarios acabaron casi del todo las municiones y no pudieron dominar el movimiento de pánico que había invadido a la población civil no combatiente. Como una riada, aquella gente que vio cómo los cañones arruinaban sus hogares, salieron del barrio con banderas blancas para entregarse a las fuerzas del Gobierno. Un grupo numeroso de revolucionarios en lugar de rendirse pudieron huir por la playa con las armas y muy pocas municiones y se unieron con las fuerzas de la revolución que luchaban en el Llano. El comandante militar nos cuenta que hizo regresar a un grupo a Cimadevilla para recoger armas. No tuvo valor para ir él mismo y tomar el barrio. Este estuvo sin fuerzas hasta el día siguiente.

Los revolucionarios fueron señores de aquel lado de la población desde el primer día del movimiento. Barrio eminentemente obrero, las fuerzas no se atrevían a pasar sus puertas hasta que los revolucionarios lo abandonaron. Desde aquel punto dominante, los revolucionarios, si hubiesen tenido material de guerra suficiente y jefatura única, habrían podido tomar la población en acción conjunta con los que luchaban en el otro lado, por la esquina de atrás. Los revolucionarios de Cimadevilla no tenían otra salida que el mar o las calles de la población, que eran como una ratonera. Mal armados como estaban, dos o tres veces hicieron salidas e intentaron tomar la Iglesia y el Ayuntamiento. Los guardias de seguridad y municipales resistieron su ataque. Uno de los guardias municipales que en uno de los ataques quiso huir fue amenazado con el

fusilamiento. Durante el poco tiempo que los revolucionarios habían tenido Cimadevilla en su poder, además de la falta de municiones padecieron, y con ellos toda la población encerrada en el barrio, que parecía un fuerte, de falta de víveres. No asaltaron ningún sitio, ni siquiera requisaron. Acababan el tabaco, tenían la fábrica de tabacos de Gijón en las —manos y en un momento dado, los obreros de la fábrica, para ayudar a sus compañeros que luchaban, abrieron una suscripción para comprar tabaco en la fábrica. El administrador, que no había sido molestado, ante aquel exceso de honestidad regaló a los revolucionarios dos cajas. ¡Como éste eran los robos y los asaltos que los revolucionarios asturianos cometían y eran descubiertos como crímenes horripilantes por los corresponsales de la «gran» prensa «independiente»!

«Te nombramos general del Ejército Rojo»

Al día siguiente, evacuado el barrio por los revolucionarios, la fuerza, con la excusa de rumores de que habían vuelto, se «apoderaron» del barrio con todo el aparato de guerra. Los jefes sabían muy bien que no tenían enemigo enfrente. En el barrio no hallaron sino las casas hundidas por la artillería de la marina española y los cadáveres de cuatro obreros que tuvieron la suerte de morir antes de ver la derrota de la insurrección. Uno de los cadáveres estaba colocado en el punto más elevado del barrio, de cara al mar y mirando al cielo. Fue puesto dentro de una caja la tapa de la cual le dejaba la cara y el pecho al descubierto. Sobre el pecho sus compañeros le habían puesto un papel escrito que decía: «Te nombramos general del Ejército Rojo, por el valor que has demostrado en la vida y el valor con que has muerto.» Su cuerpo estaba en-

vuelto con una bandera roja que dejaba ver su vestido azul de marinero. Sus ojos fijos en el cielo gris que toda la noche y toda la mañana había dejado caer una lluvia finísima sobre él. Era un muchacho joven de no más de veintidós años. Había muerto luchando, y quedará siempre en la memoria de sus compañeros. Al acercársele los soldados hallaron a sus pies, arrodilladas, dos mujeres, una joven y otra vieja, que, insensibles a la lluvia, sólo estaban atentas a su dolor. Al lado, un sacerdote de pie contemplaba ora el cadáver, ora las mujeres llorosas. Los soldados, al hallarse con aquel soldado de la revolución que había muerto como un héroe, por su propia liberación, a pesar del temor a sus jefes no pudieron evitar saludar con la cabeza gacha a aquel compañero que, allá muerto, les daba un ejemplo que no se veían con coraje de seguir, y les indicaba una meta que ninguno de ellos sabía imaginar. ¡Quién sabe si con el tiempo en el seno de su conciencia florecerá como un recuerdo con una rebeldía que vengará a aquel soldado de la revolución que, estirado de cara al cielo lluvioso, supo morir por un ideal mientras ellos luchaban por la opresión. Aquel muchacho muerto merecía ser general del ejército obrero que aquella vez también había de ser derrotado! ¡Había podido morir soñando el triunfo de la causa por la cual había caído!

Los primeros marineros desembarcados

Las primeras fuerzas que desembarcaron, no las que habían de ir con las columnas de ataque a Oviedo, ni tampoco los de marina que habían de cooperar en la lucha contra los revolucionarios del Llano y La Calzada. sino los marineros destacados en tierra para impedir que los obreros se pudieran acercar

a los muelles del Musel, fueron abordados por una manifestación de mujeres de La Calzada que fueron hacia ellos. El contacto habría podido ser beneficioso para la revolución. Las mujeres obreras se acercaron a los marineros incitándolos a unirse a sus hermanos obreros en armas. De entrada los marineros pensaron parar aquella multitud de mujeres y niños que les iban al encuentro. No pudieron. Todos habían dejado madres y hermanas en las tierras que habían tenido que abandonar para ir al servicio, y la gran mayoría habían salido del taller o de la fábrica.

Los marineros y las mujeres de La Calzada

La composición social de la marina era muy diferente que la del ejército de tierra destacado en Asturias. Este estaba compuesto. en su gran mayoría, de campesinos procedentes de las estepas de Castilla o del campo misérrimo de Galicia. Para ellos los obreros revueltos que ganaban salarios de diez a doce pesetas no podían ser considerados sino como unos malvados dispuestos a crear conflictos sin motivo. Buen cuidado tenían sus oficiales de inculcarles el odio contra aquellos hombres que, viviendo mejor que ellos allá en su tierra esteparia, todavía se rebelaban. Aquellos pobres soldados, hijos de tierras miserables donde se ganan salarios de dos o tres pesetas y sin tener trabajo todo el año, sí que tendrían motivos para reclamar, y, en lugar de esto, por culpa de aquellos mineros que vivían como ricos y de aquellos obreros que se les presentaban como unos aristócratas, veían su vida en peligro. La propaganda activa contra el llamado separatismo catalán no era tampoco un factor despreciable para influir en la mentalidad de un ejército de tal composición social. Los

obreros eran minoría, abundaban los soldados de cuota hijos de pequeño-burgueses ricos o de alta burguesía. Los pocos obreros que había eran mirados con una cierta prevención por los oficiales y cuidadosamente vigilados para evitar que pudiesen influenciar al resto de la tropa. Si entre ellos había alguno conocido por sus ideas extremistas, que no abundaban, éste seguro que ya había sido seleccionado hacía tiempo y situado en un lugar donde quedaba neutralizado. En algún batallón había habido comités revolucionarios de soldados, pero, pocos días antes del movimiento, incluso antes que los mismos soldados revolucionarios supieran nada concreto de lo que podía pasar, los jefes habían tomado la precaución de aislar a los soldados sospechosos y ponerlos en puestos donde no pudieran desplegar sus actividades. En cambio, entre los marineros el panorama era muy otro. La mayoría de muchachos que van a la marina son obreros, o al menos hijos de pequeño-burgueses pobres que sienten las necesidades de los obreros como propias. Por esto el primer destacamento, al tomar contacto con las mujeres de La Calzada, en lugar de abrir fuego replicando así a sus provocaciones, confraternizaron y, en cierta forma, se comprometieron a pasarse a la revolución. El efecto que habría producido en los revolucionarios hallarse con un buque de guerra a su lado habría sido extraordinario y de grandes perspectivas para el futuro. Los marineros y los que mandaban aquella manifestación pareció que acordasen un plan. Los marineros al acabar la misión en tierra, en lugar de abandonar el puesto, volverían al buque y prepararían la revolución. Por su parte los revolucionarios entrarían en contacto con los marineros del nuevo destacamento que los relevaría al cabo de poco tiempo, porque así, al regresar al barco, entre todos podrían asegurar la toma de los oficiales y de los marineros que se mostrasen rebeldes. El plan si realmente estaba pensado con ganas de llevarlo a ca-

bo, y había suficiente osadía para realizarlo, no estaba mal. Pero esto nunca se ha podido aclarar. Los manifestantes que habían estado en contacto con los marineros, en lugar de comportarse con prudencia esparcieron la noticia por el barrio con el intento seguramente de animar a los revolucionarios. No cuesta mucho creer que la noticia también llegó al barco. El nuevo destacamento fue reforzado con oficiales de confianza, y cuando los obreros que habían de entrar en contacto con ellos para intentar llevarlos a la revolución quisieron hacerlo, se encontraron con unos soldados encuadrados por oficiales de confianza no dispuestos a tolerar aquellos contactos. Así se cuenta este episodio de la revolución. ¿Verdad? ¿Fantasía? Los contactos existieron. No hay duda. ¿La prueba? El marinero condenado a muerte e indultado después. Pero el hecho prueba otra cosa. Había sido olvidado de tal forma el trabajo revolucionario entre los soldados y marineros, que en la revolución de octubre no se produjeron sino casos aislados de desertión. El marinero Carlos Casaes Delgado, el sargento Vázquez y quién sabe si el teniente Torres. Todo hace creer que en ciertos medios socialistas siempre se habían tenido más esperanzas en los oficiales y generales «comprometidos» que en los soldados y clases de tropa que podían ser revolucionarios de corazón y no gente aprovechada que después quisiese cotizar su actuación.

El día 8, el mismo día que los revolucionarios de Cimadevilla se veían obligados a abandonar sus posiciones a causa de la falta de municiones y armas, el comandante militar de Gijón recibía el siguiente telegrama del Ministro de la Guerra señor Diego Hidalgo:

Ministro de la Guerra en telegrama 8 actual me dice: Al Comandante Militar de Gijón. Determine lugares población que

ocupa enemigo y fuerza propia. Que barco escuadra no dispone de municiones ni personal por haber desembarcado éste. Que llegará «Jaime»; ambos comandantes se pongan de acuerdo para efectuar desembarco solicitado. Que llegarán a Gijón dos submarinos que pueden acercarse costa, cooperar desembarco y castigo rebeldes. Queda autorizado movilizar soldados de cuota o segunda situación, emplearlos en servicios de reserva o caso urgencia que se necesite, después de equiparlos.

El comandante obedecía en parte esta orden, y él mismo dice que formó un pelotón con las armas útiles recogidas en Cimadevilla el día anterior, las cuales parece que no pasaban de cinco. Hasta aquel momento los revolucionarios podían atacar todavía con muchas probabilidades de éxito a las fuerzas concentradas en Gijón, pocas y mal municionadas. Los ruegos y esfuerzos de José María Martínez habían de resultar inútiles, y la insurrección en Gijón ya tenía muy pocas horas de vida.

El Tercio en La Calzada

El día 10 por la mañana el desembarco de tropas del Tercio y de Cazadores de África había de ser el principio del fin. En general la operación se hizo tal como el comandante militar de Gijón cuenta en la relación que dimos en páginas anteriores. Lo que no dice el comandante en su relación oficial es el heroísmo demostrado por aquellos revolucionarios que, con una docena de cartuchos cada uno y con no poco más de sesenta fusiles, tuvieron a raya a dos columnas durante toda la mañana y parte de la tarde. El barrio de La Calzada fue el

primero en conocer en España las delicias de la civilización que el nombrado Tercio extranjero lleva a Marruecos. El comandante nombrado explica que la operación se retardaba a causa de la limpieza de revolucionarios y el registro de casas de aquel barrio. No se atreve a decir la verdad ni en un documento como éste, el cual él lógicamente ha de suponer que nunca será dado a la publicidad. Los legionarios tenían realmente trabajo en aquel barrio, pero era para empezar la operación de saqueo que les habían prometido sus jefes y que sería su más grande acción durante todo el tiempo que actuarían en la represión del movimiento y la reconquista de Asturias.

Los revolucionarios se hacen fuertes en El Llano

Acabada esta operación de saqueo, las dos columnas, tal como había dispuesto el jefe de operaciones desde la terraza de la Telefónica, de donde no se movió, embistieron Pumarín y el Llano, donde los revolucionarios habían de ofrecer una gran resistencia. Atacaban llevando delante, atados, los prisioneros que habían hecho hasta entonces. Es muy posible que aquellos prados nunca hubieran presenciado cómo un pequeño grupo de hombres mal armados y fatigados por tres días de lucha sin descanso, y, además, desesperanzados de recibir socorros de sus compañeros que no habían cumplido con su deber, contenían y hacían retroceder, una y otra vez, a aquel ejército enfurecido compuesto en su mayor parte por mercenarios reclutados entre lo peor de cada casa. Al lado mismo de un cementerio que existe a la izquierda del barrio del Llano, no demasiado lejos de Gijón, un pequeño grupo de revolucionarios contuvo la avanzada del ejército durante mu-

chas horas. El ejército enemigo de los obreros atacaba con ametralladoras. El ejército de los obreros respondía con tiros de fusil espaciados y procuraba aprovechar las municiones. El enemigo hizo un movimiento envolvente y fue burlado una vez más por aquellos obreros que conocían el terreno palmo a palmo. Al cabo de horas de lucha abandonaron las posiciones ya indefendibles y ocuparon otras más lejos. Podían abandonar la lucha y huir. Su número y lo que habían hecho hasta entonces habría sido una indulgencia suficiente ante los ojos de la clase obrera de todos lados que seguía con entusiasmo y unción los episodios de la epopeya obrera de Asturias. Pero prefirieron morir. Aquellos compañeros que allá, tierra adentro, todavía luchaban y los que habían hecho triunfar la insurrección, si bien no habían sabido comprender a los revolucionarios de Gijón como se merecían, bien valían el sacrificio de los que en el Llano pudiesen caer. Algunas horas ganadas podían representar el triunfo de la revolución. Aquellos hombres estaban mandados por José María Martínez, el héroe de Gijón, el anarquista que supo comprender que la clase obrera debe de ir unida a la revolución. El hombre que había de morir incomprendido por una gran parte de sus compañeros de ideología. Su cadáver había de ser disputado por los que lo habían difamado sin miramientos: unos tratándolo de iluso otros de traidor.

Martínez mortalmente herido

Martínez cayó herido de muerte después de resistir dos días con pocos compañeros contra todo un ejército. Unos compañeros ya sin municiones tomaron al herido para llevarlo a La Felguera; allá habría estado entre compañeros. Un pequeño

grupo de combatientes quedaba para proteger la retirada. No se escapó ni uno. Todos murieron en el puesto de honor antes de retroceder.

Uno de los defensores de las trincheras del Llano llamado el «Calavera» esperó tener muy cerca un oficial de la Legión para emplear su último tiro. Disparó y el oficial cayó y se revolcó en su sangre. Sin municiones, el revolucionario se defendía a golpes de culata y cayó al cabo de pocos momentos, herido por los mercenarios de la Legión. Los otros combatientes que habían podido o querido escapar con vida fueron hacia Oviedo a unirse al ejército de la revolución o hacia los pueblos de las cuencas mineras donde los camaradas habían triunfado. El tiro de uno de aquellos defensores del Llano acertó a un aeroplano, que cayó en la playa de Gijón, fuera del lugar dominado por los revolucionarios.

Al día siguiente José María Martínez había de ser hallado por la columna del coronel Yagüe, estirado, muerto al pie de un camino, al lado de una casa de campo, fusil en mano y los prismáticos, tomados a un fascista de Gijón, en el cuello. Demasiado honor para los prismáticos de un fascista acompañar, en una hora tan solemne, a uno de los héroes de la epopeya de Asturias. Algunos de aquellos legionarios al saber quién era el muerto se apartaron con un instinto de temor supersticioso propio de los bárbaros.

La insurrección herida en un flanco

La insurrección de Asturias estaba herida en un flanco, y por aquella brecha habían de entrar parte de los enemigos que trabajaban para su derrota, que era una derrota para la clase obrera de toda España y de todo el mundo.

Ignacio Núñez, autor del libro *La Revolución de octubre de 1934*, publicado por la Editorial Biblioteca *Las Sectas*, dirigida por Mosén Tusquets, hablando de Gijón, dice: «a despecho de la importancia de esta ciudad, por circunstancias especiales, entre otras porque no predominaban los socialistas y comunistas, que fueron los que más se distinguieron por su bestialidad, sino los sindicalistas, y también porque fue una de las poblaciones donde las tropas acudieron primero, Gijón, se vio pronto libre de los horrores revolucionarios». El juicio de este reaccionario es mucho más acusador contra la actitud de los anarquistas en la insurrección de Asturias que no toda la crítica que pudiésemos hacer nosotros.

El juicio de un escritor reaccionario como Núñez, si bien no es de calidad como testimonio de hechos, ha de ser tenido en cuenta cuando emite un criterio político. Su criterio sobre las causas de la caída rápida de Gijón, mejor de la nunca incorporación de Gijón a la insurrección, a pesar de ser una ciudad eminentemente proletaria, es bastante acertado. El predominio de los anarcosindicalistas había de ser fatal, tanto por la falta de comprensión de lo que la disciplina y la organización significaban en una revolución, como por la falta de perspectivas a que están condenados por su ideología. Los socialistas habían de hallar en los métodos y en el romanticismo de los anarquistas una excusa para no ayudar a los revolucionarios de Gijón a luchar contra el relativamente débil enemigo que tenían delante. En cuanto a las tropas, es evidente que llegaron más o menos al mismo tiempo que a los otros frentes, pero la poca resistencia —no por falta de heroísmo ni de valor, del cual los revolucionarios de Gijón dieron suficientes muestras— sino porque la falta de material, preparación y decisión les permitió pasar adelante mucho más rápidamente.

IX.

LA BASE AÉREA DE LEÓN Y LA INSURRECCIÓN

La aviación es un mal enemigo

En León se encontraba el peor enemigo que había de tener la insurrección de Asturias: la aviación. La moral de los revolucionarios asturianos había de sufrir un golpe terrible al darse cuenta de que no eran ciertas las noticias de que la base aérea de la capital leonesa se había pasado a la revolución. Los primeros aparatos que volaron sobre el territorio revuelto fueron recibidos con vivas y muestras de alegría. Aquellos aparatos, a pesar de que volaban alto, no podían ser sino revolucionarios. ¡No tiraban bombas! Los que fueron después de este primer reconocimiento tirando proclamas e intimidando a la rendición eran considerados como aparatos venidos de otros lugares. La base de León era considerada por todos como revolucionaria. Los aviones que al cabo de pocas horas de esta segunda expedición, hicieron otra para dejar caer ejemplares del Debate, A B C, Informaciones y otros diarios monárquicos habían de ser recibidos más que nada con ironía. Aquellos diarios habían sido redactados expresamente para dejarlos caer en Asturias y así hacer creer a los revolucionarios que la insurrección había sido un fracaso en toda España. Los revolucionarios asturianos no se dejaban engañar.

Y no obstante, ¡cuán cierto era que cuando el Gobierno les con— minaba a la rendición la insurrección en España ya estaba vencida del todo! En Cataluña mismo había sido ahogada en pocas horas y aun sin una lucha seria. La insurrección entraba en Asturias en la fase más aguda de su ofensiva cuando en Cataluña las fuerzas de la reacción ya lo habían dominado todo. Sin saberlo, y mucho más seguro, sin quererlo, aquel minero de Ciaño que al oír por radio la proclamación del Estado catalán de la República Federal Española se dirigió a sus compañeros y les dijo: —¡Camaradas! En Cata-

luña no tienen la dirección del movimiento los obreros! ¡Tendremos que hacerlo solos!— y dio con rabia un puntapié al aparato, resultó un profeta. Falta la clase obrera de Cataluña de un partido de clase fuerte y revolucionario, la Alianza Obrera había de esperar el desarrollo de los hechos para tomar la dirección de la insurrección.

Los revolucionarios asturianos tenían motivos para creer que la insurrección había llegado hasta la base aérea de León.

Los soldados de la base y los obreros

El día 5 por la noche un soldado regresaba un poco tarde a la base. Debían ser las diez. Al hallarse muy cerca de los puntos de guardia fue parado por un grupo de obreros que había apostados. Iban armados. Para aquel soldado encontrarse con obreros armados no era ninguna sorpresa ni le produjo ningún espanto. El también era obrero, y pasaba con los obreros de la población las horas libres que le dejaba el servicio. Sabía que los trabajadores no estaban dispuestos a consentir que los fascistas de la CEDA llegasen al poder y que la provocación se había cometido, y ¡en aquellas horas ya estaba consumada con la aquiescencia de aquel Presidente de la República que los hombres del bienio habían nombrado! ¡El sentía su corazón con los obreros que estaban dispuestos a luchar, y si no hubiera estado sujeto a la disciplina militar en aquellos momentos seguramente se encontraría en las filas del ejército revolucionario!

La conversación con aquellos obreros fue breve pero sustancial.

—¿Eres de la base?

—Sí. ¿Qué queréis?

—¿No ves que vamos armados?

—Sí, pero ¿por qué? ¿Es que ha estallado la revolución?

—Puedes asegurarlo. Los obreros se han hecho amos casi de toda España. En Barcelona las fuerzas del Gobierno están totalmente vencidas, y los soldados se han pasado casi todos a la revolución. En Madrid todavía dura la lucha, pero esta noche caerá todo en poder de los revolucionarios. En Asturias, en las montañas de León, los mineros se han hecho los amos de todo y no queda un guardia civil ni un guardia de asalto para contarlos.

—Bien; y ¿qué queréis?

—Preguntarte si vosotros os uniríais a la revolución.

—Por mi parte, sí. Ahora, de los otros, no puedo responder, aunque pienso que la mayoría de los de talleres y muchos de las compañías no se harán rogar demasiado. Quedan los oficiales. Estos no sé qué harán. ¡Se dicen tantas cosas!

—Según nos ha asegurado alguien que puede saberlo, una gran parte de oficiales están comprometidos. Claro que, nosotros de los oficiales, no nos fiamos demasiado, y tan pronto hemos sabido que se había de ir a la insurrección hemos querido ponernos en contacto con vosotros, que sois de los nuestros. Tú eres el primero que encontramos.

—Yo ya os lo digo: estoy dispuesto a hacer lo que sea, pero sería necesario que vosotros nos ayudaseis desde fuera.

—Ya lo tenemos pensado. A la una y media empezará el ataque. Vosotros al oír los primeros tiros tomáis los fusiles y os hacéis amos del interior del campamento. ¿Tendremos pilotos para utilizar los aparatos? En todo caso los podríamos destruir, pero convendría poder utilizarlos.

—Pilotos no faltarán; podéis estar tranquilos. A la una y media os esperamos. ¡Salud! No conviene que se den cuenta de que hablamos.

—¡Salud!

Una noche de angustia para los soldados

El soldado entró en el campamento y fue a prevenir a sus compañeros de lo que pasaba. En cada compañía había alguien que estaba dispuesto a unirse a la insurrección y no dudaban que conseguirían imponerse a los pusilánimes. Luego se dio cuenta que posiblemente era cierto que algún oficial estaba al corriente, y mucho antes que ellos, de lo que había de pasar. El día 3, en plena crisis, había sido tomada la dotación de municiones de todos los soldados. Aquellos obreros tenían razón al desconfiar de los oficiales. Todavía se enteraron de más cosas: aquella misma noche los soldados de la guardia habían sido relevados de hacer la del depósito de municiones, el cual estaba guardado por oficiales. Con todo, esperaban el ataque dispuestos a imponerse a golpes de culata de fusil. Pero el ataque revolucionario no se produjo. La noche fue de angustia y de esperanza para aquellos soldados, en gran mayoría obreros que sabían que sus compañeros estaban en plena lucha para el triunfo de la revolución. La gran mayoría habrían querido estar. El tiempo de más nerviosismo fue el de la una y media, hora anunciada para el ataque, hasta las cuatro de la madrugada. Cada ruido exterior era interpretado como una indicación. Algunos compañeros de la guardia que conocían el secreto, en cada momento, cuando veían una sombra más allá de sus puestos de acción, creían que se trataban de los revolucionarios que iniciaban el ataque. Una gran

parte de soldados y cabos pasaron la noche estirados en sus camas, vestidos y sin dormir. La espera resultó en vano, y a la mañana siguiente todos, cabizbajos, acabados por la fatiga moral de aquella noche de angustias y esperanzas y no poder dormir, se preguntaban unos a otros qué había pasado. Los oficiales no pudieran dejar de notar la atmósfera enrarecida que se había formado a su entorno y habían de darse cuenta a la fuerza de las conversaciones en voz baja que tenían algunos soldados, los cuales procuraban no ser observados. En el aeródromo se respiraba la misma atmósfera revolucionaria que en todos los sitios del país donde se hallaban reunidos obreros, por pocos que fueran. El día 6 y la noche del 6 al 7 fueron igualmente de angustia y esperanza. A media mañana del día 7, no comprendiendo lo que debía haber pasado afuera, viendo que el ataque no venía y que la huelga no era general, acordaron actuar por su cuenta. Las compañías tercera y segunda y las unidades de servicios salieron alborotando entre los barracones y dando gritos de: ¡Viva la revolución! Llevaban los fusiles pero no tenían municiones. En grupos, sin orden ni nadie que la impusiera, intentaron asaltar el barracón donde había el depósito de municiones. El intento fue en vano; los oficiales armados que guardaban el depósito y los otros que acudieron se impusieron. No fue necesario que abrieran fuego. Los soldados, fatigados por dos días de espera, exasperados, con los nervios en tensión, se habían lanzado a la lucha sin ningún plan estudiado y sin ninguna clase de organización. Algunos oficiales armados fueron suficientes para detener el empuje de aquellos bravos muchachos con armas pero sin municiones para utilizarlas. Dos noches antes, sin municiones y todo, ayudados por la fuerza moral y el ataque exterior, habrían luchado como fieras, y sin municiones, a golpes de culata, habrían vencido al pequeño grupo de oficiales y clases que se les oponían. Ahora su acto, más que un

intento revolucionario había sido la manifestación más aguda de aquella tensión nerviosa a que estaban sujetos desde hacía dos días. Por esto la resistencia opuesta por los oficiales tuvo para ellos los mismos efectos que una ducha fría para un ataque de locura. Y ellos, ¿qué podían hacer? ¿No habían dejado de acudir los de fuera? Los de fuera eran, entonces, los responsables de lo que sucedió. ¡Ellos sabían por qué no habían atacado el aeródromo que era revolucionario! Faltó el impulso que hiciera rodar la piedra ladera abajo cuando no la habría podido parar nadie. Después se dijo que los obreros que habían de asaltar el aeródromo eran los mineros que toparon con la columna Bosch y los cuales no se sabe por qué motivo no habían podido llegar a León. Y los obreros que se entrevistaron con aquel soldado, ¿de dónde habían salido? Este es un punto que alguien podrá aclarar algún día, pero que hoy todavía es una incógnita, como lo es la existencia o no de los oficiales comprometidos. Hace sospechar de su existencia las precauciones extremas tomadas en el aeródromo el día 5.

Vencidos los soldados revueltos, fueron obligados a formar. Algunos fueron a la formación con las armas en las manos todavía, y el cabo de la base les lanzó una arenga en la cual la disciplina, la patria, la bandera y el honor militar fueron los motivos principales, como siempre que un oficial habla a los soldados, a pesar de que ellos la mayoría de las veces olviden por costumbre toda esta oratoria. La arenga acabó con los gritos y vivas a la República y a España, entonces en peligro según aquel orador que se trataba al hablar por culpa de las hordas revolucionarias de Asturias y de los separatistas de Cataluña. Después de la arenga algunos soldados pasaron al calabozo para ser sumariados.

Y aquellos muchachos que habían querido sumarse a la insurrección fueron obligados a volar sobre la Asturias revuelta,

donde algunos de ellos tenían sus padres y hermanos, para lanzarles bombas. Antes de subir a los aparatos los soldados eran cacheados para evitar que llevasen armas con las cuales pudiesen obligar a los pilotos a aterrizar en campo revolucionario, y habían de volar sin paracaídas. La oficialidad tomaba toda clase de precauciones para evitar que alguno se pudiese pasar a la revolución, sea con el aparato, sea dejándose caer en campo enemigo. Por su parte los soldados del aeródromo hacían todo lo que estaba en su mano para ayudar a la revolución. Poca cosa podían hacer, ciertamente, después del fracaso de su intento, pero fueron buen número las bombas caídas en el campo revolucionario que no estallaron gracias a las precauciones tomadas por soldados del aeródromo.

Los aviones desmoralizaban a los revolucionarios

No cuesta mucho darse cuenta de la trascendencia que para la insurrección de octubre y, en definitiva, para la revolución española, habría tenido la revuelta del aeródromo de León. Al producirse los hechos, en aquella base había unos cincuenta «Breguets», siete trimotores y dos autogiros. Tomado el aeródromo por los revolucionarios, estos aparatos destinados contra la revolución habrían sido destinados a atacar a las fuerzas gubernamentales. Era un hecho de tanta importancia para la revolución, que no es demasiado aventurado decir que habría podido cambiar totalmente el giro de los acontecimientos y asegurar el triunfo de la insurrección. La aviación en la insurrección de Asturias, único sitio donde el Gobierno tuvo necesidad de utilizarla, se presentó como un arma terrible contra la cual los revolucionarios no tenían otra defensa que esconderse. Las bombas tiradas con acierto en Oviedo, en

Campomanes y en Mieres desmoralizaron mucho más el espíritu revolucionario que las mismas noticias de derrota sufrida en otros lugares del país. Pero se puede asegurar que el terror que la población civil sentía por los aeroplanos tirando bombas, terror que algunas veces se contagiaba a los revolucionarios, era muy superior a la realidad de los daños que causaban sus bombas y ametralladoras. Ni las bayonetas de los legionarios, ni los moros ni la artillería, todo junto causaba el deshecho que producía un avión tirando bombas, aunque no estallasen. Por esto es mucho más grande la responsabilidad de los que, habiendo podido ganar para la revolución una base tan importante como la de León, la dejaron perder. Los aparatos de esta base, utilizados con inteligencia (no como en el año 1930 lo hizo Franco) podían obligar en muy pocas horas al Gobierno de Madrid a rendirse a los revolucionarios, y, una vez la capital y los órganos de gobierno en manos de la revolución, la mitad del camino se puede decir que estaba hecho. El resto de las fuerzas no vencidas, al hallarse sin Gobierno, se habrían desmoralizado y habrían sido ahogadas con mucha más facilidad. Este es un factor psicológico que probablemente olvidaron los que no organizaron la lucha de la capital de la República por la toma efectiva de los edificios del Gobierno y de los cuarteles.

X.

MIERES Y TURÓN

Mieres

Mieres y Turón, la otra base fundamental del ejército de la insurrección asturiana, no se quedaron atrás al empezar la lucha revolucionaria. Mieres no podía desacreditar esta vez la historia revolucionaria que siempre la había puesto en cabeza de las reivindicaciones del proletariado de las minas. La misma mañana del día 5, los ocho o nueve cuarteles de la guardia civil de todo el Concejo habían caído en manos de la revolución. La acción costó bajas de uno y otro lado, pero los revolucionarios asturianos, que no iban a hacer una demostración como sus jefes socialistas de Madrid pretendían, y como lo habían meditado los jefes de la Generalitat, no podían pararse en su avance por unos enemigos caídos ni tampoco por un compañero sacrificado. El triunfo siempre está al final de un camino lleno de sangre.

El ejército de la revolución tuvo que atacar todos aquellos puntos al mismo tiempo. Hacía falta acabar de una para poder ayudar a los frentes de Oviedo y Campomanes. El comportamiento de las fuerzas gubernamentales desde un punto de vista militar era irregular y vacilante según el jefe que tenían o según la decisión de las fuerzas revolucionarias que la atacaban. Pero a las diez de la mañana del día 5 la insurrección había triunfado. Al hacer recuento de muertos, las fuerzas de la reacción habían perdido diez o doce hombres, entre ellos un sargento de la guardia de Mieres y su hijo, y los revolucionarios tres o cuatro, entre los cuales había que contar a Nazario Álvarez, que había luchado como un bravo dando el pecho y no atendiendo nunca a las indicaciones de prudencia que le hacían sus compañeros. Al acabar la lucha, los revolucionarios de Mieres tenían en su poder unos ciento veinte o ciento treinta prisioneros, guardias civiles, guardias de asalto,

con un sargento y paisanos muy conocidos como enemigos de la revolución, y todas sus armas y municiones.

Durante la lucha para la toma de la población, además de los combatientes de uno y otro lado, murieron dos frailes que intentaban escaparse cuando los revolucionarios iban a tomar el convento. Los otros fueron hechos prisioneros y sus vidas respetadas.

Turón

En el otro núcleo urbano más importante del Concejo de Mieres, Turón, la lucha también empezó más o menos a la misma hora. Turón, como Mieres y como Sama, nunca ha decepcionado en cuanto a revolucionarismo. Turón, pueblo de gran tradición en luchas sociales, y Mieres han sido los puntos donde han nacido las divergencias más fuertes entre el proletariado asturiano por cuestiones de tácticas revolucionarias. Mieres había sido el punto más fuerte del Sindicato Único de mineros, dirigido por el viejo militante Benjamín Escobar, en desacuerdo con el Sindicato dirigido por Manuel Llana, tarado del reformismo de sus dirigentes. Escobar, hoy militante del Bloque Obrero Campesino, uno de los comunistas más viejos de Asturias, con su ejemplo había hecho que aquel proletariado que le seguía siempre estuviese atento a la lucha. De su escuela habían salido gran parte de aquellos obreros que en las jornadas de octubre habían de dar tantas muestras de valor y de sentido de organización de la revolución. Mieres, Turón y Sama, puntos donde la revolución se vio triunfante más tiempo, son una prueba incontestable del sentido constructivo del proletariado triunfante.

Ataque contra el cuartel de la guardia civil

A las cinco de la mañana del día 5, en Turón, empezó el ataque contra el cuartel de la guardia civil. A las intimidaciones de los revolucionarios para que se rindieran, los guardias civiles contestaban con tiros. Los revolucionarios con unas sesenta armas largas tomadas en gran parte a los guardias jurados de las minas y de otras adquisiciones anteriores a la revolución y, con unas cincuenta pistolas, atacaban de una manera persistente y sin desfallecimientos, y, es necesario decirlo, los guardias se defendían como bravos. Muchos de los de dentro y de los de fuera eran amigos personales y se conocían. Más de una vez habían hablado de la revolución y de la posibilidad de que estallase la insurrección. La guardia civil que vivía en los medios revolucionarios de las cuencas carboneras de Asturias no se podía sustraer a la influencia del medio porque conocía el temple revolucionario de los hombres que tenía delante. Siempre había pensado, sin embargo, que nunca tendrían la suficiente decisión para lanzarse a la lucha y, sobre todo, mercenarios al servicio del Estado burgués, no podían comprender cómo alguien podía ni soñar en rebelarse contra una organización que disponía de la fuerza y que dominaba todos los medios coercitivos. —Nunca os rebelaréis—decían los guardias civiles y guardias de asalto más jóvenes a los obreros con los cuales a veces discutían. —No tendréis nunca ni armas suficientes ni valor. Una lucha así sería un suicidio.

Esto no quiere decir que algunos de aquellos hombres que ahora se dejaban matar para defender los privilegios de la clase que les pagaba no se diesen cuenta de la injusticia del régimen imperante; no en vano la gran mayoría habían salido de entre las clases trabajadoras del país, entre los obreros una

pequeña parte y una gran mayoría de aquellas tierras de hambre y miseria donde unos señores feudales viven de una población de campesinos que vegetan miserablemente. Pero su mentalidad, contrahecha por una rígida disciplina de cuerpo, creada únicamente para perseguir obreros y campesinos, no podía comprender cómo aquellos hombres que se pasaban una gran parte de la vida como topos, sin ver ni el sol, podían ni soñar en rebelarse ni convertirse de dominantes a dominadores. Era un esfuerzo superior a su inteligencia retardada de origen y contrahecha por la educación. No había en todo Asturias ni un cuartel donde a un hombre de aquellos con alma de charol como su tricornio no le hubiese pasado por la imaginación, un instante al menos, la bondad de la causa de los obreros y la vileza de la causa que ellos defendían; pero ahora, en la lucha, habían de matar, habían de morir si hacía falta. La disciplina no toleraba bromas: o morir aquí delante de los revolucionarios, o morir después delante del pelotón de ejecución, si la revolución era vencida como ellos esperaban. Muriendo de la primera manera, por lo menos se dejaba algo a los hijos y a las mujeres, que ahora, ya liberados los revolucionarios, estaban en lugar seguro llorando por su suerte, y ellos no se daban cuenta de la pujanza de la insurrección. ¡Si por lo menos hubiese alguna probabilidad de que ganasen los revolucionarios! Por el pensamiento de muchos había pasado esta reflexión. ¡La revolución triunfante necesitará de la misma forma hombres para guardar el orden, para perseguir a los vencidos que no se conformarán fácilmente a perder los privilegios de que siempre habían gozado! Aquellos hombres de alma contrahecha por la profesión no podían comprender que la revolución necesitaría hombres para guardar el orden revolucionario, pero le harían falta hombres sanos de espíritu, no contaminados ni tarados, hombres nacidos y educados para la revolución.

La lucha continuaba homicida, sin que la muerte hiciera distinciones entre los que podían sentirse al lado de la revolución en espíritu, pero faltos de valor para ocupar el lugar que les mandaba ocupar su conciencia y, los que luchaban ciegos, convencidos de que eran los mejores y luchaban para los mejores. Tampoco la revolución, ni en lucha ni triunfante, podía hacer distinciones. Entre las fuerzas del Estado había podido más la disciplina que la conciencia; la ceguera no les había dejado ver que luchaban contra los suyos, contra los hermanos de clase. De la misma forma la disciplina, también inexorable, de la revolución, no podía tener debilidades que habrían costado caras a los revolucionarios, como les había de costar terriblemente cara la derrota.

Unos se defendían en nombre de la disciplina y luchaban por el orden, así en abstracto, que es el orden de la burguesía en el poder. Los otros atacaban y luchaban por un futuro mejor, por un orden nuevo, por el orden revolucionario. La lucha había de ser, pues, a muerte. Eran dos conciencias en presencia que se repelían, no dispuestas ni una ni otra a ceder ni retroceder; los revolucionarios, llenos de fe en un futuro, se sentían, sin embargo, más magnánimos. Habrían querido que el mundo que anhelaban y por el cual luchaban hubiese nacido sin sangre o al menos con la menor sangre posible. Antes de empezar la lucha a fondo rogaban y suplicaban a aquellos hombres mercenarios que abandonasen las armas y se uniesen a la revolución, o al menos que no luchasen contra aquella oleada ascendente que había de ahogarlos inexorablemente. Era inútil: los ruegos, hijos de una gran bondad de corazón, eran considerados por aquellos hombres creados para la guerra y adiestrados para considerar al hombre que trabaja como un enemigo del cual hay que desconfiar, como un signo de

flaqueza, falta de valor para la lucha. El glorioso cuerpo de la guardia civil, el de menos historia, pero también glorioso, de asalto, creado para la defensa de la República, ¡nunca se rendía! La muerte era la única condición a la cual podían doblegarse.

El primer intento de los revolucionarios para salvar la vida de los guardias, de sus enemigos de clase, de los guardadores de los privilegios de las clases dominantes, chocaba con la negativa más terminante. ¡Ni las mujeres ni los hijos habían de salir de cuarteles! ¡Con sus padres y esposos estaban más seguros! ¡Nadie sabía qué les podía pasar si pasaban a manos de los revolucionarios! Después de vencida la insurrección se había de ver la diferencia de trato que los revolucionarios dieron a los familiares de los rebeldes a la revolución y a los rendidos y el que recibieron los revolucionarios, sus esposas, sus padres ancianos y sus tiernos hijos.

Más tarde, al ver la decisión con que los revolucionarios mal armados atacaban a sus reductos, los burgueses donde no había hombres de graduación superior más pervertidos que los otros por una disciplina que deforma el espíritu y mata la voz de la conciencia, se hablaba de rendición, o por lo menos se avenían a dejar salvar la vida a sus hijos y mujeres. Después continuaba la lucha y se parlamentaba y se empezaba de nuevo el fuego; se luchaba de parte a parte sin parar, sin ahorrar vidas ni valor. Era inexorable la derrota de aquellos hombres que luchaban por un salario, sin fe y sin norte que guiase su coraje. Únicamente si morían en la lucha serían recompensados con una mala pensión para sus familias, con algunos discursos encomiásticos a su valor y a su lealtad. A cambio de esta faramalla su recuerdo estaría acompañado por el odio de toda la gran familia de trabajadores y, quién sabe si un día sus mismos hijos que posiblemente volverán a la clase de donde

habían salido los padres para vender su vida a los señores del pan de todos, se avergonzaran de su origen y, en lugar de recordar al padre como a un héroe procuraran que nadie se enterara que murió matando al padre de algún compañero de trabajo, que murió en lucha contra la revolución redentora de sus propios hijos.

La misma escopeta del año 17

Hombres, mujeres y niños, en Turón, como por todos lados, iban a la lucha dispuestos a vencer. El padre de un bravo muchacho que luchó en Oviedo y en Campomanes dio a su hijo la misma arma que el año 17 le sirvió para luchar contra las tropas que invadieron Asturias a cañonazos y, con esta arma el hijo luchó hasta que la insurrección fue vencida. El arma vuelve a estar en el mismo sitio donde el padre, cuando no la pudo utilizar, más por agotamiento físico que por ancianidad, la había tenido escondida en espera de la revolución que había de llevar al proletariado a la victoria. —En el escondite donde ha estado tanto tiempo —dicen ahora padre e hijo— esperará algún tiempo más. ¿Mucho? No lo sabemos; pero si mi hijo no la puede utilizar otra vez, mi nieto que estos días de la insurrección ha aprendido mucho sabrá cómo funciona y sabrá contra quién ha de apuntar.

La dinamita acabó la obra que las pistolas, las escopetas de pistón y los pocos fusiles no pudieron ejecutar. Fuera ya del cuartel los niños y las mujeres, teniendo delante sólo combatientes —quién sabe si los frailes maristas entre éstos, ya que están en el mismo edificio— los revolucionarios hicieron entrar la dinamita en juego. A las diez de la mañana el orden estaba establecido. ¡La revolución había triunfado! Era nece-

sario emprender su organización.

El Comité Revolucionario

En Turón, como en otros sitios, se organizó el Comité Revolucionario a consecuencia de la Alianza Obrera. En Mieres, además de los representantes del Partido Comunista y Socialista, había representantes del BOC. La Alianza Obrera, allá como por todos lados, había hecho el milagro de unir en un solo bloque, en un solo ejército a los obreros de todas las tendencias revolucionarias. Los comités revolucionarios se subdividían en comités militares, de Subsistencias, Transportes, Sanitario. En Turón se llamaban comisariados y, además, crearon el de Trabajo, que tenía el cuidado de la conservación de las minas. El Comisario de Trabajo, un joven ayudante de capataz que hacía poco había sido seleccionado por negarse a considerar a los mineros como enemigos, era un hombre inflexible. La revolución necesitaría después de las minas y era necesario conservarlas. Los capataces eran responsables de ello y habían de tenerlas a punto para empezar de nuevo el trabajo en cualquier momento. Los revolucionarios victoriosos, en lugar de entregarse a los entusiasmos de la victoria, pensaban en organizar el ejército que aquel día había de ir a los frentes inmediatos de Oviedo y Campo-manes y más adelante quizás a las lejanías de otras regiones, e incluso, quién sabe si a las fronteras del Estado. Pensaban en asegurar la subsistencia de la población y creían que la revolución victoriosa necesitaría del esfuerzo de todos para poder resistir contra los enemigos de fuera y de dentro.

El Comisariado de Trabajo ordena conservar las minas

El Comisariado de Trabajo era el punto de Turón donde había más calma, donde se actuaba con más serenidad. No había el nerviosismo de otros sitios: la labor que se llevaba a término lo exigía. El joven comisario, vencido el enemigo, envió a buscar a los capataces de todas las minas del término. Entre ellos se hallaba el que no hacía mucho más de un mes lo hizo despedir de la mina donde trabajaba por negarse a satisfacer sus bajos instintos contra los obreros en las galerías. Hablaba a todo el mundo con la misma serenidad y con la misma severidad. No hacía ningún tipo de distinción entre su enemigo y los otros. La revolución no puede estar a merced de venganzas ni de preferencias personales. El amigo y el enemigo han de ocupar todos los lugares que les corresponden. A la hora del cumplimiento del deber los rencores y las amistades han de ser olvidadas. El comisario se dirigió a los capataces y les exhortó: —Desde este momento vosotros sois los responsables de las minas. Han de ser conservadas a punto para trabajar en ellas. Si hubiese algún sabotaje en las galerías o en las herramientas, vosotros tendríais que responder de ello. Ya sé que no tenéis guardianes. Los que había de la empresa no son de suficiente confianza. Algunos de ellos deben estar formando en las filas de los que van a luchar a Campo-manes. Os daré hombres de absoluta confianza del Comité Revolucionario que vigilarán y estarán a vuestras órdenes en cuanto a la vigilancia de la mina, no en nada más, ya que dependerán de este Comisariado, del cual también dependéis vosotros desde este momento. Id a la mina, revisadla, mirad las piquetas automáticas de una a una, revisad las luces; en fin: haced todo aquello que haríais por la empresa si ésta os, lo ordenase, y

hacedlo todavía mejor, porque tenéis que pensar que ahora las minas son de todos los trabajadores y, por tanto, también son vuestras. Después ya vendréis a darme cuenta de cómo habéis montado la vigilancia y de cómo ha-beis encontrado las minas. Si en alguna hubiera la necesidad de hacer algún trabajo para asegurarla, venid, que os daré los hombres que os hagan falta inmediatamente. Si no tenéis suficiente vigilancia decídmelo; cualquier cosa que pase, comunicádmela; yo siempre as-taré aquí en el Comisariado, o alguien os podrá decir dónde me podéis encontrar. Cada día, por la mañana y por la noche, vendréis a darme cuenta del estado de todo. No olvidéis que la revolución os ha hecho responsables de las minas de una manera directa y, a mí, de vosotros. Cualquier descuido, cualquier prueba de mala voluntad para el trabajo que os ha encargado la revolución será castigada con severidad. Salud.

Con estas sobrias palabras el Comisario de Trabajo, de Turón, explicó muy claramente lo que era y lo que quería la revolución; no hizo ni hacía falta más. Durante los días que la revolución fue triunfante, en ninguna mina de dentro del territorio dominado por la insurrección pasó ni el más pequeño incidente ni se destruyeron las vías ni se descuidó su conservación.

En el Fondón de Sama, por ejemplo, única mina de pozo de la zona, nunca dejaron de funcionar las bombas que impedían la inundación que la habría destruido o al menos habría causado daños de reparación larga y costosa. Los obreros revolucionarios no querían destruir los medios de trabajo, sino que querían darlos a la clase trabajadora, única que tiene derecho a usarlos y a sacar de ellos provecho.

El Ejército Rojo

Los otros comisarios también cumplían la misión que les había sido encomendada. El de Guerra, con los otros miembros de su Comité, cuidaba de la preparación de hombres para la lucha y enviaba las expediciones al frente. En Sama el día 7, acabada la lucha con el enemigo, el Comité Revolucionario publicó un bando de constitución del Ejército Rojo, el cual fue el mismo que con ligeras variantes se publicó por todo el territorio revolucionario. Decía así:

BANDO

Hacemos saber: Desde la aparición de este bando queda constituido el EJERCITO ROJO, pudiendo inscribirse y pertenecer a el todos los trabajadores que estén dispuestos a defender con su sangre los intereses de la clase proletaria. Este EJERCITO quedará compuesto y se dirigirá en la forma siguiente:

1° Todos los que hayan cumplido los 18 años hasta los 35 pueden inscribirse en el EJERCITO ROJO.

2° Una vez ingresados en la filas tendrán que observar una férrea disciplina.

3° Las deserciones o desobediencias serán castigadas con severidad.

4° Quedan excluidos de pertenecer al EJERCITO ROJO aquellos que hayan pertenecido a la clase explotadora.

El aplastamiento de los contrarrevolucionarios, la conservación de nuestras posiciones exige tener un EJERCITO inven-

cible, aguerrido y valiente para edificar la SOCIEDAD SOCIALISTA.

Nota.—Todos los días desde las ocho de la mañana queda abierta la inscripción en la oficina instalada en las dependencias del Ayuntamiento.

Sama, 7-10-34

EL COMITÉ REVOLUCIONARIO

El cambio de lenguaje es evidente. Entre el primer manifiesto, también de Sama, dirigido a los ciudadanos y a los señores industriales, y este manifiesto, dirigido exclusivamente a la clase trabajadora, hay la diferencia suficiente para explicar el carácter progresivo de la insurrección.

Existe también una profunda diferencia entre el manifiesto militar de Sama, en el cual se constituye el Ejército Rojo, y el del Comité Provincial, el organismo superior de la insurrección. El bando de Oviedo parece un documento policíaco y no tiene nada en común con el de Sama, que es típicamente militar. Se limita a crear la Guardia Roja para asegurar el orden establecido por la revolución, dice orden, sin embargo, que todavía no existe y que no se puede conquistar sino con el ejército proletario. Es una de tantas pruebas de la enorme distancia que existe entre la revolución que quieren hacer los obreros revolucionarios de las cuencas mineras: subvertir el orden social, destruir el Estado burgués, conquistar el poder para la clase trabajadora, y la que quieren hacer sus dirigentes.

En cambio, la Guardia Roja del bando de Oviedo parece encaminada ante todo a evitar el pillaje y salvar lo existente.

Tiene demasiada similitud con aquella misma guardia socialista que el 14 de abril aseguraba el orden en el Palacio de Oriente de Madrid y suplía a la policía desmoralizada del Estado. Para más similitud todavía, no la podrán formar sino los militantes de las organizaciones obreras; por tanto, en Oviedo, los socialistas.

Afortunadamente esta Guardia Roja en la lucha pasó a formar parte integrante del mismo ejército de la revolución que se había formado en las cuencas mineras y, sus componentes apenas son guardias, cuando ya son soldados. Se habían fundido con el ejército que bajó de las minas y para el reclutamiento del cual no se había exigido otra condición que la de ser obrero y no haber sido nunca explotador. Un ejército revolucionario también sabe guardar el orden como lo ha sabido establecer.

El primer manifiesto podía estar hecho de la misma forma por el Gobierno de la Generalitat de Cataluña, por ejemplo; pero el bando creando el Ejército Rojo no podía ser publicado sino en una insurrección específicamente proletaria. Todos los hombres útiles y conocedores de las armas fueron los primeros en ir al frente de Oviedo y Campomanes. Los de Mieres y de Turón proveyeron de hombres especialmente a Campomanes. Los hombres que nunca habían tomado un fusil, hombres que nunca habían pensado en luchar por la revolución proletaria, incluso gente de clase media conocidos más que nada como enemigos de la clase trabajadora, empujados por el ambiente, con el puño en alto iban a ofrecerse a los comisarios para los servicios que hicieran falta. En cuanto a la composición de estos comisariados, aunque no se había tenido en cuenta ninguna proporcionalidad, por razón natural, resultaron formados en su mayoría por socialistas y, en menor proporción por sindicalistas, comunistas del Partido Oficial, de la

Izquierda Comunista o del BOC, según los pueblos y según el crédito que entre los obreros tenían los representantes de estas organizaciones en cada lugar. En La Felguera, donde los anarquistas dominaban completamente, el Comité también estaba formado exclusivamente por ellos mismos. Las modalidades de cada lado, la manera de resolver los conflictos y de orientar el movimiento y la organización revolucionaria en cada lugar responden de una manera casi precisa al predominio de una u otra tendencia. Era la matización ideológica de la clase obrera, que de una forma natural se reflejaba en la acción revolucionaria. El triunfo de la revolución en todo el país habría sido hallando, de una forma espontánea, las soluciones de continuidad que habrían convertido en un todo esta diversificación absolutamente inevitable, visto que los revolucionarios habían de resolver sus problemas y, los habían de resolver fatalmente de acuerdo con su concepción y, todavía dentro de ésta, según el temperamento de cada cual. El gran nexo que unificaba de una manera indestructible el esfuerzo diverso de cada cual y la concepción distinta que pudiese manifestarse en cada lugar, era el interés de la clase trabajadora, la gran revolución proletaria unánimemente sentida por todos con el mismo entusiasmo y con la misma fe. La diversidad no estorbaba, antes al contrario, enriquecía los matices y proporcionaba experiencias preciosas para el futuro de la consolidación de la revolución, e, incluso, derrotada la insurrección, se convertía en una fuente riquísima de experiencias y enseñanzas que habían de ser estudiadas y aprovechadas para las luchas futuras de la clase trabajadora.

Fusilamiento de nueve frailes

En Turón se produjo el fusilamiento de nueve frailes; fusilamiento que, revolucionariamente, no está del todo justificado. Eran, es cierto, enemigos de la clase trabajadora, pero de entrada hacía falta ver si su fusilamiento resultaba provechoso para la revolución. La vida de aquellos hombres, en un momento dado, triunfando o no la insurrección, podía ser preciosa. Algo parecido se puede decir de otros fusilados, tanto de los jefes de carabineros como de los paisanos. Es posible que el ingeniero señor del Riego con su muerte pagase la conducta observada con los trabajadores. De todas formas, si las circunstancias permitieran una discusión serena, también sería necesario estudiar que sería más aconsejable desde un punto de vista revolucionario. En este tipo de circunstancias los dirigentes responsables han de tener la serenidad suficiente para no dejarse llevar por la pasión del ambiente, por justificado que éste sea. No podemos decir lo mismo con relación a los guardias civiles muertos. Estos, como casi la totalidad de los que murieron en Asturias, lo mismo que soldados y guardias de asalto, cayeron en lucha. ¡Si pudiéramos decir lo mismo con relación a los revolucionarios!

En camión llevaron dos cañones procedentes de la fábrica de Trúbia, caída en manos de los revolucionarios el primer día. No hace falta decir el entusiasmo con que el pueblo trabajador de Mieres y de Turón recibió aquellas máquinas de guerra. Era la primera vez que los obreros podían utilizar aquellas máquinas en provecho propio y contra sus enemigos de clase. Aquellas piezas de guerra, con el honor que les era concedido de disparar en defensa de los trabajadores redimían de sus culpas las piezas parecidas que en el otro lado tirarían y ya tiraban contra la revolución. La emisora de onda corta

que los revolucionarios tenían en funcionamiento en Turón anunció a todo el mundo trabajador que dos cañones acababan de llegar para ponerse al servicio de la revolución. Era un caso digno de ser divulgado entre los obreros del mundo, los cuales quizás seguían con entusiasmo las incidencias de la revolución y la consideraban como propia y, con razón. Al acabar la emisión sonaban las notas de la Internacional. Era también la primera vez que por los espacios del Estado español flotaban las notas del himno de la redención social.

La vida en todos los pueblos de la cuenca se organizó con ritmo revolucionario. Se racionaron los alimentos y se tomaron precauciones para asegurar la alimentación lo más posible y, para el caso, que entonces nadie consideraba probable, que hiciera falta resistir el sitio de las fuerzas de la reacción. La leche era guardada para los enfermos, heridos, niños y viejos. La gente sana, revolucionaria o no, iban a proveerse en las tiendas con un carnet donde les era asignada la cantidad que les correspondía por familia. Heridos y enfermos estaban a cargo del Comité de Sanidad.

En Mieres, en la fábrica metalúrgica se organizó inmediatamente el trabajo para la fabricación de bombas y material de guerra. De aquellos talleres salieron construidos, sin la cooperación de ningún elemento técnico superior, dos camiones blindados, con las iniciales UHP (Unión de Hermanos Proletarios), consigna de la revolución asturiana, pintadas a los flancos. Fueron el terror de las fuerzas del Gobierno en Campananes.

Los primeros bombardeos

La tranquilidad y el orden eran absolutos. Sólo se notaba la revolución por las patrullas obreras armadas que circulaban por la población, por los gritos de los instructores de soldados que habían de ir a los frentes y por las idas y venidas de los autobuses y camiones que transportaban tropas a Oviedo y a Campomanes o que de allá llevaban heridos o prisioneros. Esta calma, sin embargo, no había de ser duradera. Pasados los primeros días empezaron a volar sobre la zona en poder de la revolución los aeroplanos de la base de León que, habiendo podido ser revolucionarios, estaban al servicio de la reacción. Los primeros aviones, como por todos lados, fueron considerados como amigos. Pronto, sin embargo, la realidad les hizo salir del error: de entrada manifiestos conminando a la rendición. Dieron risa. Aquellos aviones no podían ser de la base de León, donde había amigos y donde, por lo menos, los pilotos se habrían negado a volar sobre la zona revolucionaria: eran las consecuencias de confiar en las promesas de la oficialidad, en lugar de confiar en el trabajo revolucionario entre los soldados y las clases de tropa. Después fueron los diarios reaccionarios y monárquicos de Madrid. La gran parte de la población revolucionaria estaba convencida de que eran mentiras inventadas aquello de la rendición de la Generalitat de Cataluña, de no haber tomado la capital y de la paz octaviana que aquella prensa aseguraba que reinaba en toda España. La frase fue lanzada, no se sabe si en Mieres, en Sama, en Turón o en Oviedo y, como un rayo corrió de una punta a la otra del país en poder de los revolucionarios. ¡Aquellos diarios estaban fabricados por la Embajada de París! Alguno ya sabía que esto no era cierto, que lo que contaban aquellos diarios era, si no precisamente la realidad más absoluta, bastante

aproximada; pero convencidos que las amenazas revolucionarias y de defensa de los derechos de Cataluña que habían hecho el Gobierno de la Generalitat no podían haber quedado apagadas con unas pocas horas de lucha sin lucha, con solamente unas sesiones de radio históricas, convencidos que hasta en el caso en que la Generalitat se hubiese rendido o hecho traición era imposible que los obreros, por su cuenta, no hubiesen llevado la insurrección adelante, no querían que la gran masa se desanimase comunicándoles la realidad de la situación del resto del país.

La confianza en la toma del aeródromo de León la demostraba el siguiente manifiesto, en que, si bien es cierto que había una gran parte de fantasía, ésta era perdonable por las circunstancias y por la necesidad de mantener la tensión de ánimo y la confianza:

AL PUEBLO REVOLUCIONARIO

A pesar de cuantos bulos hacen circular nuestros enemigos, es lo cierto que el movimiento revolucionario sigue triunfante en la mayoría de las provincias españolas.

Las noticias que el mismo Gobierno da por radio es lo suficiente para demostrárnoslo. Todos los días ordena que se capture y que se fusile a Generales, Coroneles y Oficiales, prueba ésta de que se han sublevado.

Otra prueba que demuestra bien a las claras la falsedad de las noticias gubernamentales es la que dice que Oviedo y su provincia está completamente normal y, que los mineros ya rindieron sus armas, cuando todos sabéis que luchamos cada día con más bríos y coraje.

El que algunos miembros del Comité Provincial Revolucionario

nario hayan escapado en un momento de debilidad, no debe ser para nosotros causa de desaliento, pues desde el primer momento se colocaron otros en sus puestos, compuesto por camaradas que no abandonarán el mismo hasta que hayan conseguido el triunfo total de este glorioso movimiento.

Soldados de la revolución, que no decaiga ni por un momento vuestro ánimo, que el triunfo es seguro. No temáis el ataque de los aeroplanos, que pronto han de desaparecer, pues noticias de un enviado especial de León, el aeródromo de aquella provincia es nuestro, hasta el punto de que varios aparatos ya salieron con dirección a Madrid para tomar lo poco que falta de la capital, para después si fuere preciso venir en nuestra ayuda. Cada ciudadano debe empuñar su fusil, sintiendo deseos de emancipación.

Revolucionarios asturianos: ánimo y a vencer y, a castigar con rigurosidad a todos aquellos elementos que sepáis que andan lanzando bulos, con el fin de desorientaros.

¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL!

EL COMITÉ

En otro manifiesto lanzado por toda la zona el día 16 y firmado por el Comité Revolucionario Provincial, residente en Sama, se ve un intento desesperado de mantener una situación en espera de que en el resto del país se cumplieran promesas hechas en mítines, en periódicos y en el Parlamento y, sobre todo, que todo el proletariado organizado, conducido por sus dirigentes, cumpliera su deber. Pero la insurrección por todos lados había sido vencida antes de nacer. Había faltado volun-

tad revolucionaria y fe en la victoria. En cambio, había además el temor a las realidades que la victoria de la revolución habría planteado.

Este documento dice:

EL COMITÉ PROVINCIAL REVOLUCIONARIO DE ASTURIAS

Proletarios todos, Obreros y Campesinos:

Es nuestro deber en estos momentos de franca ascendencia insurreccional, orientaros sobre el estado real de la revolución saliendo al paso de los falsos informes que la prensa de la burguesía ha dejado caer en el ambiente. Los periódicos que en la fecha de ayer fueron arrojados a la vez que granadas explosivas, por los aeroplanos, pretenden desmoralizarnos con su jesuítico método para producir en nuestras filas el confucionismo, que de plasmar el triunfo de ellos. Aparte de mentir abiertamente respecto a la situación de las provincias hermanas, dice no haber sido empleado el bombardeo aéreo, cuando este recurso bélico condenado por la carta fundamental de los derechos del hombre y hasta por la propia Sociedad de Naciones, ha causado su uso criminal víctimas inocentes, pues la vesania les llevó a cometer contra las humildes chozas que habitan los desposeídos, sin pararse, ellos, que hablan de amor y caridad cristiana, a pensar que en estos días de frente admirable los únicos moradores son nuestras compañeras y nuestros hijos.

Estad prevenidos, hermanos proletarios: nuestra revolución sigue su marcha ascendente. De esta realidad que nadie os aparte. De nuestra potencia es un exponente la debilidad de

las fuerzas enemigas, acusada en los procedimientos asesinos que emplean en la lucha, penetrando en las casas de Oviedo de los barrios pobres y degollando con la guma en uso en las cábilas del Rif, seres inocentes, niños en presencia de sus madres, provocando la locura de éstas, mártires por muchos conceptos, para luego rematarlas con fruicción demoníaca.

OBREROS:

En pie de guerra, se juega la última carta. Nosotros organizamos sobre la marcha el Ejército Rojo, el servicio obligatorio con la incorporación a filas de todos los hombres desde los 17 hasta los 40 años. Todos a sumarse a la revolución. Aquel que no sirva para el frente tendrá su destino en los Comités revolucionarios o en servicios complementarios. Lo repetimos, en pie de guerra, hermanos, el mundo nos observa. España, la España productora, confía su redención a nuestro triunfo. Que Asturias sea un baluarte inexpugnable. Y que si su bastilla fuera tan asediada sepamos antes que entregarla al enemigo confundir a éste entre escombros no dejando piedra sobre piedra. Rusia, la patria del proletariado, nos ayudará a construir sobre las cenizas de lo podrido el sólido edificio marxista que nos cobije para siempre.

¡ADELANTE LA REVOLUCION!

¡VIVA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO!

Dada hoy, 16 de octubre de 1934

Los aviones matan mujeres y niños

Turón no fue bombardeado. Alguno supuso que fue por interés de un oficial del aeródromo, por un familiar suyo habitante del pueblo; pero lo más probable es que las fuerzas del Gobierno no conocieran la importancia revolucionaria de aquella población. Atacaron sobre todo la capitalidad del Concejo, Mieres, donde las bombas causaron muchas víctimas. Una bomba fue lanzada con tan mal acierto sobre la cola que hacían las mujeres delante de la panadería, que mató a seis personas e hirió a tres. Otra bomba cayó en la calle Galán y mató a tres hermanos pequeños, los únicos de una familia, una madre con un niño de pañales que llevaba en brazos y tres niños más. Los aviadores lanzaban las bombas en los sitios donde veían aglomeraciones de personas, sin preocuparse si mataban hombres, mujeres o criaturas. Antes de pasar la primera catástrofe de la cola del pan nadie podía creer que los aviones dejaran caer bombas sobre personas no combatientes. Las primeras las habían tirado en despoblado. Empezó a crearse el ambiente psíquico de terror que la aviación llevaba al campo revolucionario, y se creaba una nueva enseñanza a tener en cuenta para las insurrecciones proletarias. La aviación es un instrumento que hace falta atraer a la revolución o al menos inutilizar. La población civil difícilmente resiste sus efectos. El bombardeo probaba una vez más que, cuando se trata de luchar contra obreros los Gobiernos no ahorran medios de lucha por terribles que sean. La insurrección de Viena había sido una demostración, y fue una más de las de Asturias. En esto se parecen los Gobiernos burgueses de todas las latitudes y de todas las ideologías.

Al oír acercarse el rezongar de los motores de aviación, la población civil, aterrada, corría hacia los refugios. Pocos se

quedaban en casa en espera de tener la suerte de que no cayera ninguna bomba sobre la casa. Otros, a pesar de los esfuerzos de los dirigentes responsables, no podían dominar el terror y huían a través de las calles sin saber a dónde iban ni a dónde querían ir. Los que tenían sótanos en casa los llenaban de vecinos que allí se refugiaban. En Mieres, la boca de la mina «Mariana», situada en la entrada misma de la población, se llenaba de centenares de personas. Únicamente cuando los aeroplanos se perdían en la lejanía renacía la tranquilidad y la gente volvía a hacer la vida normal. El terror había sido vencido de momento, pero quedaba la brasa, con el temor del regreso de aquellos pájaros que vomitaban fuego y metralla. Fue un movimiento de éstos, de terror colectivo, el que motivó la catástrofe de la calle de Galán. Flanqueada la calle en uno de los lados por una fila de casas miserables de una sola planta, los habitantes que se quedaron, mujeres y niños —los hombres, como obreros que eran, se hallaban en los lugares de lucha o de trabajo para la revolución—, observaron que un avión pasaba y volvía a pasar sobre los edificios como si los aviadores se hubiesen dado cuenta de que allí vivían obreros. Las mujeres, aterradas, se lanzaron locas a la calle, empujando a sus hijos, en busca del refugio de una casa grande de enfrente que tenía sótano. Solamente en aquel lugar aquellas madres veían seguras las vidas de sus hijos. La calle estaba repleta de seres medio enloquecidos. La puerta de entrada no podía absorber la multitud que se empeñaba en cruzarla. En aquel momento el piloto del aparato acabó una evolución que le había acercado a tierra y, encima mismo de la multitud indefensa, dejó caer una bomba, y remontando su vuelo, huyó de los tiros que de por todos lados le disparaban con rabia. En la calle de Galán se revolcaban en su sangre mujeres y niños que tenían a sus padres, maridos o hermanos luchando por la revolución. ¡La reacción quería destruir todo el germen revo-

lucionario del presente y del futuro! No tenía suficiente con matar a los hombres, necesitaba además matar mujeres y niños. Los revolucionarios, los obreros en general, por instinto, se daban cuenta de que la rendición sería terrible, que la burguesía no perdonaba y les empujaba a luchar hasta el último instante, dispuestos a morir luchando convencidos que si no morían con las armas en las manos después morirían en medio de las más grandes torturas. El tiempo y los hechos les habían de dar la razón.

XI.

SE ESTABLECE EL ORDEN REVOLUCIONARIO

Graves problemas de organización

La insurrección, al triunfar, planteaba por todo graves problemas de organización. Hemos visto, sin adentrarnos, cómo fueron organizados los servicios en Turón, pueblo caracterizado por el predominio comunista que había habido, a pesar de que al estallar la insurrección ya hiciera tiempo que había bajado extraordinariamente. Si Oviedo hubiese sido dominado del todo por los revolucionarios, el sitio ideal para estudiar la organización de la revolución triunfante habría sido esta ciudad; pero, desafortunadamente, no fue así. Todos los servicios de la ciudad solamente funcionaron en la medida que lo permitió la lucha, la cual no cesó desde el día que estalló el movimiento hasta el día que las tropas volvieron a ser dueñas de la ciudad. Por las mismas razones que hemos tomado Sama como punto de referencia para explicar con amplitud la lucha armada, también la utilizaremos para exponer la forma como fue organizada la vida después del triunfo. El predominio socialista casi absoluto y el hecho de ser el sitio donde se reconstruyó el Comité Regional cuando el día 11 cayó de una manera vertical el de Oviedo, dieron a Sama un papel preponderante en la insurrección. Al lado, en el mismo Concejo, tenemos el ejemplo de La Felguera, población dominada por los anarquistas, donde la actuación fue muy diferente que la de Sama y también que la de Turón.

El Comité Revolucionario de Sama, presidido por Belarmino Tomás, de quien habremos de volver a hablar al hacer referencia a la derrota de la insurrección, se estableció en la Casa del Pueblo. Sus componentes, cuatro militantes del Partido Socialista y dos comunistas. Belarmino Tomás, que hacía poco que había sido sustituido en la presidencia de la Agrupación Socialista local por ser considerado demasiado mode-

rado, lo hallamos ocupando el lugar de máxima responsabilidad en la insurrección. No es el único caso de un hombre acusado de reformista que en el momento de la lucha se halla situado en el lugar más elevado. Tampoco es imposible el caso opuesto. La lucha armada es una prueba de fuego que no todo el mundo resiste, y el buen o mal comportamiento en ella es algo extraño a la posición política del individuo e incluso independiente de su Voluntad. El temple del sistema nervioso y el valor no son cosas que se puedan adquirir a voluntad. Tampoco el valor físico es una medida demasiado justa para determinar el valor revolucionario del individuo.

Ya hemos visto el bando que el Comité Revolucionario lanzó al pueblo de Sama. Por su carácter general y por ser más o menos igual a los que se lanzaron por todos lados, no hemos tenido en cuenta el orden absoluto en su intercalación en el texto del libro, sino más bien las necesidades que comportan la narración o la crítica.

Al cabo de pocos días de actuación, el Comité Revolucionario Local de Sama finalizó su estancia en la Casa del Pueblo para trasladarse al Ayuntamiento. Con este traslado quería significar el dominio absoluto de la revolución sobre los organismos del régimen caído.

El Comité Militar de Sama

Como es natural, los componentes del Comité no podían atender ellos solos todas las necesidades de la insurrección, y se dividió en Comité Militar, Sanitario y de Aprovisionamiento. Cada cual de estos Comités, subdividido al mismo tiempo en las Comisiones auxiliares que hicieran falta. No se puede decir que la función de uno fuese más importante que

la de otros. Si era necesaria la organización militar, indudablemente no lo eran menos las de Sanidad y Aprovisionamiento, pero para seguir un orden empezaremos estudiando el funcionamiento del Comité Militar. Este, en sus distintas secciones, tenía a su cargo la organización de las tropas que habían de ir a los frentes de Oviedo y de Campomanes y también el orden de la población. Los individuos que iban a los frentes eran relevados cada dos días por tropas frescas, y los que habían luchado volvían a casa a descansar y a continuar la insurrección militar, que no era obligatoria. La toma de la fábrica de la Vega había resuelto el problema del armamento, y los fusiles viejos que habían servido para el asalto de los cuarteles fueron arrinconados en gran parte, a pesar de que, como hemos podido ver en la relación del capitán que defendía el Gobierno Civil de Oviedo, durante toda la insurrección hubo en servicio. El problema que nunca pudo ser resuelto, el que fue motivo de más dudas, perplejidades y quebraderos de cabeza para los revolucionarios, fue el de las municiones. La mayoría de los combatientes que marchaban a los frentes llevaban poca cosa más que cinco balas. Este hecho es común en todos los focos de la insurrección española de octubre. Parece exactamente como si los elementos que con anterioridad se preocuparon poco o mucho de la preparación de armamento para la insurrección, al ocuparse de las armas, se olvidaron de las municiones, complemento sin el que las armas son totalmente inútiles. Es necesario reconocer que los organizadores del contrabando de San Esteban de Pravia habían pensado en este detalle fundamental, pero la desgracia quiso que sólo se salvaran las armas y que las municiones tomadas por los carabineros fuesen a parar al cuartel de Santa Clara de Oviedo, para servir a los enemigos de la insurrección a los cuales iban destinadas.

En Cataluña se produjo un fenómeno parecido. Ciertamente,

los elementos movilizados por la Generalitat no tenían un armamento demasiado bueno, pero, en cambio, de municiones estaban completamente desprovistos; su jefe organizador, el señor Dencás, tampoco había resuelto el problema de las municiones. Las armas le habían preocupado poco; pero todavía se había preocupado menos de los proyectiles que aquellas armas habían de lanzar. La dotación de un revolucionario de la Generalitat de Cataluña que dispusiera de un arma larga no pasaba comúnmente de cinco balas. En cuanto a los de la AO, no hace falta decir que ni armas tenían. La insurrección se había de hacer triunfar en el tiempo que los combatientes podían gastar cinco balas. Todo el que sobrepasara de éste era la derrota segura. El enemigo tuvo más, y casi por todos lados tuvo la iniciativa y venció.

La vigilancia de las calles de Sama estaba ejercida por escuadras de diez hombres, siempre obreros —diez era la unidad de la célula militar—, bajo las órdenes de un jefe. Este jefe era responsable del comportamiento de sus hombres ante el Comité Militar y había de tener cuidado de su instrucción militar y disciplina. Los obreros que no eran aptos para ir a los frentes o todavía no tenían los conocimientos militares suficientes servían para organizar las patrullas encargadas del orden en la población. Uno de los cometidos de estas patrullas era dar a conocer a la población las incidencias de la lucha contra las fuerzas del Gobierno en Asturias y fuera. El compañero A., joven y fuerte y con voz de trueno, era el speaker. Su potente voz, amplificada con un altavoz de cartón, era escuchada con unción por los obreros y pequeño-burgueses entusiasmados y con temor por los enemigos de la revolución. Al acabar la lectura de los bandos o comunicados, éstos eran saludados con vivas a la revolución, que estallaban unánimes. Obreros armados y pueblo no combatiente se saludaban llenos de entusiasmo con los puños levantados al oír

cómo la mayor parte de España estaba en poder de la revolución. ¡Con qué fe seguían todas aquellas noticias que consideraban ciertas dirigentes y dirigidos, y cuán alejados de la realidad estaban! Alguien que los hubiera querido sacar del error habría pasado un mal rato, y eso lo mismo en Sama que en cualquier otra población de la zona insurreccionada. Los obreros de Oviedo, de Gijón y de otros lados donde la revolución todavía no había triunfado o estaba indecisa se consideraban a sí mismos una vergüenza para el proletariado. Vale la pena transcribir aquí uno de los comunicados que fueron leídos aquellos días en Sama, en medio del entusiasmo delirante de la población trabajadora. Más que otra cosa, nos mostrará la fe y la devoción de aquellos bravos luchadores y cómo eran poco merecedores de ello los hombres que, tierras allá, en Madrid, en Barcelona, en Sevilla, por todo el país, no habían sabido prever que una huelga revolucionaria en plena marcha de la revolución española, para la clase trabajadora, no podía ser sino la insurrección para la conquista del poder:

NOTICIAS DE MADRID

El proletariado de toda España se bate con fuerzas que aún defienden el régimen de explotaciones, con un valor y una heroicidad desconocidos.

Podemos asegurar que el triunfo de nuestra clase está muy cerca. En Asturias particularmente, los obreros que han triunfado y se constituyeron en poder en Mieres y Langreo están a punto de apoderarse de Oviedo y Gijón dentro de muy pocas horas. Las noticias que tenemos de Vizcaya, Cataluña, Aragón, Levante, Valladolid y otras muchas provincias, son parecidas a las de Asturias. En Madrid tenemos a raya a las fuerzas reaccionarias.

Sólo falta para el triunfo total que vayamos creando los cuerpos del EJERCITO PROLETARIO disciplinadamente, obedeciendo ciegamente los mandos de los jefes superiores del futuro EJERCITO ROJO. Ahora más que nunca se necesita atacar con fiereza, decisión y astucia.

¡¡VIVA EL PODER DE OBREROS Y CAMPESINOS!!

¡¡VIVA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO!!

Madrid, 7.10-34

Ya el Comité Provincial de Sama, bajo el nombre de Comité de la Alianza Obrera y Campesina de Asturias, lanzó uno de estos manifiestos, que rezuman la misma seguridad en la victoria. Este manifiesto dice:

COMITÉ REVOLUCIONARIO DE ALIANZA OBRERA Y CAMPESINA DE ASTURIAS

Camaradas:

Ha llegado el momento de hablar claro ante la magnitud de nuestro movimiento, que ha triunfado en toda España. Sólo os recomendamos un último esfuerzo, nada más que quedan pequeños focos de enemigos que se esfuerzan en resistir inútilmente.

Las arrolladoras fuerzas de la revolución se apoderaron de Cataluña, que está en poder de nuestros camaradas.

En Madrid, Valencia y Zaragoza, Andalucía, Extremadura, Galicia, Vizcaya y el resto de España sólo quedan pequeños

focos de enemigos, como os acabamos de decir. El cañonero «Dato» y otros buques de guerra se han puesto al servicio de la revolución, y para terminar de una vez con esta situación en lo que respecta a Oviedo debemos de dar el último empujón contra los defensores del capital moribundo. No hacer caso en absoluto de los pasquines que arrojan los aeroplanos ni de las falsas noticias de nuestros enemigos.

Sama, 13 de octubre de 1934.

EL COMITÉ REVOLUCIONARIO

Una de las preocupaciones del Comité Militar era la vigilancia de los alrededores de la población y evitar robos y pillajes. Los puntos estratégicos de los alrededores de Sama estaban tomados militarmente y, por la noche, reforzados con el fin de evitar cualquier sorpresa por parte del enemigo. En una de estas emboscadas cayeron prisioneros dos oficiales fugitivos, que después fueron fusilados en el cementerio del pueblo, sin que hasta ahora haya sido posible aclarar de una manera positiva quién ni cómo había ordenado los fusilamientos. Ninguno de los dos oficiales llevaba uniforme; uno se había puesto un mono de mecánico y el otro se había quitado la guerrera.

Por la noche la vigilancia del pueblo era multiplicada. Las patrullas recorrían todas las calles de la población en toda su extensión. Los vecinos sabían que tenían su casa y sus bienes mejor custodiados que nunca. Los establecimientos y las casas cerraban a las horas de siempre y la vida era completamente normal. Únicamente habían cambiado los temas de las conversaciones y las preocupaciones. Las noticias de los frentes y del resto de España eran el eje de las discusiones en las sidrerías. Las discusiones de orden militar o insurreccional

sólo eran desplazadas por las de orden y organización de la vida después del triunfo y de la situación en que la España proletaria triunfante quedaría situada ante las potencias capitalistas que la rodearían. La esperanza era la U R S S, República obrera hermana. Todos sabían que el triunfo de las armas no era el final, sino el principio de la revolución, y nadie esperaba una era de felicidad paradisíaca. La experiencia de la revolución rusa, conocida por la mayoría de aquellos mineros, les había enseñado que la verdadera lucha para el fortalecimiento de la revolución empezaba al día siguiente de la insurrección y también que ni los enemigos de dentro ni los de fuera se quedarían satisfechos con la primera derrota. «Ahora se acerca la hora de trabajar de verdad y de dormir con los fusiles al lado para defender nuestras conquistas», decía, medio en broma, uno de aquellos obreros que se preparaba para ir al frente al día siguiente, de donde pensaba regresar con la victoria definitiva. «No creáis que los capitalistas de fuera se relacionan con nosotros, los descamisados, los pobres diablos que morimos en las entrañas de la tierra por ellos, que dejamos las manos en el engranaje de una máquina o morimos de hambre sobre el terrucho, damos el mal ejemplo de desnudar a nuestra burguesía. Todos son solidarios, y si no nos declaran la guerra procurarán hacernos morir de hambre. ¡Veo, compañeros, que los gandules y los golfos habrán hecho un mal negocio! Me parece que todos tendremos que trabajar más y apretarnos un par de agujeros el cinturón.»

Los burgueses y los sospechosos de ser enemigos de la revolución, de noche sobre todo, se dejaban ver tan poco como podían. Nadie podía circular sin dar el santo y seña de UHP y levantar el puño al paso de las patrullas. Los señoritos del pueblo y los burócratas de categoría tenían motivos suficientes para no estar demasiado satisfechos de la revolución. Su casino La Montera, situado en el parque Dorado, había tenido

el honor de ser escogido como sede del Comité Militar.

El Comité Sanitario.

El servicio sanitario, organizado el mismo día del triunfo, fue montado en el hospital de la Duro-Felguera, y el Comité estaba presidido por un médico, miembro del Partido Comunista. Fue uno de los servicios que funcionó más admirablemente y donde se socorría a todo el mundo sin distinción. Un enemigo era allí atendido con el mismo cuidado que un compañero, y el servicio médico para los enfermos socorría a toda la población sin hacer diferencias.

Su funcionamiento fue dado a conocer a la población con la publicación del siguiente bando:

BANDO SERVICIO SANITARIO

Hasta nueva orden todos los servicios de sanidad e higiene se regirán por las normas siguientes:

1.º Quedan suprimidas las consultas en los domicilios particulares de los Médicos, como igualmente los Dentistas.

2.º Todas las consultas se despacharán de tres a siete de la tarde en el hospital, tanto los enfermos particulares como los de Sociedades o Empresas.

3.º Los casos de gravedad serán visitados en sus domicilios por los Médicos encargados de este servicio. Si hubiese necesidad de hospitalizar alguno de estos enfermos, este servicio dispone de camillas y ambulancias para trasladarlos a este

Centro.

4.º Las horas de visita a los heridos y enfermos será de una a tres horas, todos los días.

5.º Los avisos para visitar los enfermos en su casa serán dados en este hospital antes de las nueve de la mañana, excepto en los casos de urgencia, que podrá ser en cualquier hora.

6.º Las recetas firmadas por el personal de este servicio serán despachadas en cualquiera de las farmacias de Sama.

7.º Queda obligado el público a abonar en la farmacia el importe de las recetas particulares, excepto las de Sociedades; las de enfermos pobres tendrán que ser firmadas por el Comité para su despacho gratuito.

8.º Todas las quejas o reclamaciones relacionadas con este servicio serán presentadas al Delegado del Comité en este hospital.

Sama, 8-10-34

EL COMITÉ REVOLUCIONARIO

El Comité de Aprovisionamiento

El Comité de Aprovisionamiento también se constituyó tan pronto fue vencida la resistencia de la fuerza enemiga. Como era el que debía tener mayor número de operaciones, tomó como sede un ala del edificio de las escuelas nacionales. Lo formaban tres militantes probados, los cuales nombraban ellos mismos a otros compañeros que los auxiliaban en sus

funciones, por cierto, muy complejas. Estas funciones abarcaban desde proporcionar un par de huevos o un pan a una familia o leche para los enfermos y heridos del hospital o que estaban en casa hasta llevar comida y ropa a los soldados del Ejército Rojo que iban a los frentes. Puede decirse que, a pesar de la diversidad de problemas que se vio obligado a resolver, el Comité funcionó admirablemente y sus componentes dieron prueba de una iniciativa poco común. También la disciplina de la población, que en todos momentos fue mantenida sin vacilaciones, fue de una gran eficacia para la buena marcha, tanto de estos servicios como de otros.

El Comité nombró una veintena de delegados que, por parejas, tenían cuidado de las necesidades de una calle o más, según su importancia. Los delegados se ocuparon en cada sector de formar un censo de cabezas de familia con las personas que la componían. Este censo, hecho con toda meticulosidad y del cual no fue excluido ningún habitante de la población, fuese de la clase social que fuese y sin tener en cuenta su posición política, permitía saber en todo momento las necesidades exactas del pueblo, y desde el principio se pudo establecer un racionamiento aproximado y proporcional a las necesidades y de acuerdo con las disponibilidades. No damos ahora la proporción de alimentos que correspondían por persona, porque es la misma que La Felguera adoptó más adelante. Ya la veremos en el manifiesto que publicó el Comité de este pueblo. Para cada familia se hacían los vales correspondientes, que eran entregados a los delegados de barrio, y éstos los repartían en cada casa. Se comprobaba siempre la identidad de quien los recibía para evitar que alguien se quedase sin la ración correspondiente y otro recibiese el doble. El control era rigurosísimo y nadie podía obtener artículos de otra forma aunque se tratase de los miembros más caracterizados de los Comités. En relación con ello, un vecino acomodado de Tu-

rón decía al autor de este libro: «Todos íbamos mal de tabaco, pero no os creáis, los mismos individuos

del Comité también lo pasaban mal: no tenían más que nosotros. Y esto era con todo.» La tónica que presidía el Comité de Turón, tal como lo expresaba una persona más enemiga que amiga de la revolución, era la misma en todo el territorio dominado por la revolución.

Una de las primeras preocupaciones del Comité, una vez acabado el censo de habitantes, censo que seguramente nunca lo habrá hecho tan exacto ningún Ayuntamiento ni ningún tipo de autoridad no revolucionaria, fue la de tener también el censo exacto del número de animales existentes en la población con el fin de poder proveer de la misma forma el alimento necesario para su manutención. De pasada, este censo era útil para saber en cada momento las reservas de carne de que se disponía, prevenirse con tiempo y hacer nuevas adquisiciones. Esta precaución fue muy útil. Al cabo de algunos días de nuevo régimen, la carne necesaria, sobre todo para los hospitales y para los obreros que trabajaban (conservación de minas, panaderías, electricidad, soldados, etc.), empezó a escasear. La solución era difícil porque no se podía matar el ganado de la región que proporcionaba leche, la cual era indispensable. Pero fue hallada. En las montañas de Caso, Laviana, había unos rebaños de Extremadura pastando. El Comité envió delegados, los cuales, dinero en mano, adquirieron algunos centenares de corderos que fueron suficiente para pasar hasta la toma de población por el general López Ochoa e incluso para poder ayudar a algún pueblo vecino. La ración diaria que se daba a todos los que trabajaban era de un cuarto de kilo, y para los enfermos o heridos, la que el médico consideraba necesaria. El Comité no estableció puestos de servicio directo al público. Para la distribución al pormenor se uti-

lizaron los mismos establecimientos del pueblo, los cuales se prestaron a ello sin vacilaciones. La mayoría de aquellos tenderos no sentía ninguna repugnancia por el nuevo estado de cosas, y si alguien lo sentía íntimamente ya se había resignado por completo.

Las relaciones con los campesinos

No era un problema de solución fácil el de la leche para los enfermos y heridos de los hospitales. El primer día los guardias de las patrullas de la población intentaron requisarla a los campesinos. El sistema no dio resultado. Al ver que iban a desposeerlos de aquello que consideraban suyo, los campesinos amenazaron con lanzar toda la leche. Es el recurso del campesino de cualquier

latitud al hallarse ante un nuevo orden de cosas del que no comprende el alcance.

Uno de los problemas más graves de la revolución rusa, todavía no resuelto del todo, ha sido el de las relaciones entre la ciudad y el campo. La burguesía resuelve este problema unciendo al campesino por medio del intermediario y la ley de la oferta y la demanda, pero la revolución proletaria está obligada a buscar fórmulas nuevas no olvidando que la solidez del nuevo estado de cosas reside en el proletariado, pero no olvidando tampoco que al hacer la revolución se obliga a resolver los problemas del campesino. El problema, con esta agudeza, todavía no se había planteado a los obreros revolucionarios de Asturias. Más de una vez se habrían preguntado cómo y de qué forma habían de llevar la revolución al campo y cómo habían de resolver el problema de los campesinos, pero entonces se hallaban ante la necesidad absoluta de bus-

car una forma de con vivencia de momento, en espera de que llegase la definitiva que había de aportar la revolución triunfante. No faltaron los revolucionarios intransigentes —entre los cuales se distinguieron precisamente los «libertarios»— de las requisas a los campesinos hechas a la fuerza, obligándoles a aportar sus productos a la revolución. Trabajo tuvieron los dirigentes de cada sitio para evitar que los más exaltados se decidiesen a llevar a la práctica esta medida extrema, que habría sido fatal para la vida de la revolución y que habría conducido inevitablemente a una insurrección verde, la cual se habría podido convertir en un movimiento reaccionario. La burguesía de la ciudad, los propietarios feudales, habrían aprovechado admirablemente una contingencia parecida para excitar a los campesinos a la revuelta, con la esperanza, mejor aún, con la seguridad de que, una vez iniciada la lucha entre los obreros de la ciudad y los parias del campo, ellos podrían aprovechar esta lucha civil para regresar a las cosas pasadas y a su predominio. La insurrección asturiana pasó por estas fases en pequeña escala, es cierto, pero ha dejado lecciones que no son menospreciables. Ha enseñado, sobre todo, que las condiciones revolucionarias y las condiciones de clase no es cierto que sean distintas en cada país. Ha puesto en evidencia que el tan cantado por unos y difamado por otros «particularismo» español no es otra cosa que una bella fábula útil para demagogos enemigos de la revolución proletaria que, a su entender, quiere borrar las diferencias étnicas o «raciales» que, según ellos, son lo que hay de más apreciable en los pueblos. Los campesinos asturianos, al amenazar con lanzar la leche, miserables y todo, se solidarizaban con los kulaks de Rusia y se sentían identificados con los campesinos austríacos que ayudaron a los demagogos fascista-cristianos —los cuales les hacían creer que todo el mal venía de los obreros socialistas de las ciudades— a establecer un fascismo vaticano.

nista del cual son igualmente víctimas obreros y campesinos. Aquellos obreros que podían comer carne y vivían en los buildings Carlos Marx no se sentían suficientemente satisfechos y ¡todavía pedían más! Según criterio de los campesinos, las comodidades de que disfrutaban los obreros de Viena pesaban sobre sus costillas. Esto, hábilmente explotado por el abogadillo de la provincia, instrumento del jesuitismo, Dollfus, había de dar sus resultados, y los obreros de Viena fueron asesinados sin la más leve protesta por parte de los campesinos. En España teníamos que ver un proceso parecido orientado por esta otra réplica jesuítica, Gil Robles, hábilmente dirigido por Herrera, eminencia gris, pero incontestable de la CEDA.

Los revolucionarios asturianos, aprovechando las lecciones de la revolución rusa y las experiencias por las cuales habían pasado los obreros de otros países antes que ellos, desoyeron las voces de sirena de los que todo lo querían o no querían nada, de los que no tuvieron sentido revolucionario suficiente para acomodarse a las diferentes etapas de la revolución, y emprendieron el buen camino: el del entendimiento con los campesinos tal como eran mientras la revolución triunfante no resolviera el problema del campo y no aboliese la propiedad particular de la tierra y la diera en usufructo a sus únicos propietarios legítimos: los campesinos que la trabajan. El Comité de Sama, antes de que el mal fuera irreparable, intervino, y, de acuerdo con los mismos campesinos, halló una buena solución para todos. Los campesinos darían la leche y el Comité les daría el equivalente en comida para el ganado o ropas. De momento los campesinos opusieron resistencia a esta fórmula. Preferían que se les diera el equivalente del precio estipulado en productos alimenticios para las personas, pero no les costó comprender que esto no habría conseguido sino agotar deprisa los productos de primera necesidad y de-

jar sin comer la población de los núcleos urbanos, los cuales, ante el espectro del hambre, se habrían convertido en un peligro para ellos mismos.

Quedaba otro problema: el del equipamiento del Ejército Rojo. Época de lluvias, no era lógico que los soldados tuviesen que ir a la lucha mal equipados mientras los almacenes estaban llenos de ropa y calzado. No se dudó ni un momento. De la misma forma que se habían requisado todas las existencias de víveres y harina existentes en almacenes y en los depósitos de la compañía de ferrocarriles y en los almacenes de Berrón, se requisaron las existencias de los almacenes de ropa, y la única forma de obtenerla mientras la revolución no hubiese triunfado en todo el país era la requisita de existencias donde hubiera.

El orden era completo

La vida durante los quince días que la revolución fue triunfante en Sama se desenvolvió de la manera plácida de siempre. Unos iban al trabajo al lugar indicado (al cuidado de los revolucionarios y no a otra cosa se debió que en toda la zona minera se pudiera reemprender el trabajo una vez acabada la insurrección y que fracasase la maniobra de Lerroux de importar carbón inglés); otros se ocupaban de la formación militar de los hombres que habían de ir a los frentes. La mayoría prestaba los servicios que le reclamaba el Comité Revolucionario. Funcionaba el alumbrado y la vida era normal en todo: tan normal como puede ser la vida en una población donde en cada momento entran omnibuses con con heridos que regresan del frente y traen noticias de algún compañero que ya no regresará, de donde salían tres o cuatro veces al día expedi-

ciones de soldados que iban a la lucha, de la cual quizá no regresarían o regresarían como éstos, que entraban en el pueblo heridos y saludaban puño en alto vitoreando la revolución.

Los enemigos de la revolución y sus familiares hacían la misma vida que los obreros y los indiferentes. Eran tenidos en cuenta para el racionamiento de la comida; no se hacía ninguna excepción con ellos, como no fuera la de un mejor trato, especialmente hacia los familiares de los que habían caído en la defensa de los cuarteles y también hacia aquellos que se habían entregado a los revolucionarios. Estos fueron dejados en caso o en los domicilios de los que quisieron recoger bajo promesa que no saldrían a la calle. Los vencidos fueron llevados al hospital, donde eran atendidos con el mismo cuidado que los revolucionarios, y los sanos, cerrados en una de las habitaciones de la parte alta de la Casa del Pueblo; habitaciones bien aireadas, donde eran atendidos como cualquier otro habitante de la población. Ellos mismos después habían de encerrar a los revolucionarios vencidos en los sótanos del mismo edificio y además torturarlos.

Los sacerdotes ni tan siquiera fueron hechos prisioneros. Detenidos algunas horas, pronto fueron puestos en libertad y con facultad para ir donde gustasen. Uno de ellos, el coadjutor del pueblo, en un comunicado que hizo después de la revolución a sus superiores con el fin de pasar por mártir, dijo que durante todo el tiempo había sido prisionero de los revolucionarios, al principio, en la Casa del Pueblo, y después, en el hospital. Este sacerdote, para seguir la tradición de la clase, mentía descaradamente. No habría sido nada descabellado mantenerlo prisionero, pero no fue así, y es necesario hacerlo constar. Este buen señor, una vez se le dejó libre, no halló ninguna casa católica de Sama que le quisiera recoger, seguramente

por temor a compromisos, y entonces él, ante la perspectiva de quedarse sin saber dónde refugiarse, optó por ofrecerse como enfermero al hospital. Sus servicios fueron aceptados y fue tratado de la misma forma que lo eran los enfermeros revolucionarios. Otro sacerdote de la población, José Montes, el cual siempre había tenido simpatías entre los mineros por la forma llana de tratarlos y con los que muy a menudo hasta jugaba a bolos, cosa que le había costado amonestaciones del obispado, ni siquiera fue detenido ni interrogado.

Un caso nos dará una muestra de oposición absoluta entre la psicología de los revolucionarios y la de los burgueses vencidos. Una señora, tía del capitán Nart, reaccionaria como toda la familia, con la excepción de un hijo suyo, que era socialista, durante el dominio revolucionario, convencida de que en su casa estaban poco seguros unos valores que nadie le había pedido, quiso salvarlos y decidió esconderlos fuera de la población. Hizo un paquete y, temerosa que los revolucionarios de las patrullas que circulaban por las calles la quisieran cachear, pidió a su hijo socialista que le prestara un ejemplar de aquel aburrido diario Avance, de Oviedo. Y con el paquete de valores bajo el brazo, sin ser molestada por ninguno de los revolucionarios, que la sabían enemiga, pudo llevar los valores a un lugar seguro, donde quedaron escondidos hasta después de la insurrección entre las llamas revolucionarias. La buena señora tuvo la suerte de que no fueran descubiertos por las fuerzas que habían ido a salvar el orden y a devolver la tranquilidad a Asturias; de lo contrario, hoy tendría que reconquistarlos buscándolos en casa de algún usurero judío de Ceuta o Tetuán.

Los revolucionarios, cuando necesitaron dinero para comprar comida para todo el mundo, fueron a tomarlo de las cajas de los bancos, enriquecidos gracias al sudor con que los mineros

habían ablandado la piedra de las minas. No se dirigieron nunca a casas particulares ni saquearon a nadie. Si alguno lo intentó por su cuenta fue severamente castigado por sus propios compañeros.

Una puerilidad tenemos que reprochar a los revolucionarios, puerilidad que han sufrido casi todas las insurrecciones: el hecho de haber quemado el archivo del Ayuntamiento y el registro civil. Fue un gasto de tiempo y nervios que no había de ser de ninguna utilidad ni para ellos ni para la revolución.

XII.

LA INSURRECCIÓN DE LA FELGUERA ANARQUISTA

El experimento libertario

En La Felguera se hizo el experimento de una revolución de tipo romántico, anarquista, digno de ser tenido en consideración, sobre todo en un país como el nuestro, que ha pasado por tantas experiencias anarquistas. La insurrección asturiana presenta aspectos muy diferentes de organización revolucionaria, respondiendo cada uno de ellos a un concepto distinto de la revolución, según la influencia de un matiz dentro de la misma corriente revolucionaria. Sama, por ejemplo, fue dominada por completo por los socialistas, revolucionarios sinceros, como lo demostró su actuación, muy poco influenciada por los reformistas de la carcasa burocrática del partido o de la UGT, y por una parte comunista que no desmerece del revolucionarismo de los socialistas ni tampoco se distingue como más decidida en la actuación durante la insurrección. Turón, dejando a un lado Mieres, donde los hechos se desarrollaron más o menos como en Sama, presentó otro aspecto con un sentido más dogmático de la revolución. Parece un resultado de la influencia que el Partido Comunista había tenido hasta hacía poco en aquel pueblo, el cual le valió el calificativo de rojo, como Sevilla lo había merecido durante los dos primeros años de la República. Y al decir dogmáticos no pretendemos emplear esta palabra en sentido peyorativo para las ideas y la concepción, sino en el sentido que limitaba la libertad de acción en la realización. Tal vez actuaban engañados por el exceso de formulismos reconocidos como excelentes por los expertos en otras insurrecciones, olvidando que las lecciones siempre han de ser tomadas por su valor ejemplar y no para calcar algunas copias con todos sus detalles. El Comisario de Guerra —me decía un revolucionario de Turón— siempre tenía a mano la Insurrección Armada, de Neuberg.

Libro ejemplar, magnífico libro que no habría de faltar en la librería de ningún revolucionario cuando trabaja y estudia, pero que quizá sobra en la mesa de trabajo de un Comisario de Guerra en Turón en plena insurrección.

Toda revolución social, a grandes rasgos, es igual a otra revolución social que se haya producido en otro lugar, en otro país, por lejano que esté, sobre todo si se trata de países con afinidades económicas y que se halle en un estado parecido de evolución; pero esto no quiere decir que la revolución haya de seguir paso a paso la mismas huellas en un lugar que en otro. Se parecen, son casi una repetición en aquello que es fundamental, pero no se puede afirmar que necesariamente hayan de ser calcadas una de otra en los detalles. La dialéctica ha de servir precisamente a los revolucionarios para diferenciar los rasgos especiales de cada país y para aprovechar la lección de los hechos en aquello que tiene de común. Napoleón, admirador de César y de Alejandro, si los hubiera copiado simplemente, no habría sido un gran general; tampoco podía guerrear de la misma forma para la conquista de un país en descomposición, como España, como para la conquista de un país joven que renacía, como Alemania, ni en cada uno de estos dos países, relativamente pequeños, como en las inmensidades de las estepas rusas. El revolucionario se ha de comportar como el general: ha de aprovechar las lecciones de estrategia que le ofrecen las otras revoluciones para aplicar sus enseñanzas y, sobre todo, para evitar los errores. Es la falta de este sentido que quizá nos puede permitir calificar de dogmáticos a los dirigentes de Turón sin que desmerezca su valor suficientemente demostrado ni tampoco su sentido de responsabilidad.

El concepto romántico de la revolución

En La Felguera nos hallamos desde el principio con el concepto romántico de la revolución. Vencidas las fuerzas reaccionarias, los anarco-sindicalistas de La Felguera, que tenían el predominio absoluto entre los obreros de la población, pensaban que lo habían conseguido todo. No es que dejaran de mantener un cierto orden revolucionario ni que olvidasen que hacía falta ir en ayuda de otros compañeros que luchaban en otros lugares: esto sería hacerles un reproche que no merecen. Contrariamente, ni se acordaron que les separaba toda una concepción revolucionaria de las otras fuerzas que dominaban la insurrección, y se lanzaron con ellos haciendo honor al pacto de la Alianza Obrera, a la lucha para el total triunfo de la revolución en el país. Como los otros pueblos, enviaban sus hombres al combate y mantenían un orden en la población, como lo demuestra el episodio ya relatado del individuo que robó los relojes. La diferencia se apreció en detalles incrustados en el desarrollo de los acontecimientos, sobre todo en la organización de la vida en la población una vez triunfó la insurrección.

Pero, ¿se les podía exigir que organizaran la revolución triunfante de otra forma a como ellos la entendían? Vencida la resistencia de las fuerzas enemigas, hicieron prisioneros a los principales personajes de la burguesía de la población, especialmente a los ingenieros de la Duro-Felguera, y les dejaron vivir tranquilos en una comunidad de aquellas que los oficiales del ejército español en campaña llaman «repúblicas». Nadie les molestó para nada. Aparte de ser prisioneros, no sufrieron otra molestia: comían lo mismo que podían comer los otros habitantes de la población, mientras hubo. En esto obraron más o menos como en todos los pueblos asturianos.

En cuanto a la organización del orden en la población, nos hallamos ante la casi repetición de los hechos ocurridos hacía dos años en el putch revolucionario de Fígols. Los Comités de Sallent y de Suria obligaron a personas extrañas e incluso enemigas de la insurrección a patrullar armados por las calles, sin hacer distinción entre los ciudadanos de la clase trabajadora y la pequeña burguesía desapegada a la insurrección. En cierta forma es lo que pasó en La Felguera más de dos años después —¡una concepción revolucionaria une a hombres separados por centenares de kilómetros!—. Se repetía el hecho. Muy al contrario que los pueblos donde el predominio era socialista o comunista, en La Felguera se obligó a hombres que no eran obreros a hacer guardias por las calles, a guardar el orden revolucionario del cual eran enemigos. Unos y otros fueron lógicos en su comportamiento. Los obreros marxistas que iban a la revolución sabían que dejar las armas en manos de los enemigos de su clase era una falta grave; que la revolución se hace por la clase trabajadora y por nadie más; que, en el mejor de los casos, aquellos hombres, si no aprovechaban las armas en contra de la revolución, tampoco las aprovecharían para ayudarla y que, por tanto, ocupaban puestos que habían de ser ocupados por obreros, y que si de momento no eran peligrosos, era evidente que estorbaban. En este criterio está basado el párrafo segundo del bando primero del Comité local de Sama, que dice: «Todo ciudadano que no esté unido a las fuerzas revolucionarias y que disponga de armas, largas o cortas, hará entrega de ellas en un tiempo no superior a seis horas después de la publicación de este bando». ¿Y quiénes pueden ser estos ciudadanos no unidos a las fuerzas revolucionarias en un momento en que la insurrección era triunfante, sino los enemigos declarados de la clase trabajadora? A una guerra de clases ha de corresponder inexorablemente un ejército también de clase.

En cambio, los anarquistas no pensaban lo mismo y no podían obrar de la misma forma. De acuerdo con su concepción, la revolución había de ser para todos los ciudadanos, y era, pues, lógico que todos los ciudadanos aportasen su ayuda y que todos cumpliesen igualmente sus deberes, con más razón cuando, tanto en La Felguera como por todos lados, nadie dejaba de reconocer los mismos derechos a un burgués que a un obrero. Les era difícil llegar a comprender, sin una experiencia, que del enemigo no hace falta deshacerse físicamente. Se le puede alimentar, pero no se le puede poner un arma en las manos de la cual habrá de hacer mal uso más pronto o más tarde.

La misma concepción revolucionaria les hizo cometer otro error del cual ya tuvieron que tocar las consecuencias en el corto lapso de tiempo en que la insurrección se mantuvo triunfante en Asturias, de la misma forma que un mayor tiempo o un triunfo total habría dado motivo a dolorosas experiencias en el dominio militar. Hago referencia concretamente a las subsistencias y a su distribución.

No racionaron los víveres

En cada localidad en poder de los revolucionarios el Comité se encargó inmediatamente de organizar el servicio de requisa y distribución de víveres que aseguraba una alimentación igual a todos los habitantes y, sobre todo, aseguraba una mayor posibilidad de resistencia en caso de necesidad. En La Felguera las cosas no marcharon de la misma forma. Vencido el enemigo, triunfante la revolución, cada ciudadano tuvo derecho de ir a la tienda que quisiera a reclamar aquello que necesitaba para vivir. Partían de la premisa que, triunfante la

revolución, cada cual, sabiendo que nada le iba a faltar —lo dicen los teóricos anarquistas—, no sentiría apetito de tener nada más que aquello que fuera estrictamente necesario. Los habitantes de La Felguera, ante esta liberalidad de los dirigentes revolucionarios optaron por el acaparamiento de comida.

No les hacía falta sino ir a un establecimiento y pedir. El medio simplificaba extraordinariamente las relaciones y ahorra-
ba una burocracia distribuidora de efectos y víveres que podía ser de gran utilidad en los lugares de combate y de trabajo. Ahora bien: por magnífico que fuera el sistema, los resultados fueron desastrosos. Quien más quien menos, seguro que los que menos necesidad tenían y, sobre todo, los que menos fe tenían en la revolución, no se contentaban con ir a una tienda a reclamar lo que necesitaban para el consumo de cada día, sino que fueron a tantas tiendas como pudieron y recogieron cuanto podía haber. Aquella libertad había llevado al abuso, y no en provecho de los mejores ni de los que más lo necesitaban. La insurrección que había triunfado el día 5, el día 10 veía que ya se encontraba al final de sus reservas y que, mientras la insurrección no hubiese triunfado del todo, sería difícil rehacerlas. El comandante militar de Gijón, en una anotación para su diario de operaciones, ponía el siguiente párrafo fechado el día 9:

A uno de los muertos del Llano se le encontró un manifiesto del Comité Revolucionario de La Felguera que autorizaba la salida de niños y mujeres en vista de la escasez de subsistencias.

Las subsistencias se habían agotado

Muy pocos días habían tenido que pasar para agotar las subsistencias, cuando el día 9 el Comité Revolucionario se veía en la necesidad de autorizar la salida de mujeres y niños a causa de la escasez. Y forzosamente los más perjudicados habían de ser los revolucionarios, los cuales, si tenían sentido de la responsabilidad— y fe en su revolución, no podían dedicarse como los otros, al deporte de amontonar kilos de arroz y de judías. En ningún otro pueblo se llegó a una situación tan extrema. En muchos de ellos escasearon los víveres, pero fue a finales de la insurrección.

Ante tal situación, los anarco-sindicalistas de La Felguera se vieron obligados a confesar de una forma explícita la derrota de su concepción romántica de la revolución con la publicación del siguiente manifiesto:

EL COMITÉ DE DISTRIBUCIÓN DE LA FELGUERA AL PUEBLO EN GENERAL

Las circunstancias en que hoy nos encontramos nos obligan a estar constantemente aconsejando a todos los ciudadanos a que acudan a nuestra ayuda para poder salvar las difíciles horas que en estos momentos vivimos. (En momentos en que por todos lados se hablaba de victoria con toda seguridad, a causa de una concepción errónea de la misión de la clase trabajadora en la revolución, los revolucionarios de La Felguera, que no eran menos intrépidos que los otros y tan convencidos como ellos de la victoria, ¡ya habían de hablar de horas difíciles!) Nunca como en esta ocasión se puede disculpar mejor todas las equivocaciones y rectificaciones que

tengamos y nos veamos precisados a hacer. Siempre tuvimos muy en cuenta las complejidades que, en situaciones como la actual, habría de tener la distribución de aquellos alimentos más indispensables para nuestra existencia y por eso hoy no desmayamos.

Sólo pedimos que se nos comprenda y que se nos ayude.

Nos vemos precisados a racionar el consumo a causa de que los víveres escasean. La distribución que veníamos haciendo de los artículos alimenticios no responde a la buena administración que nosotros quisiéramos hacer por los pocos escrúpulos de algunas gentes.

Por este motivo, a partir de hoy, día 11, la distribución de los alimentos de que podamos disponer se hará de la siguiente manera:

2 de familia tendrán derecho a consumir ... 2,50 pesetas

3 » » » » ... 3,10 »

4 » » » » ... 3,70 »

5 » » » » ... 4,30 »

6 » » » » ... 4,90 »

7 » » » » ... 5,50 »

8 » » » » ... 6,10 »

9 » » » » ... 6,70 »

10 » » » » ... 7,30 »

11 » » » » ... 7,90 »

12 » » » » ... 8,50 »

NOTAS:

Se advierte a todos que, aunque en el vale que se extenderá figura el valor de los artículos en pesetas, no por ello se ha de entender que el importe del vale sea satisfecho con moneda, sino que se hace así con objeto de racionar mejor el consumo, quedando por tanto, suprimida la moneda.

Cada familia no tendrá derecho a un vale nada más que cada dos días.

El pan se dará en un vale aparte a razón de medio kilo por cabeza, suprimiendo los medios kilogramos cuando el número de la familia sea impar.

IMPRESA COMUNAL

No se puede negar la sinceridad a estos revolucionarios al confesar que han sufrido un error y, sobre todo, no se les puede regatear la sinceridad revolucionaria y el deseo de enmienda.

El manifiesto, en aquello que tiene de estudio técnico de las necesidades de cada familia, de acuerdo con el nivel medio de vida de la comarca, fue extraído de los bandos y sistemas de distribución publicados en las otras poblaciones, especialmente en Sama. La ración de pan era diaria. Ahora bien; Sama, por ser uno de los lugares donde se llevó con más rigor el racionamiento y se instauró primero el sistema de control, no sintió casi la escasez de productos e incluso pudo ayudar a otros pueblos vecinos, entre ellos La Felguera. Y sería equivocado creer que este error de concepción y, más que error de concepción, el concepto erróneo de la revolución que, dada su posición política, tenían los dirigentes de La Felguera, bajara

poco o mucho su iniciativa en otros aspectos insurreccionales.

En la lucha ya hemos dicho que en nada quedaban atrás. Nunca desmintieron su revolucionarismo, y fueron los únicos que desde el primer momento se sintieron empujados a ir en ayuda de los revolucionarios de Gijón con preferencia a los de Oviedo. En esta preferencia, sin embargo, hay que ver, más que el resultado de un análisis de necesidades estratégicas de la insurrección, una consecuencia de la más gran afinidad ideológica. De todas formas, La Felguera nunca dejó de enviar combatientes a los frentes de Oviedo y Campomanes.

Un coche blindado cada día

En aquello en que más prueba de actividad y de iniciativa dieron aquellos obreros fue en la construcción de Ingenios bélicos. Faltos como estaban de técnicos conocedores de este tipo de aparatos, al cabo de pocos días de empezada la insurrección empezaron la construcción de coches blindados y llegaron a hacer uno cada día. Con este fin se apoderaron de todos los camiones que les podía prestar el Comité de Transportes. El camión era llevado a los talleres de la Duro-Felguera, y al cabo de veinticuatro horas justas, como obedeciendo las consignas de un trabajo racionalizado, el camión estaba a punto de marcha con una doble cubierta blindada, una exterior de diez milímetros y una interior de quince, separadas por una cámara vacía. El blindaje exterior estaba cubierto con una capa gruesa de grasa consistente que dificultaba que las balas que no fueran muy directas a la plancha se le clavasen.

De estos aparatos de guerra entraron dos en fuego, y ambos prestaron servicios inapreciables. Si hubieran tenido desde el

primer momento de la lucha, habrían sido ahorradas muchas vidas de revolucionarios. Los camiones blindados que salían de La Felguera llevaban en los flancos las iniciales CNT, AIT.

Al entrar las fuerzas enemigas en el pueblo a consecuencia del pacto Belarmino Tomás-López Ochoa, parece que uno de los oficiales de Estado Mayor que iba con la columna después de mirar y remirar la construcción de los coches blindados y de hacer algunas preguntas de carácter técnico que le dejaron bastante satisfecho, interrogó al director de la Duro sobre qué técnico había dirigido aquello. Aquella pregunta desbordó el orgullo del capitán de obreros: —¡Mis obreros no necesitan técnicos para hacer esto!— parece que replicó. ¡Así de orgullosos se sienten los burgueses de sus obreros cuando los tienen humillados bajo las garras!

Fueron muchas las muestras de iniciativa de los obreros asturianos. Demostraron saber conservar las minas mejor que nunca se había hecho. Demostraron saber construir trenes blindados y evidenciaron su iniciativa en infinidad de otros aspectos. En Sama dieron un ejemplo poco común en el terreno científico. Fabricaron un sustituto de la gasolina extraído del carbón.

Los últimos días de resistencia, y esto posiblemente lo ignora el mismo Gobierno, muchos de los camiones que llevaban fuerzas revolucionarias al frente de Oviedo a las órdenes del sargento Vázquez iban movidos por este carburante. Sólo tenía un defecto —decía un revolucionario que lo había utilizado—: dejaba demasiada suciedad, pero estoy seguro que si la insurrección hubiera durado quince días más habríamos fabricado mejor gasolina que la que nos sirve la Campsa.

XIII.

LA COLUMNA DE CAMPOMANES

Lo que vivió un soldado del 35 de infantería

Hasta ahora conocemos las relaciones de oficiales y revolucionarios. En este capítulo veremos lo que cuenta un soldado que fue con las columnas que atacaron Asturias por el lado de León con la columna del general Bosch.

Es un soldado del 35 de infantería, de guarnición en Zamora. Salieron de esta ciudad el día 6 a las diez de la mañana. Llegaron a las cinco de la mañana del día 7 a León. Los trenes militares siempre van a paso de tortuga. La rebelión del aeródromo ya había fracasado. La insurrección había perdido uno de los soportes más importantes en que se habría podido apoyar. Todo hace creer que en esta columna no había oficiales de aquellos que algunos dirigentes socialistas habían supuesto que estaban a su lado y que esperaban que les ayudarían contra la reacción cuando ésta intentase el asalto a la República. Entre los soldados y las clases de tropa el trabajo revolucionario había sido completamente olvidado. Los pocos soldados revolucionarios del regimiento estaban totalmente desconectados y poca cosa sabían de lo que pasaba. La composición de aquellos regimientos no era demasiado adecuada para esperar que por la sola influencia de algunos compañeros, por otro lado sospechosos a sus jefes y, por tanto, vigilados, pudiesen ser de gran eficacia para el trabajo revolucionario. La mayoría eran campesinos gallegos y de la estepa castellana. Algunos obreros y pocos mineros de Asturias y León eran como un oasis perdido en medio de un desierto de inconsciencia.

El regimiento 35, al empezar el día 7, después del café de la mañana, esta comida tan poco reconfortante común a todo el ejército español en campaña: café colado con un saco y mezclado con leche aguada, hacía marcha hacia La Robla. Los

soldados empezaron a hallar los primeros vestigios de la insurrección. Un grupo de obreros al paso del tren saludó con el puño al aire. Un teniente, pistola en mano los amedrentó, y los soldados no les vieron más. A partir de aquí el ejército empezó a hacer prisioneros. Los prisioneros, vigilados por patrullas con bayoneta calada, fueron obligados a trabajar para reparar los desperfectos que los revolucionarios habían causado a la vía. La marcha de León a La Puebla de Gordón costó dos días a causa de un puente volado. Los obreros, que sabían que el ejército hacía prisioneros y todavía se esperaban cosas peores, al aproximarse las tropas huían a la montaña y se escondían. Los soldados hasta entonces todavía no hacían descubiertas demasiado lejos de la vía y no corrieron grandes peligros. Tampoco, sin embargo, fueron hostilizadas las tropas. Dos días de trabajo de los obreros prisioneros y soldados, y el camino quedó expedito. En aquel punto, muy cerca del puente, están las primeras bocas de mina que encontraron las tropas. Eran minas abandonadas con las bocas tapiadas. Los jefes de la fuerza, temerosos de las sorpresas en cada boca de mina, de donde no podía salir ni una rata, ponían una guardia permanente con las armas a punto. ¡Nadie sabía por dónde podían salir aquellos diablos de mineros sobre los que corrían tantas fantasías y se contaban tantos actos de heroísmo y barbarie! Los oficiales tenían buen cuidado de hacer correr historias que hacían estremecer a los soldados, mal nutridos y peor vestidos, que no soñaban otra cosa que volver a casa. ¡Buena forma de mantener la moral entre las tropas! El enemigo siempre es bárbaro.

La columna continuó con un tren explorador hacia Santa Lucía. Los prisioneros obreros que se habían mostrado remisos a unirse a la huelga general decretada ahora pagaban su falta de decisión y sentimiento de clase siguiendo la columna con todas sus vicisitudes, bien vigilados y con el peligro de recibir

un tiro en la cabeza al más leve movimiento sospechoso, tal como lo habían ordenado los oficiales.

Los soldados intimaron con los obreros prisioneros

En Santa Lucía la guardia civil intentó impedir que los soldados se comunicasen con los pocos obreros que no se habían escondido, los cuales, con las mujeres y los niños, entre amedrentados y curiosos miraban cómo avanzaban las tropas hacia la región encendida por la insurrección. A despecho de las severas órdenes y de la mucha vigilancia, algunos soldados pudieron hablar con ellos. Les dijeron que un regimiento que había pasado antes que el suyo se había negado a tirar contra el pueblo, el cual congregado al lado de la vía, veía pasar a los soldados y les saludaban con el saludo de la revolución. La columna continuó con el tren hasta Busdongo. El tren no pudo seguir más. Los revolucionarios dominaban muchos tramos de vía, y ésta estaba levantada en diversos lugares. El regimiento se dividió: una parte se dirigió hacia Campomanes siguiendo las huellas de las tropas que habían avanzado, y la otra quedó en el pueblo custodiando a los obreros prisioneros que trabajaban. Una sección volvió atrás llevando obreros que habían de ir a trabajar para la reconstrucción del mismo puente de Pola de Gordón, el cual había vuelto a volar. Los soldados intimaron con los obreros, a pesar de las órdenes que tenían de no hablarles y de hacer fuego si intentaban huir. Aquellos obreros, pocos días antes quizá desafectos a la revolución, ahora añoraban a sus compañeros que luchaban en la montaña, que habían destrozado el regimiento de ciclistas y que no dejaban avanzar aquella masa de ejército que se les tiraba encima. Quisieron convencer a los soldados de que no

habían de tirar contra los revolucionarios. Las discusiones a media voz, a escondidas del sargento, llegaron bastante lejos. En el fondo de su conciencia los soldados opinaban que los obreros tenían razón, pero, ¡es tan dura la disciplina! El código militar es inexorable, y una vacilación puede costar la vida. Los pocos revolucionarios que había entre los soldados discutieron con sus compañeros e intentaron llevarlos al convencimiento que los suyos estaban al otro lado, que eran aquellos que luchaban contra las tropas. El trabajo era difícil y peligroso y no podía dar frutos en tan poco tiempo. Hacía falta una larga preparación o sería necesaria la experiencia dolorosa de una derrota y vivir triunfos evidentes de los revolucionarios. La disciplina todavía podía más que la voz de su conciencia. El ambiente para ellos todavía no era lo suficiente desmoralizador. Los pueblos donde todavía encontraban obreros que no trabajaban, es cierto, pero que no habían ido a la lucha, no eran demasiado convincentes. ¡La disciplina era más fuerte! Un día, no muy lejano, cuando la insurrección hubiese sido vencida y ellos se encontrasen al lado de los suyos, pasando la misma hambre que meses atrás, quizá lo comprenderían; pero ¡ya sería demasiado tarde!

La oficialidad estaba poco segura de sus hombres

La oficialidad, poco segura de la moral de sus hombres, vigilaba atenta. Siempre surge el servil, el traidor que por los halagos o por las amenazas se aviene a vender a los compañeros. En aquel grupo parece que fue el cabo V. L. Contó al capitán las conversaciones tenidas con los obreros y quiénes eran los soldados que habían estado a su lado en las discusiones. Cuatro fueron llamados al alojamiento del capitán de la

compañía Antonio A. I. B. Les habló en un tono paternal.

—Vosotros sois jóvenes —les decía— y no sabéis qué hacéis ni tenéis noción de la responsabilidad. Yo sí que tengo, y no estoy dispuesto a que estas cosas se repitan. Tenéis que cumplir las órdenes de la manera más estricta. De no ser así, yo, que os estimo a todos como a hijos, lo lamentaría mucho, pero me vería obligado a agujerearos la cabeza de un tiro con mi misma pistola. ¿Me habéis entendido? Id a vuestro trabajo.

—¡A sus órdenes, capitán!

Las conversaciones con los obreros no habían sido desaprovechadas. Las discusiones entre los soldados cada vez eran más agudas. El número de prisioneros aumentaba y eran más los soldados que hablaban con ellos y discutían. Su fe en la vuelta empezaba a dar frutos entre aquellos muchachos, muchos de los cuales nunca habían oído hablar de la emancipación de los trabajadores ni de dar la tierra a los campesinos que la trabajan. Si no hubiese tanta guardia civil. Los guardias civiles empezaban a ser mirados como enemigos por muchos soldados.

Este principio de desmoralización no pasó desapercibido a la oficialidad. Las órdenes cada día fueron más severas. Cabos de oficio, sargentos y toda clase de subalternos y asimilados tenían la orden de disparar tanto contra los soldados como contra los prisioneros al menor movimiento sospechoso. Los oficiales no iban nada tranquilos entre sus hombres. La altivez de los cuarteles había bajado completamente y en medio del temor de lo que pudiese suceder se sentían inclinados a hablar con más moderación a sus subordinados. Por otro lado, procuraban no dejar a los soldados en reposo ni un momento. Los tenían siempre ocupados trabajando en la vía, arreglando la carretera, haciendo guardias, haciendo instrucción, luchando. La consigna era fatigarlos para evitar que pensasen y, so-

bre todo, evitar que entrasen en contacto con la población civil y que se pudiesen reunir y discutir fuera de la vigilancia directa de los jefes. Los amigos fueron separados, y al lado de un soldado sospechoso era situado uno débil, posible confidente, o un devoto del oficial o del sargento. Los soldados supieron hallar la manera de burlar tantas disposiciones restrictivas, y se reunían, hablaban y discutían. Era el principio de la descomposición que, desafortunadamente, no llegaría a su fin. La insurrección sería vencida antes de que pudiese dar sus frutos. Entre los soldados corría con profusión una hoja, obra de los revolucionarios de Sama, que decía:

¡¡CAMARADAS SOLDADOS!!

En las calles de España se están batiendo vuestros hermanos, vuestros padres, vuestras hermanas, por conquistar más pan, más libertad. En una palabra, por una Sociedad SOCIALISTA. Todos nuestros explotadores, el clero, los militares podridos, toda la canalla se pone de parte y en pie de guerra para defender lo que han acumulado con nuestro sudor. Vuestro deber, hermanos uniformados, carne de nuestra carne, es hacer lo mismo que han hecho vuestros compañeros de Valladolid, Madrid, Cataluña, Valencia y otras provincias uniéndose al EJERCITO PROLETARIO, volviendo vuestras armas contra las cabezas de los oficiales. Hay que machacar a todos los tiranos y sin ninguna dilación debéis salir de las filas del EJERCITO capitalista ingresando inmediatamente en el EJERCITO de vuestra clase, en el EJERCITO ROJO. Toda la metralla que tenéis en las cartucheras debéis emplearla para introducirla en el corazón de la burguesía.

SOLDADOS, HERMANOS DE CLASE:

Únete a los que en las calles de Oviedo y de toda España luchan por crear una sociedad más justa, por implantar un GOBIERNO PROLETARIO.

¡¡HERMANO SOLDADO!!

¡¡Ven con nosotros!! ¡¡Deserta de las filas capitalistas!!

Sama, 8-10-34

En cambio se dejó que la disciplina se relajara en otros aspectos. Los soldados que tenían la excusa del hambre que siempre consume a un soldado, vaciaron completamente dos vagones de fruta que hallaron en la estación.

Las fuerzas del regimiento entraron en fuego por primera vez en Villamarín. El maquinista de un tren que se intentó hacer avanzar, ante el fuego, leve, que hacía contra la fuerza se negó a continuar. Algunos soldados de caballería que guardaban la vía les dieron malas impresiones del estado del terreno, y aquella pequeña parte del regimiento, falta de jefes superiores, retrocedió otra vez a Busdongo. ¡Los oficiales también estiman la vida!

Pero hacía falta seguir. El grueso del regimiento ya estaba en Campomanes, y la orden era seguir adelante. Unos coches de la Cruz Roja que volvían de León, donde habían llevado muertos y heridos, dieron la solución. Cargaron la tropa y continuaron hacia Campomanes. El oficial que mandaba aquella fuerza, a pesar de todas las historias que había hecho correr acerca de las barbaridades de los revolucionarios, sabía que bajo el signo de la Cruz Roja iba seguro. Los revolucionarios respetaban a los heridos. En caso contrario, ¿qué habría pasado si las fuerzas hubiesen hallado coches de heridos de los revolucionarios? La historia de las insurrecciones y los

hechos de Asturias dan la respuesta muy clara.

Campomanes ya era el frente. Los revolucionarios habían sido repelidos hasta aquel pueblo. Sus calles eran una desolación. No había casi ninguna casa con la puerta cerrada y habitada. Todo el mundo había huido al acercarse las tropas. Antes de huir, los revolucionarios se habían provisto de víveres en la Cooperativa de la Compañía.

No era una lucha: era un saqueo

Pero al llegar las primeras tropas de regulares y del Tercio la lucha ya no fue una lucha, sino un saqueo. No hubo casa que no fuese vaciada, ni cajón ni cama que no fuese destrozado. Los soldados peninsulares o mercenarios, iban cargados de sábanas, mantas, colchones, de todo lo que habían podido juntar. Las calles llenas de fango estaban alfombradas de ropa de toda clase, de vestir, de cama. Los primeros que habían llegado, moros y legionarios, habían hecho saco de lo que era útil, de lo que podía ser transportado al cuello y ser vendido sin demasiada dificultad. Los que venían detrás cargaban lo que encontraban. La mayoría de las veces, cosas inútiles o molestas por demasiado bulto eran dejadas en el fango apenas habían pasado la puerta de la calle de una casa. La caza de objetos, el saqueo, ya no era ni una necesidad ni una venganza: era un locura. Un muchacho entró en una barbería, donde por milagro todavía encontró algunas navajas y cierta cantidad de dinero. La toma no le resultó provechosa: un oficial que se enteró lo reprendió y se quedó con el dinero, supongamos que con la intención de devolverlo algún día a su propietario.

De Campomanes, una escuadra de soldados al mando de un

sargento retrocedió hacia León a llevar prisioneros. Eran dos hombres de unos treinta años y un muchacho de dieciocho. Al entregar los prisioneros el teniente manifestó muy claramente que no había ningún interés en que los prisioneros llegaran a ningún sitio. Con todo, llegaron a León. En esta ciudad los soldados que venían del frente eran aislados. Les fue prohibida toda comunicación con los soldados del regimiento 36, que había de salir hacia el frente.

¿No los habéis matado?

A la mañana siguiente, a la vuelta de Busdongo para dar la novedad del traslado de prisioneros habían de darse cuenta de lo que se quería que hicieran al confiarles los prisioneros. Todo el mundo los miraba. Casi todos sonreían de una forma insinuante. Les preguntaban por los prisioneros con aire socarrón. Un soldado no pudo más.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Están en León.

—Pero, ¿no los habéis matado?

—¿No ves que matan a tus hermanos? —replicó un maestro herrador, allá presente.

—¿Estoy seguro de quiénes son mis hermanos? —replicó de una manera tajante el soldado.

La mayor parte del regimiento había ido delante para tomar Vega del Rey, pero las fuerzas revolucionarias lo habían detenido. Hasta el día 18 el resto no se le pudo añadir. Por primera vez después de ocho días aquellos soldados comían un

rancho caliente. En Campomanes habían podido cazar alguna gallina de las que todavía no habían desaparecido ni habían sido cazadas por los cocineros de los oficiales, pero el rancho siempre había sido la clásica lata de sardinas. Por el camino el olor de los caballos muertos, en descomposición, a pesar de la lluvia apestaba y tapaba los sentidos.

Vega del Rey estaba deshecho. Una batería del 14 ligero de Valladolid había bombardeado el pueblo durante cinco días. Una gran parte del pueblo estaba derruido. Un soldado de artillería decía que si no hubiese llegado a tiempo un regimiento de infantería, era tan grande la desmoralización de los soldados, que los artilleros se habrían pasado a los revolucionarios. Era algo imponente — contaba el soldado, todavía amedrentado.

Los pueblos de alrededor se encontraban en un estado parecido. Los soldados, a medida que avanzaban, lo destruían todo: casas, pajares, hórreos¹, comida del ganado. El botín era bueno. Ni soldado, ni clase, ni oficial salía de los pueblos sin llevarse un «recuerdo» de la campaña.

Una obra de arte destruida por las tropas

Los revolucionarios en Pola de Lena se habían hecho fuertes en la pequeña iglesia de Santa Cristina de Lena, que —según el opúsculo oficial hecho por Víctor de la Serna—, puede ser considerada como el límite occidental de la influencia asiática en el Arte Cristiano de Occidente. La iglesia del siglo IX, era considerada monumento nacional de acuerdo con las leyes del Estado, y las tropas de este Estado no tuvieron ningún inconveniente en disparar en contra suya la artillería y hacer estallar la dinamita que los revolucionarios allí habían acu-

mulado. Víctor de la Serna, en su opúsculo, hablando de la explosión de la Cámara Santa, dice: He aquí una de las hazañas de la revolución. En Oviedo cumplió a la perfección su designio de destruir hasta el recuerdo de una civilización milenaria. Y dice esto después de afirmar él mismo que la mayor parte de las joyas de la Cámara Santa se habían podido salvar. No hacemos sino describir el criterio oficial cuando se trata de la destrucción de joyas milenarias.

La lucha entre Campomanes, Vega del Rey, Pola de Lena duró hasta el 18, día en que las fuerzas dominaron del todo la situación. Entretanto —dice el soldado—, ¡cuántos temores!, ¡cuánta lucha!, ¡cuánta hambre! y ¡cuánto frío! Los revolucionarios dominaban la parte alta de las montañas, y los momentos en que el fuego aflojaba por cansancio de unos u otros o por falta de municiones, los revolucionarios —como supimos después— oíamos cómo se llamaban unos a otros y las exhortaciones que nos dirigían conminándonos a dejar a nuestros oficiales y sumarnos a la revolución.

—¡Toda España está en poder de la revolución! —nos gritaba uno con voz firme—. ¡Pensad que sois de los nuestros! ¡No nos hagáis traición! ¡No os hagáis traición a vosotros mismos! ¡Sois trabajadores como nosotros! ¡Abandonad a vuestros oficiales! Oíamos las voces que salían de la maleza o entre los castaños. A muchos de mis compañeros se les enrojecían los ojos al oírlos. Pero no teníamos el coraje para seguir sus consejos. Nuestros oficiales nos decían que no era cierto que en el resto de España la revolución hubiese triunfado, y por nuestra parte teníamos el recuerdo que no habíamos visto ninguna ciudad en insurrección fuera de Asturias. Cuando se oían los gritos los oficiales procuraban ahogarlos a tiros, que eran replicados por los revolucionarios, y se producía un ruido ensordecedor que enloquecía, y que las montañas

multiplicaban y multiplicaban con el eco.

—La artillería de los revolucionarios también causaba bajas, pero pocas. Como los cañones de Oviedo, la artillería que había en la montaña no tenía proyectiles con espoletas. En cambio la artillería del ejército causó buena parte de las bajas que tuvo el batallón ciclista. A cada proyectil de artillería que estallaba entre la tropa, los revolucionarios hacían una ovación a los artilleros.

—La toma de Pola de Lena fue, se puede decir, el último esfuerzo costoso. Un sargento, Antonio Díaz Carretero, que había estado en África once años, no podía dar crédito de cómo luchaban los mineros. ¡Ni en Xauen! —exclamaba. El día 19 puede decirse que había acabado la campaña por aquel lado. Al día siguiente las fuerzas iban hacia Ujo, donde acamparon y donde empezó la conquista de las tierras revolucionarias al estilo colonial, haciendo razzias, destruyendo todo lo que era destruible, tomando todo aquello que podía tener algún valor o simplemente lo que fuera con tal de tomar algo y mofarse de los pocos habitantes que quedaban y a los cuales quitaban las miserias que tenían y la poca comida que les quedaba.

Los habían enterrado vivos

En esta acampada los oficiales ya no se preocupaban de tratar bien o mal a los soldados. Sabían que la revolución ya estaba ahogada y que nada tenía ya importancia. Nos dejaban hablar con moros y legionarios que dejaban pelado el terreno por donde pasaban. Uno de los legionarios nos contó, como una gran proeza, que en Pola de Lena habían cogido los ocho servidores de una pieza de artillería de los revolucionarios que

no habían querido abandonar el puesto, y los habían enterrado vivos, heridos tal como estaban. Valentías y proezas de esta clase eran el orden del día. No había soldado de los cuerpos coloniales que no mostrase algún trofeo de campaña. Muchos de los peninsulares los querían imitar y también mostraban lo que habían podido rapiñar. Cada rincón del campamento era un baratillo donde se vendía de todo: ropa, joyas, tabaco, miserias de todo tipo y recuerdos sangrientos de la campaña. África se había trasladado a las montañas de las cuales la leyenda dice que surgió Pelayo para ahuyentara los moros de España. El Gobierno Lerroux había cometido la misma traición que, según los historiadores patriotas, cometió el Infante Juan al ayudar a los moros a pasar el estrecho para conquistar Tarifa. Las cenizas de Pelayo y las de la reina Isabel, dentro de su camisa sucia, debían temblar de gozo al ver cómo la República sabía seguir las huellas de la tradición más auténticamente española.

XIV.

EL COMITÉ REVOLUCIONARIO ABANDONA SU PUESTO

¡Cuántos esfuerzos invertidos en la conquista de Oviedo! Los revolucionarios iban ganando posiciones de una a una, palmo a palmo. El enemigo se defendía. Los primeros aviones que sobrevolaron la ciudad y que fueron saludados como amigos por los revolucionarios, para la fuerza gubernamental eran la garantía que no habían sido olvidados. La lucha podía durar días en espera del auxilio que no había de tardar.

El pánico

El día 11 se produjo la primera desbandada de los revolucionarios. El Comité Revolucionario, reunido en el Banco Español de Crédito, se dio cuenta de la situación, pero había perdido autoridad para organizar la retirada. Había dejado sin guarnición a Gijón, y les faltaba uno de los caminos más eficaces para organizarla con orden. Sabían que las tropas del general López Ochoa, que habían hecho un camino extraño, de Lugo a Grado y de Grado, retrocediendo, hacia Avilés, estaban cerca de la ciudad. Las cajas del Banco de España fueron voladas, y catorce millones sacados con el fin de aprovecharlos para ayudar a los que habían de huir y a los caídos. La precaución era justa. Desafortunadamente la mayor parte de este dinero había de caer de nuevo en poder de la autoridad.

A primeras horas de este día los aeroplanos volaban sobre la ciudad y dejaban caer bombas por todos lados donde observaban concentraciones. No tenían miramientos. Una de las bombas cayó en la cola que las mujeres hacían en el Ayuntamiento en espera de vales para comer, y murieron cuatro o cinco personas. Otra bomba cayó cerca del Instituto, en un lugar por donde pasaban unos prisioneros que eran llevados ante el Comité. Este hecho después había de servir para fabricar la leyenda que los prisioneros eran expuestos a las bombas de la aviación. Posiblemente habrían querido que los revolucionarios con sus cuerpos hubiesen cubierto los de los prisioneros para salvarlos de la metralla que lanzaban sus amigos. ¡Cosas peores habían de sufrir aquellos burgueses de los que los iban a auxiliar!

Retirada sin orden

Belarmino Tomás, en un documento dice que el Comité de Oviedo había acordado la retirada después de celebrar una reunión con los delegados del pueblo. Es posible que sea así cuando en muchos pueblos, entre ellos Sama, se hallaron con que aquel día habían sido suprimidas las guardias y no funcionaba el Comité. Para los obreros esto fue una sorpresa, pero pronto se recuperaron e inmediatamente reorganizaron los Comités y la defensa. Es posible que hubiese sido mejor hacer la retirada en aquellos momentos en que todavía no había entrado en juego el grueso de las fuerzas coloniales. Habría correspondido a la situación de toda España, donde el movimiento era un fracaso cierto, sin posibilidad de recuperación, y la represión seguro que no habría sido tan feroz. Pero los dirigentes cometieron el error de dejar la masa al margen de sus decisiones y supusieron que, al hallarse sin generales, abandonaría la lucha. Durante todos aquellos días, mientras se hubiera podido sostener la resistencia, los delegados del Comité habrían podido celebrar asambleas en cada pueblo y exponer a los revolucionarios la verdad de la situación. El entusiasmo era tan grande, que cualquiera que hablase del hecho de que la insurrección había fracasado en toda España era considerado peligroso y, corría el riesgo de ser tratado como traidor y alarmista. En cambio, si los obreros hubiesen entrado en contacto directo con sus dirigentes que conocían y en los cuales tenían confianza, con más o menos dificultades se habrían convencido. Ahora bien; los miembros del Comité y los que se reunieron con ellos tuvieron más miedo al contacto de las masas que a las bayonetas de los soldados y a las porras de los guardias de asalto.

Falta de sentido en los que querían tomar la dirección

Y surgió lo que era inevitable. Ante la desaparición inesperada de los jefes, los obreros escucharon a los elementos más extremistas que acusaban de traición a los dirigentes. No había traición, pero había incumplimiento del deber que les imponía la responsabilidad del lugar que ocupaban. Elementos del Partido Comunista habían de intentar aprovechar la ocasión para pasar a la que dialécticamente suponían la segunda etapa de la insurrección; los socialistas abandonaron la dirección que pasó a manos de los comunistas. Pero su dialéctica sólo lo era a medias, pues no había abandono de la dirección por incapacidad de dirigir una insurrección ascendente, sino que el abandono era porque la insurrección estaba tocada de muerte. La culpa de aquellos dirigentes que habían huido estaba en no haber contado con las masas y en obrar por su propia cuenta. Los obreros asturianos solos no podían luchar contra todas las fuerzas del Estado burgués. En España la insurrección había sido vencida antes de nacer. En ningún sitio los obreros habían pasado a la ofensiva como en Asturias. En Cataluña mismo la ofensiva no había sido sino verbal. El Gobierno de la Generalitat lanzó el reto al enemigo y se retiró con sus fuerzas a sus posiciones. ¡Pensaban derrotar al ejército español como nuevos hebreos ante Jericó! Esperaban que Batet no tiraría. Pero Batet tiró y todo fue a pique en pocas horas. Había faltado el tiempo suficiente para que las masas armadas que seguían a Companys y a Dencás se pudiesen dar cuenta de la situación y vieses en la Alianza Obrera la verdadera dirección del movimiento. Fueron vencidos con las armas en las manos, sin luchar, y cuando quisieron volver en sí se hallaron derrotados y sin armas. Las habían lanzado por las calles y cloacas. Y aquello que la Alianza Obrera no supo o

no pudo hacer antes de la insurrección: organizar un ejército obrero armado que debería haber sido la tropa de vanguardia que permitiese rehacer aquel ejército en derrota, no pudo hacerlo en aquellas horas de la mañana del día 7 de octubre, cuando nadie escuchaba a nadie, cuando el pánico había hecho presa en todo el mundo. La responsabilidad por la falta de esta fuerza de choque, bajo la dirección de la Alianza Obrera, era de los que por razones partidistas siempre habían saboteado la formación de milicias y de los anarquistas que no habían sabido comprender a tiempo, al proponerles de nuevo su ingreso en la Alianza Obrera los últimos momentos, que hacía falta cumplir la primera etapa de la insurrección marchando al lado de la pequeña burguesía armada para tomar la dirección cuando llegase lo que fatalmente había de llegar: el pánico de sus dirigentes.

Los obreros no habían abandonado las armas

Los comunistas de Oviedo pensaban que la dirección había de ir a parar inexorablemente a sus manos. La concepción habría sido justa si los jefes del primer Comité hubiesen abandonado la lucha por incapacidad y no por saber vencido el movimiento.

Entre los socialistas todavía había hombres de prestigio que tampoco comprendían el comportamiento de los que hasta entonces habían sido los jefes de la insurrección, y no vacilaron ni un momento en ponerse al frente de las masas, sino por otra cosa, para evitar por lo menos que la desbandada fuese más grande. No estamos seguros de que conocieran la verdad de la situación en el resto del país, pues si hubiese sido así, lo mejor, desde un punto de vista revolucionario, habría sido

llevar a término la obra que no habían hecho los que habían abandonado el puesto: organizar inmediatamente la retirada preparando a las masas para la derrota, la cual, organizada desde aquellos momentos habría sido menos dolorosa y menos catastrófica. El Comité se rehízo en Sama con la proporcionalidad de cuatro socialistas y dos comunistas; los anarquistas no quisieron tener puestos en el nuevo Comité. A continuación el nuevo Comité se ocupó de continuar la lucha, pero sin tomar la iniciativa de los hechos, sino yendo a remolque de ellos.

Ninguno de los dirigentes que tuvo la insurrección estaba psicológicamente preparado para la derrota. Valientes en la lucha, abnegados hasta perder la propia vida, les faltaba valor para confesarse a ellos mismos la realidad y estudiar la forma de evitar lo más posible una catástrofe. El pacto de Belarmino Tomás, pacto de general y de hombre valeroso, no es ninguna consecuencia de un estudio y meditación, sino impuesto por las circunstancias.

No creen en la retirada

La desmoralización del Comité Revolucionario se contagió a una parte de los revolucionarios, y se inició el éxodo hacia la montaña. Poco tiempo después de la llegada de los primeros soldados de López Ochoa por el lado de Gijón familias enteras huían por el lado de Trúbia. Entre los fugitivos también había combatientes, no de los menos decididos. La mayoría de los que huían eran obreros de la ciudad. Tenían conciencia más clara de la verdadera situación por estar en contacto más directo con los dirigentes del movimiento, y habían llegado a la conclusión de que era necesario hacer la retirada para evi-

tar un desastre más grande. En aquellos momentos quizá un hombre enérgico habría podido poner orden en aquella desbandada que se insinuaba y evitar los estragos de la continuación de una lucha condenada ya a la derrota. Los elementos comunistas pensaron que la alarma era excesiva y quisieron aprovechar la ocasión para tomar la dirección del movimiento que abandonaron los primeros dirigentes. Los siguieron la mayoría de los socialistas de las juventudes y, en general, los combatientes más decididos, entre los cuales, no hace falta decirlo, estaban los mineros.

Esta retirada casi loca tuvo sus episodios emocionantes. Una familia de obreros de Oviedo, revolucionarios todos ellos, viejo militante socialista el padre, miembros de las juventudes los hijos mayores, dos de ellos jefes de grupo que habían estado en todos los sitios de peligro, iniciaron la retirada la noche de aquel día 11. Pasando por la montaña llegaron cerca de Trúbia. No llevaban comida y decidieron acercarse al pueblo con el fin de pedir auxilio al Comité Revolucionario Local.

—¿Por qué habéis huido? —Les preguntaron los revolucionarios de Trúbia.

—La insurrección está vencida, compañeros —dijo uno de aquellos valientes con lágrimas en los ojos, ante un numeroso grupo de obreros que se había formado a su alrededor.

—Tú, haz callar a este derrotista cobarde. Ahora que las cosas van mejor, quiere hacernos creer que hemos sido derrotados.

—¡Mátalo! —gritó uno de los obreros.

Se había añadido al grupo un miembro del Comité Revolucionario que conocía a uno de los hermanos.

—¿Qué os pasa? —preguntó.

—Las tropas están en Oviedo. Hemos sido vencidos. Tenéis que organizar la retirada. ¡No esperéis más! Aquí los camaradas no quieren creerme. Me llaman cobarde y derrotista. Tú me conoces.

—Sí, camarada; te conozco y sé que has luchado. Pero ahora huyes, y tu huida puede llevar a la desmoralización. Tendrás que responder de tu conducta ante un Consejo de Guerra. Tú y tu hermano sois prisioneros. Tus padres y tus hermanos pequeños pueden marchar si quieren.

No valían súplicas. La revolución no podía ser benévola con los que eran presa del miedo y, menos cuando iban por los pueblos sembrando la desmoralización.

Fueron llevados al local del Comité Revolucionario entre injurias de los obreros armados. ¡Derrotistas! ¡Cobardes! ¡Traidores! eran las palabras más amables que oían de sus camaradas, que no los querían creer ni los querían escuchar. Si no hubiesen sido reconocidos a tiempo por aquel miembro del Comité, su situación habría sido difícil y quién sabe si resuelta allá mismo.

Las horas pasadas en poder del Comité Revolucionario habían de ser terribles. ¡No ser creídos por los propios compañeros! No podía haber un suplicio peor para aquellos revolucionarios. ¡Habría valido más morir de un tiro del enemigo o destrozado por la bomba de un aeroplano! El padre, ya viejo, que no había querido abandonar a sus hijos quería consolarlos; pero él mismo necesitaba consuelo. Veía cómo después de haber sacrificado una vida por la causa revolucionaria, la revolución, a punto de ser derrotada, se vengaba en sus hijos, aquellos hijos que él había criado para la revolución y a los cuales él mismo había iniciado en la lucha. Si les sobrevivía

no le quedaría el consuelo de poder maldecir a los autores de su desgracia. Sus enemigos del momento eran los revolucionarios como él que querían defender la revolución contra los que ellos creían enemigos y más peligrosos ya que surgían en su mismo ejército. El en una circunstancia parecida quizás habría obrado de la misma manera.

A primeras horas de la madrugada, antes de salir hacia Oviedo, los miembros del Comité quisieron dejar zanjada aquella cuestión. Llamaron a los hermanos a la sala donde estaban reunidos. No se atrevían a mirarse a la cara unos a otros. Unos sentían el dolor de tener que juzgar a unos compañeros y, los prisioneros sentían cómo les oprimía el corazón la desconfianza de los que habían luchado a su lado. Por fin un miembro del Comité rompió el hielo.

—Pero, decid: ¿por qué habéis huido de Oviedo?

—Os aseguro que han llegado tropas. Lo podéis creer. ¡Tú ya sabes, X, que no soy un cobarde ni un enemigo de la revolución!

—No puede ser; lo sabríamos. López Ochoa no ha podido pasar de Grado, cuando estaba a pocos kilómetros de aquí. ¿Y ahora quieres hacernos creer que ha llegado a Oviedo? Tú ves visiones.

—Os decimos la verdad. El Comité también ha huido. Todo el mundo se marcha de Oviedo. Creednos. No hagáis una barbaridad con nosotros; después os pesará toda la vida.

No había forma. Para los traidores y los cobardes no podía haber compasión. La situación era difícil. Aquello no era un Consejo de Guerra: era una reunión de compañeros que habían de juzgar a uno de los suyos y, los mismos jueces buscaban la forma de quedar bien con el deber de la disciplina y no tener que causar daño a aquellos camaradas que parecían

equivocados, pero que ellos sabían que habían luchado y eran revolucionarios. Pero no había solución y, tanto ir y venir de las mismas preguntas y respuestas irritaba a todo el mundo.

—¡Qué tantos escrúpulos! —dijo uno de los miembros del Comité. —Ya estoy harto de discutir. Si han llegado tropas a Oviedo, menos motivo todavía para huir. Un buen revolucionario queda allá y se hace matar.

—¡Hecho! —saltó el más joven de los hermanos. —¿No vais allí? Pues dejad que el padre, la madre y los hermanos se queden aquí o vayan hacia N., y nosotros vendremos con vosotros. Si tenemos que morir, moriremos todos. En definitiva, tanto da. La revolución ha sido vencida, nosotros hemos luchado aquí todos estos días y, el resto de España no ha hecho nada. Vamos a Oviedo a morir. Los de allá habrán de pasar por la vergüenza de habernos dejado solos. Para morir de vergüenza por la derrota más vale morir de un tiro.

La cara de todos los reunidos se iluminó. Después de una corta deliberación los del Comité' aceptaron la propuesta y, volvió el buen humor a todos.

—Ya veréis como hoy tomaremos el cuartel de Pelayo y la catedral; después echaremos a López Ochoa de cabeza al mar, tomaremos Gijón y nos encontraremos con que toda España está en nuestro poder. No se ha de ser tan pesimista.

—Creedme que me habría sabido mal teneros que condenar a muerte por un poco de miedo que habéis tenido, por otra parte explicable después de tantos días de pasarlo mal. Pero, chicos, es la revolución y, quien la hace la paga.

—Peor nos habría sabido a nosotros.

—¡Hombre, claro! Pero no habríais tenido mucho tiempo para llorar y gemir. El trabajo se habría ejecutado de inmediato.

Sois unos buenos compañeros y, habríamos procurado tocaros al primer disparo.

—Más vale que te los guardes para matar guardias de asalto o defenderte de los soldados que encontraremos en las calles de Oviedo.

—¡Mira que eres testarudo! ¿Todavía insistes? Nuestro último comunicado dice que el general López Ochoa ya ni carea. Que en Madrid el Gobierno se ha entregado, que Cataluña está en poder de los nuestros. En una palabra, que hemos ganado por todos lados menos aquí, que ya es una vergüenza para nosotros.

—¿Y las tropas que nos atacan?

—Es que los soldados no saben lo que pasa y aún los pueden dominar. Pero que pasen algunos días. Los soldados vendrán a nosotros con las cabezas de los generales y oficiales colgadas en la bayoneta.

—¿Y los aeroplanos?

—No son de León. Estos, no sé de dónde los deben sacar. Los de León, ya sabes que si no se han pasado a nosotros es porque esta mierda de oficiales no quieren comprometerse y nunca quieren ser los primeros. Y mira: no se hable más, que todavía me vas a convencer de que hemos hecho una barbaridad al no liquidaros a ti y a tu hermano.

La alegría del padre al ver que sus hijos salían de aquella habitación hablando amistosamente con sus jueces no se puede describir. Aquellas horas mortales le pasaban más que las inquietudes y angustias de todos los días de lucha mientras, en casa, siempre esperaba el momento de que alguien le llevara la noticia de que uno de sus hijos había muerto en la barricada o en un asalto.

—¡Id a Oviedo, hijos míos! Si no fuera por vuestra madre y los pequeños, yo también vendría. Vale más que caigáis allí luchando, que no que estos camaradas os hubiesen fusilado. ¡Qué vergüenza! Después de la insurrección ya nos volveremos a ver si estamos vivos.

Y habían de encontrarse vivos, aunque en la cárcel.

Los dos hermanos fugitivos de Oviedo y sus jueces habían de tener razón todos. Habían llegado tropas a la ciudad, pero los revolucionarios se habían recuperado y, la lucha continuaba. Parecía que la locura hubiera entrado en las filas de la revolución. Nadie quería escuchar a los que hablaban de organizar la retirada. Al que se atrevía a hablar de acabar la lucha no le valía el crédito: era tratado de traidor y, sólo por milagro se escapaba de medidas disciplinarias por parte de sus compañeros. Grupos de chicas iban de un lado a otro animando a los revolucionarios, dando noticias de victorias en el resto de España. Cada noticia que confirmaba una victoria de la insurrección era recibida con vivas, puños al aire y exclamaciones de alegría.

Los aeroplanos perseguían a los fugitivos

Pero los aeroplanos sobrevolaban la ciudad y vigilaban los campos de alrededor. Los que huían tenían trabajo para escaullirse de las ametralladoras de los aviones y de las bombas. Por las calles la lucha era mantenida casa por casa, esquina por esquina. Los revolucionarios no evacuaban las posiciones sin ocupar una seria resistencia. Entregarse habría sido inútil. Las tropas no perdonaban a nadie y no hacían prisioneros. Hombre que cogían con arma en las manos sospechoso de haber luchado era muerto en el mismo sitio sin esperar conse-

jos de guerra ni enredos .burocráticos. Todo lo más, unos oficiales les preguntaban cómo se llamaban y ordenaban que se los quitasen de delante. El capitán del que hemos reproducido el documento, hablando del día 12 acerca del Gobierno Civil, dice fríamente: —Los regulares persiguen a los rebeldes y, una vez evacuada la casa, nosotros hallamos dieciséis fusiles viejos y cuatro nuevos—. ¡Se ve que los rebeldes, para defenderse mejor, habían huido dejando las armas! Las fosas del cementerio de que nos habla el otro capitán más adelante nos aclararán eso de los fusiles abandonados y de muchos otros fusiles sin amo. El capitán de ingenieros quemó la casa para tapar el rastro de lo que en ella se había hecho, pero la precaución fue inútil, porque la acusación y la prueba surgirán después en cada esquina de cada pueblo, detrás de cada matorral, de por todos lados donde han pasado las tropas.

Los revolucionarios iban perdiendo posiciones poco a poco, luchando con coraje, pero las municiones siempre escasas, se habían casi agotado y, cada tiro era un soldado de la revolución que quedaba desarmado. Para la defensa la dinamita no basta. El cometido de la dinamita se había cumplido en el ataque.

Arde la universidad

Durante esta retirada dentro de la ciudad, la Universidad, que había sido convertida en polvorín, estalló y no quedaron en pie sino las paredes. Su biblioteca, «única», como dicen los detractores de la revolución, pero sin catalogar, en lo cual no era la única Biblioteca Universitaria de España, sino que formaba parte de la regla general, desapareció totalmente a causa del incendio. ¿Quién provocó la explosión? De momento

es algo difícil de aclarar. Las personas que intervinieron en las primeras operaciones de limpieza, después de vencida la insurrección, podrían aportar preciosos detalles; pero por ahora no hablarán. Si se atrevieran quizás nos hablarían de cadáveres de revolucionarios hallados medio carbonizados con pruebas de haber sido sorprendidos por el incendio. Uno de ellos, según la versión popular, tenía el arma en las manos. — ¡Y cómo gritan, estos reaccionarios, por la Biblioteca que nunca ninguno de ellos había visitado, —decía un intelectual izquierdista de Oviedo!— Si hasta ahora no habían sabido que tenían una Biblioteca única ni nunca les había preocupado. En Oviedo, como en todo Asturias, los únicos que saben lo que significa y cuesta una biblioteca son los obreros, los únicos que han llenado de ellas el país, que han montado una en cada pueblo con la más grande desesperación de los burgueses.

Vuela el instituto

Y al cabo de pocos días había de volar el Instituto, un edificio que hasta que vino la República había sido convento de jesuitas. Los revolucionarios lo habían convertido en cárcel. Se hallaron allí encerrados y vigilados, banqueros, sacerdotes, frailes, altos funcionarios, políticos reaccionarios. Ahora quería demostrarse a través de los Consejos de Guerra que los revolucionarios eran inhumanos con sus prisioneros. Los testimonios de todos los que pasaron por esta cárcel y del mismo ex-ministro Pedregal detenido en Avilés, el cual pocos días después de ser liberado manifestaba que los revolucionarios, aparte el sufrimiento moral que le había causado la detención, se habían portado mejor que los soldados que lo liberaron y le

«limpiaron» la casa, son de suficiente importancia para demostrar lo contrario. Ninguno de los detenidos en el Instituto pudo demostrar que hubiera sido maltratado. Todos creían o decían creer que habían sido bien tratados debido a la consideración personal de un conocido o por la intervención de Teodomiro Menéndez, y, en cambio, cometen la vileza de acusar al tranviario Prieto, como antes acusaron al sargento Vázquez de atormentar a otros detenidos.

Los contrarrevolucionarios dicen que el Instituto fue volado con la idea de hacer morir allí a los prisioneros, pero se da la casualidad que ninguno de ellos estaba dentro del edificio al producirse la explosión, porque los revolucionarios que los vigilaban les habían hecho salir antes. Entonces, ¿quién había de morir con la explosión?

La verdad es que un rato antes de producirse el hecho, los revolucionarios fueron casa por casa a todas las que rodeaban el edificio, todas burguesas y, avisaron a los vecinos que se fueran porque iba a estallar el Instituto. Alrededor de un cuarto de hora antes de la explosión no quedaba ningún vecino en ninguna de aquellas casas, como no quedaban prisioneros dentro del Instituto. La precaución de hacer salir a los vecinos fue un acierto, porque casi ninguna de aquellas construcciones pudo resistir la expansión de gases de la terrible explosión. Como una veintena de casas quedaron destruidas, pero no se produjo ni una sola desgracia personal.

Habla el diario del capitán Torres

Un autor anónimo que publicó un opúsculo sobre la insurrección de Asturias firmándolo *Un testigo imparcial*, dice que el general López Ochoa no halló resistencia al entrar en Oviedo

porque los revolucionarios creían que se trataba de tropas revolucionarias. La referencia no es muy exacta. Los revolucionarios no ofrecieron más resistencia a López Ochoa porque sus tropas iban precedidas de los prisioneros que habían hecho y que, atados, les servían de parapeto. Con todo, a pesar de aquel parapeto humano, el general halló dos días de resistencia en las mismas puertas de la ciudad.

El capitán de ingenieros Torres, parte de la relación del cual hemos dado antes, explica los días hasta la total sumisión de esta manera:

Día 11.—Se montó servicio en el interior del Cuartel; desde por la mañana se oyó fuerte tiroteo en dirección de Gijón, al mismo tiempo que se observaba un gran movimiento entre los rebeldes.

El Capitán con la Compañía toda ella voluntaria, se ofreció a salir en apoyo de la Columna del General López Ochoa; petición que no fue atendida por el mando.

Por la tarde se inició dentro del reducto la construcción de un pozo para captación de agua. Al anochecer llegó la columna del General López Ochoa; protegiendo su entrada resultó herido leve el Capitán; se pernoctó sin más novedad.

Día 12.—A las diez de la mañana se procedió por la Compañía a la ocupación de la iglesia de Santullano y caseríos inmediatos, con objetivo de vigilar la fábrica de armas; a las tres se recibió orden directa del General de emprender la marcha por la Tenderina, teniendo como objetivo el Gobierno Civil; durante la marcha se sorprendió la guardia rebelde de la fábrica de armas, con la que sostuvo intenso tiroteo, dispersándola, causándole cuatro muertos y recojiéndola 30 fusiles, siendo cañoneados durante este período.

A las cuatro y media se consiguió el objetivo, montando a continuación servicio en la calle de Jovellanos intercalados con la 1.ª Compañía. Se incorpora a la Compañía en el Cuartel el soldado Ángel de la Rúa Prieto, prisionero de los rebeldes desde el día 8.

Día 13.—Se montó servicio en los hoteles Tuñón, Francés y casa de Marica Uría, transcurriendo el día sin novedad.

Día 14.—El mismo servicio, regresando después del primer rancho al Cuartel de Pelayo.

Día 15.—A las siete y media horas de la mañana la Compañía con herramienta y ocho fusiles emprendió la marcha con órdenes de proceder a la apertura de fosas en el cementerio; como durante la marcha se observaba concentraciones rebeldes, se practicó una exploración por el Teniente y cuatro hombres, a consecuencia de la cual se comunicó al General la situación, el que dispuso el envío de una Bandera del Tercio y un Tabor de Regulares; por la tarde prosiguió el avance de la Compañía, llegando a una distancia de unos 500 metros del cementerio, donde en una revuelta de la carretera se enfrentó con un grupo de rebeldes, haciéndoles unas descargas y retirándose al cementerio viejo, ocupado por la columna Yagüe, donde se ejecutó el trabajo.

Pernoctó en el Cuartel Pelayo.

Día 16.—Una sección trabajando en el cementerio de Santullano en el enterramiento de cadáveres y otra en la reparación de la cubierta del Cuartel.

A las diez de la noche y previa la requisita de materiales y herramientas ordenados por la Superioridad, se trasladó la Compañía al hospital, donde pernoctó.

Día 17.—La compañía afecta a la columna de Yagüe se divi-

dió en tres secciones, una al mando del Capitán con el Tabor de Regulares, que después de cruzar el río Nalón llegó a dicho pueblo a las once de la noche, pernoctando; otra al mando del Teniente Vega agregada a la Bandera del Tercio, que vivaqueó en las afueras (estas dos secciones tenían por misión facilitar el paso de cercas, setos, etc., a las fuerzas a que acompañaban), y la tercera al mando del Brigada, con la impedimenta de la columna, transportó el material, herramienta y explosivos.

Día 18.—La primera sección, al mando del Capitán, destruyó los generadores y transformadores de energía de la fábrica de cañones de Trúbia; la segunda, al mando del Teniente, el ferrocarril Vasco-Asturiano, desde agujas de la estación hasta 800 metros de ésta. Reunida la Compañía a las doce horas, regresó a Oviedo, pernoctando en el Cuartel de Pelayo.

Día 19.—Afecta a la columna Yagüe, con doce zapadores a las órdenes del Capitán en vanguardia, a la llegada a Mieres procedió a la requisa de explosivos, embarcándola en camiones y enviando a Oviedo unas seis toneladas aproximadamente. El resto de la Compañía, con el grueso de la columna. A las cuatro horas se emprendió el regreso pernoctando en Oviedo. Se incorporan a la Compañía en Mieres: el cabo Ángel Merayo y los zapadores José Ibarra, Casimiro Llamazares, José Suárez Valdés, Cesáreo Súa y Maximino Iglesias.

Día 20.—En el Cuartel de Pelayo reparaciones en la cubierta del mismo (cercas y retejos). Limpieza y aseo personal de la tropa.

Día 21.—Continuación de los trabajos del día anterior y reparación de las cerejas del gimnasio.

Día 22.—Continúan los trabajos de días anteriores.

Día 23.—Continúan los mismos trabajos y otros análogos.

Al mediodía emprende la marcha a Gijón por carretera y ferrocarril media Compañía, al mando del Capitán, compuesta de 40 hombres y 11 mulos entregados en Oviedo por la Legión, pernoctando en Gijón sin novedad.

Gijón, 23 de octubre de 1934.

El Capitán, FRANCISCO TORRES.

López Ochoa entra en Oviedo

Ni el capitán Torres ni Un testigo imparcial, ni Víctor de la Serna en su opúsculo, explican cómo el general López Ochoa, que podía pasar del Grado directamente hacia Oviedo siguiendo el camino más corto, en lugar de esto retrocedió hacia Avilés, haciendo prisioneros por todos los pueblos que pasaba. Entre Grado y Trúbia los revolucionarios esperaban al general, convencidos de que en la montaña lo iban a deshacer. Cometieron el error de no atacarlo en Grado, donde, debido a la poca fuerza que llevaba, seguramente a causa de su temperamento presuntuoso, le habrían podido vencer sin grandes dificultades. Después de Avilés a Oviedo la cosa ya no era tan fácil; además el general había tornado la precaución de la cual nos habla el periodista Bejarano en sus reportajes, atribuyéndolo a la voluntad de la población, de formar cadenas de prisioneros delante de sus tropas. La prensa reaccionaria de Asturias, entre la cual destaca *El Noroeste*, de Melquiades Álvarez, lo confesó en la locura de los primeros momentos del triunfo.

Los prisioneros que López Ochoa llevaba atados de dos en dos delante su columna rara vez recibían alimentos y, esto sí, nunca eran desatados, ni cuando estaban ocupados en cavar

trincheras. La odisea de algunos de estos prisioneros duró todo el camino de Grado a Avilés y a Oviedo. Uno de ellos, un tal González, cuenta cómo fue llevado hasta Avilés y obligado a hacer de parapeto sin haber recibido alimentación. Al día siguiente —dice— emprendimos el camino de Oviedo, nosotros delante de las tropas. Entre los que marchaban en estas condiciones había un padre anciano atado con su hijo, muchacho de unos diecisiete años. A las once de la mañana estábamos en la Corredoira. Las tropas se batían y no podían vencer la resistencia de los revolucionarios. A nosotros nos tenían resguardados los mismos parapetos que a los soldados, pero a las dos de la tarde, el general, viendo que no podía avanzar, ordenó que fuésemos puestos en línea de fuego para servir de defensa a los soldados. Los revolucionarios, al ver que delante de las tropas marchaban paisanos atados, no se decidieron a hacer fuego graneado. Procuraban tirar por encima de nosotros, pero, con todo, los tiros también nos atrapaban algunas veces. Así tuve la suerte de caer herido en los dos muslos. Un guardia recibió la orden de rematarme, y no sé si por compasión o porque pensaba que me costaría más tiempo morir de aquella manera, en lugar de darme el tiro de gracia, el guardia cortó la cuerda que me unía al compañero de cautiverio y me dejó abandonado. Muy cerca de mí, muertos o heridos, había otros paisanos también abandonados. Por la noche pude escapar y adentrarme en la montaña, donde tuve la suerte de hallar quien me recogiera.

La muerte de Bonifacio Martín

Bonifacio Martín, vocal suplente del Tribunal de Garantías, ¿murió de este modo? Este es el criterio más generalmente

extendido. Bonifacio Martín, Presidente de la U G T provincial y miembro del primer Comité Revolucionario, al saber que el general López Ochoa se acercaba con sus tropas debía ir hacia La Corredoira para parlamentar. La entrevista se celebró y Bonifacio debió de ser muy duro al hablar al general, al cual, según estas versiones, le debió tratar de traidor, cosa que puede hacer suponer que entre los socialistas había quien esperaba que el general se sumaría a la insurrección. Después de la discusión, siempre según esta versión, el general López Ochoa lo debió colocar con los otros prisioneros, donde murió. Los hechos serán así o no, pero Bonifacio Martín murió en La Corredoira, y su cadáver fue transportado y, no por los revolucionarios, a Avilés, donde fue enterrado. Todo hace suponer que encontró la misma muerte que otros revolucionarios delante de las tropas del general López Ochoa y delante de las del general Caridad. Un testigo imparcial dice que fue detenido en la carretera de Oviedo a Avilés cuando por ella circulaba en automóvil. Es posible que este testigo imparcial tenga razón a medias; pero sí fue hecho prisionero, ¿por qué fue hallado muerto después? No es de creer que el general López Ochoa se entretuviera en hacer prisioneros a los cadáveres.

Entre las proezas de las tropas que el día 11 se acercaban a Oviedo, muy bien podemos incluir lo sucedido con los obreros de La Llanera, distante unos nueve kilómetros de Oviedo, Ramón García, Manuel Pérez Díaz, Manuel Rodríguez Vázquez, Amador Menéndez Alonso, Ángel Álvarez Vázquez y un muchacho apodado el Caxero.

Matan a los prisioneros para que no hablen

Ángel Álvarez Vázquez había sido detenido por el sargento de la Guardia Civil de Posada de Llanera el día 6 de octubre. Lo tuvo cuatro días en un calabozo sin comer y maltratándolo a todas horas. El día 10 lo sacaron del calabozo y lo ataron con el Caxero. No podía ni moverse, iba muerto de las palizas que le habían dado y, cuando el día 10 por la noche *el Caxero* le propuso escaparse, no se vio con fuerzas para hacerlo dado el estado en que se encontraba. Al día siguiente *el Caxero*, que se había roto las ligaduras durante la noche, al salir a la carretera para preceder a las tropas en su avance, después de un choque que las fuerzas tuvieron con los obreros, que les obligaron a retroceder, aprovechó una herida leve para simular mucha gravedad y dejarse caer a tierra. Al pasar por su lado, los soldados lo magullaban a golpes de culata. En esta posición estuvo desde las tres de la tarde hasta la noche, vivo de milagro, pero con el cuerpo hecho una llaga se pudo escapar a la montaña.

Este mismo sargento de Posada de Llanera, Gaspar Sánchez Herrero, al empezar la insurrección había llamado al cuartel al obrero minero Manuel Rodríguez Vázquez, que esperaba el ingreso en el cuerpo de la Guardia Civil, pues le había sido aceptada la solicitud. El sargento quería que se uniese a su fuerza, a lo que se negó. Al cabo de pocos días era detenido mientras hablaba con su prometida. El sargento también había detenido a Amador Menéndez y Manuel Pérez, éste, regidor socialista de Posada, paleta de oficio y propietario de una tienda mixta de sidrería y comestibles y, el mismo día detuvo a Ramón García.

Todos ellos con otros detenidos que llevaba la columna Ló-

pez Ochoa, fueron atados con cordón eléctrico y llevados delante de las tropas hasta Oviedo, expuestos a los tiros de los revolucionarios y a los malos tratos de sus guardianes. Los cuatro, que figuraban entre los pocos que se pudieron salvar, al llegar a Oviedo fueron llevados a la cárcel. Allí los condujeron dos parejas de la Guardia Civil y un Teniente de la Legión. Los encerraron en celdas de la tercera galería sin desatarlos. Los tuvieron allí unas tres horas, pasadas las cuales los llevaron a una habitación de la entrada de la galería destinada a las entrevistas de los abogados con los presos. Cayeron en manos de uno de los más acreditados verdugos de la represión de Asturias: el capitán de la guardia civil Nilo Tello, que estaba en la cárcel acompañado de un comandante del mismo cuerpo. A las seis de la tarde eran sacados por las dos parejas de la Guardia Civil y el teniente de la Legión y, fusilados en el recinto de guardia de la cárcel. Los presos del contrabando de armas pudieron oír claramente desde sus celdas cuatro descargas seguidas cada una de un disparo aislado. ¡Los habían fusilado con todo honor! Una descarga para cada uno. ¡Pocos eran los testigos supervivientes de las aventuras del general López Ochoa camino de Oviedo! El general quizás creía que no faltaba ninguno. El Caxero y otros, sin embargo, estaban vivos y en la montaña.

A los cuatro fusilados en el recinto de la cárcel, los habían querido fusilar antes en el patio de la cárcel de mujeres. La celadora se opuso. —Ya tengo suficiente con el espanto de Vitorón, enterrado en el patio. Vitorón había muerto del tiro de un soldado cuando miraba desde la ventana de su celda las maniobras de las fuerzas revolucionarias.

Los presos ordenanzas, Gerardo Álvarez García, Enrique Baragaño y Jesús Martínez del Busto, son testigos de que al llegar los cuatro que habían de ser fusilados a la cárcel, el te-

niente del Tercio dijo al empleado del Centro: —A éstos no hace falta darles entrada en los libros de registro.

XV.

EN SAMA SE REHACE EL COMITÉ

Sin dirección

El hundimiento del Comité Revolucionario de la provincia halló desprevenidos a los revolucionarios de los pueblos mineros. En Oviedo, si las fuerzas reaccionarias hubiesen tenido valor o no hubieran estado carentes de información, con su propio impulso habrían podido dar un golpe mortal a la insurrección. La mayoría de los puntos estratégicos de la ciudad habían sido abandonados por los guardias revolucionarios. A esto se debe también en gran parte que el general López Ochoa, a despecho de la poca fuerza que llevaba, pudiese llegar al cuartel de Pelayo, donde, por cierto, parece que se resistieron un poco a abrir. El estado lamentable en que halló aquellas tropas le explicó muchas cosas. Lo confirma él mismo en el sumario del Consejo de Guerra contra el coronel Alfredo Navarro Serrano. —Aquí no hay jefe ni nada —dice que exclamó, al entrar él, un teniente de la guardia civil que se le echó a los brazos—. Después se supo que la Junta de Jefes estuvo a punto de capitular, hecho que confirma que, con más decisión por parte de las fuerzas revolucionarias, la caída del cuartel habría sido cosa de pocas horas y, el cuartel en manos de los revolucionarios significaba la toma de Oviedo y un factor revolucionario de primer orden, porque habría implicado la adhesión de aquellos novecientos soldados a la insurrección y, sobre todo, porque habría permitido municionar a la insurrección.

En los pueblos pasó algo parecido. En Sarna, por ejemplo, a donde regresaremos siguiendo la constitución del Comité Revolucionario Provincial, presidido por Belarmino Tomás, la noticia de la derrota causó estupor.

¡Fueron horas de angustia! Se encontraban vencidos el mo-

mento en que más fuertes se creían. De momento el Comité Local cayó en la tentación de seguir el camino del Provincial de Oviedo, que había ordenado, se decía, la retirada.

No tienen valor para preparar la retirada

Ya que los de Oviedo no se habían preocupado de preparar la retirada de una manera ordenada y, al aviso de la llegada de las primeras tropas, en lugar de estudiar la situación con toda serenidad, cosa que seguramente habría permitido hacerla efectiva sin que pareciera una desbandada y salvar la mayoría de los efectivos, se lanzaron a la fuga de una forma brusca, y un puñado de hombres decididos organizaron de nuevo la lucha. No conocían con exactitud la situación de la provincia ni de las fuerzas revolucionarias, y ante la situación obraron como era lógico. Después cayeron en el mismo pecado que sus antecesores, y al saber con qué contaban no tuvieron el valor suficiente para dar la cara ante los acontecimientos y afrontar la impopularidad que de momento les habría reportado confesar la derrota. Belarmino Tomás quiso atenuar los efectos del desastre haciendo el pacto con López Ochoa; pero no podía contar con la deslealtad del general o con que éste estuviera falto de autoridad para imponerse a los oficiales y jefes subordinados suyos.

Después de la primera sorpresa y del primer pánico de la mañana del día 11, el compañero M., desde un balcón de la Casa del Pueblo, levantó de nuevo los ánimos haciendo un discurso, y se rehízo el Comité Local. Los revolucionarios tomaron nuevamente las armas, y los puestos abandonados fueron ocupados otra vez. Fue el último esfuerzo de la insurrección, tocada de muerte desde el principio, herida por la espalda por

la indecisión del proletariado del resto del país. ¡Había sido un esfuerzo heroico del proletariado asturiano que no podía culminar sino con la derrota! ¡Una nueva contingencia de la revolución española que se había perdido! Una segunda experiencia de la insurrección socialdemócrata después de la derrota sin lucha de Alemania, condenada también al fracaso, pero dejando un rastro de heroísmo, decisión y organización revolucionaria fecundo en lecciones para el futuro del proletariado de todo el mundo.

Oviedo no acababa de caer en poder de la insurrección. Los comunicados de la dirección revolucionaria de la provincia anunciando la insurrección victoriosa por todo el país eran desmentidos por la realidad de las tropas, que iban penetrando en el país insurreccionado e iban batiendo a los revolucionarios. ¡Atila había entrado en Asturias! Al paso de las tropas contrarrevolucionarias no quedaba ni hierba ni ser vivo.

La columna del sargento Vázquez

El domingo día 14 se intentó el último esfuerzo. El sargento Vázquez reunió una columna de unos centenares de obreros de Langreo y Mieres. Todos los hombres aptos de aquellos pueblos fueron a la lucha. Ni uno rehuyó el deber de ir a la defensa de la revolución. En la tarde de aquel domingo algunos centenares de hombres, reunidos en la plaza del Ayuntamiento de Sama, fueron embarcados en una veintena de camiones. El pueblo trabajador congregado en la plaza despedía a sus soldados, que en gran parte irían a la muerte. La expedi-

ción era arriesgada. Se había hecho el reparto de las últimas municiones. Pocos llevaban más de cinco cartuchos. Algunos iban con armas sin municiones, en espera de poder municionarse batiendo al enemigo o recogiendo las de los compañeros que cayesen. Ninguna expedición de aquellos días había tenido una despedida tan emocionante como aquella última. Era la última esperanza de aquel proletariado que había visto la revolución triunfante y no se sabía conformar con la derrota. Hacía falta hacer un esfuerzo supremo. ¿Y si fuese verdad que el resto del país estuviese en manos de la revolución? ¡Qué vergüenza para el proletariado asturiano haberse dejado vencer, haberse rendido al filo mismo de la victoria!

¡Camaradas, adelante! ¡Hemos de morir por la revolución!
¡Los que se queden vengarán a los que mueran! ¡Adelante siempre!

Y las montañas de Sama sintieron cómo un pueblo congregado despedía a su ejército al canto de la Internacional. Las voces de los que se iban y de los que se quedaban eran firmes, de hombres decididos a luchar, a morir luchando, de hombres que sabían que en la lucha estaba su vida y la de los suyos, y en la cobardía, su muerte. Ni una madre, ni un hijo, ni una esposa no incitó a ninguno de los suyos a no seguir al ejército revolucionario. ¡A hacer el último esfuerzo, hijos de la revolución! ¡El enemigo implacable nos espera! ¡Si no lo vencemos pasará sobre nuestros hogares como una ráfaga de muerte! ¡Ellos o nosotros!

El sargento Vázquez organizó a sus hombres, cosa de un millar, en tres columnas, y se dirigió hacia Oviedo. Las órdenes eran severas. El comportamiento del enemigo ya era conocido. Se sabía que en el Llano, entre los prisioneros de La Calzada y Pumarín, haciendo parapeto a las tropas de Caridad,

había hombres, mujeres y niños. Se sabía que López Ochoa, para poder entrar en Oviedo, también se había parapetado con los prisioneros hechos al paso por los pueblos de Grado hasta la capital. Las columnas que habían entrado en Campomanes habían enterrado vivos a los prisioneros heridos y habían saqueado las casas. La reacción empezaba a mostrarse a los revolucionarios de Asturias con toda su crudeza. Las tres columnas llegaron una por el llano, otra por la estación del Norte y la otra por el valle del Nalón, siguiendo San Esteban de las Cruces y San Lázaro hasta el mismo Oviedo. Poco antes de llegar a la ciudad, los revolucionarios pudieron darse cuenta de cómo el enemigo trataba a los caídos. En una pequeña hondonada hallaron unos doce revolucionarios muertos, atados de pies y manos. Únicamente dos habían sido muertos a tiros. Los otros, por las heridas que tenían, se veía que habían caído a punta de cuchillo y a golpes. El espectáculo era repugnante y llenó de rabia a los revolucionarios. Con la rabia en el cuerpo y dispuestos a lo que fuese, atacaron Oviedo los del lado de San Esteban. Faltos de municiones, no podían disparar sino muy raramente, y el enemigo respondía con fuego de ametralladora. El enemigo, prudente, se mantenía a distancia. Pero, con todo, el día 13 los revolucionarios habían conseguido rehacer las posiciones de la parte oriental de Oviedo, las primeras que habían caído, y tomaban de nuevo el Ayuntamiento y los barrios de al lado. La tropa mandada por el general López Ochoa fue rechazada otra vez hasta el cuartel. Los combates habían de continuar de una manera intermitente durante los días 14 y 15, sin que los combatientes emprendieran ninguna acción definitiva.

Los ataques y contraataques duraron hasta el día 16. El 15 una vanguardia revolucionaria abandonó su puesto, y el grueso de la fuerza, cuando se dio cuenta, tenía a los regulares encima. Un contraataque vigoroso hizo retroceder otra vez a

los soldados hacia el lado del Llano. La orden era fusilar a los que habían abandonado el puesto. No hizo falta: tuvieron la desgracia de caer en manos de las tropas, y seguramente fueron de los que murieron en Pelayo. Ni uno de ellos regresó a su casa. Ninguno de ellos está encarcelado. Los muertos anónimos se cuentan por centenares.

El día 16 el ataque se intensificó por una y otra parte. Los revolucionarios habían llevado dos cañones de Mieres y los habían emplazado en San Lázaro. Empezaron el fuego de artillería a las nueve, ayudando al ataque heroico de la infantería, que no podía atacar a fondo por falta de municiones. Era necesario economizar a los hombres porque hacía falta economizar los tiros. Los revolucionarios avanzaban palmo a palmo, arrastrándose como serpientes entre la hierba, ganando las esquinas de las casas sin disparar un tiro. No disparaban hasta ver al enemigo a tiro seguro. No habían podido disparar uno de los cañones. La artillería en acción era de muy poca eficacia. Sus proyectiles no estallaban. Era la tragedia de la artillería revolucionaria. En cambio, las ametralladoras enemigas vomitaban los proyectiles a millares por minuto y la artillería causaba bajas seguras allí donde estallaba. Muchas casas del barrio saltaban con los vecinos dentro, los cuales huían amedrentados salvando lo que podían de los hogares miserables. A las nueve había empezado el fuego de artillería de los revolucionarios, y a las doce los cañones habían caído en poder del enemigo, el cual hizo retroceder a los revolucionarios hasta el cementerio de San Esteban de las Cruces. Los revolucionarios se rehicieron y con un esfuerzo heroico repelieron nuevamente al enemigo montaña abajo. El esfuerzo desesperado fue inútil. Eran atacados por delante y por el flanco, del lado del —Llano. Dos centenares de revolucionarios, parapetados en el Llano, con cinco balas cada uno, no habían podido contener la columna del coronel Yagüe más

allá de un día, y ésta había ido ganando la montaña margen a margen, dejando en cada avance la vida de algunos de ellos.

En San Esteban de las Cruces

Los revolucionarios rechazados hasta más allá de San Esteban todavía resistían, cuando el jueves. Belarmino Tomás, de regreso de Oviedo, les dio cuenta del pacto de rendición con López Ochoa. Ya era hora. La mayoría de revolucionarios no tenía sino el cartucho que se habían reservado para no caer prisioneros. La revolución tampoco les podía dar más.

¡Buen recuerdo había de quedar de aquellos días de lucha a los desdichados vecinos del barrio que no habían tenido tiempo de huir antes de la llegada de las tropas y a los que las habían esperado como libertadores! Durante el primer ataque, en que los moros pudieron tomar el barrio situado entre San Lázaro y San Esteban, una familia, conocida por los Bailongos, moría alrededor de la mesa de su casa: padre y cuatro hijos menores de doce años. Los moros habían entrado en la casa, sin encontrar resistencia. En toda la casa no había ni un arma. Aquel hombre no había tenido la más mínima participación en los hechos revolucionarios. Pero hasta en el caso de que el padre hubiera luchado, los hijos, pequeños todos ellos, no habían de pagar las culpas del padre. La madre, al volver después de la «pacificación», halló a su marido y a sus hijos muertos y los muebles vaciados y robados. En la mayoría de los muebles, grabados con bayoneta o a punta de cuchillo, había las armas de los autores con injurias para los muertos; Regulares de Ceuta, 3. En otra familia, conocida por la del Capitán, pagaron el tributo el padre y dos hijos: uno de dieciséis años y otro de quince.

Veremos cómo cuenta aquellos días de angustia y de dolor el conserje del cementerio de San Esteban de las Cruces, Felipe Navarro Ajenjo, hombre de unos cincuenta años:

—En todo el día 13 —dice— no nos movimos de casa, temerosos de ser atrapados por algún tiro perdido. Los revolucionarios pululaban por los alrededores del cementerio y organizaban aquí sus columnas de ataque por ser el sitio más resguardado. Durante la noche yo quería sacar a mi familia del cementerio, pero no me fue posible. Mi mujer, imposibilitada, me privada de toda libertad de movimientos.

—El día 14 se presentó mal. Eran de temer más ataques y contraataques por los alrededores del cementerio. A las siete, con mi hijo José, cogimos a mi mujer, imposibilitada, dos hijas mayores y la nieta y las metimos en el panteón de la familia Massaveu, que era el que presentaba más garantías de solidez. Teníamos el sitio escogido para refugiarnos en caso de peligro inminente. Con mi hijo, el que queda vivo, empezamos la tarea de enterrar nueve cadáveres que había en la iglesia y que ya estaban en descomposición. Hacia las diez de la mañana oímos cómo los tiros se acercaban, oímos algunos hacia el lado de la casa. Temía por mi hijo, que estaba allí, pero esperaba que, refugiado en la casa, no le pasaría nada. El otro hijo que me ayudaba en el trabajo de enterrar y yo entramos en el panteón, donde estaba mi mujer, las dos hijas y la nieta.

—¡No os podéis imaginar lo angustiosas que fueron aquellas horas! Oíamos cómo los moros corrían de un lado al otro del cementerio, chillando como posesos y disparando. Cada momento temíamos ser descubiertos. La niña de mi hija, amedrentada, lloraba, y le teníamos que tapar la boca. Mi mujer y las dos hijas y yo, abrazados, más de una vez dimos nuestra vida por terminada.

—Esta desazón duró hasta las seis de la tarde, al empezar a oscurecer. Desde las diez que estábamos encerrados en el panteón, sin comer ni beber nada, y cuando observamos que después de un toque de corneta los moros se iban y ya no se oían tiros, nos atrevimos a salir de nuestro escondite. Corrimos hacia casa. Queríamos asegurarnos de que no había pasado nada. Al otro lado del cementerio volvimos a oír tiros. Nos tumbamos en el suelo. Nos veíamos muertos. Afortunadamente, eran los revolucionarios que habían tomado de nuevo el cementerio. Al ver que se trataba de nosotros no nos dijeron nada y nos dejaron ir.

—Lo que nos esperaba en casa era pavoroso. Al lado mismo de la entrada hallé tendido el cadáver de mi hijo Luis, con un tiro que le entraba por un ojo. En el interior de la casa había el cadáver de un viejo llamado Manuel Fernández Prieto, conocido por el Abogado, y el de mi compañero Lucas. El espectáculo no es para ser descrito. Yo no podía ni llorar. De las tropas que venían a libertar Oviedo lo podía esperar todo menos aquello. Pero no era únicamente la muerte de mi hijo y de mis amigos lo que habían hecho aquellas fieras en casa: lo habían saqueado todo, habían destrozado las miserias mías que no habían querido tomar.

—La mujer de Lucas, que estaba en la casa con mi hijo y mis amigos, me contó la tragedia. Los moros derribaron la puerta a golpes de culata. Los que había dentro, aterrorizados, no tenían tino ni para abrir. No sabían, además, las intenciones que llevaban. ¡Eran tantas las historias que se contaban de aquellas tropas! Yo nunca lo había creído. Siempre había pensado que eran rumores que los revolucionarios hacían correr para desacreditar a sus enemigos. Destrozada la puerta, los moros entraron en la casa hechos una furia. La mujer de Lucas y la criada, en un rincón ,abrazadas, lloraban desespe-

radamente. Los hombres se pusieron de rodillas pidiendo clemencia. El primer acto de uno de los soldados fue arrancar el reloj del brazo de mi hijo y hacerle entregar la cartera. Cachearon aquí mismo a los otros hombres y, una vez les hubieron robado, les dispararon los tiros que les dejaron muertos en el lugar donde después les hallamos. En seguida empezó el saqueo. No dejaron habitación sin mancillar ni mueble en el que no quedase su huella. Dos de ellos cogieron a la criada, entraron en una habitación y después la pagaron con un paquete de ropa de la mía y la obligaron a irse.

¡Aquellos bandidos pagaban con lo que robaban! Mirad qué recuerdos dejaron en la cabecera de esta cama que se salvó del destrozo. Se lee, grabado a punta de bayoneta en la madera: «Maricón», «Regulares de Ceuta 3», «Oviedo, 14 de octubre de 1934» y otras cosas por el estilo, Aquello que nos enseñaba el conserje prueba que no todos los autores de aquellas barbaridades eran moros.

Para vergüenza de todos los españoles, los soldados peninsulares voluntarios de Regulares hacían como los moros o peor, pues españoles habían de ser los que dejaban estas señales de su paso y las dejadas en un libro de registro que el conserje había abierto los días de la insurrección para responder después ante las autoridades de las personas que se hubiesen enterrado en el cementerio. Actualmente el libro está sucio, lleno de fango y con muchas páginas rasgadas hasta la mitad. «Los moros de Ceuta número 3 salvamos a Asturias», dice una de aquellas inscripciones. «Dejamos recuerdo para siempre a Oviedo.» En la página 127 hay una inscripción que dice: «¡Vivan los Regulares de Ceuta n.º 3!» Lo mismo dice otra inscripción en la página 34. En la página 20 otra inscripción dice: «¡Vivan los moros de Marruecos y los moros hijos de Ceuta!» «Por los Regulares de Ceuta n.º 3». En la 24:

«¡Viva Ceuta!». En la 26: «Los Regulares salimos de Ceuta el día 8 de octubre». En la 28: «Ceuta». En la 32: «¡Vivan los hijos de Ceuta!». Aquellos bárbaros, moros o españoles, habían querido dejar la prueba inequívoca de su paso por San Esteban de las Cruces! Habían firmado al pie de los cadáveres de Luis Navarro, de el Abogado y de Lucas. Dos de estos héroes, según declaran ellos mismos a un redactor del Carbayón, se llaman Juan Molina y Francisco Granada.

Al volver loco hacia la tumba donde tenía guardadas a sus hijas y a su mujer, Navarro tuvo que hallar todavía el cadáver de otro compañero suyo, tendido entre dos tumbas, el enterrador Antonio, de setenta y dos años, que, a pesar de ser viejo y jubilado, no sabía dejar su trabajo macabro.

En Villafría

Otras tropas de Regulares y del Tercio que habían subido del Llano, donde habían batido a los doscientos hombres que con cinco cartuchos por hambre les habían plantado cara alrededor de un día, también dejaron un buen recuerdo de su paso, tan bueno como el de los moros del cementerio. En Villafría, barrio en la falda de la montaña donde se halla situado el cementerio de San Esteban, hicieron una de las proezas que más ha de honrar a su campaña. Avanzaron con dificultades por vallados y huertos. Los revolucionarios no abandonaban una posición mientras les quedaba un cartucho por disparar o hasta que caían muertos por las bayonetas de los enemigos. El lugar de concentración era en San Esteban, donde se hallaba el grueso de la dureza revolucionaria. Después de horas de lucha, los regulares pudieron apoderarse del barrio de obreros y pequeño-burgueses de Villafría. Los revolucionarios que

habían retrocedido montaña arriba batieron las calles del barrio. Un tiro acertó a un oficial, que cayó muerto en el acto. ¡Los suyos no le dejan sin venganza! Podrían trepar monte arriba e ir a vengar a su jefe batiéndose con los revolucionarios que les esperaban; pero esto habría sido cosa difícil, peligrosa y un poco larga, porque los revolucionarios no se dejaban cazar porque sí y también sabían disparar. A un oficial o comandante se le ocurrió otra venganza más ejemplar. ¡Se lanzaron como posesos por las casas a la caza de hombres! Y aquellos inocentes, niños, hombres, adolescentes, adultos o ancianos, tanto da, pagaron la muerte del oficial. ¡Sin Consejo de Guerra, sin tan sólo cubrir las apariencias, las vidas de unos cuarenta hombres, alguno de los cuales tenía quince años, fueron segadas por una ametralladora! ¡El honor de los caballeros de la Legión estaba salvado! ¡Sólo faltaba la firma, como los moros del cementerio! ¡Las casas fueron saqueadas!

En la casa número 12 murieron tres hermanos llamados Carri-les, de veintiocho, veintinueve y treinta años, respectivamente: el primero, imposibilitado y jorobado. Tenían dos hermanos más que luchaban contra la revolución en la guardia de asalto. En las casas 9 y 10 fueron tres los fusilados: Manuel Fernández, de treinta y seis años; Manuel Heredia y Ramón Heredia. Habían cogido, además, a un anciano de cerca de ochenta años y dos niños de nueve y diez años, que fueron salvados por un oficial que ordenó que los soltaran. En la casa número 4 fusilaron a ocho hombres: Avelino Álvarez Díaz, de veinticinco años; Ovidio Álvarez, de diecisiete años, hermano del anterior; Rufino Rimada Nosti, de veintiséis años; Adolfo Secades Fernández; Luis García, cincuenta años, éste, propietario de tierras; Ricardo Álvarez Díaz, sesenta años. Casimiro Álvarez Díaz, de veinticinco años, hijo del anterior, se escapó corriendo y, afortunadamente para él, unos artilleros que entraban en operaciones le salvaron. En la casa núme-

ro 3 murieron catorce personas, entre ellas, por cierto, tres mujeres, llamadas Carmen Corral, Rosa Franco Corral y Laura Franco. Los otros nombres conocidos son Celsio Rodríguez, Manuel Franco, Luis Franco, Emiliano Franco, Domingo Franco, Vicente Secades y Aurelio Prados. Resulta difícil establecer con seguridad el número de muertos hechos por las fuerzas durante aquellos días y obtener datos de las familias, de las cuales unas están aterrorizadas y las otras se han dejado convencer por las presiones de las autoridades, que, a cambio de callar o declarar que sus familiares fue, ron muertos en lucha por los revolucionarios, les ofrecen una pensión.

En Las Arenas

En el barrio de Las Arenas, al lado del cementerio, mataron a Manuel Alonso, de cuarenta años, y a un hijo suyo de dieciocho. Tres hijos más, de catorce, doce y nueve años, Bartolomé, Sabino y Alfredo, fueron hallados muertos en un cañaverol por un pariente suyo llamado José Pintado Villanueva.

Los legionarios avanzaban sobre la colina del cementerio, y mientras los moros hacían su trabajo en la casa del conserje, ellos lo hacían en la casa de el Abogado, pocos metros más allá. Los moros matan al padre y los legionarios asaltan la casa y piden hijas mayores a su mujer, que no tiene sino seis criaturas. No matan ni violan, pero quitan los relojes a las seis niñas, algunos miles de pesetas, producto de la venta de la sidra, la ropa de las camas y prenden fuego a todo lo que no pueden llevarse.

En la casa de Antonio Bobes matan a su nieto, de catorce años, y a dos sobrinos de dieciséis y dieciocho. En la casa del otro vecino, los moros entraron después de los legionarios

para rapiñar lo que quedaba, y en la casa del otro, los legionarios entraron después de los moros.

—¡Esto fue lo que en casa y alrededor de casa hicieron aquellas tropas que venían a libertarnos! —dice el conserje Navarro—. ¡Cómo haría saber a mi mujer imposibilitada que su hijo Luis había muerto! ¡Cómo le explicaría que de la casa que ella había ido levantando con tanta estimación no quedaba nada! Me decidí en un instante. Le dije que su hijo, herido, había sido recogido por las tropas y llevado al hospital. A ella y a mis hijas, el otro hijo, Felipe, y yo, decidimos llevarlas a Morente. Los revolucionarios quisieron ayudarnos, lo hicieron hasta allá donde pudieron, pero yo temía que hallásemos a los soldados y que al vernos con los revolucionarios nos exterminasen del todo. No os podéis imaginar lo terrible que es transportar de noche, por caminos malos y lloviendo, el cuerpo de una persona que estimáis y que gime presintiendo la desgracia que ha caído sobre ella. Cuando al clarear el día 15 llegamos a lugar seguro, yo era hombre muerto por mucho tiempo, y hoy todavía no me he recuperado ni de aquellas penalidades ni del dolor por la pérdida del hijo ni de la destrucción de mi hogar. Después he querido reclamar justicia. No han querido hacérmela. He reclamado que me den trabajo para mi hijo Felipe. Las autoridades municipales de Oviedo ni me han escuchado: peor aún, me han amenazado. También me quejé al jefe de los Regulares. Este no quiso venir a casa a comprobar nada. Sólo me dijo: «Mis moritos son incapaces de cometer las barbaridades que usted dice».

XVI.

EL PACTO
BELARMINO TOMAS-LÓPEZ OCHOA

La defensa de Oviedo

Las otras fuerzas revolucionarias que atacaban Oviedo por el lado oeste no luchaban con menos valentía que las de San Esteban de las Cruces.

La ciudad fue dominada por los revolucionarios por aquel lado hasta el día 17, vencida ya la resistencia en el otro extremo de la ciudad. Los jóvenes socialistas y comunistas de la población y los mineros que estaban con ellos no dejaban sus posiciones sino obligados por la superioridad del enemigo. Chicas que hasta aquel día habían actuado de enfermeras recogiendo heridos de uno y otro bando recorrían los puntos donde se defendían los revolucionarios y les incitaban a no abandonar la lucha. Aida Lafuente, hija de un viejo militante comunista, no fue de las que menos se habían de distinguir entre aquellas chicas abnegadas y heroicas. Muy a menudo sostuvieron la moral de los revolucionarios menos audaces, y algunas, en lugar de colocarse el brazalete de la Cruz Roja y curar a los heridos, prefirieron luchar con las armas en las manos al lado de sus compañeros.

Las columnas del general y del coronel, con una acción combinada, iban rechazando a los revolucionarios hacia fuera de la población. Estos se parapetaban donde podían y no desperdiciaban ni un solo tiro. El día 15 el coronel Yagüe llegó con sus fuerzas al hospital. No hubo casi lucha. Las fuerzas habían encontrado a los revolucionarios desprevenidos. Poco antes, en un momento de desfallecimiento de algunos compañeros había llegado al hospital un camión con unas veinte chicas que, con insultos y con palabras de coraje, los animaron a continuar la lucha. «¡Son unos traidores los que dicen que la insurrección está vencida! ¡Fusiladlos!» Los comba-

tientes no podían comprender que la insurrección estaba vencida e intentaban un esfuerzo supremo, esfuerzo que había de resultar estéril y había de ser suicida. Detrás de aquellas compañeras enardecidas, no mucho tiempo después, llegaron los primeros legionarios al hospital.

La entrada de la Legión en el hospital ha de ser recordada en Oviedo como uno de los momentos más trágicos de la insurrección. El establecimiento estaba lleno de enfermos y heridos, revolucionarios y no revolucionarios. Todos ellos eran atendidos indistintamente por el personal del hospital que la revolución triunfante había conservado y por el personal nuevo que la revolución había aportado para asegurar mejor el servicio. A la entrada de las tropas, los revolucionarios que trabajaban de enfermeros esperaban ser hechos prisioneros, pero no podían suponer lo que les pasaría.

El jefe de las fuerzas que se apoderaron del hospital casi sin lucha ordenó la revisión del establecimiento y la detención de todos los revolucionarios, combatientes o no, que había en el recinto. No podía coger a los enfermos y heridos porque habría sido una perpetua acta de acusación escrita con sus nombres puestos en los libros de registro de la administración, pero los heridos acabados de llegar, que no habían tenido tiempo de ser registrados, fueron cogidos con los otros. Unos doscientos revolucionarios, heridos y sanos, hombres y mujeres, habían caído en su poder. Alineados, les pasaron revista y les preguntaron quiénes eran, qué hacían en el establecimiento, que intervención habían tenido en la insurrección. La deliberación duró poco rato: en su mente habían sido condenados todos de antemano.

Los fusilamientos del hospital

En uno de los ángulos de la tapia que rodea al hospital se estableció un oficial, que esperaba a los prisioneros que le eran enviados de uno en uno. Su trabajo no era tan sólo ni de verdugo. El verdugo es un ser vil, pero, de cualquier forma, mucho más digno que el hombre que se presta a hacer lo que él iba haciendo con toda su sangre fría, sin nada que le excusase ni ley que lo amparase. Los prisioneros, cuando iban llegando al lugar donde se encontraba el oficial, caían uno a uno asesinados de un tiro en la nuca. Al acabarse la horrible operación estaban tendidos aquí y allá cerca de dos centenares de cadáveres de hombres y mujeres de todas las edades, sin tener en cuenta ni los servicios que habían prestado a sus mismos enemigos. Los ruegos del personal médico del establecimiento no habían servido para nada. Para aquellos oficiales, haber recogido heridos, haber curado enfermos, haber tenido cuidado de la administración del hospital, haber puesto en peligro la propia vida con el fin de buscar alimentos para los hospitalizados, revolucionarios o enemigos, era un delito que merecía la muerte. ¡El delito terrible era haber sido revolucionario! Haber querido subvertir el orden burgués de la sociedad era una culpa que no podía ser pagada sino con la vida.

Al día siguiente, pacificado ya Oviedo, todavía había de morir un inocente, un ayudante de cocina del hospital que aquellos días no había ido a trabajar, el cual, al ir aquella mañana, fue cogido y muerto de la misma forma que el día antes lo habían sido los revolucionarios. ¡El orden burgués había sido restablecido en el hospital de Oviedo! ¡Gil Robles, Melquíades Álvarez y Lerroux habían recibido sacrificios humanos como Molock!

Las matanzas de Pelayo

El trabajo de limpieza de revolucionarios era realizado con toda furia por las tropas de López Ochoa y Yagüe. Los prisioneros eran llevados al cuartel de Pelayo, donde, después de un interrogatorio sumario que les hacía un oficial, eran conducidos al patio y muertos por el mismo procedimiento que los prisioneros del hospital.

La faena era hecha a conciencia y con un cierto aire de humanidad. El prisionero, después del interrogatorio, era instado a reconocer los cadáveres que se hallaban en un montón donde habían sido asesinados sus compañeros. Se acercaban al lugar destinado a desolladero y, mientras miraban, le disparaban un tiro en la nuca. Y de esta forma, ¿cuántos? Es difícil de precisar. ¿Doscientos? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos? No se sabe. Los hogares asturianos que lloran familiares perdidos son algunos centenares.

Aida Lafuente, heroína de la insurrección

Por el lado del Naranco los revolucionarios organizaron una resistencia desesperada. Ceden el terreno palmo a palmo, haciendo muchas bajas a las tropas y perdiendo ellos mismos muchos compañeros. Ya no sabían si luchaban para la defensa de la revolución o para vengar a los compañeros muertos de una forma tan indigna. Eran pocos, pero bravos. No llegaban a un centenar, y obligaron a las tropas a sostener una lucha de cerca de dos días. El día 17 la orden del jefe de las fuerzas fue de tornar, fuera como fuera, aquel fortín de Monte Naranco, que había de ser el monumento a la gloria de la in-

surrección asturiana. Los revolucionarios, en número que no pasaba de veinte, con un cañón, una ametralladora y sus fusiles, defendieron el terreno de tal forma, que cada metro costaba vidas a los asaltantes. Aquel puñado de revolucionarios sabía que su defensa era la garantía de la retirada de algunos centenares de compañeros que huían hacia las montañas y estaban dispuestos a dejar la vida antes de abandonar el lugar de honor que les había correspondido. Uno de los más audaces defensores del reducto era Aida Lafuente, de dieciséis años, y una compañera suya de la misma edad, las cuales, en los momentos en que flaqueaban sus compañeros, les daban ánimos con su valentía.

A medida que acababan las municiones, los revolucionarios iban abandonando la lucha para unirse a los fugitivos que, a través de las montañas, intentaban llegar a las llanuras de Castilla. Algunos de ellos habrán pasado el invierno entre la nieve. Aida Lafuente y su compañera, con tres o cuatro compañeros más, no quisieron abandonar el puesto. Rodeados de cadáveres de compañeros, la rabia y los deseos de vengarlos les daban coraje para luchar contra aquel ejército de legionarios enloquecidos que los atacaban. Los oficiales y jefes consideraban una vergüenza que aquel pequeño grupo de revolucionarios pudiesen parar la marcha de su ejército, que todo lo destruía a su paso. Finalmente, el asalto. Al lado de la tapia del cementerio, Aida Lafuente y sus compañeros, parapetados detrás de la ametralladora que les quedaba, fusil en mano, todavía contuvieron algunos minutos aquella horda ebria de sangre de los obreros asturianos. El oficial que dirigía el asalto no pudo reprimir una exclamación de admiración por aquel grupo de valientes y especialmente por aquellas dos chicas, niñas todavía. Quería cogerlas vivas. Un último esfuerzo y los legionarios llegaron al nido de los héroes con la punta de las bayonetas. A los pies mismo de los revolucionarios todavía

cayeron dos legionarios más. El oficial quería que Aida Lafuente y su compañera, únicas que el cuchillo de los legionarios habían respetado, se rindieran. A sus pies las dos pequeñas revolucionarias tenían los cadáveres de los compañeros que se habían quedado con ellas en aquellas horas trágicas y heroicas. «¡No nos rendiremos, asesino!», gritó Aida. Y las dos lanzaron el último grito de: «¡Viva la revolución social!», que fue ahogado en sus labios por una descarga. La burguesía estaba vengada. ¡Aquellas niñas habían pagado su tributo! La compañera de Aida, que no murió de las heridas, todavía pagó otro tributo más indignante. Fue mancillada en su agonía por uno de aquellos asesinos. La reacción ha levantado en aquel lugar un monumento a la memoria de aquellos revolucionarios, que dice: «*La Legión a los legionarios Lorenzo Simbrana Calcena y José Sellés Rodés, muertos en el campo del honor*»,

El saqueo organizado

Vencidos los revolucionarios de Monte Naranco, las fuerzas se dedicaron al saqueo de las casas del barrio, de una de las cuales, propiedad de un empleado del Ayuntamiento llamado Enrique Díaz Rodríguez, los legionarios, después de saquearlas como las otras, se llevaron a sus ocupantes: Laureano González, de unos treinta y cuatro años; dos hermanos, Ave-lino y José Martínez, de dieciséis y dieciocho años; otro vecino llamado Herminio y el propietario, y los fusilaron un poco más allá.

Entretanto, las fuerzas, adueñadas de la ciudad, organizaban un saqueo en toda regla. No hubo establecimiento que contuviera cosas de valor que no fuese asaltado. La cuenta la car-

garon después a los revolucionarios. Los burgueses de Oviedo pagaban su tributo al dios de la guerra social con su hacienda y algunos con el honor de sus hijas o esposas. Los soldados de la Legión y los regulares competían en una especie de emulación en el asalto de los establecimientos abandonados. Las joyerías, especialmente, no salvaron nada. Al cabo de pocos días, en sus expediciones de pacificación por el territorio, ofrecían joyas y otros objetos de valor a quien los quería comprar por el precio que fuera, por un vaso de sidra, por un rato de estar en la cama con una prostituta.

Los revolucionarios que habían saqueado un establecimiento de colchones de la calle Unía con el fin de utilizarlos como parapeto y una tienda de zapatos para calzarse los que habían quedado con los pies desnudos, habían de ver cargado sobre sus espaldas aquel saqueo infame que toleraban el general López Ochoa y sus oficiales y jefes. El comandante Gabarrón, que ocupa el lugar de secretario del Presidente Militar de la Generalitat de Catalunya, coronel Jiménez Arenas, hablando de actos parecidos cometidos en Gobernación y en el CADCI, de Barcelona, explicó estos excesos diciendo: «¡Los pobres soldados, que habían pasado toda una noche luchando y que habían visto caer compañeros suyos, merecían encontrar alguna recompensa! Es algo que sabe mal, pero es inevitable». Si decía esto un oficial de Barcelona, donde la insurrección fue vencida en una noche, ¿qué no habían de decir para justificarse los generales que fueron a Asturias, donde hallaron un ejército de descamisados que les hicieron retroceder más de una vez y les derrotaron tan a menudo?

Durante cinco o seis días, el patio del hospital estuvo convertido en un zoco, donde se podía comprar desde una joya y vestidos de hombre y de mujer hasta colchones, camas, radios, muebles, bicicletas, máquinas de fotografiar: todo lo que

podían proporcionar los establecimientos y pisos de Oviedo y lo que habían podido proveer los pueblos por donde habían pasado las tropas.

A la reacción le faltaba dominar la parte más abrupta de la zona de la insurrección, los reductos de aquellos mineros que no se rendían y sabían luchar con valor y disciplina. La acción se presentaba difícil y era de prever que las tropas concentradas en Asturias, si habían sido suficientes para vencer a Gijón y Oviedo, no lo serían para reducir a los mineros de Langreo y Mieres.

El teniente Torrents

Más de una angustia había de pasar el general López Ochoa, el general masón y republicano, ante las dificultades de la operación. Por su lado, los revolucionarios, agotadas las reservas de municiones, no podían continuar la lucha. Todo lo más podían resistir y dejarse matar por las hordas de Ochoa, pero los dirigentes revolucionarios no podían afrontar la responsabilidad de provocar una matanza general de obreros. Hacía falta buscar una salida. Esta se presentó en la persona del teniente Torrents, de la Guardia Civil, que se ofreció a negociar una rendición con el general López Ochoa.

El día 18, por la mañana, el teniente Torrents se fue hacia Oviedo y se puso en contacto con el general. Hasta mediodía no regresó a la zona revolucionaria. Las condiciones que quería imponer el general eran fuertes: entrega de la cuarta parte de los miembros del Comité Revolucionario, libertad de todos los prisioneros de la revolución, entrega de todas las armas.

Belarmino Tomás dio cuenta de la embajada que llevaba el

teniente Torrents. Los obreros de Sama y de los pueblos de los alrededores, reunidos en asamblea en la plaza, rehusaron con indignación las condiciones. Nadie quería la rendición. Todos querían continuar la lucha. ¡Era imposible que la insurrección hubiese sido vencida! Se oyó alguna voz que gritó: «¡Traidores!»». Belarmino Tomás dio cuenta de la situación real de toda España: «La insurrección ha sido vencida hace días. El único foco revolucionario que queda en pie es Asturias, y, más aún, en estos momentos sólo Langreo y Mieres. Es necesario ver la realidad y reflexionar».

Surgió el orador espontáneo, que propuso que el general López Ochoa, antes de la rendición, pusiera un avión a disposición del Comité para que éste pudiese hacer una inspección por España a fin de asegurarse de que la insurrección estaba realmente vencida. Finalmente, fue aceptada una propuesta del camarada Belarmino Tomás: éste iría a pactar personalmente con el general López Ochoa.

La entrevista Belarmino-López Ochoa

La entrevista se celebró por la tarde, en Oviedo, en el mismo cuartel de Pelayo donde habían sido ejecutados algunos centenares de obreros. Belarmino y López Ochoa cuentan la entrevista más o menos de la misma manera. El general López Ochoa, rodeado de su Estado Mayor, se vio obligado a tratar con el comandante de las fuerzas de la revolución. Pero el general, no saciado aún con la sangre derramada en Oviedo y Campomanes, quería imponer condiciones draconianas.

Belarmino lo regresó, en parte, a la razón.

—Nosotros no tenemos armas y muy pocas municiones, pero

nos sobra dinamita para volar todos los puentes, destruir caminos y hacer estallar una mina a cada paso que hagan las tropas. Tomaréis Langreo y Mieres, pero a costa de la sangre de algunos centenares de vuestros soldados, y en el territorio conquistado no hallaréis sino ruinas y cadáveres. Los burgueses no os agradecerían que les hayáis dejado sin obreros que explotar y sin minas.

El general López Ochoa insiste en la entrega de los miembros del Comité Revolucionario.

—Con una condición así —replicó Belarmino— no hay pacto posible. No hay más Comité que yo. Si después de la rendición me cogéis, ya sé lo que me tocará, pero quien tenga que hacerlo que se prepare. No estoy dispuesto a dejarme coger de cualquier forma.

Finalmente, se llegó a una conclusión. Los prisioneros serían libertados sin dificultades. En cuanto a las armas, Belarmino prometía hacer todo lo que pudiese para que fueran entregadas. El general López Ochoa se comprometía, por su lado, a no dejar entrar tropas coloniales en el territorio, motivo del pacto, hasta que las tropas peninsulares hubiesen tomado posiciones. Quería entrar inmediatamente en la región minera; pero Belarmino exigió que la entrada no se hiciera hasta el día siguiente, entre once y doce de la mañana, con el fin de dar tiempo a preparar la retirada.

Los obreros no querían rendirse

A las siete de la tarde la plaza de la República, de Sama, contenía con dificultades los centenares de obreros que se habían juntado. Los corazones palpitaban con exaltación, los nervios

de aquellos hombres, que habían luchado y vencido y que ahora estaban a punto de tener que entregarse al enemigo, que sabían sanguinario e implacable, tensos como cuerdas de violoncelo, registraban del agudo más elevado hasta el grave más profundo. Los ojos chisporroteaban de rabia incontenida y de lágrimas. La presencia de Belarmino en el balcón de la casa del Ayuntamiento fue recibida con un silencio sepulcral. El plenipotenciario de los obreros, aquel hombre que en nombre de ellos había pactado con el general de las tropas de la reacción, estaba delante de un pueblo que lo podía juzgar. Estaba a punto de hablarles. Centenares de obreros escuchaban. ¿Qué nuevo dolor, qué vergüenza no les llevará aquel pacto con el general de las tropas que habían asesinado hermanos suyos, que habían violado hijas, hermanas y esposas de hermanos suyos?

¡No nos queremos rendir! —era el grito unánime que acogió las primeras manifestaciones del general revolucionario. ¡Con la dinamita volaremos todo este ejército de asesinos, y después volaremos nuestras casas con nosotros dentro!

Belarmino pudo contener con muchas dificultades aquella oleada de rabia y de impotencia. Obreros requemados por las explosiones de la dinamita en la mina, de ojos febriles lloraban de rabia. ¡Habían de entregarse al enemigo después de haber conseguido la victoria! ¡Oh, vosotros los del llano! ¡Oh, vosotros los de Cataluña y los de Madrid que no habéis sabido cumplir vuestro deber, que no habéis sabido organizar la insurrección, que no habéis sabido triunfar, ni tan sólo luchar! ¡Vosotros tenéis la culpa! Por momentos parecía imposible contener aquella multitud que quería morir luchando. La promesa de una próxima insurrección con no poco trabajo podía contener su rabia.

El desfile de obreros hacia los hogares fue trágico y sublime.

¡Vencidos! ¡Vencidos! ¡Y cómo debían reírse detrás de las cortinas de las casas los sacerdotes, los burgueses, los reaccionarios! ¡Al día siguiente otra vez los obreros humillados volverían a pedir una limosna de trabajo a los directores que les harían sentir el peso de su autoridad sostenida por la guardia civil, por la guardia de asalto, por los legionarios, por los moros, por Pelayo, por la Iglesia cristiana!

—¡No daremos las armas, no! —es el murmullo que corre de boca en boca, en voz baja, para que no lo oigan los del Comité Revolucionario—. ¡Las necesitamos para otra insurrección! Cada piedra, cada matorral, cada hierba, se hará lo suficientemente grande para poder esconder en ella un arma que será el seguro para la libertad de mañana!

El Comité Revolucionario muy pocas armas pudo dejar para el general López Ochoa. Una gran parte estaban en la montaña en manos de los revolucionarios que no habían querido entregarlas ni rendirse. Si el general las quiere y tiene valor —decían—, que venga a buscarlas.

Los manifiestos ordenando la retirada

La misma noche el Comité Revolucionario hizo imprimir y repartir un manifiesto en el cual se reflejaba el dolor del momento y la esperanza para el futuro, y donde se daba cuenta de la rendición y se ordenaba deponer las armas y volver al trabajo:

*COMITÉ PROVINCIAL REVOLUCIONARIO DE ASTURIAS
A TODOS LOS TRABAJADORES*

El día 5 del mes en curso comenzó la insurrección gloriosa revolucionaria de las masas obreras para los objetivos de Gobierno, ofreciendo alternativas de ataque y defensa ponderadas, estimamos necesaria una tregua en la lucha, deponiendo las armas en evitación de males mayores. Por ello reunidos todos los comités revolucionarios con el Provincial, se acordó la vuelta a la normalidad, encareciéndoos a todos os reintegréis, de forma ordenada, consciente y serena, al trabajo. Esta retirada nuestra, camaradas, la consideramos honrosa por inevitable. La diferencia de medios de lucha, cuando nosotros hemos rendido tributos de ideales y hombría en el teatro de la guerra, y el enemigo cuenta con elementos modernos de combate, nos llevó por ética revolucionaria a adoptar esta actitud extrema. Es un alto en el camino, un paréntesis, un descanso reparador después de tanto «surmenage». Nosotros, camaradas, os recordamos esta frase histórica: «Al proletariado se le puede derrotar pero jamás vencer.»»

¡Todos al trabajo y a continuar luchando por el triunfo!

81-10-1934 >

El Comité anarquista de La Felguera, por su parte, también lanzó un manifiesto que dice:

C.N.T.-A.I.T. COMITÉ REVOLUCIONARIO DE LA FELGUERA A LOS TRABAJADORES Y A LA OPINIÓN

¡Compañeros! Animados y fortalecidos por un ideal de redención, deseosos de trastocar todo el basamento de la sociedad capitalista y estatal, creímos llegado el momento de entregarnos por entero a la revolucionaria pelea para acabar con el odio, el privilegio y el mal. Mas la lucha que por vosotros fue encadenada, después de entregaros a ella con todo corazón a nuestro lado, nos creemos, por el momento, vencidos, aunque no eliminados para continuar actuando y laborando para un golpe más certero que nos coloque en la cima de nuestra aspiración.

Por el momento os decimos que, rendidas por completo las fuerzas de combate y agotada toda la munición, principal elemento de lucha y resistencia, nuestra única misión es deponer por un tiempo prudencial de nuestra actitud y seguir en la sombra abonando y laborando hasta plasmar en realidad la destrucción del régimen presente. Así pues, ya que vuestra gesta fue brava, valiente, heroica, pero que se estrelló contra la fortaleza de los indeseables que nos han vencido, no nos queda más que hacer un forzado descanso, un inesperado frenazo en el carro del avance y organizar nuevamente la vida ordinaria del trabajo, con un recuerdo para nuestros hermanos caídos en la lucha titánica y con un desprecio para nuestros verdugos que quedaron con vida. Que el dolor nos mantenga unidos hasta la victoria.

Que la próxima nos sea más grata. Cuándo será, no lo sabemos; pero de ella participaremos, porque nuestro ideal anima, hace vibrar nuestro impulso y acelera la marcha de nuestro tren revolucionario. El ideal no muere, vive en nosotros, vive en todos. El es más fuerte que nuestra voluntad. En nombre de este ideal: ¡salud!

¡Viva la CNT! ¡Viva la Anarquía! La Felguera, 18-10-1934

En pocos hogares obreros estos manifiestos fueron leídos sin lágrimas en los ojos.

Al día siguiente López Ochoa cumplió su promesa de no llevar tropas coloniales con él entrando en Sama a la hora convenida, rodeado por el Tercio precedido de una insolente matrona, «cantinera» de la Legión, los instintos de la cual son bien conocidos por los moros del Marruecos español, y la cual muy a menudo sigue a sus amantes de la Legión con el brazalete de la Cruz Roja. El año 1925, en Benkarrich, tuvo valor suficiente para dejarse fotografiar al lado de soldados de la Legión clavando el palo de una bandera de la Cruz Roja en los ojos de una cabeza de moro cortada que un compañero suyo llevaba por los cabellos. Aquella mujer y aquellos soldados son los del coronel Yagüe, los que llevaba con él el general López Ochoa a despecho de sus solemnes promesas. Los mismos del hospital de Oviedo. Los mismos de Villafría, los mismos de Campomanes, los mismos del cuartel de Pelayo.

Los obreros de Sama presenciaron la profanación de los pueblos de la revolución con rabia que les costó contener. Mucho más aún, ante las tropas que mancillaban las calles de aquellos pueblos que habían visto la revolución triunfante, se fueron hacia la montaña a luchar al lado de los que habían huido antes. Más valía morir entre la nieve que sufrir la esclavitud que les esperaba.

Incendian la biblioteca

Al cabo de pocas horas de la entrada de las tropas en Sama — en otros pueblos pasó lo mismo— unos oficiales de López Ochoa, mientras otros preparaban la represión física, empezaban la represión moral. Entraron a saqueo en el Ateneo Obrero y en la plaza pública, delante del pueblo sorprendido, aquellos vengadores de la Biblioteca de la Universidad de Oviedo, aquellos hombres que iban a Asturias en nombre de la cultura, como otras veces habían ido a Marruecos en nombre de la civilización, hicieron una hoguera con cerca de medio millar de libros. ¡A los obreros no les hace falta saber leer! ¡Los libros envenenan el espíritu! ¡Fue el fuego que con más satisfacción contempló la burguesía asturiana! En la ignorancia de los obreros está la garantía de la permanencia de su dominación.

La selección de libros fue hecha por un capitán con mentalidad de cuartel. Un oficial que hubiera tenido otra mentalidad, otra que la de aquel que en una campaña en Marruecos lanzó una filípica a un soldado porque leía Telémaco y no tenía novelas del Caballero Audaz, no habría cometido la vileza de quemar libros. Esta es una función que corresponde a los inquisidores y a los bárbaros modernos del fascismo. Entre los libros que desaparecieron figura una edición de lujo del Quijote —Cervantes también puede ser subversivo—. Desapareció también una Summa Artis. Los obreros no necesitan conocer el arte. Su arte ha de ser el pico y la mina. Cualquiera otra cosa no hace sino destruir su sencillez. Sabrían más que sus burgueses, que no tienen preocupaciones por cosas tan fútiles. El Estado ya paga a sus sabios. El resto de los ciudadanos no han de preocuparse sino de trabajar los unos y los otros, de vivir del trabajo que no hacen.

Al contrario que el general, los revolucionarios supieron cumplir las promesas hechas. En cuanto a la entrega de las armas, era completamente imposible al Comité Revolucionario controlarlo. Los obreros que las escondían obraban por instinto y por experiencia. Sabían que la burguesía nunca cumple la palabra dada a los obreros sino cuando éstos pueden imponer el cumplimiento por la fuerza.

Los prisioneros de los revolucionarios

Los prisioneros fueron liberados todos y se hizo todo lo que hizo falta para evitar represalias en aquellos momentos de desesperación de la derrota.

Ignacio Núñez, en su relato *La Revolución de octubre de 1934*, explica la liberación de prisioneros de Turón y cómo el sacerdote José Fernández, prisionero en aquel pueblo, dice:

«Al sernos comunicada la noticia (se refiere a la libertad de los prisioneros decretada por el Comité Revolucionario al pactarse la retirada general), nos negamos a abandonar la Casa del Pueblo, temerosos de que los grupos de fugitivos nos asesinasen, pedimos que nos dejaran permanecer en aquel lugar hasta que clarease el día. Los revolucionarios en la Casa del Pueblo nos hicieron ver que no podía ser, pues ellos mismos pensaban huir, y si los prisioneros se quedaban solos en el edificio el peligro sería mucho más grande. Ante los ruegos acordaron acompañarnos hasta casa escoltados por una guardia de veinte hombres armados, y como no queríamos ser separados, fuimos todos a las casas de los ingenieros. Una vez allá, uno de los ingenieros les hizo notar que si los grupos penetraban en la casa no disponíamos de medios de defensa de ninguna clase, y los mismos guardianes nos dejaron armas

de las que ellos llevaban.»

¡Cuántas de aquellas armas que los revolucionarios de Turón dieron a los ingenieros no habrán servido después para amenazarles cuando no quieren doblegarse a las exigencias del capataz!

La Comuna Asturiana, triunfante quince días, había caído chafada por los ejércitos de la reacción y gracias a la poca consistencia revolucionaria de los dirigentes del proletariado en el resto de España.

La culminación de la barbarie de las tropas que habían entrado en Oviedo había de ser el asesinato del periodista Sirval por el teniente ruso Dimitri Ivanov de la Legión.

La muerte del periodista Sirval

Las autoridades que conocían a Sirval sabían que no haría como otros periodistas madrileños que habían ido con él a Asturias. Sabían que no callaría ninguna de las verdades descubiertas, y lo encarcelaron. Pero Sirval ya tenía conocimiento de lo que había pasado a la entrada de las tropas. Sabía lo suficiente para hacer levantar de indignación a todos los ciudadanos con vergüenza de España y del mundo entero, para manifestar cuál había sido el comportamiento de aquellas tropas que, según Diego Hidalgo (El Notario español en Rusia), habían sido llevadas a Asturias por su mejor disciplina. Para asegurar mejor la venganza por el terror pasado por los ministros ante la insurrección, debería haber dicho. El teniente de la Legión Ivanov, conocedor de lo que sabía el periodista, fue al cuartel y lo hizo sacar del calabozo donde lo tenían recluido con otros prisioneros. Sirval se despidió de sus compañe-

ros de cautiverio seguro de la suerte que le esperaba. Conocía cómo era de implacable y de inhumano el enemigo que él había ofendido con su curiosidad.

—Tú eres periodista y sabes muchas cosas, ¿no es cierto? — le dijo el teniente.

Sirval calló y lo miró con desprecio. No quería darle el gozo de hacerle oír su voz, que podría ser temblorosa, no de miedo, sino de emoción.

—Pues no te servirá de nada saberlas.

Sirval intentó justificarse. Quería salvar la vida. Toda esperanza era inútil. El teniente Ivanov y el teniente Florit, que le acompañaba, le hicieron poner de cara a la pared, y antes de que hubiese acabado de girarse, sin escuchar sus ruegos ni sus exclamaciones, le dispararon sus pistolas a quemarropa. Uno de los pocos testigos de las barbaridades que las fuerzas habían cometido en Asturias, y que habría estado dispuesto a denunciarlas, había muerto. Era un buen escarmiento para los otros periodistas, si es que alguno pensaba hablar y decir la verdad.

Al cabo de dos días los otros periodistas que no sentían repugnancia por llenar de lodo a los revolucionarios tuvieron miedo por sí mismos y abandonaron Oviedo.

XVII.

CARBAYÍN

La represión

Derrotada la insurrección, el terror planea sobre los hogares obreros de Asturias. Sus alas negras de cuervo oscurecen el cielo y tapan el horizonte. ¡Qué suerte, los que han caído! ¡Afortunados los que han huido a la montaña!

Las iglesias, ¡lugares sagrados!, se han convertido en cárceles, en lugares de tortura para los vencidos; las escuelas en cuarteles; las Casas del Pueblo, en fortines de la reacción; los caminos en calvarios; los barrancos, en cementerios que ofrecen cadáveres a la lluvia, a las aves de rapiña. ¡Hacia años que los pueblos de las cuencas mineras no sentían aullar al lobo! ¡Aquel perro de Sama que lloraba día y noche había perdido a su amo y no había de volver a verle nunca más! Aquellos niños que habían presenciado cómo su padre era fusilado, cómo su madre era maltratada, cómo su hermano era torturado, cómo su hermana era mancillada por los bárbaros. Aquellos ríos que bajaban al mar contando los secretos de los hombres mantenidos en sus aguas frías horas y días. Aquel aire que nunca más podría hacer otra cosa que llevar de un lado a otro de la tierra los gemidos y blasfemias que había escuchado día y noche. El aire se había vuelto viento alocado, y ya nunca más sabría acariciar la hierba ni peinar pinos y castaños. Corre, corre, dando vueltas a la tierra, huyendo de los gritos de dolor, de los chillidos de espanto, de las exclamaciones de rabia. No sabe dónde dejar su carga monstruosa, en el mediodía de Francia arranca árboles, en el Mediterráneo destroza barcos, en Asia central derriba casas, en el Japón provoca incendios. ¡Volverá, volverá aquel aire que, loco, se ha vuelto viento! En su vientre embarazado llevará los aullidos de ayer que no habrá podido dejar en el Atlántico ni le habrán hecho olvidar las inmensidades del Pacífico. Ni los

rayos de las tempestades habrán tenido suficiente fuerza para liberarlo de aquella carga pesada que llevará en su vientre grávido por los siglos de los siglos. ¡Los niños de hoy, mañana hombres, cuando lo oigan pasar con sus aullidos extraños, mitad de fiera salvaje, mitad de hombre torturado, temblarán acurrucados en sus hogares y recordarán el deber de la venganza! ¡Nunca más podrá ser olvidada la venganza de aquellos días de horror!

¿Querriáis que en este capítulo os contara las bellezas de la paz reconquistada? ¿Las suaves bellezas del paisaje de Asturias? ¡Escuchad la paz que reconquistaron los obreros revolucionarios de Asturias a la llegada de los salvadores del orden! ¡El paisaje de sangre que recubrió el de los verdes suaves! No hace falta ningún orden cronológico ni de otra clase en la narración. Volveos hacia el lado que queráis: hallaréis los mismos horrores, sentiréis el mismo hedor de sangre y de cadáver torturado.

¿Carbayín?

¡Tanto da! Si queréis, pues, Carbayín. ¡El pacto de López Ochoa y Belarmino Tomás!

Hasta el día 21 de octubre de 1934 Carbayín era un pueblo como todos los otros de la cuenca minera de Asturias. Ni demasiado limpio ni demasiado sucio, no muy grande, con bocas de mina en cada lado. Todos los hijos de Carbayín habían pasado una, dos, cien veces por aquellas bocas que se tragan hombres. Todas las mujeres habían escarbado una, dos, cien veces las escombreras² en busca de un poco de carbón para hervir la olla. ¡Hay demasiado carbón en Asturias para que los pobres puedan tener para su uso!

Carbayín es un cementerio

Ahora Carbayín es esto: ¡Carbayín! ¡Y un cementerio! Los cadáveres ya no están, pero Carbayín es un cementerio. Lo saben muy bien aquellos vecinos que el día 24 por la noche fueron obligados por los guardias de asalto a abandonar sus hogares. La precaución resultó inútil. La noche llevaba hasta sus refugios los aullidos de dolor y espanto, los últimos vivas a la revolución y, después, el silencio más trágico, más desfavorido, más chillón que los ayes y gemidos.

Pueden decirlo aquellas mujeres que el 27 por la mañana, atraídas por la tragedia, llegaron a las escombreras y vieron un puño que salía de la tierra empapada, negra como el carbón. Una rodilla que pugnaba por escapar de la mortaja de tinieblas. Pueden decirlo las madres y hermanas que, locas, caminaron, caminaron, de Sama, de Sotondrio, de Ciaño, de La Felguera, y con las uñas rascaron, rascaron hasta encontrar los diecinueve cadáveres mutilados, destrozados a golpes, sin ojos. Pueden decirlo aquellos mismos guardias civiles que presenciaron el trágico desentierro: lloraron y no tuvieron tino para cumplir el deber que les imponía su condición viril.

¡Oh, los valientes militares españoles! ¡Las mujeres y los niños de Asturias saben mucho de su heroísmo y de su caballeridad!

El día 21, dos días después que López Ochoa, en la plaza de la República, de Sama, preguntó para ir a Sama, Benjamín García García es detenido mientras dormía en su casa de Lada (Langreo). Era carnicero. Pocos días antes de la insurrección había tenido una discusión con un guardia civil a causa de un carnet de conducir. Lo cogieron tres guardias civiles. Lo llevaron a la cárcel establecida en el colegio de monjas de

Sama. En las últimas elecciones Benjamín se había distinguido trabajando para la candidatura de la C E D A. Una excesiva complacencia de los revolucionarios le había evitado la cárcel durante la insurrección. Gil Robles y Melquíades Álvarez le pagaban el trabajo enviando a su casa a la guardia civil y llevándolo a suplicio.

José Meana Menéndez, de La Felguera. Fue detenido el día 21 delante de su esposa y cuatro hijos pequeños. El otro, mayor, Laurentino, de dieciocho años, fue cogido con él. Los detuvo el sargento de la guardia civil de La Felguera. Este mismo día el mismo sargento y dos individuos practicaron la detención de Eloy Vallina, de La Felguera, minero, de treinta años, y su hermano Honorato, que yacía herido en la cama de un tiro en la pierna. El sargento le predijo la muerte. — ¡Pronto pasará por encima de tu cadáver, bandido! —le decía, mientras le daba golpes con la pistola.

Antero Valdés Pañeda, de La Felguera, de veintiocho años, obrero de la fábrica de hidrógeno. Dejó dos hijos.

Fausto Freijedo, cartero de Sama. Su hermano había muerto en Ciaño cuando quería salvar la vida a los guardias civiles de aquel pueblo, el cabo era su cuñado. Lo hizo detener el célebre policía Magadán, que después de la derrota de la insurrección había de aprovechar la vida que le habían dejado graciosamente los revolucionarios para volver a perseguir obreros.

Gumersindo Yáñez Fernández, minero y operador de cine. Casado, dejó dos hijos.

Agustín Amil Feito, barbero, de Torre de Abajo, Langreo. Fue detenido por un guardia civil y un suboficial del ejército. Este suboficial, aprovechando la información que la familia quiso saber del detenido, acompañó a la madre y a la hermana

hasta su casa, donde las amenazó con la pistola diciendo que él tenía orden de matar a Agustín, y que lo haría si no le daban nombres de amigos suyos. Un chófer de la guardia civil advirtió a estas mujeres desafortunadas que todos los que se sospechaba que habían participado en el movimiento eran asesinados sin trámites legales de ningún tipo.

Tomás Centeno Moreno, de veintiocho años, maestro de Hue-ría (San Martín del Rey Aurelio). Era cedista militante. En su escuela fueron halladas pistolas y municiones. La escuela había sido utilizada como oficina por el Comité Revolucionario.

Manuel Suárez Fernández, de veintitrés años, del mismo pueblo que el anterior. Fue detenido a la misma hora por los soldados.

Cándido Díaz Sánchez, cabo de los municipales de San Martín del Rey Aurelio. Al saber que el general López Ochoa había entrado en Sama se puso en comunicación con el alcalde de este pueblo por teléfono y pidió fuerzas para mantener el orden. También fue detenido por los soldados. El mismo día que lo cogieron había contado a la mujer de David García, de Santa Ana, en la casa del cual vivía, que un capitán que mandaba las fuerzas que habían entrado en la población le había quitado trescientas pesetas que llevaba encima y una cadena de oro.

Ángel Vallina Menéndez, de dieciséis años, minero, de la Vega (San Martín del Rey Aurelio). Fue detenido por soldados del mismo regimiento, los cuales iban acompañados de un cabo de la guardia civil que había sido comandante del destacamento de La Oscura.

Gerardo Noriega, de veintinueve años, obrero de la Duro-Felguera. Hijo de La Envernita, San Martín del Rey Aurelio.

Fue detenido el día 23 cuando salía de casa del médico de consultar una enfermedad del estómago. Al ser detenido le dieron tal puntapié en los huevos, que al cabo de pocas horas orinaba postmortem. Dejó una hija de cinco años.

Ernesto Vázquez de la Fuente, de veinticinco años, minero, detenido en la Oscura el día 20 por soldados del regimiento número 32.

Antonio Flórez Peón, de treinta años, minero, soltero, vecino de Sotondrio. Fue detenido el día 20. Era hijo único de una viuda anciana, la cual desde los sucesos, un poco alterada en sus facultades mentales, vivía en una casa del propio cementerio de Valdesoto, donde fueron llevados los cadáveres al ser descubiertos por los vecinos.

Celsio Rodríguez Iglesias, de treinta años, fue detenido por el cabo de la guardia civil de Sotondrio y un piquete de soldados.

Alejandro García Castaño, de cuarenta y cinco años, casado, guardia municipal de San Martín del Rey Aurelio. Fue detenido el día 20 por fuerzas del regimiento de infantería número 32.

Estos son los mártires de Carbayín.

Todos ellos estuvieron presos en el colegio de monjas de Sama, convertido en cárcel hasta el día 24 por la noche. Aquel día fueron cargados en una camioneta que llevaba el número 8.999 de la matrícula de Oviedo para llevarlos, según decían, a esta ciudad. Nunca más nadie había de verlos vivos, ni tan sólo sus cadáveres enteros.

La tragedia

El día 25 por la mañana, una hermana de Fausto Freijedo, al ir a llevarle la comida, como tenía por costumbre, se encontró con que no estaba en la cárcel del colegio. Había sido sacado con otro la noche antes y llevado en vehículo. Un hermano que hasta entonces se había podido salvar de la represión fue a Oviedo y a Gijón. En ninguna de aquellas cárceles encontró al hermano ni a ninguno de los presos que habían desaparecido de Sama. Regresó a este pueblo a hacer indagaciones. Un anciano que desde el día 20 hasta el día 25 por la noche había estado preso en el cuartel de la guardia civil de Carbayín, atado de pies y manos, de rodillas sobre unas piedras muy finas que se le incrustaban en la carne, el día 25 por la noche había oído como los guardias se pedían unos a otros cuerdas muy gruesas y cómo por teléfono preguntaban a Oviedo dónde habían de ser llevados los cadáveres. En Oviedo no sabían nada de cadáveres y les contestaron que no sabían que hubiese habido ninguna batalla. Las investigaciones eran inútiles. Los desaparecidos no salían por ningún lado.

Pero sobre aquellos pueblos se gestaba la tragedia. Hacía dos días que corría el rumor de que los vecinos de unas casas de La Coruxona habían oído gritos y gemidos la noche del 24 al 25.

Salieron las mujeres, en peregrinación carretera abajo, hacia las escombreras de Carbayín. Era su última esperanza, y el corazón se les encogía al pensar que aquellos gritos y aquellos gemidos podían ser de sus hijos, hermanos, esposos y padres. La lluvia pegaba la ropa a sus piernas, mojaba sus cabellos, que no se agitaban al viento. La lluvia les había de indicar el camino del dolor, el lugar de la tragedia. Aquella

llovía caída horas y horas había puesto al descubierto el puño que amenazaba al cielo, la rodilla que se quería escapar de la mortaja negra.

Aquellas mujeres que habían escarbado tantas veces escombreras buscando carbón, ahora escarbaban en busca de cuerpos queridos.

Fausto Freijedo, muerto, con la mano cerrada al aire, indicaba a aquellas mujeres el camino de la venganza. Pocos lamentos y pocos lloros se oyeron durante el tiempo de aquel trabajo macabro. La noche los sacó de allá; la noche y la necesidad de esparcir por todos los pueblos la nueva del trágico hallazgo, la necesidad de hacer participar a todo el mundo: hombres, mujeres y niños, en su dolor. Todos los pueblos se habían de congregarse allá para renovar el juramento de venganza. Pero al regresar al día siguiente los guardias civiles habían tornado los alrededores del trágico cementerio. No querían que la madre viese al hijo; la hija, al padre; la esposa, al marido; la hermana, al hermano. La debilidad enfurecida de aquellas mujeres pudo más que el corazón de granito de los guardias civiles. Los fusiles que ya se habían levantado contra aquellas mujeres llenas de rabia se abatieron y dejaron paso.

Freijedo, el cual con el puño al aire había sido el guía, el indicador, tenía dos heridas de arma blanca al lado del estómago que le atravesaban el cuerpo de parte a parte; las manos crispadas, una cuerda atada al cuello y la lengua fuera; la cabeza chafada a golpes, evidentemente con un trozo de raíl que había en la misma fosa lleno de sangre, y con puñados de cabellos pegados.

José Meana Menéndez tenía la cabeza chafada. Su hijo Laurentino, de dieciocho años, tenía una herida de arma blanca que le entraba por el mentón y le salía por la cabeza. Eloy

Vallina tenía una herida que le habría el pecho y el vientre. En la boca abierta le faltaban los dientes, arrancados a golpes. Su hermano Honorato tenía los ojos sacados, la nariz cortada, le faltaban los dedos de las manos y le habían arrancado trozos de piel de la cabeza, que le habían puesto a manojos en la boca.

Antero Valdés, de tan desfigurado que estaba, no pudo ser identificado por su hermano sino con la cartilla militar y unas fotografías que el cadáver llevaba en el bolsillo. Gumersindo Yáñez Fernández, al ser desenterrado todavía perdía sangre fresca por una herida de la sien izquierda. Tenía las manos crispadas, y a su lado se hallaban unas piedras sucias de sangre. Manuel Suárez Fernández tenía la cabeza medio partida, y el hueso frontal le caía sobre la boca, que tenía desgarrada.

José María Vega tenía la cabeza deshecha a golpes de machete. Cándido Díaz había muerto a golpes de machete y estaba atado a los de los cadáveres de sus compañeros. Angel Vallina, de dieciséis años, había sido muerto de un golpe de machete y su cuerpo maltratado. Gerardo Noriega, Ernesto Vázquez y Alejandro Díaz habían tenido la suerte de ser muertos a tiros. Celsio Rodríguez Iglesias había muerto a golpes como la mayoría de sus compañeros.

El espectáculo de aquellos cuerpos jóvenes destrozados no se puede describir, como no pueden ser descritos el odio y el dolor de aquellas mujeres que lo presenciaron. Su recuerdo ha de perdurar a través de los años y ha de ser pasado de padres a hijos, con el encargo sagrado de la venganza.

Los guardias civiles, de acuerdo con el juez, cargaron los cadáveres y los llevaron a Oviedo. Nadie quería hacerse cargo. Después fueron enterrados en el cementerio de Valdesoto, donde han sido «descubiertos» el mes de junio de 1935 por las autoridades. El juez militar ha intervenido en el «descu-

brimiento». Al interrogar a las familias de los torturados les preguntaba si tenían el convencimiento de que los autores fueron guardias civiles a las órdenes del teniente Alonso³, hermano del capitán muerto en Sama. Todos invariablemente, le han contestado que sí. No han servido de nada las amenazas sobre las responsabilidades que contraen al hacer estas afirmaciones. Todos ellos indican con valentía a los autores de los asesinatos, sin, por supuesto, ninguna esperanza de que las autoridades hagan nunca justicia por aquellas muertes tan horripilantes. Esperan hacerlo un día ellos mismos ayudados por todo el proletariado.

Doval

¿Tiene Doval alguna relación con los sucesos de Carbayín? No es seguro que fuera un complicado directo, pero sí lo es que tenía conocimiento de ello y quién sabe si hasta fue el impulsor del teniente Alonso. Doval, conocido por los obreros asturianos con la misma fama que Arlegui y Martínez Anido en Cataluña, llegó a Oviedo el día 24, enviado por el Gobierno. El ministro señor Cid, en una conversación con los periodistas, hablando de su nombramiento decía, según La Voz de Asturias del día 28 de octubre, columna cuarta de la página primera: «Dijo también que el nombramiento del señor Doval para ejercer funciones de policía en Asturias, con facultades amplísimas, es un gran acierto del Gobierno que ha tenido efectos inmediatos.» Más abajo, en las mismas manifestaciones, indicando uno de estos aciertos, dice: «Precisamente ayer fueron muertos 27 de estos individuos que componían una de estas guerrillas.» No hay ninguna duda de que el ministro se refiere a los muertos de Carbayín únicos que en

gran cantidad fueron hallados aquellos días. El error del número se explica, ya que, aparte de los cadáveres de Carbayín de que nos ocupamos, llamado Carbayín de Abajo, fueron hallados más muertos en otro lugar llamado Carbayín de Arriba.

Diego Hidalgo, en su libro, *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra?*, en la página 87 dice:

«Precisaba encomendar la tarea, dura e ingrata, difícil y peligrosa a alguien que, manteniendo la unidad de dirección, reuniese condiciones extraordinarias. Era preciso elegir a quien poseyéndolas en el orden personal y profesional conociese bien la Región como requisito indispensable para que diera fruto en corto tiempo la ardua labor. Encontré a quien reunía en más alto grado estas circunstancias: el comandante Doval. Catorce años en la región asturiana, entrega entusiasta a las actividades profesionales, afición, sagacidad, valentía, arresto, juventud y abnegación. Este fue el bagaje que llevó a Asturias el comandante Doval.» (Una de las medidas que la República había tomado había sido la de sacar de Asturias al comandante Doval. Diego Hidalgo lo regresaba porque tenía afición al trabajo de verdugo que se le encomendaba). Más abajo el ex ministro de la Guerra, en la página 92 de su libro, dice: «Si le dejan actuar con desembarazo vencerá, pero tendrá que vencer a más de las dificultades inherentes a su misión, otras de distinto carácter.» «Doval tiene que estar siempre provisto del documento que yo le entregué.»

¿Cuál debe ser este documento que le dio El Notario español en Rusia y que parece que ha de servirle para vencer las otras dificultades que no pueden ser otras que la repugnancia posible de sus colaboradores a cometer barbaridades?

Una carta

La madre de Flórez, que intervino para salvar la vida a guardias civiles de Sotondrio que se creía que estaban en peligro, ahora, medio perdida la razón, es una acusación viviente, como ninguna otra contra aquellos asesinos y sus instigadores ministros o simplemente militares graduados. No querría la muerte de los que mataron a mi hijo: los perdono ¡No querría sino que la conciencia les recordara siempre lo que hicieron con él y sus compañeros! —dice en medio de la somnolencia en que vive su cerebro. Una carta de los compañeros de su hijo en el exilio es su consuelo y su preocupación. Quieren vengarse —dice—. Quizá tienen razón; yo querría el triunfo de la revolución que mi hijo soñaba, pero sin sangre. Pero quiero que todas las madres de España sepan cómo murieron los hijos de las madres asturianas. ¿Se lo diréis? ¿Se lo haréis saber? Se lo prometimos, cumplimos la promesa hecha a una madre.

La carta que los compañeros de su hijo le enviaron desde el exilio dice:

Salud: Los abajo firmantes, un grupo de emigrados políticos en un pueblo de Francia, que hemos llegado a estas tierras después de mil calamidades, nos dirigimos a ustedes en recuerdo del hijo y hermano y camarada nuestro, vilmente asesinado.

Aunque con algún retraso, hemos podido saber lo hecho por las canallescas fuerzas mercenarias en el cuerpo de Antonio y de cientos de compañeros más. Es la lucha por un mundo mejor y hoy caen unos y mañana caeremos otros; sabemos que nuestro Antonio ha caído como saben morir los abnegados luchadores, con verdadera entereza frente a sus verdugos.

Nos damos perfecta cuenta de lo que es perder para siempre un buen hijo y hermano y para nosotros un camarada, pero les alentamos a que tengan valor y arrojo para en no lejana fecha poder vengar tanto crimen.

Les rogamos que cuando le sea oportuno, sobre su tumba fría; pero cálido espíritu, depositen un ramillete de rojos claveles en nuestro nombre.

Terminamos ésta nuevamente indicándoles tengan valor y entereza para sobrellevar la falta del hijo muerto, del bueno de Antonio. Le vengaremos.

Es el ánimo y la esperanza imperante en Asturias después de la insurrección. Las fuerzas reaccionarias ya sabían que se hacían al querer destruir físicamente a todos los obreros asturianos, pero aunque lo hubieran conseguido no habrían evitado esta venganza ni el triunfo de la revolución. Tanto lo uno como lo otro viven en el ambiente, se respiran en el aire, están impregnados en la tierra calada de sangre, se deslizan en el agua de los ríos, salen con la vaharada húmeda de la mina. Matarían a todos los obreros de Asturias que han conocido la tragedia, y los que los suplirían sentirían cómo el viento, el aire y los árboles y los mismos pájaros que vuelan por el cielo de Asturias les indicarían el camino que habían de tomar para la venganza y el triunfo.

XVIII.

COMO SE ATORMENTABA A LOS PRISIONEROS

La represión más sangrienta

La represión de la insurrección asturiana ha de pasar a la historia del proletariado como una de las más violentas y sangrientas. La burguesía española puede estar satisfecha y agradecida a sus mercenarios. Si no han podido elevar al país a nivel de pueblo capitalista, en sistemas represivos no tiene nada que envidiar al fascismo de Hitler de la supercapitalista Alemania, ni a Mussolini. En alguna cosa habían de saberse distinguir. No siempre España había de ir a la cola de Europa. Ahora, entre los toros y los sistemas represivos ya ha encontrado un motivo de orgullo. Se ha convertido en una primera potencia. Es un honor que no puede ceder a nadie. Los eternos detractores del retraso de España habrán de callar de una vez: España se ha vuelto un país ejemplar, sus métodos de represión servirán de ejemplo y habrán de ser adoptados por los países que se hallen con una insurrección proletaria por dominar, y eso sin que la democracia pierda su virginidad, sin que haga falta establecer el fascismo. Esta necesidad no la sienten sino pueblos de cabeza cuadrada, países de fantasía limitada. La tierra del sol, de las castañuelas, del buen vino, de las naranjas, del toreo y el canto flamenco puede vivir en democracia y poner a los obreros a raya. Lo habían demostrado las izquierdas en el Gobierno y lo acabó de evidenciar el gran amigo de los obreros, aquel hombre de corazón, según algunos anarquistas, que se llama don Alejandro, el impulsor de la quema de conventos del año 1909, puesto al servicio de los jesuitas a través de su hombre de confianza Gil Robles.

Para relatar cada uno de los casos sangrientos de la represión asturiana haría falta un volumen tres veces más grueso que este que ahora leéis. Además, sería una lista interminable de nombres, seguidos de la relación de unos tormentos que si de

entrada ponen los pelos de punta, en la repetición, ante la consideración de que unos hombres hayan podido idear algo parecido, la primera indignación se convierte en asco y después en odio. Nos limitaremos, pues, a informar de algunos, sin la pretensión de que sean los más ejemplares ni tampoco los más sobresalientes. De unos informamos por tratarse de hechos que han llegado a las páginas de la prensa por propia imposición del Gobierno, que los quería utilizar para combatir a los revolucionarios; de otros será el azar, entre millares, el que los habrá puesto a nuestro alcance con más facilidad.

Los cadáveres enterrados y quemados en Oviedo

Queremos empezar con la reproducción de un recorte del libro del reaccionario Ignacio Núñez, La Revolución de octubre de 1934. Dice: «De Oviedo comunicaban el día 26 de octubre: En el Hospital Provincial manifestaron a los periodistas que del día 13 hasta hoy habían sido enterrados en el cementerio de la capital 600 cadáveres, y que del día 5 hasta el 13, los cadáveres recogidos por la capital y alrededores ascendían a 1.276. El ochenta por ciento corresponden a los revolucionarios.»

«Hasta el día 13 habían sido hospitalizados 396 revolucionarios y una cifra de militares equivalente a la mitad de los nombrados.»

Esta cita, que el amigo de Mosén Tusquets da en su libro, ha sido muy poco meditada. Uno de los argumentos más fuertes que el Gobierno y los reaccionarios emplean contra los revolucionarios son las barbaridades que dicen que cometieron y la manera horripilante como asesinaban a la gente sin miramientos. Pues bien: el señor Núñez en su información nos

dice que el ochenta por ciento de los 1.276 cadáveres que recogieron del día 5 hasta el 13 corresponden a los revolucionarios. Tal como se desarrollaron los hechos, durante los días que la revolución fue triunfante o al menos tuvo a las fuerzas sitiadas en los cuarteles lógicamente no podía producirse un número tan grande de muertos. Estos, pues, en su mayoría han de corresponder precisamente a los últimos días y seguramente al mismo día 13. Del día 13 hasta el 26 en el cementerio habían sido enterrados seiscientos cadáveres. ¿De dónde salen estos cadáveres? ¿Se producen por milagro? Más aún: ¿de dónde los recogen las tropas?, si la lucha continúa casi en toda la ciudad, lucha que no permite que hagan la limpieza de cadáveres de sus alrededores. Evidentemente entre esos seiscientos están los muertos del hospital y del cuartel de Pelayo, los cuales de momento fueron enterrados en el patio del mismo cuartel. Y a Núñez todavía le falla un dato que ha sido callado por casi todos los escritores reaccionarios que han hablado de la insurrección de Asturias: el horno crematorio de basuras que fue utilizado durante más de ocho días para quemar cadáveres. En aquel horno se quemó el cadáver de Aida Lafuente y el de su compañera. A los obreros que trabajaban en el horno se deben los detalles que pueden hacernos asegurar que la compañera de Aida fue violada por los soldados de la Legión que tomaron Monte Naranco.

La realidad es que cementerio y horno crematorio difícilmente daban abasto para hacer desaparecer los cadáveres que dejaban a su espalda las tropas del general López Ochoa y el coronel Yagüe.

Durante los días que la victoria estaba indecisa, cuando los valerosos oficiales de la Guardia de Asalto y del ejército corrían el peligro de caer en manos de los revolucionarios, los prisioneros que habían hecho hasta entonces en Oviedo no

eran muy maltratados. Los tormentos empezaron a hacerlos cuando ya daban la victoria por segura, cuando pensaban contar con la impunidad.

Javier Bueno

Javier Bueno había de ser una de sus víctimas predilectas. No le podían perdonar los malos ratos que había hecho pasar a todos en el período preparatorio de la insurrección y el hecho de haber tenido que tragarse los escritos que publicaba en su diario. Con el caso de Javier Bueno quedó muy manifiesto lo que significaba realmente para cierta clase de periodistas aquello que acostumbran a llamar solidaridad profesional. Los otros periodistas de Oviedo sabían que Bueno había sido encarcelado antes de la insurrección y que, por tanto, no había intervenido en los hechos de armas, y también sabían que era torturado en el cuartel de Santa Clara, y ninguno de ellos, que seguramente debían haber invocado más de una vez la sagrada palabra de solidaridad para obligarlo ante las autoridades socialistas de Oviedo, protestaba por los tormentos que se infligían a un compañero. Y no es excusa, decir que los periodistas reaccionarios y la burguesía de Oviedo no sabían nada. Nadie ignoraba en Asturias lo que pasaba en las cárceles, y todavía menos que nadie los periodistas reaccionarios y la burguesía, que tenían como motivo de esparcimiento los comentarios de los tormentos y asesinatos que se cometían.

Otra prueba de la tan elogiada solidaridad entre periodistas es el caso de Víctor de la Serna escribiendo vilezas a sueldo, sabedor como era de los hechos, en el opúsculo oficial de los hechos de octubre. El premio a tanta bajeza había de ser, además del dinero que cobró, el nombramiento de su madre,

la escritora Concha Espina y su cuñado, el guitarrista Sáinz de la Maza, como embajadores extraordinarios en las fiestas del Centenario de Lima.

El defensor de los asesinatos de Casas Viejas podía estar satisfecho. Uno de los oficiales que intervino, el teniente Artal, también era uno de los verdugos de obreros de Asturias y, además, lo recordaba a sus víctimas. Se olvidó de consignarlo en su opúsculo, y, en cambio, puso aquella historia de la forunculosis de Javier Bueno, que fue acogida con gran risotada por todo el país. Víctor, el hombre que consiguió que los anarquistas de Barcelona lo admitiesen entre ellos para hacer reportajes y después llenarlos de lodo, se había ganado una vez más la fama de hombre de imaginación privilegiada. Es digno de figurar en la galería de escritores ilustres que injurian a la clase trabajadora: entre Tomás Borrás y el Caballero Audaz.

Por Víctor de la Serna, y gracias al licenciado en Medicina señor Cobarros, y al director de la cárcel de Oviedo Ángel Llerín González, sabemos que Javier Bueno fue curado de forunculosis en la cárcel. Lo mismo afirma un certificado que firma el médico oficial de la cárcel doctor Abad, el recluso, a quien esta vez, aunque recluso, tienen la gentileza de llamarle don José María Prieto Miranda. Gracias a todos estos certificados todo el país ha podido saber que no es cierto que Javier Bueno fuese maltratado en el cuartel de Santa Clara por los guardias de asalto, y que no es cierto que le fuesen clavados hierros candentes en los brazos. Todo es fantasía pura. Es de creer que cuando Bueno pueda hablar con libertad, cuando pueda hacerlo de manera que no parezca que lo hace cohibido por amenazas, saldrá en defensa del honor de los que son acusados de verdugos suyos e incluso podrá demostrar que los asesinos de Carbayín se suicidaron para poner en un com-

promiso a las fuerzas enviadas a Asturias para restablecer el orden. Además, esto servirá para confundir a aquellos que dicen que a la llegada a Ceuta de las fuerzas de regulares que fueron a Asturias, las casas de préstamos fueron invadidas de objetos que los soldados, moros y españoles, llevaban de su expedición al norte de España.

Naturalmente también será una fantasía el hecho de que, junto con Vallina, regente de Avance, a quien hacían arrugar diarios y tragárselos, fuesen obligados a cavar una fosa donde decían que luego los enterrarían.

No vayamos a dedicar todas estas páginas a las torturas de Bueno y sus compañeros. Sufrieron como los otros revolucionarios que cayeron en manos de las fuerzas del Gobierno, y es justo que también hablemos de otros torturados y asesinados. Antes, sin embargo, queremos estampar los nombres de los que más se distinguieron en torturar prisioneros, aparte, naturalmente, del comandante Doval, que, después de ser nombrado para el cargo de comisario, fue quien lo dirigió todo.

En las Adoratrices de Oviedo y en la cárcel de esta misma población este trabajo tan honorable era llevado a término preferentemente por el capitán de la guardia civil, Nilo Tello, del cual ya hemos hablado en otros lugares. El capitán Tello, era conocido como un fascista y había sido uno de los organizadores de los primeros grupos que existieron en Asturias. Era ayudado por un chófer de la guardia civil llamado Abelardo Gómez, un sargento de cornetas del regimiento número 3, de guarnición en el cuartel de Pelayo, de Oviedo, de nombre Manzano, y por el agente de vigilancia Blázquez. Abelardo, cuando estaba cansado de pegar y en plena embriaguez de sangre, llegaba a morder la cara y el cuerpo de sus torturados.

También eran ayudados por el teniente Artal, del cual también hemos hablado. En Gijón dirigía los tormentos Manuel Bravo Portillo, teniente de la guardia civil y el cual parece que es hijo de Bravo Portillo de mal recuerdo entre los obreros de Barcelona. Atormentaban de acuerdo con un sistema.

Los tormentos eran realizados de acuerdo con una especie de método que partía de tres sistemas con variantes, según la fantasía de los autores y según la resistencia física o moral de los torturados:

El *Trimotor*, con variantes, consistía en colgar al preso del techo por los brazos, atados detrás. Una vez colgado, en muchos casos le colocaban pesos en los pies y en el cuello y le daban un movimiento de balanceo. Una gran parte de los que pasaban por esta prueba, que se cuentan por docenas, salían de ella con los brazos rotos.

El Baño María consistía en hacer desnudar al preso y tenerlo varias horas en un baño de agua helada. Cuando, abatido por el frío, lo sacaban, le daban una buena paliza. Otras veces lo tenían un rato en agua helada, y de súbito, lo ponían en agua casi hirviendo, alternándolo con palizas.

El Tubo de la risa no era otra cosa que el célebre *passage à tabac* tan conocido por los presos de Barcelona en la época de Badía y en la de Menéndez y en la de Martínez Anido.

En Oviedo se torturaba en todas las cárceles y cuarteles, pero el sitio que se ha hecho más célebre y allá donde actuaban más Nilo Tello y su ayudantes era en las Adoratrices — ¡nombre simbólico! —, antiguo convento de monjas que tiene todo el aspecto de una cárcel y que fue desalojado de monjas expresamente para llevar presos a torturarlos. Había, y hay todavía, unas habitaciones especiales destinadas a estos esparcimientos.

Sería curioso asistir al acto de retorno al edificio de las monjas que son sus propietarias y que lo cedieron para tan bello y honorable trabajo. Es de creer que aquellas santas mujeres procuraran hacerse con vergas e instrumentos que sirvieron para las torturas y los adoraran como a reliquias santas del orden y la paz sagrada restablecidos. Nilo Tello y sus compañeros deberán tener un oratorio dedicado. No se merecen menos. Si no lo hicieran así, las monjas no apreciarían cómo deben la santificación que han hecho de las paredes de su casa con la energía y abnegación que pusieron al servicio del restablecimiento de la paz y el orden que permitirá llevar nuevamente a España bajo la égida santa de la Iglesia católica.

Niní Lafuente

¿Casos? ¿Queréis casos? Acabaráis gritando: ¡basta! y quién sabe si dejaréis el presente libro como a un mal sueño.

Niní Lafuente, hermana de la heroica Aida muerta en Monte Naranco, fue detenida y obligada a estar completamente desnuda en una sala fría del cuartel de Pelayo, horas y horas de pie en presencia de todos los que la querían ver. Un guardia civil presente, al ver la juventud de la chica así maltratada — tiene unos dieciocho años— no pudo impedir que le brotaran algunas lágrimas. El capitán de la Legión que ordenaba esto se ufanaba delante de ella de haberle matado a la hermana, y después de horas de tenerla en aquella posición le pegó y la insultó diciéndole que era menos valiente que Aida. La dejó vestirse y sentarse en el suelo cuando Niní lo trató de cobarde y malnacido. La madre de Niní y de Aida estuvo detenida

cuatro o cinco días sin comer, y amenazándola continuamente diciéndole que su familia sería exterminada. Niní ha sido juzgada por un tribunal militar y condenada a presidio. El padre Lafuente también pasó su odisea de cárceles y malos tratos.

Más nombres y más hechos

Agustín Rincón, natural de Burgos, residente en Sotondrio. Delante de su mujer y seis hijos fue colgado de una viga de su casa y apaleado. Después arrastrado por el pueblo, y en la plaza, delante de los vecinos e hijos, le prendieron fuego al bigote. Murió en Sama, donde se lo llevaron. Su muerte está certificada con el estilo de la forunculosis de Bueno, por angina de pecho.

Perfecto González, vocal de la Diputación de Oviedo hombre de unos cincuenta y cinco años, fue tenido horas y horas en el «Baño María», en agua fría, y, por si fuera poco, lo tuvieron varias horas cayéndole agua fría de gota a gota en una oreja. Quedó sordo./

José Villanueva, paleta de Oviedo, detenido en la puerta de su casa, fue llevado al cuartel de asalto, donde le dieron tal cantidad de golpes en el vientre, que le reventaron la bolsa de los testículos. Trasladado al Sanatorio de Naranco, tuvieron que amputarle las dos piernas y murió.

José Miranda, de Soto de Trubia, y David Posada, de San Claudio, fueron llevados a Trubia el día 24 de octubre y apaleados por la guardia civil. A Posada le sacaron un ojo y le hicieron saltar los dientes. Al cabo de pocos días, y sin ser interrogados por ningún juez, fueron sacados del calabozo. Fueron hallados muertos y mutilados en las montañas de

Garba con otro cadáver que no fue identificado.

Ángel Valledor, maestro nacional de Comuño (Sala . La guardia civil lo cogió en una cueva de Grado, y allá mismo e dieron una paliza tan fuerte, que le rompieron el brazo derecho por dos lados. No lo dejaron llevar al hospital. Lo curaron en la misma cárcel.

Antonio y Sergio Tamargo, de Castañedo (Grado), detenidos por la guardia civil y apaleados de tal manera que a Sergio se le provocó un proceso purulento en ambos testículos.

José González, detenido en Madrid por la policía. Llevaba tres tiros que le dispararon al intentar escaparse. Estuvo detenido veinticuatro horas en el hospital de Gijón, y después, si continuar la cura, fue devuelto a la cárcel.

Emilio Fernández, en poder de la guardia civil de Oviedo. A consecuencia de las palizas estuvo veinte días sin poder moverse del camastro al que lo lanzaron, al cabo de estos días le pegaron nuevamente, le dieron una puñalada en la espalda y no lo quisieron curar, Francisco Otero, de Sama. Detenido por la guardia civil, fue torturado durante veinte días desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche. Le fue aplicado el «Trimotor», y en esta posición le clavaban astillas entre carne y uña. También le aplicaron el «Baño María». Confesó que sabía dónde había armas, y después, al ir a comprobarlo, no resultó verdad.

Eugenio González. Obrero de la Junta de Obras del Puerto de Soto del Barco. Fue detenido por las fuerzas del general López Ochoa cuando iba a buscar alimentos para su mujer, que estaba a punto de parir. Con su padre y otros vecinos que fueron sacados de su casa fueron atados y puestos ante las tropas del general. Su padre fue herido de un tiro y abandonado en mitad del camino. Unos vecinos lo recogieron y lo llevaron al

Hospital de Caridad de Gijón, donde murió. A Eugenio los guardias civiles le arrancaron casi todo el bigote a tirones y le dieron una paliza. Fue llevado a la Cárcel de Oviedo.

Serafín González, de Doña Pabla, Concejo de Pravia como el anterior, sirvió de parapeto a las tropas de López Ochoa, y el día 11, en La Corredoira, fue herido en las piernas. Un guardia llamado Antonio recibió la orden de rematarlo y le disparó tres tiros. Con todo, no murió y fue recogido por unos vecinos que lo llevaron a su casa. Después fue cogido de nuevo y llevado a la cárcel de Gijón.

Eduardo Menéndez. Obrero ferroviario, de Coces, fue detenido por la guardia civil. Se le atormentó para que confesase que había robado ganado para los revolucionarios. Llevado a la sala de dibujo de la fábrica de Trubia, fue torturado bárbaramente hasta que se avino a firmar la denuncia. Luego fue curado por el médico del regimiento número 12 y por el practicante. Dado su estado lastimoso, un compañero, preso con él, llamado Jesús César Fernández, rogó al capitán médico que impidiese que se hicieran aquellas barbaridades. El médico respondió que él estaba allí para curar y la guardia civil para herir.

Amador Suárez, obrero, de La Felguera. Pasó por las pruebas del «Trimotor», «Tubo de la risa» y retorcimiento de testículos. Como no le pudieron hacer declarar nada, lo dejaron en libertad. Resultó con una orquitis doble.

Alberto Molina, de Mieres. Le aplicaron todos los tormentos conocidos y, además, le arrancaron las uñas de una a una con alicates.

José García González, de Turón. Fue detenido y puesto en libertad por no conseguir que dijera nada— Nuevamente detenido en la cárcel de Mieres le hicieron saltar las uñas de un

pie a causa de los golpes que le daban con una verga los guardias de asalto haciéndole estar apoyado sobre un solo pie.

Y no creáis que esto se hacía únicamente al principio de haber sido vencida la insurrección. El día 11 de noviembre Ernesto Álvarez, de Sama, fue llevado a los sótanos de la Casa del Pueblo de la misma población y golpeado por guardias civiles y unos paisanos que les ayudaban.

El día 13 los hermanos Antonio y Arístides Llanea, abogado el primero y perito electricista el segundo, en la cárcel de Oviedo fueron pasados por el «Tubo de la risa» entre cinco guardias de asalto y el teniente Artal.

Laureano Prado, regidor socialista de Oviedo, el día 12 de noviembre fue llevado a las Adoratrices. Lo tuvieron doce horas esposado y atado a una barra fija. Después fue golpeado por unos guardias civiles y un oficial del mismo cuerpo, seguramente Nilo Tello. Después de la paliza fue mantenido seis horas de pie de cara a una pared con la amenaza de ser muerto si se movía. El día 16 fue llevado al hospital.

Juan Pablo García, de Mieres, abogado, fue pasado por el «Tubo de la risa» en la Oficina de Investigación, instalada en la cárcel de Oviedo y dirigida por el capitán Tello. Lo azotaron con látigos dos veces durante dos horas, el capitán Tello, el chófer Abelardo Gómez, sargento Manzano y el agente de vigilancia Blázquez.

José García Tudela, de diecisiete años, natural de Tudela de Veguín. En la Comisaría de Vigilancia de Oviedo fue golpeado por el guardia municipal llamado Rocés. En la Adoratrices le hicieron el «Baño María», le metieron la cabeza en el water y le hicieron lamer escupidores. Durante diez días seguidos le pegaron cada día.

Valentín García Cueto, camarero, de Oviedo, fue golpeado delante de su mujer y le hicieron comer basura.

Justo Fernández Casero, de Oviedo. Era sub-cajero del Banco de España y le acusaban de complicidad en el asalto del Banco. Llevado a las Adoratrices el día 20 de noviembre, fue tenido cuarenta y ocho horas de pie en el patio, sin comer ni beber ni poder moverse. Después de sufrir esta tortura fue liberado por haberse comprobado que era hombre de derechas y que había sido denunciado en falso por una persona de Oviedo influyente en los medios oficiales, en venganza de un pleito que le había ganado. El Banco de España se negó a readmitir a Justo Fernández, a pesar de que no había acusación en contra suyo.

Ferrán Muñiz de la Foz de Morcín. Fue llevado a las Adoratrices el día 2 de noviembre. El día 3, a las cuatro de la mañana, fue torturado por dos oficiales de la guardia civil. Al desmayarse fue vuelto en sí con agua fría. Al día siguiente volvieron a atormentarlo en presencia de Manuel Villar y de su cuñado Ismael García de Olloniego. Hoy se halla internado en' un manicomio.

Juan López, de Ablaña, el día 18 por la noche fue llevado a las Adoratrices. Lo torturaron tres días seguidos con cortas intermitencias. En un momento de descuido, atado como estaba, se tiró al patio por una ventana. No se mató. Lo subieron arriba de nuevo y lo continuaron torturando. Pasó al hospital en estado grave. Presenciaron sus torturas los presos Julio Castaños, de Laviana, Antonio y Arístides Llana, de Mieres, Simón Díez, de Mieres, Jesús Fernández de Oviedo, y otros.

Ferrán González Fernández, regidor de Mieres, detenido a últimos de noviembre, fue llevado a la cárcel instalada en el llamado Colegio Cristiano. Allá fue golpeado por elementos

fascistas de Turón entre los cuales había un individuo al que llamaban el «Pulguitas». El día 7 de diciembre murió a consecuencia de las torturas.

Y si queréis ejemplos más recientes hallamos el de Miguel Rodríguez, de Sama, que el día 15 de febrero de 1935 era cogido por la guardia civil del pueblo y en los calabozos de la Casa del Pueblo era torturado dos veces con el «Baño María» alterno de agua fría y caliente y, después le clavaron hierros candentes de los que producen «forunculosis» como la de Bueno. Este caso como otros de la misma época y del mismo lugar, son obra de Bravo Portillo.

Describir más torturas ya sería sadismo. Solamente relataremos en otro capítulo el caso de la violación de tres chicas que la prensa reaccionaria y el Gobierno pretendieron explotar.

Con los casos explicados hasta aquí tenemos ejemplos suficientes para hacernos cargo de la pacificación que las tropas del Gobierno y las fuerzas del orden público llevaron a Asturias. También queda evidenciado el grado de fortaleza de aquellos revolucionarios, tan elevado, por los menos, como la bestialidad de sus verdugos.

Doval no llevó las torturas a Asturias; todo lo más las perfeccionó. Tampoco acabaron con él, pues era destituido el 8 de diciembre, y las torturas continuaron de la misma forma, y quién sabe si al salir a la luz pública este libro no continúan todavía, como estamos seguros que se practican en muchos sitios de España.

XIX.

LA MENTIRA DE LAS VIOLACIONES

La responsabilidad del Gobierno y de las fuerzas

Un Gobierno no puede evitar cargar la responsabilidad de hechos criminales y repugnantes sobre un individuo, aunque este individuo sea un comandante Doval. Pero en el caso concreto de Asturias, la responsabilidad es mucho mayor, ya que fue nombrado un individuo con estas características para que hiciera lo que hizo. Pero hay más aún: no era solamente el comandante Doval el que se dedicaba a torturar y a hacer torturar prisioneros, ni eran de este o de aquel cuerpo militar o de orden público. Hallamos personas comprometidas de casi todas las armas, y tanto de tropas coloniales como peninsulares. Es necesario remarcar esta circunstancia para evitar que progresa una maniobra que ha empezado a tomar naturaleza entre ciertos elementos de izquierda republicana de limitar las responsabilidades a las tropas que fueron enviadas de Marruecos y, evitar declamarlas a la guardia civil y de asalto, — el prestigio de dichos cuerpos ha de ser conservado íntegro para cuando las izquierdas gobernemos, ya que los necesitamos para reprimir los movimientos obreros—, palabras que fueron dichos en una circunstancia que priva al autor de este libro de dar el nombre de la personalidad de izquierdas que las pronunció, considerada como una de las más partidarias de llegar a un pacto con los socialistas y, si hace falta, y ellos se avienen —decía esta personalidad—, ¿por qué no?, con los comunistas.

Las responsabilidades no pueden ser limitadas, ni pueden ser consideradas sólo de aspecto político. Los obreros de toda España lo sabrán comprender y sabrán evitar que sus jefes, en un momento determinado, llevados por la demagogia del ca-

mino más fácil, les quieran llevar por este lado con Azaña, Marcelino Domingo, Alomar o quien sea. Será necesario buscar a los responsables allá donde estén y no olvidar que no se han de buscar únicamente en el período del comandante Doval, ya que después los crímenes continúan de la misma forma. Doval no fue destituido por sus crímenes, sino por haber querido plantar cara a Lerroux, seguro como estaba de la impunidad que le daba el sostén de las derechas de la CEDA, Melquíades Álvarez y hasta los fascistas de Primo de Rivera. Luego los radicales dejaron de prestárselo, y todavía quién sabe si únicamente don Alejandro, por la manera desconsiderada que Doval replicó al jefe del Gobierno.

Cómo se forma la historia de las violaciones

En la narración de los hechos de las violaciones de las «tres chicas» veremos como muchos meses después de que Doval ya estuviera en Marruecos, los procedimientos que se empleaban durante su mando continuaban a la orden del día. No habían perdido un ápice de su virtualidad ni virulencia. Para la prensa de derechas esta novela de las tres chicas venía a ser como la de los niños de los guardias civiles con los ojos arrancados por los revolucionarios, de que nunca más nadie ha hablado.

Tomás Borrás, que forma cuadrilla con los guardadores del honor nacional cuando se trataba del honor de la gente con dinero y de la nobleza de Alfonso XIII, de la que se sentía lacayo, con el pornográfico Belda, ya muerto, con el no menos pornográfico Caballero Audaz (¿a qué se debe que la mayoría de autores que hacen novelas para el gran público de imbéciles sean hombres de derechas? Sería un estudio curioso

a hacer y a proponer a un sicólogo), con el humorista Fernández Flores, que debe purgar la ridiculización que hizo del ejército español en *Las Siete Columnas*, y con la jauría de reporteros y periodistas que dejaron matar a Sirval sin protestar, en una de sus crónicas en ABC el día 2 de noviembre de 1934, página 24, primera columna, decía:

«Me preguntan si se confirman los atropellos a la mujer en su forma más vergonzosa: para los que me escriben interrogándome publicamos esta noticia que apareció en El Carbayón⁴: Persona que nos merece entero crédito nos ha manifestado que en San Claudio imperó el Comunismo Libertario durante los días en que se hicieron dueños del pueblo los elementos revolucionarios.

El Comité dio incluso vales para apoderarse de mujeres, siendo unas doce las muchachas de catorce a dieciséis años que cayeron en poder de los rebeldes. Y se nos dijo también que una joven de Oviedo que se encontraba en aquel lugar fue víctima de ultrajes y luego asesinada».

Las indudables violaciones que cometieron las tropas expedicionarias, quieren cargarlas a los revolucionarios. Sería una forma de poder tapar las responsabilidades de los que violaron la muchacha de Monte Naranco que fue quemada con Aida Lafuente en el horno crematorio, y otros casos que, como es natural, dado el sentido de la moral de nuestro país, esconden tanto como pueden las familias interesadas.

Al cabo de algunos meses de esta crónica de Tomás Borrás, el día 17 de enero de 1935, La Voz de Asturias publicaba una información con grandes titulares según habían sido víctimas unas muchachas de San Claudio, pueblo alejado de Oviedo unos siete kilómetros. Según aquel diario, tres muchachas de aquel pueblo habían sido robadas el día 7 de octubre por los revolucionarios César Caso, José Suárez Campa, Ferrán Fer-

nández y Sindulfo Iglesias, que las habían metido en un coche abandonado y en un lugar llamado El Piperón bajaron y acordaron repartírselas de acuerdo con su doctrina. Las muchachas, que se resistían, fueron violadas y, después para que no pudiesen acusarlos, las habían fusilado y las habían llevado al cementerio de Oviedo para enterrarlas en la fosa común. Este relato es publicado de la misma manera por el opúsculo oficial de Víctor de la Serna en la página 21. Tres muchachas habían sido repartidas entre cuatro hombres.

Es conveniente poner atención en el hecho de que la segunda vez que se habla de esta cuestión en la prensa burguesa y en el opúsculo pagado espléndidamente por el Gobierno, ya se fija el número de muchachas en tres, en lugar de las diez o doce de que hablaba la persona bien informada del Carbayón, que no podía ser otra que sacerdote o banquero tocado del furor sádico de los que inspiran aquel diario. Al fabricar la segunda versión y no hallarse sino con cuatro acusados, no se atrevieron a decir que ellos solos habían violado a diez o doce muchachas de quince a dieciséis.

La historia estaba tan bien urdida, que no solamente en las casas burguesas de Oviedo, sino hasta en los medios obreros, e incluso en la misma cárcel, el hecho causó indignación contra aquellos que habían manchado la revolución de aquella forma. Pronto vino la reacción. La historia había recobrado vida el mismo momento en que la gente empezaba a conocer muchas de las barbaridades que la fuerza había cometido, y ésta era la única explicación. Otras circunstancias mal escogidas por los creadores de la fantasía evidenciaron muy pronto su falsedad.

Los periódicos daban como culpable principal a César Caso, el cual había muerto durante la insurrección. Ya veremos cómo murió Caso. De las muchachas, una era hija del comunis-

ta Lafuente, Aida, que había muerto en Monte Naranco y la cual los reaccionarios hicieron conocer por la Libertaria. Las otras dos eran una criada y una muchacha llamada la Verdulera.

Los diarios de Asturias y los de toda España que publicaban las noticias que daban los corresponsales de agencia de Asturias iban llenos de fantasía alrededor de la noticia e iban siguiendo las incidencias de la búsqueda de los cadáveres de las tres víctimas, al principio en el cementerio de San Pedro de los Arcos (Naranco), después de San Claudio, y más tarde en el Salvador y, en ningún sitio, a despecho de las declaraciones de los culpables convictos y confesos, aparecían. Entre el dolor y las lágrimas de los obreros asturianos, aquella búsqueda se convirtió en una especie de pugilato de buen humor.

Dos de los cadáveres habían aparecidos vivos fuera de Asturias. La madre de Aida se cansaba de ir de redacción en redacción pretendiendo que los diarios de derechas rectificaran, pero era en vano. Hacían falta cadáveres, pero no hallaron. La campaña desapareció de sus páginas sin rectificar nada, como meses antes había desaparecido la de los niños ciegos.

Documentos

Procuraremos aclararlo por nuestra cuenta y poner las cosas en su sitio. Para esto utilizaremos documentos de primera mano de los cuales hemos obtenido copia. Primeramente transcribiremos la carta el hermano de Suárez de la Campa, el cual cuenta cosas interesan-es y vergonzosas, indignas de países civilizados. Suárez de la Campa había sido liberado el día 30 de octubre por no haber resuelto ningún cargo en contra suyo. La noticia de su liberación la llevaba el mismo dia-

rio que había publicado la de su detención por violación, reparto de mujeres y asesinato. La carta de su hermano dice:

Mi hermano fue apaleado por los de Asalto el día 25 de octubre (al cabo de seis días era puesto en libertad por falta de pruebas) hasta quedar sin sentido, lo que para volver en sí le arrojaron al río (se trata del río Nalón en lugar conocido por las Regueras), siendo sacado por el cabello, y así sostenido fue abofeteado nuevamente. Fue llamado por la noche por los oficiales de Asalto en el cuartel de Santa Clara, de Oviedo, a declarar ante ellos, preguntando si era cierto, entre otras cosas, que en San Claudio se habían repartido vales para violar jóvenes, contestándoles negativamente, siendo entonces maltratado al mismo tiempo que le decían que allí había una denuncia de que dos individuos, llamados Cesar Caso y David Posada, habían violado mujeres por medio de vales y que luego las habían hecho desaparecer. ¡Cuál sería la sorpresa de mi hermano, que negó hacer tal cosa, pero entonces descargaron sobre él tal cantidad de golpes y le dijeron que era cierto y que él tenía que decir que era cierto y que si no, le mataban como lo habían hecho hacía un momento con César Caso, que efectivamente fue muerto en el cuartel de Asalto!...

Por lo que mi hermano fue puesto en libertad fue porque respondió por él doña Enriqueta Escandón, dueña del comercio del que mi hermano es dependiente y, al responder hizo constar que a ella y trece más de su familia fue mi hermano quien el día 10, al atardecer, les llevó para San Claudio.

Todas las declaraciones fueron hechas firmar a viva fuerza ante los de Asalto, y de los martirios que les hicieron pasar citaré, entre otros, que les colgaban por los brazos puestos hacia atrás (hallamos una vez más el célebre trimotor) y con una soga o cable de la luz eléctrica, dejándoles así suspensos desde una mesa, colgándoles luego bancos a los pies.

Ya se presentaron entre otras la madre de la Verdulera a decir que su hija ESTA SANA; en cuanto a la hija del pintor Lafuente, al saber la noticia, fue la madre al cuartel de Asalto y a las Redacciones de los periódicos a decir que su hija HABÍA MUERTO EN OTRAS CIRCUNSTANCIAS. En cuanto a la tercera, creo que un señor que vive en la calle de la Independencia dijo que había sido raptada una doméstica de su calle que él lo había visto. Lo cierto es que dicha sirvienta fue ABANDONADA POR SUS SEÑORES CUANDO LA REVOLUCIÓN, y vista en la calle llorando por los revolucionarios y sabido que había sido abandonada, la llevaron en un coche a casa de sus padres, que viven en la Cuesta de Trubia. Dicha chica está SIRVIENDO EN EL ESCORIAL.

Una hermana suya vino a ofrecerse a mi cuñada para decir que estaba dispuesta incluso a venir de Madrid PARA DECIR QUE ELLA RECIBIÓ FAVORES QUE NO SABE COMO AGRADECER.

Sin más. Si necesita de mí, en la cárcel de Oviedo, escuelas, y en Caveda, 32, pues espero salir pronto.—LAUREANO SUÁREZ CAMPA.

Laureano, que esperaba salir pronto, hoy se halla cumpliendo cadena perpetua.

Como detalle sobre la muerte de Caso, el cual según decían, había muerto en la lucha, podemos asegurar que murió de un tiro en el cuartel de Asalto de Santa Clara el 28 de octubre, los días mismos que era interrogado Suárez de la forma que hemos visto. Durante tres días seguidos fue careado con un tal P. F., que era quien le acusaba, de su mismo pueblo, y siempre golpeado bárbaramente. El tercer día, cuando volvía a la celda medio muerto a golpes, le dispararon un tiro y le llevaron al hospital, donde murió.

Podríamos poner punto final después de esta carta, que demuestra claramente que todas las acusaciones que se hagan contra las fuerzas que han intervenido en la represión de Asturias son débiles ante la realidad; pero no queremos dejar de dar otro documento sobre el mismo caso, éste de uno de los actores forzados de la tragedia que lo ha hecho a mano a una persona de confianza de Oviedo después de los martirios de que fue víctima. Es un documento firmado por Ferrán Fernández García en la cárcel de Oviedo. Dice:

El que suscribe, Fernando Fernández García, obrero, fue martirizado y golpeado por las fuerzas de Asalto en el cuartel de Santa Clara de Oviedo en la siguiente forma:

Estando el día 14 de febrero en casa de mis padres y a las doce de la noche fui detenido por un capitán, un teniente, un cabo y varios números de las fuerzas de Asalto, que llegaron a mi casa dando fuertes golpes a la puerta. Me trajeron a dicho cuartel de los Guardias de Asalto y en la sala de Oficiales me preguntaron qué sabía de estas tres chicas, y como les dije que no sabía nada, me pegaron dos bofetadas, al mismo tiempo que me decían que ellos me lo iban a enseñar.

Preguntó el teniente Margarida que si estaba preparando el «trapecio» y le contestó un guardia que sí, y mandándome quitar el abrigo subimos para el piso, donde nada más llegar me dieron ya una paliza entre varios guardias. Yo, como siguiera diciendo que no sabía nada, me mandaron subir a una silla y, una vez encima, me ataron las manos atrás con un cordel que colgaba de una viga y con un nudo corredizo, y una vez atado tiraban de dicho cordel hasta quedar suspendido de la viga, y así permanecía no sé cuánto tiempo, hasta perder el sentido. Cuando volví en sí me estaban tirando agua a la cabeza con un cubo y, una vez que me encontré bien, volvieron de nuevo a abofetearme el Teniente Margarida y

otros varios oficiales hasta que empecé a sangrar por la cara, y entonces pidió el tolete a un guardia para seguir pegándome, al mismo tiempo que decía: que no se quería manchar de sangre de obrero.

Continuó pegándome con el tolete en la cara, preguntándome:

—Fernando, ¿el coche no era grande y negro?

Y como yo contestaba en sentido negativo, me volvieron a colgar y a darme otra paliza; como yo estaba ignorante de lo que pretendían, continué negando y de nuevo me colgaron hasta tres veces.

Visto que no conseguían nada de mí, trajeron a mi presencia a Sindulfo Iglesias, el que venía con el rostro inflamado y, obligado por los de Asalto, me acusaba, insistiendo yo en mi negativa, y entonces de nuevo me colgaron hasta tres veces, quedando yo completamente extenuado por tanto martirio.

En esta situación el Teniente Margarida me iba diciendo:

—¿El coche, no le cogiste en la Gran Vía? Y como no acertaba a decir lo que él quería me daba un toletazo.

Nuevamente me interrogaba:

—¿Cuántas chicas estaban en el coche? Como no había forma de acertar con las que ellos querían que dijese, nuevos palos—

Por último me citaron qué colores de vestidos llevaban puestos, y según él me los iba diciendo, yo los repetía, diciéndome: —¿Ves como lo sabías? y así todo hasta que me hicieron decir todo lo que ellos querían que declarara. Después llamaron a Suárez Campa, que apenas podía andar, quejándose de dolores en las costillas y con la cara inflamada. En fin, casi estropeado del todo, y al poco tiempo de tenernos allí a los tres bajaron con nosotros y por la declaración que hubiera

prestado Sindulfo Iglesias a fuerza de malos tratos, hicieron las de los tres. Esto se efectuaba en las primeras horas de la mañana—

Nos mandaron al calabozo, siendo el asombro de nuestros compañeros al vernos en la forma que llegábamos debido a las palizas de que fuimos víctimas; al día siguiente nos sacaron a hacer diligencias, y como nosotros conocíamos bien el terreno por las indicaciones que ellos nos hacían, les íbamos señalando los sitios donde habían tenido lugar los hipotéticos hechos que nos imputaban. En todas estas diligencias, a Suárez Campa le tenían que bajar entre dos guardias, pues él no se podía tener en pie.

De vuelta ya para el cuartel nos amenazaron por el camino, diciéndonos que haber lo que decíamos al Juez, que si no nos ratificábamos en las declaraciones ya se verían con nosotros.

Una vez ante el Juez, le manifestamos que nos habían maltratado, diciéndonos el Secretario que el Juez no quería saber nada de golpes.

Después de prestar declaración nos preguntó el Capitán de los de Asalto que había dicho el Juez, y como le dijera que nada, me dijo que si yo iba a saber más que él.

Por la tarde nos llevaron al cementerio para que les dijéramos dónde estaban enterradas las muchachas de referencia, y como no sabíamos nada, nada dijimos; a Suárez Campa le instigaban a que dijera el sitio donde se habían enterrado, y en vista de que no conseguían nada, le pegaron un culatazo a Campa que le hizo caer al suelo, no obstante estar sostenido por dos guardias.

El conserje y los empleados del cementerio también declararon que durante los días en que se suponía realizado el hecho de que se nos acusaba no se había enterrado a ningún cadáver

de muchacha alguna, y lo podían afirmar porque durante estos días no habían faltado allí .

Nos volvieron de nuevo al cuartel y Campa estuvo durante ocho días echado en un colchón, hasta que le llevaron al hospital.

A mí me pegaban todas las noches una paliza, al mismo tiempo que me decían que dijera lo que supiera, y como negaba, me pegaban hasta cansarse y me escupían.

Y así 17 días, en que nos trajeron a la cárcel.

He de hacer constar también que mientras me estaban enseñando lo que tenía que decir me ponían un cordel al cuello, diciendo el Teniente:

—No, todavía no, que este tiene que firmar lo que yo mande; después hacéis lo que queráis con él— Y si gritaba me daban fuertes golpes en el estómago.

Y ahora sí que nos parece que ya hemos dicho suficiente sobre la inicua represión, vergüenza de España y de la civilización capitalista.

XX.

**ASTURIAS Y CATALUÑA,
DOS INSURRECCIONES DISTINTAS**

Bajo el signo de la Alianza Obrera

Tanto si se quiere como si no, la insurrección española de octubre de 1934 se hizo bajo el signo de la AO. No cambia nada que en Asturias surja la consigna, santo y seña de lucha UHP. La AO fue el móvil psicológico de la insurrección. Sin la confianza que daba a las masas la consigna que había llegado a penetrar hasta la médula de la clase trabajadora, la insurrección en Asturias no habría sido, ni de mucho, tan unánime. El hecho que, a pesar de la existencia de la AO, fuera de Asturias la insurrección no fuese más extensa y, sobre todo, no fuese más audaz en el ataque, se debe a la falta de adhesión a la consigna de las grandes organizaciones del proletariado español: Partido Socialista, UGT y CNT. Se puede argüir que los socialistas han formado parte de las AO en Cataluña — donde nació el movimiento— desde el principio. Los anarquistas siempre fueron enemigos de él, y todavía lo son; tanto, que si no hubiera surgido la insurrección, la Regional de Asturias, que después de meses de discusiones y dudas, a despecho de la firme oposición de los dirigentes faistas de la CNT se adhirió a la AO, habría sido, muy fácilmente, expulsada.

El argumento de lo poco que se menciona la AO en Asturias puede afectar algo a los pocos conocedores de su historia. La AO era aceptada como un mal menor por los socialistas, lo mismo por los del partido que por los de la UGT, y lo mismo por los de derecha presididos por Besteiro, como por los de centro dirigidos por Largo Caballero y, en cierta forma, también por los de izquierda. Sólo obedecían a la presión de las propias masas. Ninguno de los Comités de la AO de toda España es debido al impulso socialista. Los socialistas siempre habían ido a los Comités obligados por la presión de otras

organizaciones sobre sus propios militantes. Allá donde estas organizaciones estaban faltas de fuerza o sus militantes no tenían una fuerza considerable entre los obreros, los socialistas se negaban rotundamente a discutir las bases de la organización de Comités.

Aparece la Alianza Obrera

Al surgir el primer Comité en Cataluña, como un resultado de la campaña pro Frente Único Obrero, en oposición a la campaña confusionista pro Frente Antimarxista del Partido Comunista, los socialistas de Cataluña, donde todavía representaban y representan una mínima fuerza, se avinieron a formar parte del Comité. Pero la adhesión era una política para Cataluña, no suponía de ninguna de las maneras una política general para todo el partido. En cambio, los anarquistas, que se consideraban los mentores del proletariado catalán, y no cabía duda de que tenían influencia sobre él, la gran mayoría se opusieron inmediatamente a la consigna y llevaron su enemistad hasta el punto de sabotear la huelga general decretada en marzo de 1934 por la AO y la culminaron con la lectura de la orden de la vuelta al trabajo desde el cuartel de la Cuarta División, desde el despacho del general Batet, que bombardeaba a sus compañeros de Granollers el día 7 de octubre del mismo año, vencida la no dada insurrección catalana.

El Partido Comunista también era irreductible. Para sus dirigentes la AO era un frente puesto al servicio de la burguesía, contrarrevolucionario, mientras que su frente antifascista, en el cual cabían todos los partidos antifascistas, republicanos, pequeño-burgueses e intelectuales de toda clase dispuestos a

servir para ser servidos, aquello era verdaderamente revolucionario. El Partido Comunista no se integró en la AO hasta el día 4 de octubre, cuando la insurrección ya había hecho presa en las masas obreras.

Las AO al nacer fueron obra de las pequeñas organizaciones del proletariado español: unas impulsadas por la clara visión del momento y otras con el fin de buscar a través de ellas un campo más amplio para influenciar al proletariado. En Cataluña los que asistieron a su nacimiento fueron la Esquerra Comunista, el BOC, Federació Sindicalista Llibertaria, Sindicat de Oposició a la CNT, Federació de Sindicats Expulsats de la CNT, Federació Catalana del Partit Socialista Obrer Espanyol, UGT y USC. Esta última organización había de separarse después por preferir continuar la colaboración con los partidos pequeño- burgueses, Esquerra Republicana especialmente, a la que siempre había marchado pegada. Rompió el pacto de la AO que suponía la no colaboración después de haber acabado los compromisos que algún partido pudiese tener contraídos antes del pacto. Esta cláusula estaba incluida en el pacto pensando precisamente en la USC, que ya tenía anunciada la colaboración electoral con la Esquerra. Después quiso continuar la colaboración con el Gobierno; esto a pesar de haber denunciado ellos mismos el fondo fascista de la organización de las Juventuts d'Estat Catalá. La AO de Cataluña no podía pasar por esta nueva colaboración gubernamental que no tenía nada en común con el pacto electoral que había motivado la excepción a la que nos hemos referido.

Los socialistas no aceptan de buen grado la Alianza Obrera

En el resto de España la constitución de Comités de la AO puede decirse que era difícil. Ni los socialistas ni los burócratas de la UGT nunca tomaron la iniciativa de formar uno solo. Siguiendo la formación de comités seguiríamos paso a paso el mapa social de los lugares donde la Esquerra Comunista el BOC y los sindicalistas tenían influencia. Nunca, sin embargo, ni en vísperas de la insurrección, ni después de la experiencia se ha conseguido que los socialistas se avinieran a formar el Comité Nacional de la AO. Ellos lo aceptaban únicamente como un mal menor, y en términos aproximados lo comunicaban a los grupos locales o federaciones regionales que les consultaban referente a la actitud a tomar ante la petición de formación de comités.

En otro lado de este libro hacemos alusión al criterio vacilante que de la función de la AO tenían los dirigentes socialistas. Al hallarse ante conflictos cuando algún delegado de comité de la AO proponía su utilización, los socialistas replicaban que la AO había de ser reservada para la insurrección. Así Largo Caballero pudo condenar la huelga general de Cataluña que se hacía para protestar por las persecuciones del primer Gobierno Martínez Barrio contra los socialistas de Madrid con motivo de la huelga de artes gráficas. Así se negaron a hacer una huelga de solidaridad con la huelga general de campesinos el verano de 1934, movimiento que habría podido poner un dique al ascenso de las derechas al Poder, o, en el peor de los casos, habría servido para despertar el espíritu de solidaridad del campo con la ciudad, hecho que quién sabe si habría cambiado el aspecto de la insurrección de octubre, fra-

casada por completo en las provincias campesinas; así, luego de la expedición de los isidristas catalanes a Madrid, aceptaron la huelga después de grandes discusiones y muy a desgana. «La AO ha de ser reservada para la insurrección.» Era la eterna cantinela de los dirigentes socialistas, entre ellos, el mismo Largo Caballero.

Pero vino la insurrección y también quiso ignorarse la AO. Los dirigentes socialistas de Madrid en la capital no quisieron reunir una sola vez el Comité, los componentes del cual más de una vez dieron hora para reunirse y no acudieron ni quisieron comunicarse con el Comité de Cataluña, donde preferían estar en contacto con el Gobierno de la Generalitat, y todavía, parece, de una forma muy débil. Y es necesario no olvidar que ellos tenían representantes en el Comité de Cataluña y, en cambio, en el Gobierno no estaban representados por nadie, si no era por los representantes de la USC, con la cual habían roto las relaciones tanto en el dominio nacional como en el local. Ningún hecho como éste nos demostrará más que los socialistas, en octubre de 1934, no querían la insurrección, que no querían sino asustar a las altas esferas de la República demostrando su fuerza. Esto explicaría que no quisieran dar participación en el movimiento a la AO. Si no tenía que haber insurrección, no hacía falta usar un instrumento que ellos calificaban de estrictamente insurreccional.

Claro que de la misma forma rehuían tanto como podían a la organización de milicias armadas de acuerdo con la AO y no escondían que toda organización militar había de estar únicamente en sus manos, seguramente para evitarse los quebraderos de cabeza que podría comportar el hecho de que tuviesen armas trabajadores que no obedecieron su disciplina y que tuviesen de la insurrección y de la revolución un concepto más avanzado.

En Asturias, insurrección proletaria

Ahora bien: en Asturias, los obreros, revolucionarios probados, combatientes, y esperanzados, seguramente los menos maleados de todos los obreros socialistas por el reformismo de los dirigentes, se tomaron la insurrección como una cosa seria y se lanzaron a ella con tanta fuerza, que en tres días la habían llevado al triunfo. En Asturias la consigna de la AO era donde había tomado más su sentido totalitario, donde no había fracción que no formase parte, excepto el Partido Comunista, pero que se unió el mismo día que empezó el movimiento como por todos los lugares de España. Llevando o no como bandera las iniciales de la AO en Asturias, la insurrección triunfó bajo su influencia.

Pero ni después de la insurrección los socialistas, lo mismo dirigidos por Largo Caballero como los que seguían a Besteiro, ha cambiado de táctica. En eso todos son iguales. Luego como antes son enemigos de la AO nacional, y ahora, como entonces, se niegan a formar comités allá donde pueden evitarlo. Por esto han seguido la maniobra de la constitución de los comités de enlace del Partido Comunista. Son los únicos que no los obligan a nada. Con ellos se desvirtúan los comités de la AO, y al mismo tiempo encaminan, como en Francia, a los obreros del Partido Comunista hacia las concepciones del Partido Socialista y ayudan a ligar la actuación del Partido Comunista a la de los partidos pequeño-burgueses, volviendo así a épocas muy parecidas anteriores a la guerra de 1914 y que, como aquéllas, no pueden conducir a los frentes en defensa de la patria, de los cuales podemos ver formar parte a los elementos que se reclaman herederos de la política contra la guerra preconizada por Lenin, de guerra civil contra la guerra capitalista. No puede haber mejor prueba de esta actitud

que la carta firmada por Largo Caballero, dirigida a las organizaciones de su partido el año 1935:

UNIÓN GENERAL DE TRABAJADORES

Madrid, 30 de abril de 1935 Federación Local de Sociedades Obreras UGT Málaga

Estimados camaradas:

Con mucho gusto correspondemos a vuestra carta fecha 27 del mes en curso, con el fin de aclarar algunos conceptos expresados en /vuestra carta y sobre los cuales conviene fijar posiciones para que í no existan confusionismos que siempre son dañinos, mucho más habrán de serlo en las circunstancias actuales por que atraviesa la clase ',obrero española. Y dicho esto pasamos a manifestaros lo siguiente.

La Unión General no tiene nada que ver con los trabajos que en ésa puedan realizar las Alianzas Obreras, toda vez que nosotros sólo estamos en contacto directo con nuestras secciones y Federaciones. No sostenemos ni hemos sostenido correspondencia con ellas ni les hemos dado órdenes de ninguna naturaleza. Ello quiere decir que nuestros compañeros en ésas y en las demás localidades de España deben realizar la propaganda necesaria dentro de los Sindicatos para llevarlos por el camino que a nuestras tácticas conviene. Sin confusionismos que entorpecerían nuestra labor y sin quebrantamientos de nuestra clásica disciplina. La Unión General estima un deber en estos momentos el recordar a todas las secciones y Federaciones que multipliquen sus actividades para ver de lograr aumentar los efectivos sindicales, dándola los bríos necesarios para la realización de una obra

altamente beneficiosa para la clase obrera.

Es cuanto de momento podemos manifestaros, quedando por hoy cordialmente vuestro y de la causa obrera.

*El Secretario General,
Fco. Largo Caballero (firmado)*

La insurrección de octubre en Asturias halló unas masas trabajadoras positivamente revolucionarias y preparadas psicológicamente para la revolución, como lo estaban todas las de España, pero con la ventaja de una cierta preparación militar y sin tener entre ellos y la burguesía elementos reformistas apreciables con suficiente fuerza para hacer abortar el movimiento, ni pequeña burguesía organizada. La insurrección fue un triunfo.

En Madrid no hay insurrección

En Madrid, donde la influencia del aparato burocrático del partido y de la UGT estaban por encima de todo, no hubo sino algunos choques, sin demasiada importancia, con la fuerza pública y, sobre todo, hechos sin decisión.

En el resto de España, excepción hecha de Cataluña, que presentó otro aspecto, sólo se produjeron casos aislados de heroísmo inapreciable, dada la falta total de organización de la insurrección. No se produjeron otros hechos que los que se habrían podido producir en una intentona anarquista ni tuvieron más alcance que aquéllos. El heroísmo de los obreros, que en la lucha siguen a unos o a otros, no puede ser medido. Siempre es el mismo y merece un respeto igual.

En Cataluña, insurrección pequeño-burguesa

Como hemos dicho en otros lados de este libro y lo hemos repetido, la insurrección en Cataluña se presentaba en circunstancias muy distintas que en el resto de España. En Cataluña la hegemonía del proletariado organizado no correspondía a las organizaciones de la AO. Era evidentemente de la CNT, aunque ésta hubiese perdido gran parte del control y, sobre todo, viese aminorado su prestigio por su posición absurda y contrarrevolucionaria ante la reacción en ascenso y particularmente por su repugnancia a unirse al resto de la clase trabajadora que no sigue las premisas políticas de la FAI. Tenía un peso específico y una influencia superior a la de otras organizaciones.

Otro factor, no menos apreciable. Los partidos pequeño-burgueses eran el Gobierno, y éstos, evidentemente, eran seguidos por una gran porción del proletariado, inepto para seguir una orientación política de clase gracias a la influencia de tantos y tantos años de anarquismo, y, esto no obstante, instrumento aptísimo para seguir en un momento dado las orientaciones de los partidos pequeño-burgueses y de izquierda, tal como en otros tiempos habrían seguido a los radicales, a los cuales muchos dirigentes anarquistas están ligados por la historia y por la actuación. Tampoco la masa pequeño-burguesa no deja de ser apreciable en Cataluña. Forma una gran parte de la población y es activísima en política a través del nacionalismo catalán. La clase trabajadora, falta de un partido de clase suficientemente potente, hasta ahora no ha tenido ninguna influencia entre estas masas pequeño-

burguesas, y, en cambio, ha visto criticadas sus ansias de libertad nacional por los dirigentes anarquistas y sindicalistas como el peor de los enemigos, como mejor y con menos incomprensión no lo haría Royo Villanova. En este mismo pecado habían caído los socialistas de la Federació Catalana del PSOE, que al principio de la actuación del Gobierno de la Generalitat fundaron la Casa de España en Barcelona y llevaron dirigentes de Madrid para combatir en mítines las aspiraciones nacionales de Cataluña en defensa de la unidad de España y de la gloriosa lengua de Cervantes. Las rectificaciones posteriores de los dirigentes socialistas, más verbalistas que efectivas, no habían tenido la fuerza suficiente para destruir el mal causado inicialmente.

Este fue el panorama que la AO halló en Cataluña al decretar la huelga general del 5 de octubre, que había de ser insurreccional. Una masa obrera todavía indecisa, obedeciendo más presiones morales que efectivas de organización. Su parte más combativa, atenta a las órdenes de los dirigentes faístas de la CNT. Otra parte no despreciable, esperanzada con las promesas demagógicas del Gobierno de la Generalitat.

Para sobrepasar esta etapa de ilusiones con los gobiernos pequeño-burgueses hacía falta o bien una superior fuerza efectiva de las organizaciones adheridas a la AO y, sobre todo, una preparación militar, que no existía, con el fin de tener siempre lista y en el puesto la fuerza que continuase la ofensiva o la lucha al producirse lo inevitable, su abandono por los dirigentes de la Generalitat o, en último término, lo que estaba más de acuerdo con la realidad: que los dirigentes de la Generalitat se hubieran visto imposibilitados de ahogar la insurrección recién empezada. Entonces la dirección del movimiento habría pasado inevitablemente en manos de los obreros y, en su representación, a la AO, hecho que habría llevado a la lucha a

las mismas masas obedientes a las consignas cenetistas que ya empezaban a hacer defección a sus jefes políticos de la FAI.

Temían la insurrección proletaria

La insurrección de la Generalitat estaba hecha bajo un signo completamente distinto de la de Asturias. Aquélla significaba el retorno al 14 de abril, el mismo que ahora predicán Azaña y Prieto, y la de Asturias era para la toma del poder por la clase trabajadora. La trayectoria inmediata tenía que ser diferente, como diferentes eran el origen y el principio. Cataluña y Asturias se habrían hallado después al pasar la insurrección a manos de la clase trabajadora. En Asturias la consigna era la toma de los cuarteles de la Guardia Civil, Guardia de Asalto y ejército. En Cataluña se esperaba que estos elementos se sumasen al movimiento. La consigna en Cataluña era no dar participación a los obreros en la insurrección; la de evitar que los obreros tuviesen armas y se produjeran concentraciones obreras, que se hacían a pesar del deseo del Gobierno de la Generalitat; la de evitar que la población civil tuviese intervención en masa y sin la dirección de los representantes de la Generalitat en la insurrección. Muy claramente lo dice una nota escrita a lápiz hallada en la mesa de despacho de Dencás en Gobernación, e indicada en el sumario contra los consejeros con el número 570: «El público no ha de colaborar con el ejército para evitar las confusiones que se podrían producir. El ejército catalán ha tomado todas las medidas necesarias para ocupar la ciudad. El público puede alistarse».

El público, en este caso los trabajadores, no había hecho nada en aquella insurrección, que, caso extraordinario, estaba diri-

gida por hombres que tenían más contacto con el partido que se llamaba 'partido de la insurrección obrera española, el Partido Socialista Obrero Español, que no los dirigentes de la organización insurreccional de la Alianza Obrera.

Los hombres de la Generalitat, de la misma forma que a primeras horas del día 6 no tuvieron ningún miramiento en atacar a los obreros anarquistas que habían ido a abrir los sindicatos clausurados por la autoridad catalana, a últimas horas del mismo día no habían tenido ningún inconveniente en volver a imponer a los obreros que formaban las filas de la AO que abandonasen su distintivo para adoptar el del Estado Catalán, indicando, una vez más, que sería imposible armar a aquellos obreros que se habían manifestado dispuestos a defender las libertades de Cataluña, las cuales consideraban íntimamente ligadas con las del proletariado.

Un documento de Dencás

Las diferencias fundamentales entre la preparación de la insurrección de Cataluña hecha por el Gobierno de la Generalitat y la de los obreros no hace falta remarcarlas, pero, con todo, transcribimos un documento que evidencia como pocos los peligros que comportaba la organización Estat Catalá, que convivía con el Partit d'Esquerra Republicana de Catalunya y era su expresión combativa. Se trata de un documento extraído del sumario contra los consejeros de la Generalitat y donde figura con el número 144, dicho documento consta, según el sumario, en el libro de actas del Gobierno de la Generalitat. Dice:

«Organización del plan de defensa del territorio de Cataluña.»

Preámbulo. Exposición. Al Consejo.

Excelentísimos señores: El Consejero que suscribe tiene el honor y la satisfacción de someter a vuestra aprobación y criterio un plan de defensa del territorio de Cataluña, el cual expongo a continuación: Sea su justificación primordial —en la adopción de aquellas medidas preventivas— los acontecimientos políticos recientes, suscitados con motivo de la promulgación de la Ley de Contratos de Cultivo por nuestro parlamento y pleito que por esta causa ha promovido el Gobierno Central contra la Región autónoma, y si en la ocasión actual el pleito se ha de resolver, como es de justicia, a favor de Cataluña, al serle reconocida por el Poder Central, la competencia del Parlamento de Cataluña para legislar en materia social y agraria. No obstante, debido a la situación por la que atraviesa España y teniendo en cuenta la composición del actual Parlamento en Madrid y aquellas pasiones malévolas que animan al sector ultrarreaccionario de Cataluña, por ser sólo esta Región donde no se ha desvirtuado el acto revolucionario del 14 de abril, por todo esto es deber ineludible de los que sentimos las altas responsabilidades históricas que emanan de nosotros como catalanes y hombres de Gobierno, para lo que hemos de estar prevenidos en todo momento y en condiciones de enfrentarnos con todos aquellos problemas y conflictos encaminados a disminuir o pisar los derechos autonómicos de Cataluña y con el fin de estar en condiciones de defensa del honor de nuestra Patria, de nuestra historia, de nuestras libertades, se hace necesaria y hace falta, por tanto, una organización, y esta organización, como todas las que tienen un fin pura y exclusivamente defensivo,

para llevar a cabo lo que se le destina, ha de tener en primer lugar instrucción y disciplina en sus diferentes aspectos, medios y elementos colaboradores y secundarios, tan necesarios e indispensables para obtener un resultado favorable y eficacia en aquellos actos o empresas que ha de ser destinada.

Para tal finalidad se crean en el territorio de Cataluña las MCMDDC (Milicias Cívico-Militares de Defensa de Cataluña).

Estas milicias estarán integradas por elementos de un indiscutible catalanismo, tales como aquellas organizaciones políticas de Estat Catalá, Esquerra Republicana, Republicans y Socialiste (o sea, que nombra a todos los elementos que forman el Gobierno. Dencás, poco tiempo antes de esto, en un discurso pronunciado al Parlamento de Catalunya, en réplica al que después había de ser compañero suyo de Gobierno, señor Comorerá, de la USC, había dicho muy claramente que era antimarxista y que el marxismo era el enemigo. Afirmaba esto en momentos en que el antimarxismo había unido en España a todos los partidos y grupos reaccionarios, incluso los anticatalanes). Para esta finalidad se tendrá en cuenta que las unidades de las milicias estén constituidas por grupos, y cada grupo pertenecerá a un Casal o Centro.

El contingente total de la MCMDDC será de 25.000 hombres, la división de los cuales será la siguiente: 10.000 hombres de guarnición en Barcelona; 5.000 hombres de guarnición en Gerona; 5.000 hombres de guarnición en Lérida.

El jefe supremo de las MCMDDC será el honorable presidente de la Generalitat de Catalunya y ejercerá el mando directo de todas estas fuerzas, por delegación suya, el honorable Conseller de Governación o aquel que designe el Consell Executiu de la Generalitat de Catalunya.

Para la dirección, organización y actuación de la MCMDDC se crea el MGD (Estado Mayor General de la Región) y los EMAP (Estados Mayores Auxiliares de Provincias), con residencia respectivamente: el primero, en Barcelona; el segundo, en Gerona; el tercero, en Tarragona, y el cuarto, en Lérida. El Comandante General de las MCMDDC llevará como distintivo para el reconocimiento de su alta autoridad, una faja del tejido de la cual será la bandera catalana; se le coserá al lado derecho y tendrá dos borlas de color azul y, en medio de estas borlas, unos galones de oro de cuatro milímetros. Asimismo, como distintivo, utilizará un bastón de mando con cordones rojos y borlas de oro.

Para el cargo de jefe del EMGDR se creará el grado de general de Brigada, que estará a las órdenes inmediatas del Comandante General, y los distintivos del cual serán: una faja de color amarillo pálido, con dos borlas de la bandera catalana, que se coserá al lado izquierdo. Los restantes jefes de EMADP tendrán el grado de coronel y como distintivo de su autoridad utilizarán una faja de color morado con una borla de la bandera catalana que se coserá al lado izquierdo.

Los otros jefes u oficiales pertenecientes a los EMGDR y EMADP llevarán para su distinción de los otros jefes y oficiales una faja morada, con flecos en lugar de borlas, que se coserán al lado izquierdo.

Dependerán del EMGR y de los EMGADP la organización de los siguientes servicios: Organización de personal cívico-militar.—Organización de municiones.— Organización de Transportes Marítimos, Terrestres y Aéreos (MTA).— Organización de combustibles.—Organización de víveres.— Organización de carros-bota.—Organización de Terrestres y Aéreos (MTA).—Organización de combustibles.— Organización de Personal.—Organización de Personal Sani-

tario.—Organización de Personal Médico.— Organización de ambulancias y material de socorro a los heridos.— Organización de Hospitales y Clínicas.—Organización de Personal de cargadores.—Organización de Personal armero.—Organización de Personal para el suministro de municiones.— Organización de Personal proveedor.— Organización de Personal de información.— Organización de Personal de enlace.—Organización de Personal de aviación.— Organización de Personal de tiendas de campaña.— Organización de la estación colombófila.—Organización del cuadro de mando y oficiales para nutrir las MCMDDC.

Los héroes de Barcelona

Y después de una noche de lucha a la defensiva, sin un solo ataque contra el enemigo, los que habían de organizar este ejército, que habría destacado sobre todo por los galones, borlas, cordones o bastones, se habían rendido a un enemigo evidentemente inferior en número. De aquel formidable ejército d'Estat Catalá no quedaba nada. Había demostrado que sus dirigentes no lo habían creado sino para perseguir obreros y hacer de esquiroles.

Aparte de la defensa desesperada y sin horizontes que hicieron los mozos de l'Escuadra de la Generalitat a las órdenes de Pérez Farrás, las fuerzas del Gobierno en Barcelona no habían hecho nada. ¡La guardia civil y el general Batet les habían hecho traición!

Únicamente un grupo de obreros se habían defendido heroicamente en el CADCI. El brazo Jaume Compte y González Alba, del Partit Catalá Proletari —este último había sido militante del BOC—, único partido obrero, aparte la USC, que

figuraba en el Comité Militar de las organizaciones nacionalistas, y Bardina, militante del Partido Comunista, habían encontrado la muerte.

Al conocer la orden de retirada, al iniciarse la segunda etapa que habría permitido a los elementos de la AO tomar la iniciativa del movimiento, ya se había producido la desbandada entre los elementos nacionalistas que tenían las armas, aunque pocas y malas, mientras que en Gobernación yacían algunos centenares de fusiles. Había habido buen cuidado por parte de la Generalitat de desmembrar el ejército combatiente para evitar que los obreros pudiesen llevar adelante la insurrección.

El Gobierno de la Generalitat se había rendido sin lucha, y la presencia en Gobernación de Dencás, Menéndez, el héroe del 10 de agosto, el hombre de Casas Viejas —sino de este lugar, de septiembre de 1931 en la Jefatura de Barcelona— y de Guarner y de Pérez Salas y otros militares «revolucionarios» no había servido de nada.

¿Cómo queréis, pues, que los obreros asturianos, lisiados a golpes y martirizados en las cárceles, no cantasen esta canción, en la que acusan de traición a Cataluña?:

*HIMNO REVOLUCIONARIO
ESCRITO EN LA MODELO DE OVIEDO
POR EL OBRERO A. E., en noviembre de 1934*

1.º

*Cuando en octubre sonó en España,
sonó la voz de Revolución,*

*Asturias paria surgió en la calle
con energía y gran valor.*

—

*Después de días de gran batalla
y haber vencido en la Región,
noticias llegan de Cataluña
con la gran prueba de su traición.*

—

*Los catalanes su cobardía
nos demostraron con su actuación;
aquellas gentes que tanto hablaban
y amenazaban a la Nación.*

—

*PERDIDO TODO, la retirada
Asturias hace con gran dolor,
en el momento que era tomada
por seis banderas de la Legión.*

—

*También los moros con carta blanca
nos invadieron nuestra Región;
¡muertes, degüellos, robos y atracos
sembrando entraron con gran terror!*

2°

*De nuevo en manos del enemigo,
nuestros valientes lo pasan mal;
¡son detenidos, martirizados,
por los esbirros del vil Doval!*

—

Preso en la cárcel de la Modelo,
retumban claros en mi prisión
ayes de espanto de camaradas
que están prestando declaración.

—

¡Salud, salud, bravos compañeros!
Vengar habremos todo este horror;
Asturias clama con puño en alto
y amenazando con su valor.

—

Tras de las rejas de esta cárcel
griremos todos con emoción
¡Vivan los Soviets! ¡MUERA EL FASCISMO!
y venga otra Revolución.

Notas:

1. Hórreo: construcción de madera levantada sobre cuatro pilares. Los pilares están separados de la construcción con lastres para evitar que las ratas puedan entrar en ellos. Los agricultores guardan en ellos todo tipo de alimentos.

2. Escombreras: montones de residuos que quedan en las bocas de las minas después de seleccionar el mineral.

3. Después de los hechos el teniente Alonso pidió trasladarse a Marruecos donde, al caer del caballo, se le disparó la pistola y murió.

4. *El Carbayón*, periódico de derechas y católico que se publicó en Oviedo. Por otra parte hay que decir que después de la desaparición de *Avance* en Asturias no se publican más que diarios reaccionarios. El más izquierdista es *El Noroeste* de Gijón, propiedad de Melquíades Álvarez.
